COMPAÑERA

Lectora Rechazada

DEL

REY LICÁNTROPO

UN ROMANCE DE CAMBIAFORMAS
CON COMPAÑERA RECHAZADA



ELARA HAZE
KA IRIS

Compañera lectora rechazada del rey licántropo

Un romance de cambiaformas con compañera rechazada

Elara Haze & KA Iris

Copyright © 2026 por Elara Haze & KA Iris

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende de debe inferirse ninguna identificación con personas (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos reales.

Boletín

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.

Índice

Compañera lectora rechazada del rey licántropo
Advertencia sobre el contenido
1. Riley
2. Caelan
3. Riley
4. Caelan
5. Riley
6. Riley
7. Caelan
8. Riley
9. Caelan
10. Riley
11. Caelan
12. Riley
13. Riley

14. Caelan
15. Riley
16. Riley
17. Riley
18. Caelan
19. Riley
20. Riley
21. Riley
22. Caelan
23. Riley
24. Riley
25. Riley
26. Caelan
27. Riley
28. Caelan
29. Caelan
30. Riley
31. Riley
32. Riley
33. Riley
34. Riley
35. Riley

Compañera lectora rechazada del rey licántropo

Me gano la vida escribiendo románticos libros subidos de tono sobre hombres lobo.
Ahora un rey licántropo de 2 metros me gruñe *"Compañera"* como si lo hubiera manifestado-
y dice que estamos destinados.

Tengo un club de lectura con vino, seguidores en las redes sociales y un ex abusivo del que no puedo librarme.

Nadie me advirtió que escribir sobre alfas posesivos convocaría a uno que insiste en que un vínculo antiguo me hace suya.

Caelan Goldridge es intenso. Peligroso.
Y completamente, inexplicablemente *obsesionado* conmigo.

Me sigue a mi club de lectura. Gruñe a los hombres que me miran.
Aparece a mi puerta envuelto en una manta con estampado de gatos después de que lo eche.
Anota mi novela y resalta cada escena donde el héroe reclama a la heroína.
"Voy a hacer que vivas cada palabra que escribiste."

Luego pone esas notas en práctica.

Me aprisiona contra la pared y muerde mi hombro, marcándome.
Me inclina sobre la mesa de mi cocina, mientras mi club de vino se reúne en la habitación contigua.
Me reclama completamente y me hace creer que soy suya para siempre.

Entonces su reino lo llama a casa.
Y me *rechaza* frente a toda su corte.

Le llamo cobarde a la cara.

Pero hay algo creciendo dentro de mí.
Alguien me ha estado envenenando por ello.

Ahora el rey licántropo aparece con regalos y mis libros que ha memorizado.

Está a punto de aprender exactamente cuánto tiempo puedo guardar rencor.

Advertencia sobre el contenido

Esta historia está destinada a lectores mayores de 18 años y contiene temas que pueden resultar delicados para algunos. Contiene lenguaje explícito, violencia gráfica y escenas de sexo.

1

—•—

Riley

Iba a vomitar.

O desmayarme. O quizás ambas cosas, en cualquier orden que mi cuerpo decidiera que sería más humillante frente a las veinte personas que actualmente me miraban desde sus sillas plegables en la librería Chapter & Verse.

Respiraciones profundas. Estaba bien. Esto estaba bien. Todo estaba completa, total y absolutamente bien.

Mis dedos encontraron el reloj de mi madrina en mi muñeca, aquel que dejó de funcionar hace tres años pero que no podía quitarme. Froté la gastada esfera, contando los segundos en mi cabeza, intentando convencer a mi sistema nervioso de que esto no era, de hecho, una situación de vida o muerte.

Solo era una firma de libros. Mi primera firma de libros. No era gran cosa.

Había sido una autora publicada de novelas románticas de fantasía picantes durante cuatro años. Cuatro años vertiendo mis entrañas en

páginas, escribiendo sobre hombres lobo y compañeros destinados y hombres monstruosos que quemarían el mundo entero por las mujeres que amaban. Porque los hombres reales...

Los hombres reales eran decepcionantes. Los hombres reales te hacían firmar contratos abusivos y se llevaban el cuarenta por ciento de tus ingresos mientras te sonreían y te decían que te querían. Los hombres de ficción, en cambio... Ellos no podían hacerte daño.

—¡Cuéntales sobre el capítulo catorce, Ri! —gritó Sloane desde la tercera fila, toda labios negros, tatuajes y caos—. ¡Cuéntales sobre el nudo!

El público soltó risitas. Mi libro anterior, Corazones Atados a la Luna, se había vuelto viral en BookTok hace unos meses. Una universitaria con luces de hadas y un problema de llanto había grabado un vídeo llorando desconsoladamente por el capítulo veintiséis y de repente mis ventas explotaron. En línea, al menos. En mi pequeña ciudad montañosa de Lysmont, con una población de trescientas mil personas, anidada en lo profundo de las montañas, seguía siendo solo "esa chica que escribe porno de hombres lobo".

Gracias, señora Henderson del supermercado. Muy comprensiva.

Señalé a mi amiga Sloane con mi bolígrafo, avergonzada.

—Voy a matarte. Voy a matarte y escribir un libro sobre ello y dedicarlo a tu memoria.

—Ay, cariño —se llevó la mano al pecho—. Es lo más romántico que me has dicho nunca.

—No es romance, es una amenaza.

—Lo mismo en tus libros.

El público se rio. Jade, sentada junto a Sloane, ya estaba llorando un poco, apretando mi libro contra su pecho. Margo me hizo un discreto gesto con el pulgar hacia arriba desde detrás de una mini botella de vino que definitivamente había colado a escondidas.

Mis chicas. Mis compañeras hasta la muerte. Mis razones para no cometer incendio provocado.

Por un momento, solo un brillante momento, me sentí real. Me sentí como una verdadera autora. Como alguien que importaba.

Entonces capté la mirada de Damien desde el otro lado de la sala, y mi estómago se contrajo.

Estaba de pie cerca de la sección de biografías, encantando a una empleada de la librería con su sonrisa de Buen Chico. La sonrisa que solía hacerme sentir especial. La sonrisa que ahora reconocía como una señal de advertencia.

Damien Cross. Agente literario. Ex-novio. El equivalente humano de pisar mierda. Había irrumpido en mi vida cuando tenía veinticuatro años, era estúpida y estaba desesperada por que alguien creyera en mí. Me prometió la luna, me dijo que era especial, me dijo que haría realidad todos mis sueños. Y firmé un contrato sin leer la letra pequeña.

La letra pequeña que le daba el cuarenta por ciento de mis regalías.

Cuarenta por ciento. El estándar de la industria era quince. Pero ¿lo sabía yo a los veinticuatro años? No. ¿Damien convenientemente olvidó mencionarlo? Absolutamente.

Pasaron dos años de noviazgo, de "te quiero" y "tienes tanto talento" y "¿qué harías sin mí?" antes de darme cuenta de que su amor era manipulación, los cumplidos eran control, y la respuesta a "qué harías sin mí" era "literalmente cualquier otra cosa".

Me guiñó un ojo, posesivo, como si me poseyera, y aparté la mirada rápidamente, forzando mi voz a mantenerse firme.

—¡Hola a todos! Muchas gracias por venir —mi voz solo tembló un poco. Victoria—. Soy Riley, y sí, escribo los libros picantes de hombres lobo, y no, no me disculparé por ello.

Más risas. Me aferré a ellas con ambas manos. Bien. Podía hacer esto.

Hablé sobre mi libro más reciente, El Corazón Reticente del Alfa. Sí, era cursi. Sí, se vendía. No, no tenía vergüenza. Mujeres entre el público hicieron preguntas. Algunas hicieron comentarios burlones sobre capítulos específicos, moviendo las cejas de manera sugestiva.

Y durante todo esto, podía sentir la mirada de Damien sobre mí como un peso. Sentía sus fríos ojos por todo mi cuerpo, calculando, ya contabilizando lo que esta noche le traería. Mi dinero, mi tiempo, incluso mi maldita energía.

Reprimí la angustia, forcé mi sonrisa a permanecer en su lugar y me dije que disfrutara de esto. Me gané este momento. Trabajé duro por esto, y no dejaría que él me lo arrebatara.

No esta noche.

La sesión de preguntas y respuestas terminó y la coordinadora del evento dirigió a todos hacia la mesa de firmas que el personal había preparado cerca de la entrada. Se formó una fila. No enorme, quizás quince personas, pero era *mi* fila. Mis lectores. Todavía no podía creerlo.

Me emocioné de manera extraña.

Sloane fue la primera en la fila, porque por supuesto que sí, golpeando su libro sobre la mesa.

—Fírmalo: Para mi demonio del caos favorito, que tus enemigos perezcan lentamente.

—Eso es inquietantemente específico.

—Hazlo de todos modos.

Lo hice de todos modos.

Jade vino después, todavía sollozando.

—Estoy tan orgullosa de ti, Ri. Realmente lo lograste.

—Por favor, no llores. Si lloras, lloraré, y entonces mi máscara se correrá y pareceré un mapache en todas las fotos.

—Mapache de apoyo emocional —dijo, y me abrazó de todos modos.

Margo deslizó una mini botella de vino a través de la mesa con su libro, inclinándose para susurrar:

—Sobrevive.

—Eso no es un brindis, es una advertencia.

—Es ambos.

Metí la botella de vino en mi bolso y firmé su libro con manos ligeramente temblorosas.

Luego vinieron los extraños. Extraños reales que habían leído mis palabras y se habían sentido conmovidos por ellas. Una mujer me dijo que mi libro le había ayudado a dejar una relación tóxica. Tuve que parpadear muy rápido para mantener la compostura. Una estudiante universitaria dijo que había leído Corazones Atados a la Luna cuatro veces. Un chico nervioso lo estaba comprando para su novia y no dejaba de sonrojarse cuando le preguntaba cuál era su capítulo favorito.

Estaba flotando. Así es como se suponía que debía sentirse. Conexión. Propósito. Prueba de que mis extrañas historias sobre hombres lobo y compañeros destinados realmente importaban para alguien más que para mí.

Entonces una joven se acercó a la mesa. Diecinueve, tal vez veinte años. Tímida, nerviosa, no hacía contacto visual conmigo, solo seguía mirando la pila de libros en la mesa. Su ropa estaba gastada pero limpia, su bolso sujeto con imperdibles en algunos lugares.

—Hola —dije suavemente—. ¿Cómo te llamas?

—Emma —su voz apenas superaba un susurro—. Quiero comprar dos copias. Una para mí y otra para mi hermana. Ella es quien me habló de tus libros. Va a enloquecer cuando le lleve una copia firmada. Está en el hospital y pensé...

Mi corazón se encogió mientras su voz se apagaba.

—Eso es muy dulce. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Lily.

—Lily y Emma. Me encanta —alcancé dos libros, ya planeando lo que escribiría en ellos.

Una mano se posó sobre mi hombro.

Damien apareció detrás de mí, su colonia haciendo que me ardiera la nariz. Su mano se posó en mi brazo, casual para cualquiera que estuviera mirando. Sus dedos presionaron la suave piel justo por encima de mi codo mientras sonreía a Emma, todo dientes y encanto. Sabía lo que venía antes de que abriera la boca.

—Serán sesenta dólares en total —dijo, sonriéndole—. Treinta por cada copia firmada.

El rostro de Emma decayó. Comenzó a hurgar en su bolso, sacando billetes arrugados, contándolos con dedos que temblaban ligeramente.

Diecisiete dólares. Solo tenía diecisiete dólares.

—Lo siento —susurró, sus mejillas enrojeciéndose de vergüenza—. Pensé... No me di cuenta... ¿quizás pueda llevar solo uno?

Las palabras me apuñalaron. Conocía ese sentimiento. Recordaba ser esa chica, contando monedas, deseando tanto escapar a las historias pero nunca teniendo suficiente dinero para comprarlas. Recordaba la vergüenza de desear y no poder tener.

Agarré ambos libros y los firmé con floritura, asegurándome de que mi firma fuera especialmente bonita en cada uno.

—Está bien —dije, lo suficientemente alto para que todos los cercanos me oyeran. Deslicé ambos libros a través de la mesa hacia Emma—. Llévatelos. Los dos. Es un regalo.

El agarre de Damien se apretó hasta que sentí que se formaba un moratón.

—Riley...

—Está *bien* —repetí, sin mirarlo. Solo sonreí a la chica y empujé los libros hacia ella—. Guarda tu dinero. Cómprate un helado.

—Pero no puedo simplemente... —los ojos de Emma eran enormes, desviándose entre mí y los libros.

—Llévatelos —mantuve mi voz cálida—. Gracias por leerme. Eso es pago suficiente.

Su rostro se transformó. Todo su ser se iluminó, irradiando alegría de sus facciones. Me dio las gracias aproximadamente mil veces,

apretando los libros contra su pecho, y prácticamente flotó lejos de la mesa.

Me sentí bien. Sentí que hice algo que importaba.

—¿Podemos tomar un descanso? —preguntó Damien al empleado más cercano, todo encanto.

—¿Qué? —pregunté—. No, no estoy...

Pero Damien ya me estaba levantando de la silla, guiándome hacia la parte trasera de la tienda con un agarre que definitivamente dejaría marcas. Mi piel gritaba bajo sus dedos, mi corazón empezó a latir con fuerza.

La sensación cálida de ayudar a Emma se agriaba convirtiéndose en temor.

Sabía lo que venía. Siempre lo sabía.

El almacén estaba frío y silencioso, rodeado de cajas de libros no vendidos y materiales promocionales. La puerta se cerró tras nosotros y la máscara encantadora de Damien cayó.

—¿Qué demonios fue eso?

Arranqué mi brazo de su agarre. La piel debajo ya dolía.

—Eso fue decencia humana básica. Deberías probarla alguna vez.

Se acercó. Yo retrocedí. Damien no era alto. Estatura media, complexión media. Pero sabía cómo usar el espacio, cómo hacerse sentir más grande, cómo hacerme sentir pequeña. Había pasado dos años de mi vida encogiéndome para este hombre.

Mis omóplatos golpearon una estantería de libros no vendidos.

—Regalaste mi dinero.

—¿Tu dinero? —me reí, pero salió amargo—. Yo escribí ese libro, Damien. Ocho meses de mi vida invertí en él. Tú solo cobras cheques y te quejas.

—Sin mí, no serías nada —ahora estaba en mi espacio, lo suficientemente cerca como para que pudiera oler su colonia, la misma colonia que llevaba cuando me hizo creer que era especial—. Yo te hice, Riley. Todo lo que tienes existe porque yo permití que existiera. Conseguí tu primer contrato editorial. Construí tu carrera desde cero.

Dios, estaba cansada. Tan cansada de este discurso, esta manipulación, este constante recordatorio de que le debía todo. ¿La peor parte? Parte de mí todavía lo creía. Parte de mí seguía siendo esa chica de veinticuatro años que pensaba que él había colgado la luna.

Pero otra parte de mí, una parte más nueva que había estado creciendo a través del hormigón, estaba harta.

—Me hiciste firmar un contrato que no entendía cuando tenía veinticuatro años y estaba desesperada —me aparté de la estantería, negándome a dejar que me acorralara—. Cuarenta por ciento, Damien. Te llevas el doble de la tarifa de la industria. Apareces en mis eventos para robar dinero que *yo* gano.

—¿Robar? —su mandíbula se tensó—. Lo firmaste voluntariamente.

—Lo firmé porque eras mi novio y confiaba en ti.

—¿Y de quién es la culpa?

Touché. Tonta de mí. Confiar en mi novio para que no me engañara. Qué ingenua.

—No tienes derecho... —comencé, pero él me interrumpió.

—Tengo todo el derecho —su voz bajó—. Lee tu contrato. Te *poseo*, y haré que te arrepientas de esto.

Debería haber cedido. Él tenía poder. Conexiones. El tipo de influencia que podría hacer desaparecer a una autora de nivel medio. Una llamada telefónica a las personas adecuadas y mi carrera habría terminado.

Pero el rostro de Emma, iluminado de alegría por dos libros gratis, estaba grabado en mi cerebro.

Y estaba tan jodidamente cansada.

—Que te jodan, Damien —las palabras salieron calmadas, casi agradables—. ¿Quieres saber de qué me arrepiento? De los nueve dólares que gasté comprando una lupa cuando todavía intentaba encontrar tu polla con ella. El mayor desperdicio de dinero de mi vida.

Me abofeteó.

No con fuerza, más shock que dolor, pero el sonido resonó por el almacén. Nos quedamos allí, congelados, su mano aún levantada, mi mejilla ardiendo.

No era la primera vez que ponía sus manos sobre mí. Probablemente no sería la última.

Pero la firma, la dulce chica, la primera vez que me había sentido bien con mi escritura en meses... todo ello chocó en mi pecho. Lo miré fijamente. Ya estaba componiendo su rostro, probablemente preparando su disculpa, su discurso de "me obligaste a hacer esto".

No le di la oportunidad. Sentí que el último hilo dentro de mí se rompía.

Manteniendo el contacto visual, levanté mi mano a mi mejilla y froté. Fuerte, y luego más fuerte, hasta que la piel ardía, hasta que estaba rojo llameante y parecía mucho peor de lo que su patética bofetada podría haber conseguido.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué estás... para. Riley...

No paré, no hasta que estuve satisfecha.

—Espera —se acercó a la puerta, bloqueándola—. Ni se te ocurra...

Lo empujé a un lado, tiré de la puerta para abrirla y salí de vuelta a mi mesa de firmas. De vuelta al público. Con la cabeza alta, la mejilla ardiendo, asegurándome de que todos me vieran bien.

—Disculpen por eso —dije, acomodándome en mi silla con una sonrisa serena que probablemente no llegaba a mis ojos—. ¿Dónde estábamos?

El público miró fijamente mi mejilla y luego a Damien, que salía lentamente del almacén, con la cara pálida. Los susurros comenzaron inmediatamente, extendiéndose por la multitud.

Bien. Que hablen.

Gané la batalla. Pero mis manos temblaban bajo la mesa donde nadie podía verlas.

***

La fila había disminuido casi a nada cuando dejé de temblar. Algunas firmas más, algunas conversaciones educadas más, algunas miradas furtivas más a mi mejilla roja y a la cara pálida de Damien.

Sloane me miró desde el otro lado de la sala antes de salir por la puerta, haciendo un gesto de degollamiento hacia Damien, sus cejas

levantadas en una pregunta.

Negué ligeramente con la cabeza. *Todavía no*. Pronto, esperaba. Pero aún no.

Mi mano tenía calambres y mi cara dolía de tanto sonreír, pero ahora funcionaba con despecho y adrenalina. Podía desplomarme después. Llorar en la ducha, comer toda una manga de Oreos por estrés, tal vez escribir un villano basado en Damien y matarlo en el capítulo tres.

La fila finalmente se vació y me desplomé en mi silla. Casi terminado. Casi libre.

En ese momento, la puerta de la librería sonó y una mujer rubia entró.

Tenía más o menos mi edad, quizás más joven. Guapa de una manera caótica, el tipo de persona que definitivamente podría iniciar una pelea de bar y verse adorable haciéndolo. Su atuendo era interesante. No malo, solo ligeramente... Desajustado. El tipo de ropa que elegirías cuando estás jugando a disfrazarte con el armario de tu madre. El armario de mi madrina, en mi caso.

Escaneó la sala con ojos brillantes y curiosos, vio mi mesa de firmas y se dirigió directamente hacia mí.

—¡Hola! —su sonrisa era cegadora—. ¿Eres la autora, verdad? ¿La señora de los libros de lobos?

—Soy yo —señalé el cartel detrás de mí—. Riley Hawkins. Extraordinaria señora de los libros de lobos.

—Soy Thessa —se dejó caer en la silla frente a mí sin absolutamente ninguna vacilación y se acomodó como en su casa—. Me acabo de enterar de este evento hace tres minutos. Pasaba por aquí y vi el cartel. ¿Escribes sobre hombres lobo?

—Romance de hombres lobo, específicamente. Del tipo sexy.

Sus ojos se agrandaron, brillando con genuino deleite.

—¿Hay un tipo sexy?

—Oh, cariño —deslicé un libro hacia ella—. Hay todo un *género*.

Agarró el libro y comenzó a hojearlo, escaneando páginas con una intensidad que parecía casi académica.

—Lobos... apareamiento... reclamación... —su cabeza se levantó de golpe—. Esto suena muy auténtico respecto a la cultura real de los lobos. ¿Cómo sabes estas cosas?

Pregunta extraña.

—¿Investigación? ¿Imaginación? ¿Un tablero de Pinterest profundamente perturbado?

Thessa se rio, fuerte y encantada, el tipo de risa que hacía que la gente se girara y mirara. —Te quiero. ¿Cuál es tu capítulo favorito?

Acabamos charlando durante mucho más tiempo del que esperaba, y descubrí que realmente lo estaba disfrutando. Thessa era mucho. Entusiasta, rara, haciendo preguntas extrañamente específicas que nadie había hecho antes. Pero era encantadora de una manera no pulida, toda energía de golden retriever y cero filtro. Hablar con ella se sentía fácil de una manera que hablar con la mayoría de la gente no lo era.

—Entonces cuando el lobo le muerde el cuello —preguntó, completamente seria—, ¿es algo permanente, o...?

—Permanente. Es una marca de reclamación. Muy importante en la mitología.

—Fascinante. —Lo dijo como lo haría una científica—. Y los... ciclos de celo?

—Un recurso muy popular, muy picante. ¿Quieres que te recomiende algunos autores?

—Sí. Todos ellos. Cada uno.

Damien se aclaró la garganta detrás de mí.

Lo sentí allí, irradiando impaciencia. Quería irse. Quería quedar a solas conmigo y quizás terminar lo que empezamos en el cuarto de almacenamiento.

—Hora de cerrar —anunció—. Riley necesita descansar.

Thessa le miró, frunció ligeramente el ceño, luego se volvió hacia mí y lo ignoró por completo. Podría haberla besado por eso.

—¿Puedo comprar una copia? —preguntó—. Quiero que la firmes.

—Por supuesto. —Alargué la mano para coger un libro.

—Serán treinta dólares —interrumpió Damien.

Thessa no le miró. Simplemente sacó dinero en efectivo, lo arrojó sobre la mesa y se centró completamente en mí. —¿Puedes escribir un mensaje especial sobre lobos? Uno guay.

Sonreí. Me encantaba esta chica. —¿Qué tal «Que tus enemigos teman tu mordisco»?

—Perfecto.

Estábamos riendo juntas cuando la puerta de la librería se abrió de nuevo.

Miré hacia arriba por costumbre, esperando otro cliente tardío o tal vez a Sloane viniendo a ver cómo estaba.

No era Sloane.

Un hombre estaba de pie en la entrada.

Era alto, tan alto que tuvo que agacharse bajo el marco. Fácilmente un metro noventa, quizás más. Hombros anchos, complexión delgada, el tipo de cuerpo que sugería que hacía cosas físicas para ganarse la vida. Luchar contra osos, escalar montañas, posar para esos calendarios que definitivamente no tenía pero absolutamente tendría.

Su pelo era rubio oscuro, ligeramente despeinado. Su ropa era cara y claramente a medida, pero había una energía en él que se sentía fuera de lugar. No de mala manera, solo diferente. No pertenecía a una librería de Lysmont un martes por la tarde.

Pero fueron sus ojos los que me impactaron.

Grises. Gris pálido, del color de las nubes de tormenta justo antes de que caiga un rayo. Recorrieron la habitación una vez, dos veces, y luego se fijaron en mí. Todo lo demás en la habitación dejó de existir.

Todo su cuerpo se quedó inmóvil. Sus manos se cerraron en puños a sus costados, su pecho se expandió con una respiración que pareció estremecer todo su ser.

Tragué saliva. *Fuerte.*

—¡Ky! —Thessa saludó con entusiasmo a mi lado—. ¡Aquí!

El hombre no la miró ni reconoció su saludo. Demonios, ni siquiera parecía oír su voz. Todo su ser estaba enfocado en mí con una

intensidad que hacía que mi piel hormigueara. No con miedo, no exactamente. No sabía qué era.

Se movió hacia mí. No caminó. *Se movió*. Cada paso deliberado, depredador, imparable.

Y entonces sus ojos cambiaron.

Parpadee. Por una fracción de segundo, podría jurar que sus ojos grises se transformaron, brillando ámbar bajo la luz de la librería.

Inhumano.

No. Eso era una locura. Los ojos no hacían eso. Había estado escribiendo demasiados libros de hombres lobo y mi cerebro finalmente se había roto. Pero él seguía avanzando, mirándome, y había un sonido formándose en su pecho, bajo y retumbante.

Casi como un gruñido.

Se detuvo frente a mi mesa y se alzó sobre mí. Su respiración era irregular, tenía la mandíbula apretada y me estaba mirando de una manera en que nadie me había mirado antes.

—Compañera.

La palabra salió de él, gutural, arrastrada desde un lugar profundo y ancestral.

Me quedé paralizada.

¿Qué demonios?

2

— • —

Caelan

—Ky. Ky. Caelan. Hermano. Luz de mi vida. ¿Me estás escuchando?

No la estaba escuchando.

Estaba escaneando la calle en busca de fluctuaciones mágicas, tratando de localizar la fuente de la inestabilidad del portal que nos había traído a este pueblo de montaña en primer lugar. Hace tres semanas, un nuevo portal se abrió en Duskmere, inestable e impredecible, con una firma mágica que aumentaba de formas que preocupaban al consejo real. Mi padre, el Rey Mortimer Goldridge, me había enviado a este mundo humano para investigar.

A mí. Príncipe heredero de Duskmere. Heredero de uno de los tronos más grandes de Lytopia. Persiguiendo anomalías mágicas a través del reino humano como un chico de los recados glorificado.

—Estás rumiando otra vez —dijo Thessa, saltando a mi lado—. Tienes tu cara de rumiar. Esa que te hace parecer estreñido.

—No tengo cara de rumiar.

—Absolutamente tienes cara de rumiar. Es tu configuración por defecto. Madre dice que saliste del vientre rumiando.

—Madre nunca diría eso.

—Me lo dijo la semana pasada. También dijo que necesitas «relajarte» y «encontrar alegría en las pequeñas cosas» y «dejar de actuar como si el peso de siete reinos aliados descansara sobre tus hombros».

—Sí descansa sobre mis hombros. Soy el Príncipe Heredero.

—Eres el Príncipe Heredero de *un* reino. Los otros seis tienen sus propios herederos. No eres tan especial.

Amaba a mi hermana. De verdad. Pero algunos días, entendía por qué nuestro hermano Pattryk se encerraba en su estudio y se negaba a hablar con nadie durante horas.

Llevábamos en el mundo humano dos semanas. Habían pasado siete años desde que el primer portal que conectaba nuestro reino, Lytopia, con esta Tierra humana se abrió en el Reino Ravenor. Siete años desde que los hermanos Ashborne tropezaron con la Tierra y pusieron patas arriba la comprensión de Lytopia sobre el mundo. En ese tiempo, los lobos habían aprendido mucho sobre los humanos. Su tecnología, sus costumbres, su extraña obsesión con pequeños rectángulos brillantes llamados teléfonos.

Thessa se había lanzado a la investigación con el tipo de entusiasmo que normalmente reservaba para causar incidentes diplomáticos. Había devorado cada fragmento de información sobre la cultura humana que pudo encontrar. Ropa, comida, algo llamado «televisión de realidad» que insistía en que necesitaba experimentar, aunque tenía mis dudas.

—¡Oh! —Thessa agarró mi brazo y señaló el escaparate de una tienda—. Mira ese cartel. Es una firma de libros sobre lobos.

Apenas le eché un vistazo. —No estamos aquí por libros.

—Estamos aquí para investigar. Los libros *son* investigación.

—Estamos aquí para investigar la inestabilidad del portal.

—Y podemos hacer eso después de que compre un libro de lobos. —Ya se dirigía hacia la puerta—. Parece que la autora escribe sobre todo tipo de cosas loberas. ¿Y si sabe, Ky? ¿Y si es una de nosotros?

—No es una de nosotros.

—No lo sabes.

—Ningún lobo escribiría libros exponiendo nuestra cultura a los humanos.

—Los hermanos Ashborne se emparejaron con humanas. Xander Silvermane se emparejó con una humana. Lobos y humanos se están reconectando. —Empujó la puerta de la librería—. Quizás algún lobo decidió difundir nuestro mundo a través de la literatura. Es inteligente.

—Es un riesgo de seguridad.

Pero ella ya estaba dentro, y a menos que causara una escena en medio de una calle humana, no tenía más remedio que seguirla.

La librería era pequeña, acogedora. Llena de ese peculiar olor a moho de papel viejo y tinta que parecía universal a través de los reinos. Thessa ya se dirigía hacia una mesa de firmas, abriéndose paso entre los humanos con esa determinación alegre que la había llevado a ser vetada de tres funciones diplomáticas diferentes. No tenía idea de cómo reaccionarían los humanos ante ella.

Los portales habían estado apareciendo por toda Lytopia durante años. Ravenor, Noctherion, las afueras de Valoryn, el Reino Wynter, y

ahora en mi reino, Duskmere. Cinco de los siete reinos aliados de Lytopia tenían portales, aunque no había información sobre los reinos fuera de la alianza de paz.

Algunos creían que los portales eran una bendición de la Diosa Luna, una señal de que lobos y humanos estaban destinados a reconectarse después de milenios separados. Otros pensaban que eran una amenaza, una desestabilización del orden natural.

Mi padre creía que eran un misterio que necesitaba resolverse antes de que ocurriera una catástrofe.

Yo creía que iba a estrangular a mi hermana si no dejaba de coquetear con la autora y volvía a nuestra misión real.

Me dirigí hacia ella, ligeramente irritado y totalmente preparado para arrastrarla por el pelo si era necesario.

Fue entonces cuando el aroma me golpeó. Vainilla cálida, libros antiguos, y debajo, una corriente de electricidad, como se siente el aire justo antes de que estalle una tormenta.

Mi lobo se estrelló contra mi conciencia con tanta fuerza que mi visión se volvió blanca.

Compañera.

La palabra reverberó a través de cada célula de mi cuerpo. No una sugerencia, no una esperanza, sino un hecho. Un hecho absoluto, innegable, que sacudía el alma.

Mi compañera estaba aquí. Ahora.

Encuéntrala.

Mis garras amenazaban con extenderse. Mi visión se agudizó, los colores sangrando más brillantes, los sonidos amplificándose hasta

que podía escuchar latidos individuales en la multitud. El rasguño del bolígrafo sobre el papel, el susurro de las páginas, la suave inhalación de alguien cerca del mostrador, la feliz charla de mi hermana…

Allí.

Estaba sentada detrás de la mesa de firmas, pelo negro recogido en un moño desordenado sostenido por un bolígrafo. Manchas de tinta marcaban sus dedos, un reloj de cuero gastado rodeaba su muñeca, viejo y claramente roto pero querido de todos modos. Thessa estaba sentada frente a ella, y ambas se reían de algo.

Mi compañera se estaba riendo, y yo no era quien la hacía reír. Se sentía como una ofensa personal.

Había dejado de creer que la encontraría. El compromiso con la chica Briarfield se había disuelto hace años cuando mi lobo se negó a aceptarla y ni siquiera reconoció su presencia. Había asumido que mi lobo estaba roto, que no quería vincularse. Destinado a la soledad.

Estaba tan jodidamente equivocado.

Mi lobo no estaba roto. Mi lobo estaba *esperando.* Por ella.

Me dirigí hacia la mesa de firmas, cada paso atraído por una fuerza que no habría podido resistir aunque lo intentara. Y en ese momento, ella levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos.

Verdes. Verde brillante y vívido con motas doradas que captaban la luz. Se ensancharon cuando me observó, confusión y curiosidad parpadeando en su rostro.

Era hermosa. Desordenada y real y tan dolorosamente hermosa que me dolía el pecho solo de mirarla. La ligera mancha de tinta en su

mejilla, la forma en que su camiseta se deslizaba por un hombro, la inclinación desafiante de su barbilla mientras me miraba.

Mi lobo estaba perdiendo la cabeza. *Mía. Nuestra. Reclamala. Márcala. No la dejes ir nunca.*

—Compañera.

La gutural palabra salió de mí. No podría haberla detenido aunque lo intentara. Su boca se abrió, quizás a punto de preguntar qué demonios me pasaba...

Entonces el codo de Thessa conectó con mi estómago. Fuerte.

Gruñí, el impacto suficiente para hacerme parpadear, para alejarme del borde de perder completamente el control en medio de una librería humana. Mi hermana me miraba con asesinato en sus ojos, su sonrisa fija y peligrosa.

—Hermano —dijo entre dientes—, ¿qué demonios estás haciendo?

Cierto. Acabo de gruñir «compañera» a una desconocida, en público, mientras mis ojos probablemente estaban haciendo esa cosa de destello ámbar que tendía a alarmar a los humanos. Maldita sea. Esto era malo.

—¿Quién eres? —preguntó mi hermosa compañera, y su voz era ronca y cálida—. ¿Y por qué me llamas compañera?

—Lo siento mucho por él. Él es... Acabamos de mudarnos aquí —dijo Thessa rápidamente, poniéndose delante de mí con una risa que era ligeramente demasiado brillante—. Solíamos vivir en Australia. Se le pegó la jerga. «Compañera» significa «amiga» allí. Él llama compañero a todo el mundo. Es vergonzoso, honestamente. Hemos intentado quitarle la costumbre pero sigue haciéndolo. No asustes a Riley, imbécil. —Me miró fijamente.

Esto era una mentira. Nunca había llamado compañero a nadie en mis doscientos treinta años de existencia porque la palabra era sagrada, porque lo significaba todo, porque había estado esperando toda mi vida para decírsela a la persona correcta. Pero otra cosa captó mi atención.

Riley. Su nombre era Riley. Era el nombre más hermoso que había escuchado jamás.

Ella me miraba con grandes ojos verdes confusos, pero no asustados. Noté eso con una oleada de alivio tan intensa que casi me hizo doblar las rodillas. Esta mujer, que apenas me llegaba al pecho, que no tenía idea de lo que yo era o lo que podía hacer, no me tenía miedo.

Thessa pateó mi tobillo.

—Cierto —logré decir, con la voz áspera—. Australia. Todo el mundo.

Elocuente. Años de entrenamiento diplomático y eso era lo mejor que podía manejar.

Riley levantó una ceja. —Vaya. Nunca he oído un acento australiano como el tuyo.

—Es regional.

—¿Qué región?

—El... outback.

Thessa hizo un sonido que podría haber sido una risa o podría haber sido un gemido de desesperación por mi completa incapacidad para mentir convincentemente.

Los labios de Riley se contrajeron. Estaba disfrutando de esto. Disfrutando verme tropezar y fallar. Y en lugar de ofenderme, me

encontré queriendo tropezar más si eso significaba que seguía mirándome con esa chispa de diversión.

—Bueno, encantada de conocerte, Ka-e-lan. —Pronunció mi nombre mal a propósito. Podía saberlo por la forma en que sus ojos bailaban —. Soy Riley. Extraordinaria señora de libros de lobos.

—Encantado de conocerte también. —Mi voz salió más baja de lo que pretendía—. Riley.

Su nombre se sentía sagrado en mi lengua. Quería decirlo de nuevo. Quería decirlo mil veces. Quería aprender cada variación de cómo sonaba, susurrado y gritado y gemido...

—Entonces, ¿qué te trae a mi firma, Outback? —Se recostó en su silla, cruzando los brazos sobre su pecho—. Realmente no pareces del tipo romántico.

—A Thessa le gustan los lobos.

—Amo a los lobos —Thessa estuvo de acuerdo, sonriendo—. Totalmente obsesionada. Es toda una cosa. Cuando vi el cartel, simplemente tuve que entrar. Y luego hice que Ky me siguiera porque él es mi transporte y además tiene el dinero.

—Parece que preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Es solo su cara —dijo Thessa—. Cara de asesino en reposo. Muy desagradable. Hemos tratado de arreglarla. Todavía no hay cura pero los médicos tienen esperanza.

—No hay nada malo con mi cara. —Gruñí.

—La estás mirando con el ceño fruncido ahora mismo.

No estaba frunciendo el ceño. Estaba contemplando. Había una diferencia, una significativa.

Riley se rió, y el sonido hizo que mi lobo quisiera rodar y mostrar su vientre. —Me caes bien —le dijo a Thessa—. Tu hermano es un poco intenso, pero tú eres divertida.

—Es muy intenso —Thessa estuvo de acuerdo—. Es agotador. Sigo diciéndole que se relaje pero es físicamente incapaz.

—No soy...

—Ky, una vez amenazaste con batirte en duelo con alguien porque pronunciaron mal el nombre de tu... mascota.

Habían pronunciado mal mi título, no el nombre de mi mascota. Pero supuse que decir en el mundo humano que eras heredero de la Corona de Duskmere levantaría muchas cejas. —Lo llamaron «prints». No «prince». «Prints».

—¿Y la violencia era la respuesta apropiada?

—Era una cena formal. Hay protocolos.

Riley estaba observando nuestro intercambio con evidente entretenimiento, sus ojos verdes rebotando entre nosotros. —Así que eres intenso, eres de alguna región misteriosa de Australia que nunca he oído, y amenazas a la gente por la pronunciación. ¿Algo más que deba saber?

Sí. Somos compañeros destinados, mi lobo te reconoció en el momento en que crucé esa puerta, quemaría todo este reino si me lo pidieras, y voy a pasar el resto de mi muy larga vida dedicado a tu felicidad, tanto si quieres como si no.

—También leo —dije en cambio—. Ocasionalmente.

—Gran elogio viniendo de Outback. —Me deslizó un libro—. Este es mi más reciente. Trata sobre hombres lobo y compañeros destinados. Muy picante. Probablemente no te gustará.

¿Compañeros destinados? ¿Cuáles eran las probabilidades?

Recogí el libro como si estuviera hecho de oro. Mi compañera escribió esto. Se volcó en estas páginas, creó mundos y personajes e historias de amor. Iba a leer cada palabra, varias veces, y memorizar mis pasajes favoritos.

—Intentaré mantener una mente abierta —dije, entonces noté su mejilla.

Inflamada, y del tipo de rojo que viene de ser golpeada. Cada sentimiento cálido y difuso en mi pecho se convirtió en hielo.

—¿Quién te ha hecho daño? —Las palabras salieron como un gruñido. Estaba alcanzando su cara antes de poder detenerme, queriendo ver el daño para catalogarlo, queriendo un nombre para saber exactamente a quién debía arrancarle la garganta.

Riley se echó hacia atrás, la diversión convirtiéndose en algo más vigilante. —Está bien, esa es una pregunta extraña para hacerle a alguien que acabas de conocer.

—Contéstala.

—¿O qué? ¿Me mirarás con el ceño más fruncido?

—Riley... —comencé, su nombre saliendo de mis labios como si nos conociéramos desde siempre.

—Ky. —La mano de Thessa se cerró alrededor de mi muñeca, su agarre magullando. Una advertencia—. Tus modales son bestiales. Eso fue increíblemente grosero. Discúlpate. Ahora.

No quería disculparme. Quería sangre. Quería encontrar a quien marcó su cara y hacer que se arrepintiera de cada elección que lo llevó a tocar lo que era mío.

Pero Riley me miraba con una expresión que decía que pensaba que estaba completamente loco, lo cual era justo. *Estaba* loco. Estaba tan lejos de la cordura que ni siquiera podía ver la cordura desde donde estaba parado.

Me obligué a respirar, luego otra vez. Mis garras, que habían comenzado a extenderse, se retrajeron lentamente.

—Me disculpo —dije, y las palabras se sintieron como tragar vidrio—. No quise ser atrevido. Solo... —Busqué una excusa que no fuera: *mi lobo quiere asesinar a quien te tocó*—. No me gusta ver a la gente herida.

Riley me estudió por un largo momento. Sus ojos verdes estaban evaluando, calculando, y me mantuve quieto bajo su escrutinio. Cualquier cosa que necesitara ver, se lo mostraría. Le mostraría mi puta alma si eso significaba que confiaría en mí, o incluso que me mirara dos veces.

Entonces su expresión cambió, se suavizó ligeramente. *Bien.* Me gustaba eso, joder.

—Está bien —una pausa—. Raro como el demonio, pero bien —otra pausa—. Realmente no eres de por aquí, ¿verdad?

—No. Estamos viajando.

—Mochileando por América —añadió Thessa—. Viendo los lugares de interés. Comiendo la comida local. Tropezando con librerías porque mi hermano no tiene sentido de la diversión y tengo que imponerle cultura.

—Tengo sentido de la diversión.

—Nombra una cosa divertida que hayas hecho en la última década.

Abrí la boca. La cerré. Joder.

Thessa se volvió hacia Riley con una expresión triunfante.

—¿Ves? Trágico.

Los labios de Riley temblaron de nuevo. Me estaba obsesionando con esa casi sonrisa. Quería convertirla en una sonrisa completa, hacerla reír hasta que no pudiera respirar.

—Bueno —dijo ella—, si estáis buscando diversión en Lysmont, estáis en el lugar equivocado. Este pueblo es básicamente una comunidad de jubilados con una estación de esquí adjunta.

—Tú vives aquí —dije—. No puede ser tan malo.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, demasiado honestas para los estándares humanos con una persona que acabas de conocer. Maldición.

Riley parpadeó, un ligero rubor se extendió por sus mejillas. Antes de que pudiera responder, un hombre se aclaró la garganta detrás de ella.

Mi atención se dirigió hacia él inmediatamente.

Todo en él era mediocre, ni siquiera su ropa cara que no encajaba del todo con su energía lograba ocultar la simplicidad de su presencia. Olía ligeramente a Riley, no íntimamente, gracias a la diosa, sino como las personas que pasan tiempo juntas. Que están cerca una de otra a menudo.

Mi lobo lo miró una vez y decidió: enemigo.

—Hora de cerrar —dijo el hombre, sonriendo de una manera que no llegaba a sus ojos—. Riley necesita descansar. Comprad un libro, ella lo firmará, y podréis seguir vuestro camino.

Había posesión en su voz, propiedad. No me estaba pidiendo que me fuera, me lo estaba ordenando, despidiéndome de la presencia de Riley como si tuviera el derecho.

Miré fijamente al hombre. Realmente lo observé.

Este era el que la había lastimado, el que dejó esa marca en su cara. No tenía pruebas, pero mi lobo simplemente lo sabía. La manera en que se paraba demasiado cerca de Riley, cómo sus hombros se habían tensado. La forma en que ella no lo miraba y trataba de hacerse pequeña.

Mis garras presionaron contra las yemas de mis dedos y mi visión se tiñó de ámbar en los bordes. El gruñido que se formaba en mi pecho era cada vez más difícil de suprimir. Quería matar a este hombre. Quería transformarme aquí mismo en esta librería, inmovilizarlo contra el suelo y arrancarle la garganta con mis dientes. Mi lobo estaba entonando una plegaria: mátalo, mátalo, hazle pagar por tocar lo que es nuestro.

—Todavía estoy hablando con ella —dije. Mi voz salió fría y mortalmente calmada.

La sonrisa del hombre se tensó.

—El evento ha terminado.

La mano de Thessa aterrizó en mi brazo. Un recordatorio de que estábamos en público, que no podía asesinar humanos en librerías por mucho que lo merecieran.

En lugar de eso, metí la mano en mi bolsillo, saqué un billete de cien dólares y lo golpeé sobre la mesa con más fuerza de la estrictamente necesaria.

—Dos copias —dije, agarrando libros sin mirarlos. Mis ojos encontraron los de Riley, manteniendo su mirada—. ¿Necesitas más?

La pregunta estaba dirigida al hombre pero la miraba a ella. Preguntándole si necesitaba más. Más dinero, más protección, más cualquier cosa.

Ella parpadeó, la sorpresa cruzando su rostro.

—Eso es demasiado.

El hombre tomó el dinero.

—Es genial. Gracias.

Mi lobo quería arrancarle la mano de un mordisco a la altura de la muñeca.

—Damien, eso no es... —comenzó Riley, pero Thessa ya me estaba arrastrando hacia la puerta, su agarre insistente.

—¡Vale! ¡Encantados de conocerte! ¡Definitivamente volveremos! ¡Adiós!

Mis pies se arrastraron contra el suelo. Cada instinto me gritaba que me quedara, que protegiera, que nunca dejara a Riley fuera de mi vista. ¿Mi pareja estaba en la misma habitación que el hombre que la había lastimado, y se suponía que yo debía alejarme?

Pero Thessa era más fuerte de lo que parecía, y determinada. Logró llevarme hasta la puerta, pero justo antes de que se cerrara detrás de mí, miré hacia atrás y encontré los ojos de Riley.

—Nos vemos pronto —dije. Salió como una promesa, un voto. La cosa más inevitable del mundo.

La puerta se cerró, y de inmediato comencé a extrañarla.

Me quedé en la acera, con el pecho agitado, las manos temblando por el esfuerzo de no volver adentro.

—Qué demonios —respiró Thessa, mirándome con ojos enormes—. ¿Qué demonios fue eso?

—La encontré —mi voz no sonaba como la mía. Era áspera y destrozada—. Encontré a mi pareja.

La boca de Thessa se abrió. Por un largo momento, solo me miró fijamente, procesando. Luego su rostro se transformó en la sonrisa más grande y encantada que jamás había visto.

—Oh, Dios mío —ahora estaba saltando sobre sus pies, prácticamente vibrando de emoción—. Oh, Dios mío. Encontraste a tu pareja en una librería humana —agarró mi brazo, sacudiéndolo—. Ella escribe libros de lobos, Ky. Tu pareja escribe historias de apareamiento sobre lobos. La diosa tiene un gran sentido del humor.

Yo no estaba riendo. Estaba demasiado ocupado mirando la puerta de la librería, calculando cuánto tiempo tenía que esperar antes de volver a entrar.

—Ese hombre —dije en voz baja—. Damien.

La sonrisa de Thessa se desvaneció.

—¿Qué pasa con él?

—La lastimó —las palabras salieron planas, frías. El tipo de calma que precede a la violencia—. Es el que le marcó la cara.

Thessa se quedó inmóvil. Me había visto en batalla, así que sabía de lo que era capaz.

—Ky —dijo con cuidado—. No podemos simplemente matarlo.

—Lo sé —no aparté la mirada de la puerta—. Todavía no.

—Pero vas a...

—Voy a averiguar todo sobre él. Dónde vive, a quién conoce, qué le importa —finalmente me volví para mirar a mi hermana. Mis ojos seguían siendo ámbar, mi lobo todavía demasiado cerca de la superficie—. Y luego voy a destruirlo.

Thessa me estudió por un momento.

Luego asintió una vez.

—De acuerdo. Estoy dentro.

—No tienes que...

—Él lastimó a tu pareja, Ky. Eso lo hace personal —enlazó su brazo con el mío y comenzó a arrastrarme calle abajo—. Pero primero, necesitamos un plan. No puedes simplemente acechar afuera de su librería como un espeluznante.

—No iba a acechar.

—Estabas absolutamente a punto de acechar. Podía ver el acecho formándose en tu cerebro.

—Cállate.

Thessa resopló.

—Tendrás que hacerlo mejor que eso si quieres cortejarla. A los humanos no les gusta ser acosados. Lo llaman acoso y hacen que intervengan las autoridades.

—No la estoy acosando.

—¿Cuál es su dirección?

—Todavía no lo sé.

—Todavía. Dijiste todavía. Eso implica que estás planeando averiguarlo.

—Por supuesto que planeo averiguarlo. Es mi pareja. Necesito saber dónde vive para poder protegerla.

—¿Desde la distancia? ¿Sin su conocimiento? ¿Mientras la observas a través de las ventanas?

Cuando lo ponía así, sí sonaba algo preocupante.

—Primero la saludaré —rectifiqué—. Luego la protegeré.

—Eso no hace que el acoso sea correcto, idiota. Además, le gruñiste «pareja» y le preguntaste quién la había lastimado a los treinta segundos de conocerla. No creo que haya ido bien.

Tenía razón. Mi primera impresión había sido menos que ideal.

Caminamos en silencio por un momento. Mi mente ya estaba agitándose, planeando, estrategizando. Necesitaba ver a Riley de nuevo. Pronto. Necesitaba averiguar más sobre Damien y cómo eliminarlo de su vida permanentemente. Y realmente necesitaba entender por qué mi pareja tenía un moretón en la cara y una mirada atormentada en los ojos.

—Leeré todos sus libros para aprender sobre ella. Lo que piensa sobre las parejas y los vínculos.

—¡Sí! —Thessa se estaba emocionando ahora, su mente estratégica comprometiéndose—. Si ya está abierta a la idea de que los lobos existen...

—Entonces no huirá cuando le digamos que somos de otro reino —la esperanza parpadeó en mi pecho—. Podría aceptar el vínculo más fácilmente.

—O podría pensar que estás loco y llamar a las autoridades.

—Siempre la optimista.

—Alguien tiene que equilibrar tu intensa energía taciturna —dimos la vuelta a una esquina, y me permití una última mirada hacia la librería. Thessa dio una palmada en mi brazo alegremente—. Vamos a casa por ahora. Tengo la sensación de que estaremos aquí por un tiempo.

Tenía razón.

Iba a estar aquí durante el tiempo que fuera necesario. El tiempo que hiciera falta para ganarme la confianza de Riley, conquistar su corazón y eliminar cada amenaza para su felicidad.

Empezando por Damien.

La misión podía esperar. La investigación del portal podía esperar. *Todo* podía esperar. Había encontrado a mi pareja, y nada más importaba.

3

— • —

Riley

Mi apartamento era una caja de zapatos.

Una caja de zapatos pequeña y apretada sobre una tienda de tatuajes, y la amaba con el tipo de afecto reservado para cosas que no puedes permitirte reemplazar. Las paredes eran lo suficientemente delgadas como para escuchar el zumbido de las máquinas de tatuar durante el horario comercial. La calefacción era temperamental en el mejor de los casos, hostil en el peor. La ducha tardaba siete minutos en calentarse, lo que significaba siete minutos de estar desnuda en mi baño cuestionando cada elección de vida que me había llevado hasta aquí.

Y había una mancha misteriosa en el techo a la que había llamado Gerald en lugar de investigarla. Gerald había estado allí cuando me mudé y probablemente estaría allí mucho después de que me fuera. Teníamos un entendimiento.

Pero el apartamento era mío. El único lugar al que Damien ya no tenía llave, no desde que cambié las cerraduras hace seis meses después de que apareciera borracho a las dos de la mañana, golpeando mi puerta y exigiendo que lo dejara entrar. Los chicos de

la tienda de tatuajes tuvieron que escoltarlo fuera. Dom parecía listo para arrojarlo por las escaleras.

Fingí no estar decepcionada cuando no lo hizo.

Me quité los zapatos de una patada, dejé caer mi bolso en el suelo y me desplomé boca abajo en mi sofá de segunda mano. Los cojines olían ligeramente al spray de tela de lavanda que usaba para enmascarar el olor de lo que sea que el propietario anterior hubiera estado haciendo en este sofá que ni siquiera el mejor equipo de limpieza pudo quitar. No quería saberlo. Algunos misterios era mejor dejarlos sin resolver.

La firma había terminado. Sobreviví. Damien probablemente estaba planeando mi muerte en alguna parte, pero ese era un problema para la Riley del Futuro. La Riley del Presente iba a quedarse aquí y disociarse hasta que su cerebro dejara de reproducir el sonido de su mano golpeando mi cara.

Mi teléfono vibró. Luego vibró de nuevo. Luego comenzó a vibrar continuamente porque aparentemente mi chat grupal había decidido que ahora era el momento del caos.

Lo saqué y entrecerré los ojos mirando la pantalla.

PÁGINAS ACHISPADAS Y BESOS DE MEDIANOCHE (el círculo íntimo)

Jade: RILEY ¿CÓMO FUE?

Jade: ¡¡Tuvimos que irnos antes del final!!

Jade: Margo tuvo una llamada de emergencia de un cliente y nos arrastró a todas con ella

Margo: "Emergencia" es generoso. El hombre quería saber si podía esconder su barco de su esposa.

Sloane: ¿Puede hacerlo?

Margo: ¿Legalmente? No. ¿Creativamente? También no. Es un idiota.

Sloane: ¿Qué tipo de barco?

Margo: ¿Por qué importa eso?

Sloane: Solo tengo curiosidad sobre el alcance de su estupidez.

Margo: Un yate. Quería esconder un yate.

Sloane: ¿DE SU ESPOSA?

Margo: A nombre de su hermano. Como si ella no se fuera a dar cuenta.

Sloane: Los hombres son absolutamente inútiles, lo juro por dios

Jade: COMO SEA, ¿podemos centrarnos??? Riley, ¿cómo fue el resto de la firma??

Miré fijamente mi teléfono. ¿Cómo empezaba siquiera a explicar lo que sucedió después de que se fueron? ¿Un extraño rubio de un metro noventa entró y me llamó "compañera" y sentí *muchas* cosas por todo mi cuerpo?

Solo cosas normales de un martes.

Riley: Fue... mucho.

Sloane: Define "mucho".

Riley: Damien fue Damien. Lo manejé.

Margo: ¿"Lo manejé" cómo?

No creo que todas ellas vieran la escena, así que se la expliqué.

Riley: Puede que lo haya provocado para que me abofeteara y luego hice que mi mejilla se pusiera más roja para que todos lo vieran.

Jade: RILEY. ¿POR ESO ESTABA ROJO?

Sloane: Voy a asesinarlo, joder

Sloane: Tengo acceso a agujas y tinta. Puedo hacer que parezca un accidente.

Margo: Así no es como funcionan los accidentes.

Sloane: No conoces mis métodos.

Jade: ¿Pero estás bien?? ¿Como realmente bien??

Riley: Estoy bien. Ni siquiera fue tan fuerte. Más shock y rabia que dolor.

Sloane: Eso no lo hace MEJOR

Margo: Tiene razón. Eso sigue siendo agresión. Puedo recomendarte un amigo abogado si quieres presentar cargos.

Riley: ¿Con qué pruebas? ¿Mi palabra contra la suya?

Margo: Los testigos vieron tu cara.

Riley: Los testigos me vieron salir con la mejilla roja. Yo misma la hice más roja. Cualquier abogado medianamente decente destrozaría eso.

Margo: Odio que tengas razón. A veces odio mi trabajo. Los abogados son malvados

Sloane: Yo sigo votando por el asesinato.

Margo: Anotado. Redactaré la coartada.

Necesitaba cambiar de tema *rápidamente*.

Riley: También un extraño australiano guapo apareció al final y me llamó "mate".

El chat quedó en silencio durante aproximadamente tres segundos, luego explotó.

Jade: ¿QUÉ?

Sloane: ¿DISCULPA?

Margo: Voy a necesitar que elabores inmediatamente.

Jade: ¿¿¿GUAPO???

Jade: ¿¿¿AUSTRALIANO???

Jade: ¿¿¿¿MATE???? ¿como pareja de hombre lobo como en tus libros o solo el amistoso "eh, colega"??!

Me encontré sonriendo a pesar de todo mientras escribía la historia. La mujer rubia, Thessa, que era amable y extraña. El hombre que entró después de ella, alto e intenso y mirándome como si yo fuera lo único en el universo que valía la pena ver. La forma en que dijo *mate* como si significara más que la explicación de jerga australiana que ofreció su hermana.

Sloane: Entonces, déjame ver si lo entiendo. ¿Un extraño guapo entró en tu firma y te miró como si quisiera devorarte?

Riley: Eso es... un resumen preciso, sí.

Jade: ¡Esto es un LIBRO! ¡¡Estás viviendo en un libro!! ¡¡TU libro!! Estoy tan celosa ahora mismo

Margo: O un documental de crímenes reales. Podría ser cualquiera de las dos.

Riley: Gracias por eso, Margo.

Margo: Soy realista.

Jade: ¿Qué tan guapo estamos hablando? Escala del uno al diez?

Riley: No lo sé. ¿Once? ¿Doce? Era realmente alto.

Sloane: La altura no es un rasgo de personalidad.

Riley: Lo es cuando mides 1,68 y él literalmente tiene que agacharse para pasar por las puertas.

Jade: AGACHÁNDOSE PARA PASAR POR LAS PUERTAS

Jade: Riley, este es el novio de tus libros hecho realidad

Jade: ¿¿Qué más?? ¿¿Qué dijo?? ¿¿Te pidió tu número??

Riley: Preguntó quién me había lastimado cuando vio mi mejilla.

Sloane: ...vale, eso es sexy

Margo: Eso es preocupante. No te conoce. ¿Por qué le importaría?

Jade: PORQUE ES ROMÁNTICO, MARGO

Margo: Es una bandera roja, eso es lo que es.

Sloane: A veces las banderas rojas son sexys

Jade: Y algunas de nosotras somos daltónicas de todos modos, así que

Margo: Así es como la gente termina en Dateline

Riley: Su hermana dijo que es de Australia. La cosa de "mate" es solo jerga allí, aparentemente.

Jade: ¿Le crees?

Riley: No lo sé. ¿Tal vez? Aunque sonó diferente. Más intenso.

Sloane: ¿Intenso cómo?

Riley: ¿Como si significara algo específico? No sé cómo explicarlo.

La conversación derivó en teorías sobre el misterioso extraño. Jade pensaba que era un multimillonario secreto, posiblemente de la realeza, definitivamente destinado a barrerme de mis pies. Margo pensaba que era o un acosador o una alucinación provocada por el estrés y sugirió que invirtiera en gas pimienta. Sloane reservó su juicio pero exigió que le enviara un mensaje de texto inmediatamente si él aparecía de nuevo, junto con su altura, peso y cualquier característica identificativa que pudiera ayudarla a encontrarlo si resultaba ser un problema.

Eventualmente, el chat cambió a la logística del club de lectura del jueves.

Jade: ¡Yo traeré la tabla de quesos!

Margo: Vodka. Obviamente. Voy a traer tres botellas.

Sloane: Yo me traeré a mí misma. Eso ya es suficiente regalo.

Riley: Publicaré en la página principal mañana. El tema es "intereses amorosos moralmente ambiguos que cometerían asesinato por ti". Parecía apropiado.

Margo: El arte imita la vida.

Jade: ¡¡O la vida imita al arte!! ¡¡TAL VEZ APAREZCA DE NUEVO!!

Sloane: Jade, por favor.

Jade: ¡¡Una chica puede soñar!!

Dejé el teléfono, sintiéndome más ligera de lo que había estado todo el día. Ahora solo necesitaba comida, dormir y dejar de pensar en ojos grises que destellaron ámbar bajo la luz de la librería.

Esa última parte iba a ser un problema.

***

Una hora después, me di cuenta de que no tenía nada que comer excepto un frasco de pepinillos, comida china sobrante cuestionable que podría calificar como un experimento científico, y media caja de galletas rancias.

Mi frigorífico era un cementerio de buenas intenciones y yogur caducado. Abrí la puerta y miré el contenido como si pudieran transformarse mágicamente en una comida si creía lo suficiente. No lo hicieron.

Consideré simplemente no comer. El despecho y la cafeína me habían sostenido hasta ahora. Básicamente estaba funcionando con humos y terquedad en este punto. Añadir comida a la mezcla podría alterar el delicado equilibrio.

Pero mi estómago gruñó lo suficientemente fuerte como para hacer eco en Gerald, la mancha del techo, así que supermercado sería.

Agarré mi chaqueta, metí mis pies de nuevo en mis zapatos y salí al aire nocturno. La tienda de tatuajes todavía estaba abierta abajo, el zumbido de las máquinas era audible a través del suelo. Saludé con

la mano a Marco a través de la ventana mientras pasaba. Estaba trabajando en la espalda de alguien, un dragón masivo que se envolvía alrededor de sus omóplatos. Él asintió en reconocimiento sin levantar la vista.

La tienda de comestibles estaba a tres manzanas de distancia, un pequeño negocio familiar que había sobrevivido de alguna manera a la llegada de las grandes cadenas por pura fuerza de obstinación. La señora Kim había sido la dueña durante cuarenta años. Conocía el nombre de todos, los asuntos de todos y la marca preferida de cereales de cada uno. También juzgaba tus compras silenciosa pero minuciosamente. Una vez compré tres pintas de helado y una caja de vino, y me miró como si pudiera ver directamente dentro de mi triste alma soltera.

Esta noche agarré lo esencial: pan, huevos, queso, una pizza congelada y una pinta de helado que absolutamente no necesitaba pero que absolutamente merecía. La señora Kim levantó una ceja ante el helado pero no dijo nada. Pequeñas misericordias.

El cajero era un adolescente aburrido que no hacía contacto visual, lo cual era mi tipo favorito de interacción humana. Sin charlas triviales, sin preguntas, solo *bip, bip, bip, aquí está tu total, adiós.*

Perfecto.

Lysmont de noche era tranquilo. Las calles se vaciaban después del anochecer, la gente se retiraba a sus casas como si el pueblo tuviera un toque de queda que nadie me había mencionado. Había recorrido esta ruta aproximadamente cuatrocientas veces. Conocía cada grieta en la acera, cada farola parpadeante, cada esquina donde los gatos del vecindario se congregaban para juzgar a los transeúntes con sus ojos inmóviles.

Estaba a tres manzanas de casa cuando lo sentí.

Ojos sobre mí.

El cosquilleo comenzó en la nuca. Alguien me estaba observando.

Seguí caminando, pero aceleré el paso. Cambié las bolsas de la compra a un brazo, liberando el otro para buscar mis llaves. El peso del helado de repente se sentía como una responsabilidad. ¿Podría usar una pinta de helado de menta con trocitos de chocolate como arma? Probablemente no de manera efectiva. Tal vez si lo lanzaba con fuerza, apuntando a la cara, con suerte. Mierda.

Iba a morir sosteniendo una pinta de helado. Eso iba a estar en mi obituario. "Riley Hawkins, 28 años, abatida en la flor de la vida mientras llevaba productos lácteos congelados. Le sobreviven sus plantas de interior, la mayoría de las cuales también mató".

Miré por encima de mi hombro, tratando de ser sutil...

Nada. La acera estaba vacía, y solo había un gato en una valla, mirándome con el silencioso juicio que solo los felinos podían reunir.

Bien. Estaba siendo paranoica. La amenaza de Damien estaba resonando en mi cabeza, haciéndome ver peligro en las sombras.

Doblé la esquina hacia mi calle y escuché pasos detrás de mí.

Vale. Eso no era paranoia. Definitivamente eran pasos. Pesados, moviéndose más rápido que un paseo casual, con un ritmo inadecuado para alguien que simplemente caminaba a casa. Demasiado constante para un corredor, demasiado deliberado para ser una coincidencia.

Mi ritmo cardíaco se disparó. Mi apartamento estaba a media manzana, y la tienda de tatuajes aún estaría abierta. Dom, Marco y Vinnie estarían allí, cerrando por la noche, y me ayudarían.

Los pasos se acercaban. Abandoné toda pretensión y corrí.

Mis bolsas de la compra se balanceaban salvajemente. Oí cómo los huevos se rompían dentro de la bolsa, la yema extendiéndose por todas partes, y mentalmente me despedí de mis planes de desayuno. El helado probablemente también se estaba destruyendo. Descansa en paz, helado de menta con chocolate. Merecías algo mejor.

Corrí los últimos treinta metros, abrí de golpe la puerta de Ink & Iron, y prácticamente me lancé dentro.

La campana sobre la entrada repiqueteó violentamente. Tres hombres enormes levantaron la mirada de lo que parecía ser una partida muy seria de póker.

Dom, de un metro noventa y tres con la cabeza rapada y más tatuajes que piel visible, levantó una ceja. —¿Estás bien, cariño?

Marco, un poco más bajo con una barba que podría albergar una familia de pájaros, ya estaba de pie y alcanzando lo que definitivamente no era una máquina de tatuar detrás del mostrador. No pregunté qué era. No quería saberlo.

Vinnie, el más joven con ojos de cachorro que no coincidían con sus intimidantes tatuajes en los brazos, parecía genuinamente alarmado. —¿Riley? ¿Qué pasó?

—Alguien... —jadeé, con el pecho agitado, las bolsas de la compra colgando patéticamente de mis brazos—. Alguien me estaba siguiendo. Pasos. Acercándose.

Los tres hombres intercambiaron el tipo de mirada que decía que estaban a punto de cometer un delito y sentirse justos al respecto.

Dom se movió hacia la puerta con el propósito tranquilo de un hombre que había hecho esto antes. Salió, escaneando la calle con facilidad.

Pasó un largo momento.

Me quedé allí recuperando el aliento, muy consciente de que probablemente parecía un desastre. Pelo escapando de mi moño, mejilla todavía ligeramente roja, bolsas de la compra goteando lo que esperaba fuera solo huevo y no también el helado. Mis manos temblaban y mi corazón seguía latiendo con fuerza.

Dom volvió a entrar, su expresión oscilando entre divertida y desconcertada.

—No hay nadie allá fuera, cariño.

Parpadee. —¿Qué?

—La calle está vacía. Solo un tipo rubio alto revisando su buzón al otro lado de la calle, la señora Patterson paseando a su perro y ese gato naranja gordo del callejón —hizo una pausa—. Aunque el gato parecía sospechoso. Ojos muy escurridizos.

Me quedé en medio de la tienda de tatuajes, con las bolsas aún apretadas contra mi pecho, sintiéndome como una completa idiota. Pero el miedo era real. Los pasos eran *reales*.

¿No es así?

Marco resopló, dejando cualquier arma que hubiera agarrado detrás del mostrador. —¿Te asustó el Señor Bigotes?

—No me asustó un gato —protesté, pero mi voz carecía de convicción—. Había pasos. Pasos *humanos*. Pesados.

Vinnie inclinó la cabeza pensativamente. —El Señor Bigotes es bastante pesado. Pesa como nueve kilos. El veterinario dice que necesita hacer dieta.

—Un gato no suena como un hombre adulto caminando.

—Te sorprenderías —dijo Dom, acomodándose de nuevo en su silla en la mesa de póker—. Ese gato suena como un linebacker cuando persigue a una ardilla.

Quería discutir, pero honestamente, estaba demasiado cansada. La adrenalina se estaba disipando, dejándome temblorosa y agotada, y estaba parada en una tienda de tatuajes a las nueve de la noche sosteniendo una bolsa de comestibles arruinados. Esta era mi vida ahora. Esta era la glamurosa existencia de una autora publicada.

—Solo voy a... —hice un gesto vago hacia las escaleras en la parte trasera que conducían a mi apartamento—. Necesito guardar mis compras.

—Necesitas sentarte —corrigió Dom—. Estás pálida como un fantasma y estás temblando.

—No estoy... —miré mis manos. Definitivamente estaban temblando —. Bueno, quizás un poco.

Marco sacó una silla en la mesa de póker. —Siéntate. Te incluiremos en la partida.

—No sé jugar al póker.

—Perfecto. Dinero fácil para nosotros.

Vinnie ya estaba tomando mis bolsas de la compra, mirando dentro con preocupación. —Tus huevos definitivamente están rotos. Como, destrozados. Hay yema por todas partes —hizo una mueca comprensiva—. Y este helado se está ablandando. Lo pondré en el congelador arriba, ¿de acuerdo? Tú mantente tranquila.

—No tienes que...

—Demasiado tarde, ya lo estoy haciendo —desapareció escaleras arriba con mis compras, y me quedé allí sintiendo una extraña

emoción por el gesto.

Lo apreciaba. De verdad. Estos hombres apenas me conocían, pero me habían acogido como a un gato callejero desde el momento en que me mudé al apartamento de arriba. Me vigilaban cuando trabajaba hasta tarde, ahuyentaban a Damien cuando venía borracho, me hacían sentir segura en un mundo que a menudo no lo era.

Así que acabé quedándome durante dos horas.

El juego de póker fue un desastre. Perdí aproximadamente cuarenta dólares en fichas antes de que se apiadaran de mí y cambiaran a una "ronda de enseñanza" que implicaba mucho hacer trampa en mi nombre. Marco "accidentalmente" me mostraba sus cartas. Vinnie tosía ruidosamente cada vez que estaba a punto de hacer una mala jugada. Dom solo gruñía y repartía las cartas con la paciencia de un hombre que había aceptado que enseñarme póker era una causa perdida.

—Tienes la peor cara de póker que he visto jamás —me informó Marco después de que perdiera otra mano—. Sonríes cuando tienes buenas cartas. Cada vez.

—No es cierto.

—Literalmente acabas de hacerlo.

—Esa era una sonrisa diferente. Una sonrisa señuelo.

—No existe tal cosa como una sonrisa señuelo.

—Ahora sí. Yo la inventé —me encogí de hombros.

Marco contó una historia sobre un cliente que quería un tatuaje de la cara de su ex-mujer en su trasero para poder "tirarse pedos sobre ella para siempre". La esposa le había engañado con su hermano.

Pasaron veinte minutos debatiendo si la venganza estaba justificada o era simplemente triste.

—¿Y lo hiciste? —pregunté.

—Claro que sí. Aunque le cobré el doble. Pago por peligrosidad.

Vinnie me mostró fotos de su nuevo cachorro, un pequeño Pomerania llamado Brutus que pesaba un kilo y ya había destruido dos pares de zapatos, un cojín del sofá y la voluntad de vivir de Vinnie. —Tiene mucha ira para un cuerpo tan pequeño —dijo Vinnie con orgullo—. El veterinario dice que necesita entrenamiento de comportamiento. Yo digo que solo se está expresando.

—Mordió al cartero —dijo Marco.

—El cartero estaba en nuestra propiedad.

—Estaba entregando correo. Ese es su trabajo.

—Brutus no sabe eso. No entiende el capitalismo.

Dom pidió comida china en algún momento, declarando que "no podía ver cómo sobrevivía con helado de supermercado y huevos rotos como una especie de duende desastroso". Me habría ofendido si no tuviera completamente razón.

Para cuando finalmente me dirigí arriba, casi había olvidado los pasos. Casi.

Los chicos insistieron en acompañarme hasta mi puerta, aunque literalmente solo era subir un tramo de escaleras conectadas a su edificio. Dom hizo un gran espectáculo revisando el pasillo en busca de "felinos peligrosos". Marco gruñó y me dijo que cerrara la maldita puerta. Vinnie me abrazó, lo que fue incómodo porque estaba construido como un refrigerador, pero también muy dulce.

—Gracias —dije, y lo decía en serio—. Por no hacerme sentir estúpida.

—No eres estúpida —dijo Dom—. Eres cuidadosa. Eso es inteligente. Mejor correr por nada que no correr por algo.

—Eso es sorprendentemente filosófico.

—Tengo profundidad.

Me reí, les dije buenas noches y finalmente me encerré dentro de mi apartamento.

Me apoyé contra la puerta por un momento, dejando escapar un largo suspiro. Estaba a salvo. Estaba en casa. Todo estaba bien.

Pero no podía quitarme la sensación de que había algo más que un gato ahí fuera, observando desde las sombras, incluso si Dom no encontró a nadie en la calle.

***

Estaba acostada en la cama, recién duchada, con el estómago lleno de comida china.

La ventana estaba entreabierta para dejar entrar el fresco aire nocturno, y los sonidos familiares de Lysmont subían flotando. Tráfico distante, la música de alguien sonando demasiado alto, un perro ladrando a las sombras. El ocasional rugido de un coche pasando.

Debería dormir. Estaba agotada. Mañana tenía que trabajar en mi libro, evitar las llamadas de Damien y de alguna manera pretender que mi vida no era un incendio en cámara lenta.

Pero cada vez que cerraba los ojos, veía ojos grises destellando en ámbar.

¿De qué diablos se trataba *eso*?

La explicación de Thessa tenía sentido. Jerga australiana, hábito extraño, diferencia cultural. Había visto suficientes reality shows internacionales para saber que diferentes países tenían diferentes expresiones. Era totalmente normal. Entonces, ¿por qué seguía pensando en ello? ¿Por qué se sentía... diferente?

Nadie me había llamado "mate" antes. Estaba proyectando. Tenía que ser eso. Escribía romance de hombres lobo para ganarme la vida, y mi cerebro estaba haciendo coincidir patrones, viendo novios de libros en turistas aleatorios que casualmente tenían miradas intensas.

Probablemente solo era raro. La gente rica era rara. Golpeé mi almohada para someterla y forcé a mis ojos a cerrarse.

El sueño finalmente llegó, y soñé con bosques y luz de luna y una voz llamando mi nombre.

Me desperté al amanecer con el corazón acelerado, y cuando miré por mi ventana, solo para comprobar, la calle de abajo estaba vacía. Pero al otro lado de la calle, una sombra se movió. Entrecerré los ojos para ver mejor, pero había desaparecido.

Y por alguna razón, un cerebro somnoliento o cero instintos de supervivencia (quizás los había usado todos antes), no estaba asustada. No como debería haber estado.

4

—•—

Caelan

No estaba acosando a mi compañera.

Estaba realizando vigilancia estratégica. Había una diferencia. El acoso implicaba intención maliciosa, y mi intención era puramente protectora. Benevolente, incluso. Simplemente estaba asegurándome de que la mujer que era la otra mitad de mi alma permaneciera segura mientras continuaba con su vida humana, completamente inconsciente de que un príncipe hombre lobo la estaba observando desde las sombras.

¿Ves? Completamente diferente.

Habían pasado horas desde que dejé la librería, y no había dejado de pensar en ella ni por un segundo. No podía leer, no podía concentrarme en la misión del portal. No podía hacer nada excepto reproducir cada momento de nuestro encuentro en mi cabeza. Su rostro estaba grabado en el interior de mis párpados.

Necesitaba verla de nuevo. Necesitaba asegurarme de que estuviera bien, saber dónde vivía, dónde trabajaba, cómo era su rutina diaria.

Necesitaba averiguar quién era ese hombre y cómo eliminarlo permanentemente de la existencia.

Preocupaciones normales, completamente razonables.

Thessa pensaba que había perdido la cabeza. Probablemente tenía razón.

—¿Sabes —dijo, siguiéndome mientras rastreaba el aroma de Riley por las calles de Lysmont—, aquí, en el mundo humano, esto se considera comportamiento criminal?

—No es criminal. Es minucioso.

—La investigación minuciosa sigue siendo acoso.

—Prefiero el término 'observación dedicada'.

Thessa hizo un sonido que estaba entre una risa y un gemido. —Vas a terminar en una prisión humana. ¿Sabes cómo es una prisión humana? He visto documentales. Es muy desagradable. Monos naranjas, duchas comunales, comida terrible, sin luz natural.

—No voy a ir a prisión.

—Eso es lo que dicen todos los criminales. Justo antes de ir a prisión.

La ignoré. El rastro de olor conducía a un edificio en el borde del centro, una tienda de tatuajes llamada Ink & Iron con un apartamento encima. Mi lobo se calmó ante el descubrimiento, satisfecho de saber dónde vivía ella. Dónde dormía. Dónde podría encontrarla si fuera necesario.

Lo cual no necesitaría hacer. Porque no la estaba acosando.

Solo estaba memorizando la ubicación. Para emergencias.

—Oh, no —dijo Thessa, siguiendo mi mirada hacia la escalera de incendios en el edificio al otro lado de la calle—. Conozco esa mirada. Es tu mirada de 'estoy a punto de hacer algo estúpido'.

—No tengo una mirada.

—Absolutamente tienes una mirada. Padre tiene la misma justo antes de tomar una terrible decisión diplomática. Es genético —entrecerró los ojos hacia mi cara—. La estás usando ahora mismo.

El edificio al otro lado de la calle tenía una escalera de incendios que conducía a una azotea con una línea de visión perfecta hacia las ventanas de su apartamento. No es que estuviera considerando subirla. Eso sería excesivo. Ese sería el comportamiento de alguien que había perdido completamente el control de sus facultades.

La subí.

—¡Caelan! —siseó Thessa desde abajo—. ¡Caelan, baja de ahí! ¡Esto es una locura!

—Vuelve al alquiler —le grité—. Estaré bien.

—¡Te arrestarán!

—Seré discreto.

—¡Eres un hombre de dos metros que está subiendo una escalera de incendios! ¡Eso es lo opuesto a discreto!

Pero ya estaba en la cima, y no iba a bajar. Thessa murmuró una serie de maldiciones en la lengua antigua, declaró que iba a comenzar a investigar los procedimientos de fianza humana y se alejó pisoteando por la calle.

La azotea estaba fría. No me importaba. Desde aquí, podía ver directamente dentro del apartamento de Riley.

Era pequeño. Diminuto, en realidad. Muebles dispares y libros apilados en todas las superficies disponibles, torres de libros de bolsillo amenazando con derrumbarse ante la más mínima brisa. Había una mancha en su techo que parecía vagamente una cara. Su cocina era apenas más grande que un armario. El sofá parecía haber visto mejores décadas.

Y ahí estaba ella.

Riley estaba tumbada boca abajo en ese antiguo sofá, con el teléfono en la mano, ocasionalmente escribiendo algo que la hacía sonreír. Su pelo seguía recogido en ese moño desordenado, el bolígrafo todavía sujetándolo, y se había quitado los zapatos. Cada pocos minutos, cambiaba de posición, golpeaba una almohada o gemía ante algo en su pantalla.

Era magnífica.

Mi lobo gruñó con disgusto ante las modestas acomodaciones. Ella merecía algo mejor. Merecía palacios y lujo y cualquier cosa que su corazón deseara. Merecía sábanas de seda, sirvientes, un reino a sus pies, bibliotecas llenas de libros y ventanas con vistas a jardines en lugar de a un salón de tatuajes. Que era exactamente la vista que tenía desde mi habitación en Duskmere.

Pero no podía simplemente llamar a su puerta y anunciarlo, ¿verdad? «Hola, soy un príncipe hombre lobo de otro reino y tú eres mi compañera destinada. ¿Te gustaría venir a vivir a mi castillo?» Los humanos no respondían bien a ese tipo de cosas. Había estado en este mundo el tiempo suficiente para saber eso. Ellos requerían cortejo, tiempo y *confianza*.

Tampoco podía irme. No podía obligarme a bajar y alejarme. Así que observé, esperé y planeé.

Mi lobo finalmente se calmó por primera vez desde que la había olido, satisfecho solo con estar cerca, con saber que estaba segura.

Solo con respirar aire que llevaba rastros de su aroma.

Por ahora, eso tendría que ser suficiente.

***

Riley dejó su apartamento una hora más tarde, y todo mi cuerpo se puso en alerta.

¿Adónde iba? Estaba oscureciendo. Las calles se estaban vaciando. No debería caminar sola, no cuando ese hombre, Damien, podría estar por ahí en alguna parte. Necesitaba saber más sobre él. Diablos, necesitaba saber *todo,* comenzando con su dirección y terminando con la forma más eficiente de deshacerse de un cuerpo en el mundo humano.

Así que la seguí.

Caminaba con determinación, claramente familiarizada con la ruta. La seguí por las calles, manteniéndome en las sombras, moviéndome con el silencio de un depredador. Mi lobo estaba complacido, disfrutando de la caza incluso mientras mi mente humana insistía en que esto no era una cacería. Era protección, lo que los compañeros hacían el uno por el otro.

El hecho de que ella aún no supiera que era mi pareja era un detalle menor.

Entró en un supermercado y la observé a través de la ventana mientras recorría los pasillos. Me imaginé entrando allí con ella, empujando el carrito mientras ella seleccionaba productos, aprendiendo qué alimentos le gustaban, qué desayunaba, si prefería el café o el té. Quería saberlo todo sobre ella, cada pequeño detalle. Su color favorito, su canción favorita, si dormía boca arriba o de lado. Qué la hacía reír, qué la hacía llorar. Con qué soñaba en las horas tranquilas antes del amanecer.

Mi lobo gimió impaciente, pero me forcé a permanecer oculto. Aún no. No podía simplemente acercarme a ella en un supermercado. Sería inapropiado. Sería...

—Disculpe, joven.

Casi salto de mi piel.

Una anciana estaba de pie junto a mí, apenas llegándome al pecho, observándome con ojos azules acuosos. Llevaba dos bolsas de la compra que parecían demasiado pesadas para su frágil complexión. No tenía idea de cómo había logrado acercarse a mí sin que me diera cuenta. Años de entrenamiento en combate, derrotados por una abuela humana. Mis instructores en Duskmere estarían horrorizados.

—¿Podría ayudarme a cruzar la calle? —preguntó—. Mi cadera ya no es lo que era, y el semáforo cambia muy rápido estos días.

Miré hacia el supermercado. Riley seguía dentro, visible a través de la ventana, examinando una tarrina de helado con demasiada deliberación. Seguía cogiendo diferentes sabores, leyendo las etiquetas, volviéndolos a colocar. ¿Era esta una decisión que requería seria consideración? ¿Tenían los humanos relaciones complejas con los postres congelados?

—Yo... —Debería haber dicho que no. Debería haberme mantenido concentrado en mi vigilancia.

Pero el rostro de la anciana decayó ligeramente.

—Oh, está bien, querido. Seguro que puedo arreglármelas. Solo pensé...

—No. —La palabra salió con demasiada fuerza. Suavicé mi voz, canalizando el entrenamiento diplomático que mi madre me había inculcado desde la infancia—. No, puedo ayudarla. Permítame.

Tomé sus bolsas con una mano, no pesaban nada para mí, y le ofrecí mi brazo con la otra. Ella me sonrió radiante como si acabara de ofrecerle la luna.

—¡Qué caballero! No se ve mucho de eso últimamente. Los jóvenes de hoy siempre van con tanta prisa. Sin tiempo para la cortesía común. Sin tiempo para ayudar a una anciana con sus compras. —Me dio unas palmaditas en el brazo—. Mi difunto esposo era como tú. Un hombre grande. Fuerte. Siempre ayudando a la gente, lo pidieran o no.

Comenzamos el dolorosamente lento viaje cruzando la calle. El paso de peatones parecía tener aproximadamente siete millas de largo. Seguía mirando hacia el supermercado, aterrorizado de que Riley saliera mientras yo estaba atrapado escoltando a esta pequeña humana a un ritmo que haría impaciente a un caracol.

—¿Eres de por aquí? —preguntó la mujer.

—No. Estoy de visita.

—Qué encantador. Lysmont es un buen pueblo. Tranquilo. Buena gente. Un poco aburrido, si me preguntas, pero seguro. —Me miró de reojo—. ¿Negocios o placer?

Pensé en Riley. En su sonrisa, su ingenio, el fuego en sus ojos cuando pronunció mal mi nombre. En cómo todo mi mundo había cambiado en el momento en que vi su rostro.

—Placer —dije—. Definitivamente placer.

La mujer asintió con complicidad.

—Una chica, entonces. Siempre lo puedo notar. Tienes esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La de tonto. Los hombres la tienen cuando están enamorados. Mi Harold tuvo esa mirada durante cuarenta y siete años, que Dios lo bendiga. No podía ocultarme nada. No podía mentir ni para salvar su vida. —Soltó una risita—. Eso le hacía un terrible jugador de póquer pero un maravilloso esposo.

No sabía cómo responder a eso, así que simplemente seguí caminando.

—¿Es guapa? —preguntó la mujer.

—Ella es... —Busqué palabras que pudieran capturar a Riley. Guapa parecía insuficiente. Hermosa parecía inadecuado—. Ella lo es todo.

La mujer sonrió, suave y conocedora.

—Así es como Harold solía describirme. Nunca dejó de decirlo. —Me dio unas palmaditas en el brazo de nuevo—. Trátala bien, ¿me oyes? A las mujeres les gusta eso, y si no tratas bien a esa chica, ella encontrará a alguien que lo haga.

Casi gruñí ante eso.

—Lo haré.

—Y no seas cobarde al respecto. Dile lo que sientes. La vida es demasiado corta para los quizás.

Finalmente llegamos al otro lado de la calle, y deposité a la anciana a salvo en la acera con sus bolsas. Me agradeció profusamente y me dio una palmadita en la mejilla con una mano apergaminada, diciéndome que «fuera con mi todo».

Así que lo hice. Miré hacia el supermercado justo a tiempo para ver a Riley saliendo por las puertas con sus bolsas.

Reanudé mi observación desde una distancia segura, nada espeluznante, como diría Thessa.

Estábamos a tres manzanas de su apartamento cuando empezó a caminar más rápido.

Fruncí el ceño. Su postura había cambiado. Hombros tensos, girando ligeramente la cabeza como si comprobara detrás de ella. Había notado algo...

Me había notado a *mí*.

Mi lobo se pavoneó con la conexión, complacido de que ella pudiera sentir su presencia incluso sin saber qué estaba sintiendo. El vínculo de pareja ya se estaba formando, ya la estaba atrayendo hacia mí, aunque ella no entendiera por qué.

Pero mi cerebro humano intervino con una realización muy importante.

La estaba asustando.

Creía que estaba siendo seguida por una amenaza, no por mí. Su pareja, su *protector*. La persona que moriría antes de permitir que algo la lastimara. Ella no lo sabía. Todo lo que sabía era que unos pasos se acercaban en la oscuridad.

Mierda.

Debería retroceder. Debería ir más despacio, dejar que se adelantara, darle espacio. Eso es lo que haría una persona racional.

En cambio, mi pie tropezó con una grieta elevada en la acera y trastabillé. No gravemente, solo lo suficiente para hacer ruido. Para hacer que unos pasos evidentemente humanos resonaran en la calle silenciosa.

Riley comenzó a correr.

Mi lobo gimió, angustiado y culpable. No pretendíamos asustarla... En ese momento, mi teléfono vibró. Thessa.

Thessa: Te estoy observando desde el otro lado de la calle. ¿Acabas de tropezar?

Thessa: ¿ACABAS DE TROPEZAR Y ASUSTAR A TU PAREJA HASTA HACERLA CORRER?

Thessa: Esta es la peor vigilancia que he presenciado jamás

Thessa: Y una vez vi al tío Brennan intentar espiar al embajador de Noctherion

¿Así que yo estaba siguiendo a Riley, y Thessa me estaba siguiendo a *mí*? Me habría reído de este desastre si no estuviera estresado hasta la médula por haber asustado a mi pareja. Vi a Riley entrar corriendo por la puerta de la tienda de tatuajes en la planta baja, desapareciendo en el interior, y me quedé parado en las sombras sintiéndome como el peor tipo de monstruo.

Thessa: Está dentro. Está a salvo. Ahora LÁRGATE DE AHÍ antes de que alguien te vea

Me retiré a un callejón al otro lado de la calle, apretándome contra las sombras. Observé a través de la ventana de la tienda de tatuajes cómo tres hombres corpulentos rodeaban inmediatamente a Riley. Uno de ellos salió, escaneó la calle, y contuve la respiración.

Me moví hacia un buzón, fingiendo inspeccionarlo con gran interés, orientando mi cuerpo lejos de la tienda. El hombre me miró directamente, pero su mirada pasó sin reconocimiento. Los humanos tenían una visión nocturna terrible, y yo solo era un tipo comprobando su correo. Nada sospechoso en absoluto.

Volvió a entrar. Me retiré más profundamente en las sombras.

Thessa: ¿Acabas de fingir que comprobabas un buzón?

Caelan: Funcionó.

Thessa: Parecías un hombre que nunca ha visto un buzón antes.

Thessa: Me voy a casa de verdad ahora. Estás por tu cuenta. No dejes que te arresten.

Observé a Riley pasar las siguientes dos horas en la tienda, jugando a las cartas con los hombres, relajándose lentamente. Recuperó el color. Sus manos dejaron de temblar. Se rió de una historia que uno de ellos contó, iluminándose todo su rostro con genuina diversión, y quise saber qué era tan gracioso. Quería ser yo quien la hiciera reír.

Esto era bueno, sin embargo. Tenía personas que se preocupaban por ella. Que la protegían.

Pero no eran *yo*, y eso me jodía bastante. *Yo* quería ser quien cuidara de ella y sus necesidades.

***

A la mañana siguiente, Thessa me encontró en nuestro apartamento alquilado, rodeado de notas adhesivas.

—¿Qué demonios? —dijo desde la puerta.

No levanté la mirada. Estaba en la página ciento cuarenta y siete del libro de Riley, y tenía preguntas. Muchas preguntas. Las notas adhesivas estaban codificadas por colores: amarillas para «cosas que aparentemente hacen los humanos durante el cortejo», rosas para «cosas que parecen anatómicamente improbables», azules para «preguntas sobre la precisión lobuna» y verdes para «escenas que hicieron que mi lobo perdiera la cabeza».

Había muchas notas verdes.

—Tiene talento —dije, sin dejar de leer—. La profundidad emocional de la protagonista es notable. Y la obsesión del alfa se retrata con matices. Aunque tengo dudas sobre la mecánica de los ciclos de celo.

Thessa se acercó y miró mis notas. Sus cejas se elevaron hacia su línea del cabello.

—¿Has anotado todo su libro?

—Estoy en el capítulo doce.

—Hay notas adhesivas en cada página.

—Tengo observaciones.

Thessa recogió una nota rosa. La leyó. Su cara hizo una complicada serie de expresiones que no pude interpretar.

—Escribiste «verificar con Thessa si a las hembras humanas realmente les gusta esto».

—¿Y bien? ¿Les gusta?

—No voy a responder a eso.

—Es una pregunta legítima. La anatomía parece...

—No voy a responder a eso.

Finalmente levanté la mirada. Mis ojos probablemente estaban salvajes, mi cabello despeinado de tanto pasarme las manos repetidamente, y estaba bastante seguro de que me olvidé de cenar. Y desayunar. Posiblemente almorzar, no lo sabía.

—Necesito entenderla, Thessa. Necesito entender cómo piensa, qué quiere, qué la hace feliz. Este libro es una ventana a su mente. Ella escribió cada palabra aquí. Está lleno de sus deseos, sus fantasías. —Señalé el libro con reverencia—. Esta es la cosa más íntima que alguien ha compartido conmigo.

Thessa me miró por un largo momento. Luego se sentó frente a mí, acercó el libro hacia ella y comenzó a hojearlo.

—De acuerdo —dijo lentamente—. Veo lo que estás haciendo. Es completamente descabellado, pero lo entiendo. —Se detuvo en una página con tres notas adhesivas verdes—. Esta escena tiene una nota que solo dice «SÍ» en mayúsculas.

—Es una buena escena.

—Es una escena de sexo.

—Es una escena *muy* buena.

Thessa cerró el libro y me lo devolvió.

—Necesitas hablar con ella de verdad, Ky. Leer su libro no es lo mismo que conocerla.

—Lo sé. —Saqué mi teléfono y le mostré la pantalla—. Por eso encontré su club de lectura.

En la pantalla había una página de redes sociales: Páginas Achispadas y Besos de Medianoche. Había una publicación anunciando la reunión del jueves en un bar de vinos. El tema era intereses amorosos moralmente ambiguos que cometerían asesinato por ti.

Yo absolutamente cometería asesinato por Riley. Ya estaba planeando varios.

—Vas a colarte en su club de lectura —dijo Thessa sin inflexión.

—Voy a *asistir* a su club de lectura. Legalmente. Está abierto al público.

—Vas a aparecer con tu copia llena de anotaciones y tu energía obsesiva, y ella va a llamar a la policía.

—Llevaré vino. A los humanos les gusta eso.

Thessa me miró. Luego al libro cubierto de notas adhesivas. Luego de nuevo a mí.

—Bien —suspiró—. Pero iré contigo. Alguien tiene que evitar que hagas algo descabellado.

—Aprecio el apoyo.

—Eso no fue apoyo. Fue control de daños. —Me señaló con un dedo severo—. No se te permite proponer matrimonio durante una discusión sobre asesinatos ficticios. ¿Entiendes?

—Esa parece una restricción extrañamente específica.

—¿Entiendes?

—Entiendo.

—Y nada de gruñir a otros hombres que hablen con ella.

No tenía una buena respuesta para eso, así que simplemente volví a mi libro.

Thessa suspiró, larga y sufrida.

—Voy a buscar comida. Comida de verdad. Porque uno de nosotros necesita mantener las funciones corporales básicas mientras el otro tiene un colapso mental por notas adhesivas.

Se fue antes de que pudiera discutir.

Miré de nuevo el libro en mis manos. Las palabras que Riley había escrito, los mundos que había creado, las historias de amor que había vertido en la página.

Jueves. Solo tenía que aguantar hasta el jueves, cuando podría ser normal, encantador.

Nada aterrador. *Probablemente.*

5

—•—

Riley

Llegó el jueves, y había pasado toda la semana sin pensar en el extraño australiano atractivo.

Tuve mucho éxito en esto. Un éxito extremo. Solo pensé en él quizás cuarenta o cincuenta veces por hora, pero ¿quién llevaba la cuenta? No sabía qué me pasaba. Era solo un tipo, y nunca lo volvería a ver. ¿Por qué demonios estaba tan obsesionada?

El club de lectura era mi santuario, lo único en mi vida que sentía completamente mío. Cada jueves a las siete, un elenco rotativo de entusiastas de la novela romántica ebrios de vino se reunía en Vino Veritas, un bar de vinos del centro que alquilaba para la noche. La dueña, una mujer de mediana edad llamada Doris que tenía fuertes opiniones sobre los taninos y los hombres ficticios, me hacía un descuento a cambio de recomendaciones de libros. Era el acuerdo perfecto.

El libro de esta noche era «Su Obsesión Más Oscura», de una autora independiente que claramente tenía algunas cosas que resolver. Trataba sobre un multimillonario moralmente ambiguo que podría

haber asesinado o no a su rival de negocios por mirar demasiado tiempo a la protagonista. Muy acorde con nuestro grupo.

Llegué temprano para preparar, disponiendo copas de vino en las mesas reservadas, colocando los aperitivos que Jade había dejado antes, y asegurándome de que hubiera suficientes copias del libro para cualquiera que «olvidara» comprar una. La selección de vinos de esta noche era un buen Malbec que Doris había recomendado, junto con un blanco fresco para las personas que se quejaban de que el vino tinto les daba dolor de cabeza.

Sloane llegó después, deslizándose en su asiento habitual con la gracia de un gato reclamando su territorio.

—Pareces tensa —observó.

—No lo estoy.

—Has reorganizado esas copas de vino tres veces.

Miré hacia abajo, a las copas. De hecho, las había reorganizado tres veces. Habían sido organizadas por altura, luego por color, luego por algún tercer criterio que no podía identificar. Quizás el grosor del tallo. Estaba perdiendo la cabeza.

—Vale, quizás estoy un poco tensa.

—¿Es por el australiano?

—¿Qué? No. ¿Por qué sería por él? —pregunté, completamente perdida.

Sloane simplemente me miró fijamente. Tenía esa forma de mirar que te hacía sentir como si pudiera ver directamente en tu alma y estuviera profundamente poco impresionada por lo que encontraba allí.

—No es por él —insistí—. No he pensado en él en absoluto. Ni siquiera recuerdo cómo se ve. ¿Alto? ¿Quizás? ¿Quién puede decirlo?

—Me enviaste una descripción detallada de su mandíbula anoche.

—Esa no era yo. Estaba siendo poseída por el fantasma de una anciana y envié esos mensajes con fines de documentación.

—Por favor, tía. Usaste la palabra «cincelada» cuatro veces.

Abrí la boca para discutir, luego la cerré. Sí lo hice. A las dos de la mañana, incapaz de dormir, le había enviado a Sloane una serie de mensajes cada vez más descabellados sobre el rostro del desconocido, su voz, la forma en que me había mirado. Temía olvidarlo con el tiempo, así que había usado frases como «ojos de nube tormentosa» y «construido como un dios griego que hace CrossFit» y, sí, «cincelada» cuatro veces porque aparentemente mi vocabulario me abandonó junto con mi dignidad.

—Estaba cansada —murmuré—. La gente dice cosas raras cuando está cansada. No sé qué me pasa, ¿vale? Solo *por favor* finge que nunca sucedió.

—Hice capturas de pantalla de todo. Está guardado para siempre.

Oh, dioses.

—Te odio.

—No, no me odias.

—Realmente, realmente te odio.

—Y sin embargo, aquí estamos. —Señaló el bar de vinos—. Tú organizando el club de lectura, yo proporcionando apoyo moral, ambas fingiendo que no estás teniendo una crisis por un desconocido.

—No estoy teniendo una crisis.

—Alfabetizaste tu estantería de especias el martes y enviaste fotos como una gallina madre orgullosa. Ni siquiera cocinas.

Tenía razón.

—Podría empezar a cocinar.

—Riley, quemaste agua el mes pasado. De alguna manera quemaste agua.

—La olla era defectuosa.

—La olla estaba bien. Te olvidaste de que estaba en la estufa durante tres horas porque estabas escribiendo una escena de sexo.

—En mi defensa, era una escena de sexo realmente buena.

—Seguro que lo era. La olla sigue muerta.

No tenía respuesta para eso, así que simplemente me serví una copa de vino y fingí que Sloane no existía.

Jade llegó a continuación, cargando suficiente chocolate para poner a todos en un coma de azúcar. Tenía pequeñas bolsas de trufas y una caja de chocolates de lujo de ese lugar del centro que cobraba ocho dólares por cuatro piezas.

—Me excedí —anunció alegremente—. Pero ha sido una semana difícil, y decidí que todos lo merecíamos.

—Bendita seas —dije, agarrando una trufa inmediatamente.

Margo llegó después con vodka y la expresión cansada de alguien que pasó todo el día lidiando con las peores decisiones de la gente.

—¿Día largo? —preguntó Sloane.

—Un hombre trató de argumentar que su aventura no era engaño porque ocurrió en una zona horaria diferente. Lo juro por Dios, no tengo idea de cómo la gente se inventa esta mierda. —Margo dejó las botellas con más fuerza de la necesaria—. Sus palabras exactas fueron «eran las tres de la mañana allí, así que técnicamente todavía era ayer». Necesito alcohol y hombres ficticios que sean terribles de maneras entretenidas, no patéticas.

—Eso... Eso no es cómo funcionan las zonas horarias —dijo Jade.

—Eso no es cómo funciona *nada*. Pero intenta explicárselo a un hombre que piensa que la geografía es una laguna legal para la infidelidad.

—¿Lista para discutir el asesinato ficticio como lenguaje del amor? —pregunté.

—Nací lista —dijo.

Los otros miembros fueron llegando durante los siguientes veinte minutos. Había unos doce habituales, aunque la asistencia variaba de semana en semana. Esta noche éramos ocho, lo cual era perfecto. Suficientes para un debate animado, no tantos como para que las cosas se volvieran caóticas.

Patricia y Ellen llegaron juntas, las bibliotecarias jubiladas que tenían las opiniones más obscenas sobre los novios literarios y cero vergüenza en compartirlas. Marcus llegó solo, el único hombre lo suficientemente valiente como para asistir regularmente, aferrándose a su ejemplar del libro con varias banderitas adhesivas marcando páginas. Luego vinieron las gemelas, Destiny y Diana, que siempre discrepaban en todo y convertían cada debate en una acalorada discusión.

Nos acomodamos con vino y aperitivos, el ritual familiar calmando mis nervios. Doris salió con una tabla de quesos recién preparada, me guiñó un ojo y se retiró por el día, dejándome las llaves. Este era

mi espacio. Mi gente. Cualquier cosa extraña que hubiera ocurrido en la librería, no afectaba esto.

Estaba a punto de abrir mi ejemplar del libro, preparada para dirigir la discusión, cuando se abrió la puerta del bar de vinos.

Levanté la mirada, esperando a un rezagado o quizás a Doris con más vino. Mi cerebro hizo cortocircuito con lo que vi.

Caelan el australiano estaba en la puerta, y olvidé cómo respirar.

Llevaba vaqueros oscuros y un suéter, y parecía haber salido directamente de la portada de uno de mis libros. Su cabello rubio estaba ligeramente despeinado, sus ojos grises escanearon la habitación, se posaron en mí, y se quedaron allí.

El calor inundó mis mejillas. De repente era extremadamente consciente de todo. De cómo estaba sentada, del aspecto de mi pelo, de si tenía vino en los dientes. Mi corazón estaba haciendo algo vergonzoso en mi pecho, latiendo demasiado rápido y demasiado fuerte.

Contrólate, me dije a mí misma. Solo es un chico. Un chico raro, intenso e irrazonablemente atractivo. No es gran cosa.

Detrás de Caelan, Thessa saludó entusiasmada. —¡Hola! ¡Encontramos el club de lectura!

—¿Cómo? —logré decir. Mi voz sonó ligeramente estrangulada.

—Redes sociales. Publicaste la ubicación.

Cierto. Lo hice. Porque era una idiota que asumió que los extraños nunca se presentarían realmente a un club de lectura de novelas románticas en medio de Lysmont sin al menos enviarme un mensaje de texto primero.

—Trajimos vino —dijo Caelan. Su voz era profunda, y un calor se extendió por mi cuerpo. Me acomodé en mi asiento. ¿Qué me pasaba? —Y tengo preguntas sobre tu libro.

—¿Tienes...? —Mi voz se quebró. Aclaré mi garganta—. ¿Preguntas?

Levantó un ejemplar de «El Corazón Reticente del Alfa». Mi libro. Excepto que este ejemplar parecía haber pasado por una guerra. Las páginas estaban erizadas de notas adhesivas de colores, todos los colores del arcoíris, y podía ver anotaciones escritas a mano en casi todas las páginas visibles. El lomo estaba agrietado por el uso. Había pestañas sobresaliendo por la parte superior.

—Tengo muchas observaciones —aclaró.

Detrás de mí, el club de lectura se había quedado en silencio sepulcral. Podía sentir la mirada de Sloane taladrando la parte posterior de mi cabeza.

Jade se inclinó hacia Margo y susurró, sonoramente: —Oh, Dios mío, es el australiano. Está aquí.

—Puedo verlo —susurró Margo en respuesta, sin nada de discreción.

—Hay tantas notas adhesivas —continuó Jade—. Eso es o romántico o profundamente inquietante.

—Podría ser ambos —dijo Margo.

La atención de Caelan no se había apartado de mí. Me miraba con la misma intensidad que en la librería, como si yo fuera lo único en la habitación que valía la pena ver. Bajo su mirada, me sentí expuesta. Vista de una manera que me hizo contener la respiración.

—Has anotado todo mi libro —dije lentamente.

—Extensamente.

—¿Por qué?

Su ceño se frunció ligeramente, como si la respuesta debiera ser obvia. —Porque quería entenderlo. El arco emocional de la protagonista es convincente. Aunque tengo preguntas sobre ciertos... mecanismos.

No quería saber a qué mecanismos se refería. Absolutamente no quería saberlo.

—El tema de esta noche es «intereses amorosos moralmente grises» —intervino Sloane, con voz protectora—. Estamos leyendo un libro diferente. No el de Riley.

La decepción destelló en el rostro de Caelan, rápidamente enmascarada. —Ya veo. Esperaba discutir específicamente la obra de Riley.

—Puedes volver en otra ocasión —dijo Sloane—. Cuando estemos leyendo su libro.

—O —intercedió Thessa alegremente—, podríamos quedarnos para este libro y simplemente participar. Nos encantan los intereses amorosos moralmente grises. A Ky especialmente. Le fascina el tropo de asesinar por amor.

—¿Ah, sí? —dijo Margo, alzando una ceja.

—Es convincente —dijo Caelan, completamente serio—. La disposición a transgredir límites morales por amor es un recurso narrativo fascinante.

Todos lo miraron fijamente.

—Lee mucho —explicó Thessa—. Es básicamente su único rasgo de personalidad. Eso y estar taciturno.

—No estoy taciturno.

—Absolutamente lo estás. Tienes un rincón entero para estar taciturno en tu habitación en casa.

Me tragué la risa ante eso. Debería decir que no. Debería explicar educadamente que este era un evento privado, que los extraños no podían simplemente presentarse sin invitación, que teníamos protocolos para los recién llegados. Pero Caelan me miraba con esos ojos grises, y mi pulso se aceleraba.

—¿Tenéis el libro? —pregunté en cambio—. ¿El que estamos discutiendo esta noche?

La expresión de Caelan cambió. Esperanza, apenas contenida. —Puedo adquirirlo.

—Hay copias extra en la mesa.

Se movió hacia la mesa, y lo observé, incapaz de apartar la mirada. Cogió un ejemplar de «Su Más Oscura Obsesión», lo examinó brevemente, y luego se acomodó en una silla que parecía demasiado pequeña para su complexión. Sus rodillas casi tocaban la parte inferior de la mesa. Thessa se dejó caer junto a Jade, iniciando inmediatamente una conversación sobre el arte de las portadas.

Caelan me pilló observándolo. La comisura de su boca se torció hacia arriba, casi una sonrisa, y aparté la mirada rápidamente. Ups. Atrapada con las manos en la masa. Mierda.

Agarré mi copa de vino, bebí un trago, y fingí que mis manos no temblaban ligeramente.

Iba a ser una noche larga.

***

Intenté concentrarme mucho en el libro y en la discusión en curso, pero fracasé espectacularmente.

Cada vez que levantaba la vista de mis notas, Caelan me estaba observando. No de una manera espeluznante... O tal vez exactamente de una manera espeluznante, no podía decidirlo. Pero esta atención silenciosa hacía que mi piel se erizara, y cada vez que nuestras miradas se encontraban, él no apartaba la vista.

Me sonrojaba cada maldita vez.

Ya había hojeado la mayor parte del libro, pasando las páginas a una velocidad impresionante mientras todos los demás se acomodaban. El hombre leía más rápido que cualquiera que hubiera visto jamás. Para cuando comenzamos la discusión, ya había avanzado tres cuartas partes, ocasionalmente volviendo atrás para releer secciones. No sabía cómo era posible, y realmente pensé que solo estaba fingiendo, haciendo alguna tontería sobre leer tan rápido cuando en realidad no estaba reteniendo ninguna palabra.

Pero cuando comenzó la discusión, participó reflexivamente, sus observaciones extrañamente perspicaces para alguien que claramente acababa de leer rápidamente todo el libro. Me quedé sin palabras.

—La obsesión del héroe no es realmente sobre el control —dijo durante un debate sobre los motivos del interés amoroso—. Es sobre el miedo. Está aterrorizado de perderla, así que intenta aferrarse demasiado fuerte. La posesividad es un síntoma, no la enfermedad.

La habitación quedó en silencio. Varias mujeres intercambiaron miradas.

—Eso es... —Margo inclinó la cabeza—. En realidad, es un punto muy bueno.

—Te lo dije. Ha leído novelas románticas antes —susurró Thessa a Jade—. Extensamente. No te dejes engañar por su acto misterioso y taciturno.

Los ojos de Caelan encontraron los míos de nuevo, ignorando completamente a su hermana. —Las mejores novelas románticas entienden que la obsesión viene de la vulnerabilidad, no de la fuerza. El héroe no es poderoso porque sea controlador. Es poderoso porque haría cualquier cosa, se convertiría en cualquier cosa, por ella.

Sentí hormigueos en mi estómago, extendiéndose por todo mi vientre y hacia abajo hasta mi sexo. De repente me quedé sin aliento, con la boca seca. Joder. Debería ser ilegal ser tan guapo y tener una voz tan profunda y sexy.

—Esa es una interpretación —logré decir.

—¿Cuál es la tuya?

Debería tener una respuesta inteligente. Era una autora, por el amor de Dios. Pensaba en estas cosas profesionalmente. Pero su mirada era firme, y mi cerebro aparentemente se había ido de vacaciones.

—Creo... —Hice una pausa, buscando coherencia—. Creo que las mejores novelas románticas muestran que el amor cambia a las personas. No porque se les obligue a cambiar, sino porque quieren hacerlo. Porque la otra persona les hace querer ser mejores.

Caelan asintió lentamente, comprensión y aprobación llenando su expresión. —Para hacerse dignos de ellos.

—Sí. Exactamente.

Nos miramos fijamente. El momento se alargó, cargado de tensión. El resto de la habitación pareció desvanecerse hasta que solo éramos él y yo y esta cosa eléctrica entre nosotros que no entendía.

—Buscaos una habitación —murmuró alguien. Estaba bastante segura de que fue Patricia. O tal vez Ellen. Solían compartir opiniones.

—Secundo la moción —añadió Marcus, sin levantar la vista de su vino. El hechizo se rompió, y aparté la mirada, con las mejillas ardiendo.

Sloane se aclaró la garganta sonoramente. —Bien, entonces. Caelan. Australia. ¿Qué te trae específicamente a Lysmont?

Caelan se volvió hacia Sloane, y aproveché la oportunidad para beber más vino. Mi mano seguía temblando ligeramente. Dejé la copa antes de que alguien lo notara.

—Viajando —dijo con suavidad—. Mi hermana y yo estamos explorando el país.

—¿Mochileros? —preguntó Margo, sus sentidos arácnidos claramente alerta—. No parecéis mochileros.

Tenía razón. Parecía haber salido de una revista de viajes de lujo. Del tipo donde la gente bebe champán en yates y lleva cachemir mientras hace senderismo.

—Preferimos viajar cómodamente.

—Mochileros ricos —tradujo Jade—. Vagabundeo burgués. Lo entiendo.

—¿De dónde sois originalmente? —insistió Sloane.

—Un país pequeño. Remoto. No habríais oído hablar de él.

—Ponme a prueba —dijo Sloane. Su tono sugería que buscaría en Google inmediatamente lo que dijera y señalaría cualquier inconsistencia.

Thessa intervino. —Se llama Dusk... Land. Un lugar diminuto en Europa, muy aislado. Solo ha sido un país durante unos pocos años, así que casi no hay nada sobre él en internet. Preferimos... la soledad. Y el secreto.

Eso era extraño.

—Duskland —repitió Margo sin inflexión—. Eso no es un país real.

—Es muy pequeño. Más bien un principado. *Terrible* conexión Wi-Fi. Básicamente medieval. Todavía usamos palomas mensajeras para mensajes importantes.

—Thessa —dijo Caelan, con la voz tensa.

—¿Qué? Estoy añadiendo color.

Observé cómo la expresión de Caelan fluctuaba, entre agradecido por la ayuda y adolorido por la terrible mentira. Me pilló mirándolo, y pasó un momento de complicidad entre nosotros. Un momento compartido. Me mordí el labio para no sonreír.

No sabía de dónde demonios venía, pero ¿qué me importaba? No es como si hubiera un país lo suficientemente terrible como para granjearte enemigos dondequiera que fueras... Aunque podía pensar en *uno*...

—Entonces, ¿qué hacéis en Duskland? —preguntó Jade, interrumpiendo mis pensamientos y claramente creyéndose la historia por completo—. Para trabajar, quiero decir.

—Estoy en gestión —dijo Caelan cuidadosamente—. Negocio familiar.

—¿Qué tipo de negocio?

—Bienes raíces. Terrenos. Tenemos importantes posesiones.

—Es rico —susurró Thessa teatralmente a Jade—. No le digas que he dicho eso. Se le sube a la cabeza.

—Thessa —dijo Caelan, su voz llevando una advertencia.

—¿Qué? Es verdad. Nuestra familia tiene tierras desde hace siglos. Es prácticamente de la realeza. Hay una corona involucrada. Es toda una historia.

—No hay corona, y *nosotros* somos ricos, no solo yo.

—Definitivamente hay una corona. La he visto. Las coronas ceremoniales siguen siendo coronas, Ky. Y tú eres más rico que yo, por... *Ya sabes*.

Margo observaba este intercambio con los ojos entrecerrados, probablemente redactando mentalmente citaciones. Sloane parecía estar catalogando cada palabra para un análisis posterior, su teléfono sospechosamente cerca de su mano. Incluso Jade parecía intrigada, inclinándose hacia adelante con la barbilla en la mano. Las gemelas susurraban entre sí, y Patricia estaba dando a Caelan una mirada de aprobación que hizo que Ellen le diera un codazo.

Marcus solo parecía desear haber traído palomitas. Hombrecillo chismoso.

—Así que —dijo Sloane lentamente—, un príncipe rico de bienes raíces de un falso país europeo aparece en un club de lectura romántica en Lysmont. Perdona que pregunte, pero *¿por qué?*

La pregunta quedó en el aire. Todos se inclinaron ligeramente, esperando la respuesta. Incluso Thessa parecía curiosa, aunque tenía que saber lo que su hermano iba a decir.

La mirada de Caelan volvió a mí. Se mantuvo.

—Encontré algo interesante aquí —dijo simplemente.

Mi estómago dio un vuelco, las mariposas que había sentido antes convirtiéndose en abejas furiosas. Mi respiración se detuvo en mi garganta y la copa de vino resbaló ligeramente en mi agarre. Tuve que sujetarla antes de que se derramara por todas partes.

Sloane y Margo intercambiaron una mirada que comunicaba párrafos enteros. Jade emitió un pequeño chillido y agarró el brazo de Thessa. Patricia se abanicó con su libro. Una de las gemelas dijo «Oh, Dios mío» bajo su aliento, y la otra la calló.

Miré fijamente a Caelan, y él me devolvió la mirada. Ni siquiera estaba intentando ser sutil. Me miraba como si yo fuera la cosa interesante que encontró, como si yo fuera la razón por la que estaba aquí. Como si yo fuera lo único en esta habitación que importaba.

Hacía mucho, mucho calor en el bar. O tal vez era la única que estaba sudando. Dioses. Cada parte lógica de mi cerebro gritaba que esto era una locura, que no *conocía* a este hombre y que este no era un comportamiento normal y sensato.

Pero una parte más fuerte susurraba *y si*.

Estaba en problemas. Estaba en muchísimos problemas.

6

—•—

Riley

El bar de vinos se había vaciado, dejando atrás los agradables restos de una exitosa noche de club de lectura. Copas vacías, migas por todas partes, el cálido zumbido de una buena velada persistiendo en el aire.

Me quedé cerca de la barra, fingiendo organizar mi bolso mientras en realidad observaba a Thessa y Jade en el reservado de la esquina. Estaban prácticamente horizontales a estas alturas, la cabeza rubia de Thessa inclinada hacia los rizos castaños de Jade, susurrando algo que hizo que Jade soltara una risita y se cubriera la boca. Cuando Thessa se acercó más y susurró directamente en el oído de Jade, las mejillas de Jade se sonrojaron y le dio un manotazo en el brazo a Thessa, pero no se alejó. Ni un poco.

Reprimí una sonrisa. Adelante, chica.

Jade no había parecido tan relajada con nadie en años. Normalmente estaba tan centrada en sus alumnos de jardín de infancia, en los planes de lecciones y las conferencias para padres y las cuarenta y siete alergias diferentes que tenía que memorizar. Su vida amorosa había sido inexistente desde aquel desastre con el

contable hace dos años. Así que verla reír y sonrojarse como una adolescente? Estaba totalmente a favor.

Me caía bien Thessa. La mujer era caótica y extraña, pero también cálida y genuina de una manera difícil de fingir. Hermosa también, todo cabello dorado y ojos brillantes y una sonrisa que podría encantar a cualquiera. Justo como su hermano.

Hablando de eso.

Mi mirada se deslizó por la habitación hasta donde Caelan estaba recogiendo copas de vino vacías con la concentración de un cirujano realizando una operación delicada. Las estaba apilando cuidadosamente, metódicamente, llevándolas hacia la cocina como si hubiera hecho esto cientos de veces. Lo cual no había hecho. Me conocía desde hace aproximadamente una semana. Pero en el momento en que mencioné que necesitábamos limpiar antes de irnos, se puso de pie sin decir palabra, se arremangó hasta los codos, revelando antebrazos con músculos definidos que deberían ser ilegales, y comenzó a recoger copas.

Lo observé desaparecer en la cocina con otro montón de copas.

Margo apareció a mi lado, ya poniéndose su abrigo. —Estás mirando fijamente.

Aparté la mirada bruscamente. —No es cierto.

—Ajá. —Margo me abrazó para despedirse, luego bajó la voz—. Ve a comprobar si las copas están intactas. Y por copas, me refiero a las intenciones de ese hombre.

—Margo...

—Es demasiado guapo para ser inocente. —Margo se apartó, con una ceja levantada—. Confía en mí. He divorciado a suficientes como para saberlo.

Se fue, y puse los ojos en blanco, pero sentí el peso de su consejo asentarse sobre mis hombros. Miré hacia la puerta de la cocina.

Probablemente debería ir a ayudar, asegurarme de que no había roto nada. Interés puramente profesional.

Divisé algunas copas rezagadas en la mesa cerca de Sloane, que se había quedado dormida en un sofá con un brazo dramáticamente sobre su cara, los labios pintados de negro entreabiertos en suaves ronquidos. Caminé de puntillas, recogí las copas lo más silenciosamente posible, y me dirigí hacia la cocina. Sloane era aterradora cuando se la despertaba inesperadamente.

Empujé la puerta batiente y me quedé paralizada.

La vista desde atrás era... estaba bien. Totalmente bien.

Caelan estaba de pie junto al fregadero industrial, con las mangas aún arremangadas hasta los codos, la amplia espalda moviéndose bajo su suéter mientras lavaba una copa. El agua corría sobre sus manos, manos grandes, manos capaces, manos que probablemente podrían partir a un hombre por la mitad pero que actualmente sostenían una copa de vino como si estuviera hecha de azúcar hilado. Sus antebrazos se flexionaban con cada movimiento. Un tendón en su muñeca captó la luz. Sus hombros eran imposiblemente anchos, estrechándose hacia una cintura estrecha, e incluso a través del suéter podía ver la definición de los músculos.

Se me secó la boca.

Esto era ridículo. Estaba lavando platos. Era doméstico, mundano. NO era sexy.

Entonces, ¿por qué demonios lo encontraba tan ardiente?

Necesitaba ayuda profesional, del tipo con títulos y certificaciones y la capacidad de explicar por qué ver a un hombre lavar platos me

hacía sentir como si estuviera sobrecalentándome.

—No tenías por qué hacer eso —dije, y mi voz salió ligeramente estrangulada.

—Lo sé. —No se dio la vuelta ni se sobresaltó, simplemente siguió lavando, completamente tranquilo, como si hubiera sabido que yo estaba allí. Hmm. ¿Me oyó? —Pero ver cómo intentabas hacerlo tú misma habría sido doloroso.

—¿Perdona?

—Has estado reorganizando tu bolso durante veinte minutos en lugar de limpiar. —Ahora me miró por encima del hombro, con un indicio de sonrisa burlona en sus labios—. Decidí apiadarme de ti.

—Estaba organizando.

—Está bien —volvió a girarse hacia el fregadero—. No me importa hacer el trabajo duro.

Me quedé boquiabierta mirando su espalda. —¿El trabajo duro? Estás lavando copas.

—Precisamente. Muy difícil. Requiere habilidad y dedicación.

¿Me estaba tomando el pelo? Me estaba tomando el pelo. El australiano intenso y taciturno se estaba burlando de mí.

—Eres insufrible —dije, adentrándome más en la cocina y colocando mis gafas en la encimera cerca del fregadero.

—Y sin embargo aquí estás —cerró el agua y se volvió para mirarme, prestándome toda su atención. Las gotas de agua se aferraban a sus dedos. Su jersey tenía una mancha húmeda en el estómago donde se había apoyado contra la encimera. Parecía una fantasía doméstica

hecha realidad, y la sonrisa burlona no había abandonado su rostro —. Buscando mi compañía.

—Vine a *ayudar*.

—¿En serio? —sus ojos grises sostuvieron los míos, firmes y conocedores—. ¿O viniste a verme trabajar?

Mis mejillas ardieron. —Estás muy pagado de ti mismo.

—Soy muy observador —se apoyó contra la encimera, con los brazos cruzados, los bíceps tensándose contra sus mangas—. Hay una diferencia.

Lo estudié, la franqueza de su expresión bajo la burla, la forma en que estaba allí como si no tuviera nada que ocultar.

Pero todo el mundo tiene algo que ocultar, Damien me enseñó eso.

—¿Qué quieres? —pregunté sin rodeos.

La sonrisa burlona se desvaneció. La sorpresa centelleó en su rostro. —¿A qué te refieres?

—Apareces en mi firma de libros. Te cuelas en mi club de lectura. Lavas mis platos —crucé los brazos sobre el pecho, una barrera—. ¿Cuál es tu estrategia?

Se quedó callado por un momento. Luego se acercó a mí, no de manera amenazante, solo más cerca, y su voz bajó de tono. —Soy nuevo en la ciudad. No conozco a nadie. Y pensé que tal vez... —hizo una pausa, su mirada cayendo a mi boca por solo un segundo antes de volver a subir—. ...podrías ser mi amiga.

Amiga.

La palabra quedó suspendida entre nosotros, y mi estómago hizo algo complicado. No le creía, aunque quería hacerlo. Así que decidí

poner a prueba esta teoría de «amigos».

—Vale —dije lentamente—. Amigos.

Todo su rostro se iluminó. La intensidad se suavizó en algo casi infantil, como un golden retriever al que acaban de decirle que es un buen chico. No debería encontrar esto tan atractivo.

—¿Vale? —sonaba sorprendido, como si esperara más resistencia y hubiera preparado argumentos y contraargumentos y tal vez una presentación de PowerPoint.

—No parezcas tan sorprendido. Soy muy amigable —me dirigí hacia el fregadero, golpeándolo con la cadera al pasar—. Muévete. Yo lavaré, tú secas.

Se apartó, pero no lo suficiente. Ahora estábamos hombro con hombro en la encimera, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradiaba de él. Lo suficientemente cerca como para que, cuando alcancé el grifo, mi codo rozó su brazo.

El contacto envió una sacudida de conciencia a través de mí. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo de repente se centró en el punto donde nos habíamos tocado. El mundo cambió por un momento, la realidad se enfocó más nítidamente, y tuve que agarrarme al borde del fregadero para estabilizarme.

¿Qué diablos fue eso?

—¿Estás bien? —su voz estaba cerca de mi oído, divertida—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Bien —logré decir—. Solo tengo frío.

—Mentirosa —pero no insistió, solo cogió una toalla y se colocó a mi lado, lo suficientemente cerca como para que su hombro rozara el mío con cada movimiento.

Abrí el agua, empecé a lavar, fingí que estaba bien mientras era hiperconsciente de cada centímetro de él.

—Entonces —dijo, comenzando a secar el vaso que le pasé—. Cuéntame sobre ti.

—Eso es vago.

—Entonces seré específico —dejó el vaso seco, tomó otro mojado—. ¿Qué te hizo querer escribir?

Froté una obstinada mancha de vino. —Escapar, principalmente. Tuve una infancia extraña. Los libros eran donde podía ser alguien más. Eventualmente descubrí que podía crear esos mundos yo misma.

—¿Qué tipo de extraña?

—La de padres muertos, criada por una madrina, nunca encajando en ninguna parte —mantuve mi voz ligera, como si todavía no doliera—. Historia clásica de huérfana. Muy Disney.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me hizo interesante —le pasé otro vaso, y nuestros dedos se rozaron. Ninguno de los dos se apartó rápidamente—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu trágica historia?

—¿Qué te hace pensar que tengo una?

—Todo el mundo la tiene —le miré de reojo—. Todos estamos traumatizados aquí.

Se rio, un sonido bajo y cálido que hizo que mi columna vertebral hormigueara. —Buen punto —estuvo callado un momento, secando el vaso—. Tengo responsabilidades. Expectativas. Mi familia necesita

cosas de mí que no siempre estoy seguro de poder dar. Vine aquí para escapar de eso por un tiempo.

—¿A Lysmont? ¿De todos los lugares?

—Sí. No mentía cuando dije que encontré algo interesante aquí, y no me apetece irme ahora mismo.

La forma en que lo dijo hizo que mi estómago diera un vuelco.

—¿Qué llamó tu atención? —pregunté, sin mirarlo—. ¿El mejor supermercado del mundo? ¿La fascinante situación del aparcamiento?

—Algo mejor —su voz bajó, y pude sentir su mirada en el lado de mi cara—. Aunque la situación del aparcamiento es cautivadora.

Me arriesgué a mirarlo. Ya me estaba mirando, sus ojos grises oscuros con la iluminación de la cocina. Podía verme reflejada en ellos.

—Estás desviando el tema —dije.

—Tú también —sostuvo mi mirada—. Podemos fingir que no sabemos de qué estoy hablando. Si eso te hace sentir más cómoda.

Mi corazón latía con fuerza. —No sé de qué estás hablando.

—Mentirosa —dijo de nuevo, más suavemente esta vez, casi con cariño. Madre mía.

Estábamos con los últimos vasos cuando Caelan preguntó, demasiado casualmente: —¿Estás saliendo con alguien?

Mi mano resbaló.

El vaso se golpeó contra el borde del fregadero y se rompió. Un fragmento me cortó la punta del dedo, y el dolor atravesó mi mano.

La sangre brotó inmediatamente, rojo brillante, sorprendentemente rápido.

—Mierda... —retiré la mano, acunándola contra mi pecho.

Caelan se movió tan rápido que apenas lo registré. Un segundo estaba a mi lado, al siguiente estaba frente a mí, tomando mi muñeca en su mano, girando mi palma hacia arriba para examinar el daño. Sus ojos se habían vuelto extraños, más oscuros, casi ámbar en los bordes, y había un músculo palpitando en su mandíbula.

—Déjame ver —su voz era diferente, más áspera.

—Está bien, es solo un...

—Riley —mi nombre en su boca, severo y preocupado—. Déjame ver.

Antes de que pudiera protestar más, sus manos estaban en mi cintura y me estaba levantando como si no pesara nada, y colocándome en la encimera. Estaba tan sorprendida que ni siquiera resistí. Solo me quedé sentada, con las piernas colgando, mientras él sostenía mi mano herida como si estuviera hecha de cristal. El contacto físico envió mi corazón acelerado en mi pecho, mi piel hormigueando con conciencia. Me mordí el labio, tratando de mantener mi rostro inexpresivo. —Botiquín —murmuró, mirando alrededor de la cocina con ojos salvajes—. Dónde... tiene que haber... —comenzó a abrir armarios, golpeando cajones—. Los humanos guardan estas cosas en algún sitio...

Parpadeé. ¿Humanos?

—Caelan.

No me escuchaba. Había encontrado el armario debajo del fregadero y estaba sacando todo, jabón para platos, productos de limpieza,

esponjas de repuesto, tirándolos a un lado como si le ofendieran personalmente.

—Caelan.

—Necesito hierbas. Vendas. Algo para detener la... —emergió triunfalmente con una caja blanca, sosteniéndola como un trofeo—. Lo encontré.

Me mordí el labio para no reírme. Parecía genuinamente angustiado por un corte que quizás medía medio centímetro. He tenido cortes de papel peores que este.

—Mi héroe —dije con ironía.

—Búrlate todo lo que quieras —se colocó entre mis rodillas, y podía sentir su calor a través de mis vaqueros, lo suficientemente cerca como para hacerme contener la respiración—. Todavía estás sangrando.

Abrió el botiquín y sacó antiséptico con manos que no estaban del todo firmes.

—Esto podría escocer —murmuró, dando toques a la punta de mi dedo.

Sí escoció. No me importaba. Estaba demasiado concentrada en lo cerca que estaba, en el surco entre sus cejas. En la forma en que su pulgar acariciaba distraídamente mi palma mientras trabajaba. En el hecho de que estaba de pie entre mis rodillas y ninguno de los dos fingía que eso era normal.

—Eres muy intenso con los primeros auxilios —dije, tratando de romper la tensión.

—Tú eres muy despreocupada con el sangrado —envolvió la venda alrededor de mi dedo con sorprendente delicadeza—. Es

preocupante.

—Es un corte minúsculo.

—Es tu sangre —me miró, y sus ojos seguían más oscuros de lo normal, conservando ese borde ámbar—. No me gusta verte herida.

Estaba tan cerca que podía ver estrías individuales en sus ojos grises y sentir su aliento en mi cara. Podía olerlo, limpio y cálido, haciéndome querer inclinarme más cerca.

Terminó de vendar mi dedo, sin soltar mi mano ni una vez. Y entonces nuestros ojos se encontraron, y el aire mismo cambió. Empezó a inclinarse, lentamente, como si me estuviera dando tiempo para apartarme. Su mano libre subió para apartar un mechón de cabello de mi rostro, sus dedos dejando un rastro de fuego en mi mejilla.

No me aparté. Demonios, ni siquiera estaba respirando. No pensé en Damien o problemas de confianza o las mil razones por las que esto probablemente era una terrible idea. De repente, quería besarlo tanto.

Sus labios estaban a un centímetro de los míos. Medio centímetro. Podía sentir su calor, casi podía saborear...

—Eh, tortolitos.

La voz de Sloane cortó a través de la cocina. Estaba de pie en la puerta, brazos cruzados, una ceja levantada hasta la línea del cabello, viéndose significativamente menos dormida que diez minutos antes.

—Deberíamos irnos, Riley.

Me aparté tan rápido que casi me golpeé la parte posterior de la cabeza contra la pared. Caelan retrocedió, aclarándose la garganta.

Sus orejas se habían puesto rojas.

—No estábamos... —empecé.

—No dije que lo estuvierais —la mirada de Sloane pasó entre nosotros, algo protector asentándose en sus rasgos—. Pero es tarde, y hemos tenido un día largo. Te llevaré a casa.

—Vale.

—Volveré con Thessa... —comenzó Caelan, sus orejas aún sonrojadas.

—Thessa se fue —Sloane examinó sus uñas negras—. Con Jade. Hace unos veinte minutos. Parecían muy amistosas.

Intercambié una mirada con Sloane. Habría un extenso interrogatorio en el chat grupal.

Caelan parecía genuinamente desconcertado. —No me lo dijo.

—Probablemente porque estabas demasiado ocupado jugando al doctor —Sloane movió la cabeza hacia la puerta—. Vamos, Riley.

Vacilé. Debería dejar que Sloane me llevara a casa sola, poner algo de distancia entre yo y lo que fuera que ese casi beso se estaba convirtiendo. Eso sería lo inteligente.

Pero Caelan parecía perdido allí de pie en la cocina, botiquín aún en sus manos, orejas aún rosadas.

—Podemos dejarte en casa —me oí decir.

Sloane me lanzó una mirada pero no discutió.

Terminamos de limpiar rápidamente, Caelan insistiendo en barrer el vidrio roto con la misma intensidad que aportaba a todo, y nos amontonamos en el antiguo Honda de Sloane. Tomé el asiento del

pasajero. Caelan se dobló en la parte trasera, sus rodillas prácticamente en su barbilla, luciendo profundamente incómodo. El coche no estaba construido para un hombre de su tamaño. Nada en Lysmont estaba construido para un hombre de su tamaño.

—¿Adónde? —preguntó Sloane.

Murmuró su dirección y mis cejas subieron por mi frente. Estaba a una manzana de mi apartamento.

Miré por la ventana mientras Sloane conducía, tratando de procesar. Vivía a una manzana. Había estado a una manzana todo este tiempo. ¿Coincidencia? ¿Intencional? ¿Estaba siendo paranoica?

Probablemente paranoica, sí.

Nos detuvimos frente a un bonito edificio, más bonito que el mío, y Caelan se desdobló del asiento trasero. Se agachó para mirar por la ventana, encontrando mi mirada.

—Buenas noches —dijo—. Amiga.

La forma en que lo dijo hizo que sonara como algo completamente distinto.

—Buenas noches —logré decir.

Desapareció en el edificio y Sloane se alejó de la acera. Ya sabía lo que venía.

—Así que —dijo Sloane.

—*No lo hagas*.

—Riley-

—Somos amigos —la interrumpí, y ella se rio. En voz alta.

—Cariño. Ese hombre *no* te estaba mirando como a una amiga.

—Él dijo...

—Los hombres dicen muchas cosas —Sloane entró en mi calle—. La pregunta es qué quieres tú.

Aparcó, apagó el motor y se volvió para mirarme. Era una muy buena pregunta, pero no tenía una maldita respuesta. Solo sabía que no confiaba lo suficiente en un hombre como para darle toda mi confianza. La mierda de Damien había dejado una herida profunda en mí, una que aún no había sanado.

—Me cae bien —dijo Sloane—. Creo. Es educado, lava los platos sin que se lo pidan, y te mira como si hubieras colgado la luna —hizo una pausa—. Pero tampoco lo conozco. Y después de Damien... —se interrumpió, pero escuché todo lo que no estaba diciendo. Compartíamos el mismo pensamiento.

—Lo sé —dije en voz baja.

—Solo no dejes que una cara bonita te vuelva estúpida.

—Su cara *es* muy bonita —admití.

—Me di cuenta —los labios de Sloane se curvaron—. Ahora sal de mi coche antes de que me vea obligada a tener más sentimientos.

Salí, me despedí con la mano y subí las escaleras. Cerré la puerta con llave detrás de mí, me apoyé contra ella y exhalé un largo suspiro. El apartamento estaba oscuro. Gerald, la mancha del techo, apenas era visible. Y mientras estaba allí de pie, reviví la noche, mil pensamientos chocando contra mí por segundo.

Amigos.

La palabra resonaba en mi cabeza, sonando menos creíble con cada repetición. Mierda. Definitivamente no iba a tener una buena noche de sueño esta noche.

7

—•—

Caelan

Me había estado encontrando con Riley en todas partes durante los últimos cinco días, y todo iba exactamente según el plan.

¿La cafetería que frecuentaba a las 8:47 cada mañana? Yo estaba allí a las 8:45, pidiendo una bebida complicada que en realidad no quería, posicionado perfectamente para «accidentalmente» chocarme con ella en la puerta. La barista había empezado a llamarme «el chico alto del latte» y a preguntarme si quería «lo de siempre». Yo no tenía un «de siempre». Ni siquiera me gustaba el café. Pero asentía y aceptaba la bebida cada vez solo para tener una excusa para saludarla.

¿La librería donde hojeaba durante las horas de almuerzo porque estaba más vacía? Yo estaba en la sección de misterio, dos pasillos más allá de la de romance, lo suficientemente cerca para interceptarla. Había comprado accidentalmente seis novelas de misterio que no tenía intención de leer. Thessa dijo que estaba perdiendo la cabeza. No se equivocaba.

¿El banco del parque donde a veces escribía? Yo estaba en un banco cercano, fingiendo leer mientras en realidad la observaba murmurar

para sí misma y apuñalar el aire con su bolígrafo. Hablaba con sus personajes en voz alta. Discutía con ellos. Una vez gritó «así no es como funciona la seducción, imbécil» a su cuaderno y luego miró alrededor para asegurarse de que nadie la había oído. Yo sí. Pensé que era lo más entrañable que había presenciado jamás.

Sabía que esto rayaba en lo demencial. Thessa me lo había dicho aproximadamente cuarenta y siete veces. Pero la alternativa era no ver a Riley, y eso simplemente no era aceptable.

El encuentro «coincidente» de hoy ocurrió fuera de su edificio de apartamentos. Había cronometrado mi paseo matutino perfectamente, había estado siguiendo su horario durante días, y emergí de la esquina justo cuando ella salía por la puerta.

—Tú otra vez —dijo Riley, aunque no había verdadero fastidio en su voz. Más bien diversión resignada.

—¿Esperabas a alguien más? Puedo irme.

—No es lo que... —entrecerró los ojos—. Me estás tomando el pelo.

—Jamás lo haría —me puse a caminar a su lado, igualando su ritmo —. Soy una persona muy sincera.

—Eres una persona muy sospechosa —pero no se alejó, no aceleró, solo caminó a mi lado como si fuera natural. Mi lobo se pavoneó ante eso—. Esta es la cuarta vez esta semana que nos encontramos. Eso es estadísticamente improbable.

—¿Lo es? No soy bueno en estadística.

—Dijiste que te interesaba la estadística la última vez.

—¿Lo dije?

—Cuando te pregunté si me estabas siguiendo.

—Ah —consideré mentir. Decidí optar por una verdad parcial en su lugar—. Puede que haya exagerado mi interés por la estadística. Lo siento por eso.

Riley resopló. Era un sonido inelegante, más de cerdo que de humano, y lo encontré devastadoramente encantador. Quería hacerla repetirlo. Quería catalogar cada sonido que hacía y archivarlos para examinarlos más tarde.

—Así que admites que me estás siguiendo —dijo.

—No admito nada. Soy simplemente un hombre que disfruta de paseos matutinos.

—Pasando por mi apartamento.

—Es una calle bonita, y sabes que vivo a una manzana. Lysmont *no* es tan grande, y me divierte ver a la gente maldecir al bache de tu calle. Muy entretenido.

Se rio, y el sonido se asentó cálido en mi pecho. Caminamos en un cómodo silencio por un momento. El calor del verano ya estaba aumentando, el sol golpeando el pavimento, y podía sentir el sudor picando en la parte posterior de mi cuello. Duskmere era un reino de invierno eterno, así que este verano humano estaba intentando activamente matarme. Nunca me acostumbraría a esto.

—¿Cómo está Jade? —pregunté, porque Thessa me dijo que mostrara interés por las amigas de Riley.

El rostro de Riley se suavizó. —Repugnantemente feliz. No deja de enviar mensajes sobre tu hermana.

—Thessa está igual. Es nauseabundo.

—Son lindas juntas.

—Sí. Son insoportables juntas —pero estaba sonriendo. Thessa había estado flotando por nuestro apartamento alquilado tarareando canciones y suspirando soñadoramente. No la había visto tan feliz en años—. Pero me alegro. Se merece a alguien bueno.

Riley me miró de reojo. —Eso es dulce.

—No se lo digas a nadie. Tengo una reputación.

—¿Como qué? ¿El misterioso extranjero guapo que lava platos y pide un café latte grande?

Dejé de caminar abruptamente y me volví para mirarla, mi corazón latiendo a mil por hora mientras una lenta sonrisa se extendía por mi rostro.

—¿Crees que soy guapo?

Las mejillas de Riley se sonrojaron. —Eso... yo no... es obvio, no te hagas el tonto. Tienes una cara. Es simétrica. Está científicamente probado que eso es atractivo.

—Así que piensas que soy científicamente guapo —me acerqué más, disfrutando la forma en que su sonrojo se intensificaba—. Es muy halagador. Nunca antes la ciencia me había llamado guapo.

—Ahora creo que eres científicamente molesto.

—No seas así. No es como si una chica preciosa me llamara guapo todos los días. Déjame disfrutarlo. Además, tú eres la que sigue caminando conmigo —señalé la acera que se extendía frente a nosotros—. Cada mañana. Casi como si disfrutaras de mi compañía.

—Disfruto del valor como entretenimiento. Eres muy extraño.

—Extraño y atractivo. Me conformo con eso.

Ella puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo y sus mejillas seguían sonrojadas. Me sentí victorioso.

Llegamos a la esquina donde nuestros caminos se separaban. El de ella hacia la cafetería, el mío hacia algún lugar. En realidad, no había pensado adónde iba. Solo quería caminar con ella.

—Nos vemos por ahí —dijo Riley—. Probablemente varias veces. Ya que las estadísticas no significan nada.

—Las estadísticas son una construcción social.

Ella se rio y se alejó. La observé marcharse, sonriendo como un idiota porque me había llamado atractivo.

Progreso. Un progreso innegable.

***

Tres días después, descubrí que Lysmont tenía lagos.

Bueno, específicamente uno. Un lugar para nadar a unos veinte minutos fuera del pueblo donde la gente iba a escapar del calor del verano. Thessa se enteró por Jade, quien mencionó que Riley y Sloane iban allí a veces cuando el clima se volvía insoportable.

El clima *se había* vuelto, de hecho, insoportable. Me estaba muriendo. El calor era opresivo, sofocante, un asalto constante a mis sentidos. Mi lobo quería quitarse el pelaje. Mi forma humana quería quitarse todo.

—Deberíamos ir al lago —le dije a Thessa durante el desayuno.

—¿Por qué?

—Porque hace calor. Nadar es una actividad humana normal.

—Odias nadar —Thessa levantó la vista de su teléfono, había estado enviando mensajes a Jade sin parar durante días, y arqueó una ceja —. Pero sé que a *Riley* le gusta, y ella estará allí.

—No sé qué estás insinuando.

—Por supuesto que lo sabes.

—Tal vez esté allí. ¿Quién sabe?

Thessa suspiró con el suspiro de alguien que había renunciado a la cordura de su hermano y aceptado su descenso a la locura. —De acuerdo. Pero invitaré a Jade. No voy a pasar el día viéndote suspirar.

Así que fuimos. Thessa le envió un mensaje a Jade, quien confirmó que ya estaban en el lago con Sloane y Riley. Jodidamente perfecto.

El viaje duró veinte minutos en la infernal bestia metálica. Thessa cantaba junto a la radio humana, bastante mal, mientras yo agarraba el volante con fuerza hasta que mis nudillos se pusieron blancos e intentaba no pensar en ver a Riley en traje de baño.

No estaba preparado.

Cuando llegamos al lugar para nadar, un hermoso tramo de agua rodeado de árboles, con la luz del sol brillando en la superficie, mi cerebro hizo cortocircuito.

Riley estaba tumbada en una manta cerca de la orilla del agua. Llevaba lo que parecían ser unas bragas, pequeños triángulos de tela que no cubrían prácticamente nada. Sus ojos estaban cerrados y su piel brillaba con algún tipo de aceite. Estaba tumbada boca abajo, con la curva de su espalda expuesta, el bulto de su trasero empujando contra la fina parte inferior del bikini, la tela subiendo lo suficiente como para mostrar el pliegue donde el muslo se encontraba con la mejilla...

—Eso es un bikini —dijo Thessa, claramente leyendo el mal funcionamiento en mi cara—. Los humanos los usan para nadar. Es normal.

—Eso no es para nadar —mi voz salió estrangulada, la sangre corriendo caliente por mis venas y acumulándose en mi entrepierna, mi miembro palpitando contra la costura de mis pantalones cortos—. Eso es para provocar paros cardíacos.

Sloane estaba al lado de Riley, vestida de manera similar, con los ojos cerrados y pequeños botones blancos asomando de sus oídos, pero no me importaba en absoluto. Todo mi universo se había reducido a la extensión de la piel desnuda de Riley. El hueco de su cintura donde el sudor se acumulaba y se deslizaba. La curva de su cadera donde la parte inferior del bikini se asentaba baja, con cuerdas atadas sueltas a los lados, tentando a tirar de ellas.

Mi lobo estaba perdiendo la cabeza. *Mía. Nuestra. Cúbrela. Nadie más debería verla. Nadie más debería mirar en su dirección.*

—Estás gruñendo —siseó Thessa, dándome un codazo.

—No lo estoy.

—Literalmente estás gruñendo en voz alta. Para.

Me obligué a respirar, el aire entrando en fuertes tirones por mi nariz, desapretando la mandíbula y evitando correr hacia allí para envolverla en mi chaqueta y arrastrarla hacia los árboles. Mis manos se flexionaron a los lados, las uñas clavándose en las palmas para mantenerme firme.

Amigos. Por ahora era su amigo. Supuse que los amigos se veían en traje de baño, así que esto estaba bien. Caminé hacia donde Riley estaba tumbada, tratando de actuar con normalidad, pensando en cosas al azar para combatir la maldita erección que tensaba mi

cremallera. Solo necesitaba no ser raro, no dejar que ella viera cómo mi pulso martilleaba en mi garganta.

Me coloqué para bloquear la luz del sol de Riley, y sus ojos se abrieron. Me miró entornando los ojos y le tomó un momento registrar quién estaba allí de pie. Su expresión cambió del reconocimiento a la sorpresa, luego una sonrisa floreció tan hermosamente que hizo que mi corazón tartamudeara, sus labios separándose lo suficiente para mostrar los dientes.

—Acosador —dijo en un tono burlón.

—Coincidencia —respondí, forzando a mi boca a funcionar.

—Claro —se sentó, y el movimiento hizo que sus tetas se movieran, los pezones presionando contra la fina tela de la parte superior del bikini, los contornos oscuros visibles a través del material húmedo. Mi boca se hizo agua ante la visión, la lengua gruesa, y tuve que apartar la mirada rápidamente, mirando el agua en su lugar. Definitivamente lo notó, su mirada persistiendo en mi cara, luego bajando por una fracción de segundo—. ¿Qué haces aquí?

—Nadar. Actividad humana normal ahora que hace mucho calor afuera.

—Ajá —miró a Thessa, que ya se había dirigido directamente hacia Jade y actualmente estaba envuelta alrededor de ella en una manta cercana—. Tu hermana parece haberte abandonado.

—Tiende a hacer eso mucho últimamente.

Riley sonrió con suficiencia y estiró los brazos por encima de su cabeza, arqueando la espalda, empujando su pecho hacia afuera, el bikini tensándose mientras sus músculos se flexionaban bajo la piel aceitada. Mi boca se abrió por voluntad propia. No controlaba mi cuerpo. Solo la miraba fijamente, con la respiración entrecortada en mis pulmones, el miembro palpitando duramente ahora, el dolor

extendiéndose por mi abdomen. Estaba jodidamente incapaz de controlar la reacción que mi cuerpo parecía tener cada vez que la miraba, el calor ruborizando mi cara, las bolas apretándose como si estuvieran listas para explotar.

Sabía que estaba mirando fijamente. No podía parar.

—Estás bloqueando mi sol —observó, inclinando la cabeza, los ojos verdes fijándose en los míos con ese brillo conocedor.

—¿Lo estoy?

—Muévete.

—No —la palabra salió de mis labios sin pensarlo dos veces, áspera en los bordes—. Te quemarás.

—Tengo protector solar.

—¿Has vuelto a aplicarlo? Se supone que debes reaplicarlo cada dos horas —dije. Thessa mencionó esto después de pasarme un frasco en el coche y decirme que me lo pusiera en mi piel muy pálida.

Riley arqueó una ceja. —Sabes mucho sobre protector solar para ser alguien de un país helado.

—Sí —ahora estaba inventando cosas—. Tus hombros ya están rosados.

No estaban rosados. Eran perfectos, dorados y suaves, con pecas dispersas como invitaciones, y quería tocarlos tan desesperadamente que mis manos temblaban, los dedos picándome por trazar la línea de su clavícula hasta la hinchazón de sus senos.

Estuvo callada por un momento, estudiándome con esos hermosos ojos verdes, las pupilas dilatándose solo una fracción. Luego sacó una botella de su bolsa de playa.

—Si estás tan preocupado —dijo, agitándola—, puedes ponérmelo en la espalda.

Joder.

Mi cerebro dejó de funcionar.

—¿Qué?

—Protector solar. Espalda. Ya que estás tan preocupado por la reaplicación —sostuvo la botella, agitándola de nuevo—. A menos que todo fuera hablar por hablar.

Esto era una trampa. Sabía que era una trampa. Ella me estaba probando, viendo si seguiría adelante o me echaría atrás, sus labios curvándose en un desafío. Nunca me había echado atrás de nada en mi vida, así que tomé el maldito protector solar, apretándolo como si mi vida dependiera de ello.

—Date la vuelta —dije, con la voz baja y áspera.

Los ojos de Riley se agrandaron ligeramente, la respiración atrapándose por un latido. Pero se dio la vuelta, presentándome la extensión de su espalda, la delicada línea de su columna hundiéndose, los hoyuelos justo encima de la parte inferior de su bikini donde la tela abrazaba sus nalgas. Quería lamer cada centímetro de su piel, saborear la sal en sus hombros, morder esa curva para marcarla.

Mi lobo estaba aullando. Le dije que se callara y me dejara concentrar. No escuchó.

La loción estaba caliente por el sol cuando la exprimí en mi palma. Su piel, cuando la toqué, estaba aún más caliente, ardiendo bajo mis dedos mientras extendía el protector solar lenta y deliberadamente sobre sus hombros. Suave y perfecta, los músculos moviéndose ligeramente mientras respiraba. Bajando por su columna, mis

pulgares presionando en el surco, sintiendo el calor que irradiaba de su cuerpo. Sobre las alas de sus omóplatos, rodeándolas con firmes caricias, amasando más profundamente para trabajarlo. Estaba disfrutando cada maldito segundo de esto, la forma en que su piel cedía a mi toque, y nunca quería soltarla. Quería deslizar mis manos más abajo, debajo de la tela, agarrar su trasero y tirar de ella contra mi polla que se endurecía.

Ella tembló bajo mis dedos, un estremecimiento de todo el cuerpo que hizo que su espalda se arqueara un poco. Iba a morir allí mismo, mi pulso retumbando en mis oídos, el miembro tensándose dolorosamente contra mis pantalones cortos.

—¿Frío? —logré decir en un gruñido.

—No.

Trabajé el protector solar sobre su piel con más atención de la que cualquier tarea había recibido en mis años de existencia, las palmas deslizándose sobre cada centímetro, los dedos extendiéndose para cubrir sus costados, rozando los bordes de sus costillas donde sus tetas se hinchaban. Mis pulgares amasaron la tensión de sus hombros, y ella hizo un pequeño sonido que vibró a través de ella y fue directo a mi entrepierna. Tuve que morderme un gemido, los dientes rechinando mientras el líquido preseminal se filtraba en mi ropa interior como un maldito adolescente.

—Te has saltado un lugar —dijo ella, su voz ligeramente sin aliento.

Gemí de todos modos. No pude evitarlo. —¿Dónde?

—Más abajo.

Mis manos se movieron más abajo, rozando la parte baja de su espalda, los dedos siguiendo la curva justo por encima de donde la parte inferior de su bikini abrazaba su trasero, la tela húmeda por el sudor o la bruma del lago. Mis dedos rozaron los hoyuelos allí,

hundiéndose ligeramente, y ella tembló de nuevo, más fuerte esta vez, sus caderas moviéndose hacia adelante como si estuviera presionándose contra mi toque. El olor de su excitación me golpeó, débil pero agudo, mezclándose con el aceite de coco, haciendo que mi lobo arañara mi interior.

—Eso probablemente sea suficiente —dijo, pero no se alejó.

—Probablemente.

Ninguno de los dos se movió.

Entonces Riley se dio la vuelta, y sus mejillas estaban ruborizadas de un rosa intenso, los labios separados mientras se los lamía inconscientemente. Abrió la boca para decir algo-

—Hola.

Mi cabeza se giró hacia la voz, un gruñido formándose en mi garganta. Un chico, de unos veinticinco años, bronceado, confiado, los músculos flexionándose bajo su camisa mientras se acercaba con aires de suficiencia. Mi lobo gruñó más fuerte, el pelo erizándose dentro de mí. El hombre había llegado de otro grupo y estaba mirando a Riley como si quisiera inclinarla allí mismo, su mirada recorriendo sus tetas y bajando hasta sus caderas.

Quería arrancarle cada uno de los malditos dientes que tenía, sentir su mandíbula romperse bajo mi puño, saborear su sangre.

—Soy Tyler —dijo el chico, ignorando completamente mi existencia, acercándose más a ella—. No pude evitar fijame en ti desde allí. ¿Vienes aquí a menudo?

Por *favor*.

La frase era terrible. La forma de decirla fue peor. Pero Tyler le estaba sonriendo a Riley con intención, inclinándose, y mi visión se

volvió roja en los bordes, la sangre rugiendo en mis venas, el miembro deshinchándose por la rabia pero los celos retorciéndose como un cuchillo en mis tripas.

—Está conmigo —dije, dando un paso adelante para colocarme entre Riley y el intruso, mi cuerpo bloqueando su vista, los hombros cuadrados, listo para empujarlo al suelo.

Las cejas de Tyler se levantaron, la sonrisa disminuyendo mientras me medía. —¿Ah, sí? No vi ningún anillo.

—No verás nada si no te largas.

—Caelan —dijo Riley desde detrás de mí, con una nota de advertencia en su voz.

Tyler levantó las manos, retrocediendo con una sonrisa que quería borrar con mis nudillos. —Tranquilo, tío. Solo estaba siendo amable —se retiró a su grupo, mirando hacia atrás una vez, y lo vi irse con asesinato en mis ojos, cada músculo tenso.

—Eso no era necesario —dijo Riley cuando me volví hacia ella, sus ojos verdes buscando los míos.

—Te estaba molestando.

—Me estaba *hablando*.

—Es lo mismo —me acerqué sin pensar, invadiendo su espacio, el calor de su cuerpo atrayéndome.

Ella me miró por un largo momento y esta vez no pude leer su expresión.

—Eres muy protector —dijo finalmente—. Para ser un amigo.

La palabra "amigo" cayó entre nosotros como un desafío. No sabía cómo responder, y realmente no confiaba en mí mismo para hacerlo

correctamente. Así que opté por algo completamente diferente antes de hacer algo estúpido como atraparla contra esa manta.

—Vamos a nadar —dije, y me dirigí hacia el agua, quitándome la camisa de un solo movimiento, la tela despegándose de mi piel húmeda por el sudor.

—Te echo una carrera —dijo Riley, pasando corriendo junto a mí antes de que pudiera responder, su trasero rebotando con cada paso, las cuerdas del bikini balanceándose como una invitación.

Se sumergió en el agua con un chapoteo que envió gotas volando, la fresca neblina golpeando mi pecho desnudo. Me quedé allí, viéndola emerger con el pelo pegado hacia atrás, el agua corriendo por su cara, sobre su clavícula, goteando entre sus tetas. Sacudió la cabeza, riendo, los pezones endureciéndose por el frío, empujando contra la tela mojada.

Esto era una tortura.

Me sonrió, con los ojos brillantes. —Perdedor.

Totalmente lo era. Pero odiaba la distancia entre nosotros, el agua separándola de mis manos, así que me quité los zapatos y caminé más cerca, el frío del agua contra mis pies sorprendiendo mi piel sobrecalentada. Quitarme la camisa antes había sido un impulso, pero ahora, completamente expuesto de la cintura para arriba, sentí su mirada quemándome mientras me movía más profundamente.

La sonrisa de Riley vaciló. Sus ojos bajaron por mi pecho, demorándose en los relieves de los músculos, sobre mi estómago donde los abdominales se tensaban, a través de los tatuajes que se enroscaban sobre mi piel, líneas oscuras de tinta curvándose como enredaderas, símbolos de mi casa, mis logros, batallas ganadas y pérdidas lamentadas, el lobo gruñendo a lo largo de mi costado. Estaba mirando, ni siquiera trataba de ocultarlo, los labios

separándose mientras su lengua asomaba, y se sentía increíblemente bien.

—¿Ves algo que te gusta? —pregunté, manteniendo mi voz inocente y para nada presumida. Realmente esperaba que no hubiera notado la evidencia de cuánto me gustaba que me mirara.

Sus ojos volvieron a mi cara. —Solo estoy mirando tus tatuajes.

—Mmm.

—Son muy detallados —su voz salió ronca, tensa, mientras nadaba más cerca de la orilla donde yo estaba de pie.

—Mmm.

—¿Qué significan?

Tracé con un dedo una de las marcas en mi pecho, viendo sus ojos seguir el movimiento. —Este es por mi primera cacería.

—¿Cacería? —su voz estaba ligeramente tensa, su mirada bajando a mi boca por un instante.

—Logro. En mi tierra —señalé mis costillas, disfrutando de la forma en que su mirada recorría mi piel—. Este es un escudo familiar.

—¿Y ese? —señaló el lobo que corría a lo largo de mi costado, y me giré ligeramente para darle una mejor vista.

—Personal.

—Un lobo —seguía mirando—. De alguna manera apropiado, tienes el aspecto... si ignoramos el hecho de que te encanta anotar libros románticos picantes.

—Contengo multitudes —me acerqué más, y su respiración se entrecortó—. ¿Cuál es tu favorito?

—¿Qué?

—Has estado mirando durante un rato. Debes tener una preferencia —mi voz bajó, burlona, pero mi mano picaba por agarrar su cintura, atraerla hacia mí.

Sus mejillas se sonrojaron. —No he estado mirando.

—Lo has hecho, desde que me quité la camisa. Está bien —sonreí lentamente—. Yo te miré primero. Lo justo es justo.

—Yo... eso... —tragó saliva—. El lobo es mi favorito.

—¿Por qué?

—No lo sé. Parece... —se detuvo, sus ojos moviéndose sobre la tinta de nuevo—. Vivo. Como si pudiera moverse.

Algo cálido se extendió por mi pecho. Ella no tenía idea de lo acertada que estaba, de cómo la bestia dentro de mí se agitaba ante su mirada, las garras raspando, instándome a reclamarla allí mismo en el agua poco profunda, follarla lenta y profundamente hasta que gritara mi nombre.

Me tomé mi tiempo con mis pantalones, quitándomelos lentamente, la tela deslizándose por mis muslos, revelando el bañador que se aferraba a mis caderas, el contorno de mi polla semierecta totalmente visible. Sus ojos siguieron el movimiento, ensanchándose solo una fracción, las pupilas dilatándose mientras bajaban, demorándose en el bulto. Fingí no darme cuenta, pero mi pulso se aceleró, el miembro palpitando bajo su mirada.

—Lo estás haciendo a propósito —me acusó.

—¿Haciendo qué?

—Ser... distractor —su lengua asomó para humedecerse los labios, y me la imaginé en mi piel, lamiendo la sal de mi pecho.

—Solo me estoy preparando para nadar —pasé junto a ella hacia el agua, lo suficientemente cerca como para que mi brazo rozara el suyo—. A menos que prefieras seguir mirando. Puedo quedarme aquí más tiempo.

—Cállate —se rio a pesar de sí misma y se zambulló de nuevo en el agua. La seguí, dejando que el frío subiera alrededor de mis piernas, mis caderas, mi pecho. La temperatura era un alivio después del calor del verano, pero no hizo nada para enfriar el fuego que ardía a través de mí.

Riley mantuvo su distancia al principio. No mucha, pero suficiente para que lo notara. Me dolió más de lo que quería admitir.

—Lo asustaste —dijo después de un momento, moviendo los pies en el agua. Me tomó un segundo recordar exactamente a *quién* asusté.

Cierto. Ese maldito hombre.

—Bien.

—Probablemente era inofensivo.

—Probablemente —me acerqué y ella no se alejó nadando—. No me gustó cómo te miraba.

—¿Cómo me miraba?

—Como si fueras un objeto que poseer. Una conquista. Un premio que ganar —los celos se retorcieron de nuevo, ardientes y posesivos, mis manos deseando agarrar sus caderas y mostrarle a quién pertenecía.

Riley permaneció callada un momento. El agua chapoteaba entre nosotros, el único sonido además de las risas lejanas de otros nadadores.

—¿Y cómo me miras tú? —preguntó finalmente.

La pregunta me pilló desprevenido. Me acerqué flotando, lo suficientemente cerca para que nuestras piernas se rozaran bajo el agua, su suave pantorrilla deslizándose contra la mía, enviando descargas por mi muslo hasta mi miembro, que se estaba endureciendo de nuevo a pesar del frío. Ella se estremeció, y no tenía nada que ver con la temperatura, ya que un leve rubor se extendió por su cuello.

—Como si fueras el sol —dije en voz baja, mi boca prescindiendo de cualquier filtro que solía tener—. Y yo hubiera estado viviendo en la oscuridad.

Contuvo la respiración. —Eso es muy poético.

—Soy una persona poética.

—Eres una persona extraña. Misterioso australiano sexy —estaba bromeando, pero su voz era más suave ahora, entrelazada con deseo. Su mirada se desvió hacia mi boca—. Esa es tu marca, ¿verdad?

—¿Está funcionando? —pregunté, con la voz áspera, acercándome más hasta que nuestros muslos se presionaron bajo la superficie.

No respondió, solo me observaba. Estábamos cerca ahora, tan cerca que podía ver las gotas individuales de agua que se aferraban a sus pestañas y cómo su pulso latía en la base de su garganta.

—Dime cosas verdaderas sobre ti —dije, porque me encantaba saber más de ella y en este momento, si no hablaba, iba a besarla. No

creía que estuviera lista para eso—. Cosas verdaderas que no le cuentas a la gente.

Lo consideró por un momento. —Tengo miedo todo el tiempo.

—¿De qué?

—De todo. De estar sola. De no estar sola. De confiar en la persona equivocada otra vez. De dejar entrar a alguien y ver cómo me destruye —lo dijo con ligereza, pero sus ojos eran serios—. Tu turno.

—Nunca he querido nada para mí mismo —admití, las palabras pesadas, mi mano encontrando su cintura bajo el agua, el pulgar acariciando la piel desnuda sobre la parte inferior de su bikini, sintiendo cómo sus músculos se tensaban y relajaban—. Toda mi vida, he hecho lo que se esperaba de mí. Lo que mi familia necesitaba. Lo que mi reino... —me contuve, el desliz casi demasiado grande, pero su calidez me distraía—. Lo que mis responsabilidades exigían.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero algo —me acerqué aún más, hasta que respirábamos el mismo aire, mi pecho rozando ligeramente el suyo, el contacto eléctrico, sus pezones rozando a través de la tela fina—. Algo que probablemente no debería querer.

—¿Qué?

—Sabes qué —dije. Estaba más allá de las excusas, mi mano libre subiendo para acunar su mandíbula, inclinando su rostro hacia arriba, labios suspendidos.

El aire se sentía eléctrico. Podía ver su pulso acelerándose ahora, podía escuchar el enganche en su respiración.

—Riley —su nombre salió áspero, un gruñido, mi pulgar trazando su labio inferior—. No tienes idea de lo que me haces.

Tragó con dificultad, sus ojos oscureciéndose. —¿No querías ser mi amigo?

—¿Es eso lo que quieres? —extendí la mano, aparté un mechón de pelo mojado de su rostro. Mis dedos se demoraron en su mejilla, deslizándose hasta su cuello, el pulso latiendo bajo mi tacto—. ¿Un amigo?

—No sé lo que quiero.

—Entonces déjame decirte lo que *yo* quiero —estaba tan cerca ahora, mis labios casi rozando los suyos, nuestras respiraciones mezclándose—. Quiero ser lo que necesites. Amigo, más que un amigo, cualquier cosa. *Todo*. Seré lo que quieras que sea, Riley. Solo dímelo.

Sus labios se entreabrieron. Se estaba inclinando hacia mí.

—¡EH! —la voz de Sloane resonó a través del agua como una sirena de niebla—. ¿HABÉIS TERMINADO AHÍ FUERA? TENGO HAMBRE Y JADE NO DEJA DE MORREARSE CON TU HERMANA EL TIEMPO SUFICIENTE PARA DISCUTIR LAS OPCIONES DE COMIDA.

Riley se echó hacia atrás de golpe, riendo a pesar de sí misma. El momento se hizo añicos, de nuevo gracias a Sloane. Genial. Aunque probablemente fue lo mejor. Estábamos rodeados de gente y si la hubiera besado ahora mismo, no estaba seguro de cómo coño habría reaccionado. Tal vez habría perseguido a cada persona aquí para asegurarme de que nos dejaran solos. Mutilar a algunos de ellos. No lo sabía.

—Tiene un sentido del tiempo terrible —murmuré.

—Tiene un sentido del tiempo perfecto —contradijo Riley, pero sus mejillas estaban sonrojadas y su respiración era irregular—. Dependiendo de tu perspectiva.

—Mi perspectiva piensa que debería invertir en un pasatiempo.

—Interrumpir momentos románticos *es* su pasatiempo —murmuró en voz baja, pero sus palabras captaron mi atención. Lo había llamado romántico. Guardé eso.

Nadamos de vuelta hacia la orilla, y en algún momento del viaje, su mano encontró la mía bajo el agua. Sus dedos se entrelazaron con los míos, escondidos bajo la superficie donde nadie podía verlo. Nuestro secreto.

La miré. Ella miró hacia adelante, una pequeña sonrisa jugando en la comisura de sus labios.

No me soltó hasta que llegamos a la zona poco profunda.

8

—•—

Riley

Me desperté con mi teléfono vibrando en la mesita de noche.

Lo agarré a ciegas, entrecerrando los ojos hacia la pantalla a través de ojos pegajosos por el sueño. La hora marcaba las 8:47 AM, más tarde de lo que normalmente dormía, pero había estado despierta la mitad de la noche pensando en cierto extraño rubio y sus manos en mi espalda.

El mensaje era de un número desconocido.

Hola. Soy Caelan. Conseguí tu número de Jade. Espero que esté bien.

Mi corazón hizo algo estúpido en mi pecho. Miré el mensaje durante un largo momento, tratando de formular una respuesta que no sonara desesperada o ansiosa o como si hubiera estado pensando en él sin parar desde el lago.

Antes de que pudiera escribir algo, apareció otro mensaje.

Compré pasteles esta mañana. Demasiados. No sé por qué hice eso. Creo que tengo un problema.

Luego: *Thessa dice que definitivamente tengo un problema.*

Luego: *¿Quieres algunos? Puedo llevártelos. Solo si quieres.*

Luego: *Son pasteles muy buenos. Cruasanes. De los que se deshacen en capas.*

Luego: *Estoy haciendo que esto sea raro, ¿verdad?*

Luego: *Lo siento. Probablemente estés durmiendo. Ignora esto. Ignora todo esto.*

Estaba sonriendo a mi teléfono como una idiota. Casi podía sentir su ansiedad a través de la pantalla. El hombre seguro e intenso del lago había desaparecido por completo, reemplazado por pura energía de golden retriever. Esperanza ansiosa y miedo al rechazo y demasiados mensajes de texto seguidos.

Era adorable y devastador. Estaba en un gran problema.

Estoy despierta, le respondí. *Y nunca rechazo pasteles gratis.*

Su respuesta fue inmediata. Literalmente tres segundos después, como si hubiera estado mirando su teléfono esperando.

¿Cuál es tu dirección?

Dudé. Darle mi dirección exacta se sentía significativo. Otra barrera cayendo. Sabía que probablemente sospechaba que vivía en la zona, dada la cantidad de veces que nos habíamos topado, pero no estaba segura de los detalles...

Se la envié de todos modos.

Estaré allí en 20 minutos, respondió. Luego: *Tal vez 15. Camino rápido.*

Diez minutos después, no es que estuviera contando, hubo un golpe en mi puerta.

Había usado ese tiempo para cepillarme los dientes, echarme agua en la cara, cambiarme la camiseta de dormir por una camiseta de dormir ligeramente mejor, y entrar en pánico por el estado de mi apartamento. Metí un montón de ropa sucia en mi armario, pateé algunos libros bajo el sofá, limpié la encimera de la cocina con una toalla de papel que podría o no haber estado limpia, y decidí que el resto estaba lo suficientemente bien.

Me miré en el espejo una vez más. Mi pelo estaba haciendo algo. No algo bueno, pero algo. No había tiempo para arreglarlo. Me lo alisé con las manos, respiré hondo y me recordé a mí misma que esto eran solo pasteles. Solo un amigo trayendo pasteles. Muy normal, nada por lo que entrar en pánico.

Estaba absolutamente entrando en pánico.

Abrí la puerta y Caelan estaba de pie en mi pasillo, sosteniendo una caja de pastelería lo suficientemente grande como para alimentar a un pequeño ejército. Su pelo estaba ligeramente despeinado, por el viento o por sus dedos, no podía decirlo, y llevaba una suave camiseta Henley gris que hacía cosas injustas a sus hombros. En su otra mano tenía una bolsa de regalo.

—Sí tienes un problema con los pasteles —retrocedí para dejarlo entrar, de repente muy consciente de que estaba en shorts de pijama y una camiseta que decía "GIRO ARGUMENTAL" en el pecho —. Thessa tenía razón.

Sus ojos bajaron a mi camiseta, se detuvieron un momento, y luego volvieron a mi cara con un atisbo de sonrisa. —¿Giro argumental?

—Es una cosa de escritura.

—Me lo imaginaba —pasó junto a mí, lo suficientemente cerca como para captar su olor, y su voz bajó ligeramente—. Aunque tengo curiosidad por saber cuál es el giro en este momento.

—No hay ningún giro. Es solo una camiseta.

—Decepcionante. Esperaba algo dramático.

Colocó la caja de pastelería en la encimera de mi cocina y observó mi apartamento con una expresión curiosa. Su mirada se posó en la puerta del armario, que sobresalía sospechosamente por la ropa que había metido dentro, y luego se movió hacia el borde de un lomo de libro visible debajo de mi sofá.

—¿Has limpiado para mí? —preguntó.

—¿Qué? No. Siempre está así.

—Hay un calcetín colgando de tu armario.

Miré. De hecho, había un calcetín. Uno rosa brillante, colgando de la puerta como una bandera de rendición.

—Ese calcetín vive ahí —dije con toda la dignidad que pude reunir—. Es decorativo. Muy intencional. Es una elección de diseño.

Su boca se crispó. —Ya veo. ¿Y los libros empujados bajo tu sofá?

—Almacenamiento en el suelo. Está de moda. No lo entenderías. Es algo de Lysmont.

Definitivamente estaba tratando de no reírse ahora. —Me disculpo. No estoy familiarizado con las tendencias de diseño interior de Lysmont.

—Obviamente. Eres de Duskland. Diferentes sensibilidades estéticas.

—Claramente —me ofreció la bolsa de regalo—. Esto es para ti.

—¿Qué es esto?

—Un regalo.

—Ya trajiste pasteles.

—Bueno, esto es diferente.

Abrí la bolsa y saqué un libro. Me tomó un momento registrar lo que estaba viendo. Era «Su obsesión más oscura», el libro que habíamos estado leyendo para el club de lectura. Pero esta copia era diferente. Estaba firmado por la autora, con un mensaje personalizado en la página del título que decía: «Para Riley: que encuentres tu propio interés amoroso moralmente gris que cometería asesinato por ti. XOXO, Mara Chen».

—Cómo conseguiste... —lo miré, genuinamente atónita—. ¿Cómo conseguiste esto?

—Contacté con su editorial. Expliqué que era un fan —se encogió de hombros como si no fuera nada. Como si rastrear a una autora indie de romance y convencerla de firmar una copia personalizada fuera algo que la gente hacía un martes cualquiera—. Fue muy complaciente.

—Caelan.

—¿Te gusta?

Miré el libro. La firma. A este hombre ridículo que se había tomado la molestia de hacerme un regalo tan considerado y personal y completamente innecesario.

—Me encanta —dije en voz baja—. Gracias.

Su rostro entero se transformó. La esperanza que había estado escondida en sus ojos floreció por completo, una sonrisa extendiéndose por su cara que lo hizo parecer más joven y suave.

—Bien —dijo—. Eso es... bueno.

Nos quedamos allí un momento, manteniendo el contacto visual... Entonces mi estómago gruñó lo suficientemente fuerte como para hacer eco en las paredes, y el momento se rompió en risas.

Comimos pasteles en mi pequeña mesa de cocina, nuestras rodillas casi chocando en el espacio reducido, y descubrí que Caelan tenía opiniones fuertes sobre los productos horneados.

—Los cruasanes aquí son adecuados —dijo, agitando uno medio comido para enfatizar—. Pero en las panaderías donde crecí, eran mejores. Más capas. Más mantequilla.

—¿Los estadounidenses son tacaños con la mantequilla? —Eso era una novedad.

—Muy tacaños —tomó otro bocado, masticó pensativamente—. De donde vengo, creemos que la mantequilla es un... —hizo una pausa, y capté cómo ajustaba la frase a mitad de camino—. ...derecho humano.

—Derecho humano —repetí—. Esa es una postura firme.

—Tengo muchas posturas firmes.

La forma en que lo dijo hizo que el calor se acumulara en mi estómago. Siendo honesta, todo lo que hacía provocaba que el calor se acumulara en mi estómago. Últimamente vivía en un estado constante de excitación. Me metí un cruasán en la boca para evitar responder.

Me observó masticar, con un destello de diversión en su expresión. —Ese es el tercer cruasán que usas para evitar hablar conmigo.

Tragué. —No estoy evitando. Estoy comiendo. Trajiste comida. Sería de mala educación no comerla.

—Te metiste un pastel entero en la boca en el momento en que dije algo que te hizo sonrojar.

—No me sonrojé.

—Tus mejillas están rosadas ahora mismo.

—Eso es... una condición médica.

—¿Una condición médica que solo aparece cuando flirteo contigo?

—No estás flirteando.

—Estoy absolutamente flirteando —se reclinó en su silla, completamente a gusto—. Estoy siendo muy obvio al respecto. Pensé que apreciarías la transparencia.

—Aprecio los pasteles.

—¿Y el flirteo?

Agarré otro cruasán. Él se rio.

Hablamos durante horas. Sobre nada y sobre todo. Sobre mi escritura, le conté sobre el libro en el que estaba trabajando, un romance de amigos-a-amantes sobre un misterioso extraño que no estaba basado en absoluto en nadie que conociera, definitivamente no, ¿por qué preguntaría eso?

—Misterioso extraño —repitió—. ¿Cómo es?

—Alto, rubio, intenso, tiene un acento extraño —me di cuenta de lo que estaba diciendo y retrocedí—. Quiero decir, moreno. Bajo. Muy relajado.

—Así que lo opuesto a lo que acabas de decir.

—Exactamente.

—Lo opuesto a mí, específicamente.

—No sé qué estás insinuando.

—Estoy insinuando que estás escribiendo sobre mí —parecía demasiado complacido con esto—. ¿Soy el interés amoroso? ¿Tengo buenos diálogos? ¿Soy suficientemente moralmente gris?

Tierra, por favor, ábrete y trágame ahora mismo.

—No estás en mi libro.

—Pero si lo estuviera. Hipotéticamente.

—Hipotéticamente, serías un personaje secundario. Un alivio cómico, probablemente.

—Ay.

—Tal vez un villano. El tipo de villano que obtiene un arco de redención en el libro dos.

—Ah —asintió solemnemente—. Así que soy el interés amoroso.

—¡Eso no es lo que dije!

—Es lo que quisiste decir. Los villanos con arcos de redención siempre son el interés amoroso. He hecho mi investigación.

No pude evitar reír. —¿Has investigado sobre tropos románticos?

—Sí, investigación exhaustiva, minuciosa en todas las cosas.

Hablamos sobre su hogar, referencias vagas a inviernos fríos y obligaciones familiares y un lugar que sonaba menos como un país y más como una novela de fantasía. Sobre nuestro amor compartido por los libros, nuestras diferentes opiniones sobre el café (yo lo necesitaba para sobrevivir, él pensaba que era «interesante pero agresivo»), nuestra mutua perplejidad ante la televisión de realidad.

—¿Por qué compiten para casarse con un extraño? —preguntó en un momento, genuinamente desconcertado—. Esto parece ineficiente. En mi... —se contuvo—. De donde vengo, el cortejo es más deliberado.

—¿Deliberado cómo?

—Eliges a alguien. Lo persigues, demuestras que eres digno —lo dijo simplemente, como si fuera obvio—. No lo dejas al azar.

—¿Y si no te quieren de vuelta?

—Entonces te esfuerzas más —su mirada sostuvo la mía—. A menos que te digan que pares. Entonces paras. Pero hasta entonces... —se encogió de hombros—. Sigues intentando.

No sabía qué decir a eso. Sonaba como una promesa.

—¿Es eso lo que estás haciendo? —pregunté, sorprendiéndome a mí misma—. ¿Intentando?

—¿Tú qué crees?

—Creo que me trajiste pasteles para un ejército y un libro firmado antes de las nueve de la mañana.

—¿Y?

—Y creo que eso es muy... deliberado.

Sonrió. No la sonrisa juvenil de antes, sino una curva más lenta, satisfecha y segura. —Bien. Quería que lo notaras.

—Difícil no hacerlo.

—Entonces está funcionando.

Puse los ojos en blanco, pero también estaba sonriendo. No sabía qué pensar sobre todo esto, pero ahora mismo él era muy dulce, y me sentía bien a su lado. —Eres muy seguro.

—Estoy muy motivado —se inclinó hacia adelante, los codos sobre mi pequeña mesa, lo suficientemente cerca como para que pudiera ver las motas doradas en sus ojos grises—. Hay una diferencia.

—¿Qué te motiva, entonces?

—¿Ahora mismo? —su mirada bajó a mi boca por solo un segundo antes de volver a mis ojos—. Tú.

Sentí que mis mejillas se calentaban. —Eso es... directo.

—Te lo dije. Deliberado. No tiene sentido andar con rodeos.

Buenos dioses, por favor ayúdame.

Para cuando se fue, la caja de pasteles estaba vacía y me dolía la cara de tanto sonreír. Mis mejillas estaban doloridas, mi estómago estaba lleno, y mi corazón estaba dando volteretas que no estaba lista para examinar.

En la puerta, Caelan se volvió. —Gracias —dijo—. Por esta mañana.

—Tú trajiste la comida.

—Tú me dejaste entrar —su voz era suave—. Eso significa más.

Se dio la vuelta y se fue, y sentí como si se hubiera llevado algo mío con él. Cerré la puerta, me apoyé contra ella, y suspiré como una adolescente enamorada en una comedia romántica.

—¿Qué demonios me está pasando? —pregunté al apartamento vacío.

Gerald, la mancha del techo, no ofreció respuestas.

***

Pasé el resto del día en una nebulosa.

Intenté escribir. Abrí mi portátil, miré fijamente el cursor parpadeante, escribí tres palabras y las borré. Mi cerebro no cooperaba. Cada vez que intentaba concentrarme en mi héroe ficticio, veía la cara de Caelan en su lugar. Su sonrisa cuando dije que me encantaba el libro, la calidez en su voz cuando dijo «tú me dejaste entrar».

Intenté escribir un párrafo sobre el misterioso pasado de mi héroe y me di cuenta de que había descrito los ojos de Caelan. Escribí una escena donde el héroe llevaba el desayuno a la heroína y básicamente estaba transcribiendo mi mañana. Escribí diálogos y sonaban exactamente como él.

Borré todo y cerré el portátil.

Renuncié a escribir alrededor de las seis y preparé la cena. Si «cena» podía aplicarse a cereales comidos sobre el fregadero mientras miraba por la ventana a la nada.

¿Qué estaba haciendo? Apenas conocía a este hombre. Pero Caelan no parecía peligroso. Me hacía sentir segura, lo cual era aterrador, porque Damien también me había hecho sentir segura, al principio. Debería ser más cuidadosa, mantener mis muros levantados. Pero

cuando Caelan me miraba, olvidaba todo eso. Olvidaba ser cautelosa, olvidaba tener miedo. Solo quería estar más cerca.

Me duché, el agua caliente corriendo sobre mi piel hasta que se volvió tibia, luego me cambié a mi viejo pijama de algodón que colgaba holgado en mi cuerpo. Me metí en la cama a las nueve, sintiéndome como una abuela lista para dar la noche por terminada. El agotamiento me golpeó por tanto pensar demasiado y las emociones agitándose dentro, pero el sueño no llegaba. Por más que intentara forzar mis ojos a cerrarse, permanecía completamente despierta, mirando las sombras en el techo.

Y definitivamente, absolutamente, cien por cien no estaba pensando en cómo se sentían las manos de cierto hombre en mi espalda. En cómo sus dedos presionaban mi piel, deslizándose por mi columna, sintiendo cada bulto y curva como si estuviera trazando un mapa. El calor comenzó a aumentar en mi cuerpo, la piel poniéndose tensa y sensible, los muslos presionándose juntos sin que yo lo pretendiera.

No. No voy a ir por ahí.

Me giré de lado, golpeé la almohada para esponjarla, cerré los ojos con fuerza.

Su rostro apareció inmediatamente detrás de mis párpados. Esos ojos grises entrecerrándose, volviéndose más oscuros con hambre, gotas de agua en su pecho, los tatuajes que serpenteaban por sus pectorales y brazos, líneas gruesas y negras contra su piel.

—Joder —susurré a la habitación vacía. El calor en mis entrañas se hizo más pesado, extendiéndose hacia abajo para asentarse entre mis piernas, haciendo que todo palpitara un poco.

Esto era un verdadero problema. Se suponía que debía ser su amiga, nada más. Había aceptado simplemente pasar el rato, manteniendo todo platónico. Entonces, ¿por qué anhelaba todo lo demás?

Las amigas no se quedaban despiertas hasta tarde repasando cada roce de piel, cada mirada que duraba demasiado, cada vez que nuestras piernas se tocaban bajo el agua, enviando chispas por mi pantorrilla.

Las amigas definitivamente no hacían lo que yo estaba empezando a hacer.

Mi mano se deslizó sobre mi estómago antes de que pudiera detenerla, metiéndose bajo el elástico de mis pantalones de pijama y dentro de mi ropa interior. Los dedos rozaron el suave vello, y luego más abajo.

Esto estaba mal. Él era mi extraño e intenso amigo que casualmente se veía demasiado bien, mirándome como si yo fuera el sol, la luna y las estrellas combinadas. No importaba cómo había admitido que estaba coqueteando conmigo, no se suponía que debía caer en sus encantos.

Pero a mi cuerpo no le importaba nada de eso.

Imaginé sus manos de nuevo. Esas manos grandes y capaces que acunaban una copa de vino como si fuera preciosa, que extendían protector solar desde mis hombros hasta la curva de mi cintura, con los pulgares presionando lo justo para hacerme mover.

Mis dedos alcanzaron mi sexo entonces, separando los pliegues, y maldije en voz baja por lo húmedo que ya estaba todo. La humedad recubría mis dedos mientras los deslizaba a lo largo de la hendidura, el calor que emanaba de mi piel haciendo que mi mano se sintiera pegajosa.

En mi cabeza, esas manos suyas subían por mis muslos, los callos ásperos raspando ligeramente contra el interior, luego agarrando con fuerza en la parte superior antes de separar mis piernas. Completamente abierta, rodillas dobladas y pies planos en la cama, exponiendo mi sexo ante él. Lo veía allí, una forma oscura

arrodillada entre mis muslos separados, su aliento cálido contra la piel sensible.

Dioses. Pensé en su boca, cómo me besaría, profundo y sin prisa, su lengua empujando para saborear cada parte. Luego bajando, labios rozando mi clavícula, hacia mis pechos, chupando los pezones hasta que se endurecieran y dolieran. Cómo besaría a través de mi estómago, mordisqueando la piel, antes de llegar a mi monte. Presionaría su boca allí primero, la nariz empujando contra el vello, inhalando el aroma de mi excitación. Entonces su lengua se aplanaría contra mis labios externos, lamiendo la humedad que se filtraba, salada y aguda en sus papilas gustativas. *Joder.*

Mis propios dedos lo imitaron, el del medio hundiéndose en mi entrada, sintiendo mis paredes apretarse a su alrededor. Había pasado tanto tiempo desde que me masturbaba, que mi sexo tenía telarañas imaginarias a estas alturas. Empujé más profundo, nudillo por nudillo, la tensión haciéndome jadear mientras lo curvaba hacia arriba para frotar ese punto interior. La otra mano se quedó afuera, el pulgar circulando mi clítoris, hinchado y húmedo, enviando descargas a través de mis caderas con cada pasada.

Lo imaginé alejándose lo suficiente para mirarme, ojos grises fijos donde trabajaba su boca, antes de zambullirse de nuevo, labios envolviendo mi clítoris, chupando lo suficientemente fuerte para arrancar un gemido de mi garganta, dientes rozando el borde ligeramente. Su lengua se movía rápido, luego con lentas lamidas que cubrían cada centímetro, recogiendo más de los jugos que goteaban hacia mi trasero.

Mis dedos aceleraron, dos dentro ahora, entrando y saliendo con sonidos húmedos que llenaban la habitación, el chapoteo fuerte en el silencio. Mi espalda se levantó del colchón, sábanas retorciéndose debajo de mí mientras mis talones se hundían en la cama. Mordí mi labio inferior, saboreando el leve sabor metálico de sangre donde

mis dientes se hundieron demasiado, pero un gemido bajo se escapó de todos modos, áspero y necesitado.

Mierda. El orgasmo me golpeó en pulsaciones, comenzando profundo en mi núcleo y radiando hacia afuera, músculos apretándose alrededor de mis dedos mientras la humedad brotaba, empapando mi mano y la tela debajo de mi trasero. Mis dedos de los pies se curvaron con fuerza sobre las sábanas, estirándolas, mientras mi otra mano agarraba la manta. Mis caderas se arquearon, frotándose contra mi palma, persiguiendo cada último espasmo.

—Caelan —jadeé, el nombre escapando de mis labios mientras las olas seguían llegando—. Oh dios, Caelan...

Luego me quedé allí, respirando agitadamente, mirando al techo y sintiéndome terriblemente culpable.

Este no era comportamiento de amiga. Este era el tipo de cosa que haría que todo fuera extraño si él alguna vez se enterara.

Pero por otro lado... él no siempre actuaba como solo un amigo, ¿verdad?

Mierda. Me estaba volviendo loca. No sabía qué pensar, no sabía qué quería. No. Eso era mentira. Sabía exactamente lo que quería.

Lo quería en mi cama y en mi vida. Quería dejar de tener miedo, comparándolo con Damien. Quería confiar en que no todos los hombres que me hacían sentir vista eventualmente me harían sentir pequeña.

Quería arriesgarme, aunque fuera estúpido. Y ese era el pensamiento más aterrador de todos.

9

—•—

Caelan

Todo iba según el plan.

Repasé la mañana en mi mente mientras caminaba hacia Ink & Iron al final de la tarde: la cara de Riley cuando vio el libro firmado, la forma en que sus ojos se suavizaron. La forma en que dijo «Me encanta» como si significara más que las palabras. La forma en que me dejó entrar en su casa, su espacio, su mañana. Me dejó sentarme en su pequeña mesa y comer pasteles mientras ella compartía una pequeña parte de sí misma.

Un progreso real y medible. Thessa estaría orgullosa. También se burlaría de mí sin piedad, pero estaría orgullosa bajo la burla.

Había investigado sobre esta tienda de tatuajes. Investigué a los tres hombres que trabajaban allí. Dom, el dueño, ex militar, hizo dos giras en el extranjero antes de establecerse en Lysmont y abrir la tienda. Marco, su primo, antiguo trabajador de la construcción, construido como un oso y cubierto con su propio arte. Vinnie, entrenado bajo Dom durante cinco años, tenía un pomerania llamado Brutus y una debilidad por el póker.

Más importante aún: los tres eran protectores con Riley. La cuidaban, vigilaban sus idas y venidas, la escoltaban hasta su puerta cuando lo necesitaba.

A pesar de mi maldita envidia, lo aprobaba.

Empujé la puerta de la tienda de tatuajes, la campana sonando sobre mi cabeza. Dom estaba detrás del mostrador, leyendo en su teléfono. Marco estaba en una estación, limpiando equipos con precisión. Vinnie estaba tumbado en un sofá de cuero, navegando por su teléfono con los pies levantados.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Dom, evaluándome.

—Quisiera un tatuaje.

—¿De qué tipo?

Metí la mano en mi bolsillo y saqué un trozo de papel. Había escrito la palabra con mi propia letra, letras cuidadosas. Se lo entregué a Dom.

Dom miró el papel. Me miró. Volvió a mirar el papel.

—Riley —leyó en voz alta.

Las cabezas de Marco y Vinnie giraron hacia nosotros como depredadores sintiendo a su presa.

—Eso es un nombre —observó Marco.

—Sí.

—Un nombre de mujer.

—Sí.

—Quieres tatuarte el nombre de una mujer. —Dom dejó el papel—. ¿Dónde?

—En el muslo superior. Parte delantera.

Los tres hombres intercambiaron el tipo de mirada que decía «estamos a punto de presenciar la cosa más romántica de la historia o un desastre espectacular».

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a esta Riley? —preguntó Dom.

—Dos semanas.

Silencio.

Entonces Marco empezó a reír. No maliciosamente, más como si no pudiera creer lo que estaba escuchando. Vinnie se unió, e incluso los labios de Dom se crisparon.

—Hijo —dijo Dom, sacudiendo la cabeza—, llevo haciendo esto veinte años. He visto muchas decisiones estúpidas entrar por esa puerta. Esta podría estar entre las cinco primeras.

—Sé lo que estoy haciendo.

—¿Lo sabes?

Pensé en la risa de Riley, en cómo arrugaba la nariz cuando estaba pensando, en cómo me miraba en el lago como si estuviera viendo a alguien que merecía ser visto.

—Sí —dije—. Lo sé.

Dom me estudió por un largo momento, luego se encogió de hombros. —Tu cuerpo, tu elección. Súbete a la silla. Esto va a doler como el demonio.

Me acomodé en la silla de tatuaje, listo para soportar cualquier dolor que viniera. El nombre de Riley en mi piel se sentía correcto, necesario.

Cuando la aguja del tatuaje se clavó en mi muslo, apreté los dientes contra el dolor.

En Duskmere, adormecíamos la piel antes de tatuar, se consideraba civilizado. Los humanos aparentemente preferían sufrir por su arte. La aguja se arrastró por mi carne, cada línea ardiendo, y me concentré en respirar a través del dolor.

—Entonces —dijo Dom conversacionalmente, sin levantar la vista de su trabajo—, esta Riley. ¿Sabe que te estás grabando permanentemente su nombre en tu cuerpo?

—Aún no.

—¿Planeas sorprenderla?

—Sí.

Marco resopló desde su estación. —Estrategia audaz.

—Debe ser muy especial —ofreció Vinnie desde el sofá—. Para que te vuelvas tan loco después de dos semanas.

—Lo es. —Observé el contorno de las letras tomando forma en mi muslo, la R, la I, la curva cuidadosa de la L—. Ella lo es todo.

—Eso es dulce —dijo Vinnie—. Estúpido, pero dulce.

—¿Tienes otros tatuajes? —preguntó Dom, y pude notar que estaba genuinamente curioso—. Estos parecen profesionales.

—Varios. Me los hice en casa.

—¿Dónde está tu casa?

—Muy lejos.

—Útil. —El tono de Dom era seco—. ¿De qué son?

—Historia familiar. Logros. Cosas que importan.

—¿Y el nombre de una mujer que conoces desde hace dos semanas encaja con la historia familiar?

—Sí.

Dom sacudió la cabeza pero siguió trabajando. La aguja zumbaba, el dolor atravesando mi muslo con cada trazo. No era nada comparado con algunas heridas que había recibido en Duskmere. Esto importaba más que cualquier marca que jamás hubiera recibido.

—De hecho, nosotros conocemos a una Riley —dijo Marco eventualmente, con tono casual—. Vive justo arriba.

Mantuve mi rostro cuidadosamente neutral. —¿Oh?

—Sí. Chica dulce. Escritora. Un poco desastre, pero de manera encantadora. —Marco me estaba observando ahora, ojos perspicaces a pesar del tono casual—. Mala suerte con los hombres, sin embargo.

—¿Mala suerte cómo?

—Su ex. —La voz de Dom se oscureció—. Damien Cross. Un auténtico pedazo de mierda. Agente literario o algo así. Aparece por aquí a veces, golpeando su puerta, a veces borracho. Tenemos que subir y convencerlo de que se vaya, si entiendes lo que quiero decir.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó.

La aguja se detuvo, Dom levantó la vista. —¿Estás bien? Te has puesto tenso como el infierno.

—Bien. —La palabra salió cortante. Fría—. Háblame de este ex.

Marco y Dom intercambiaron otra mirada. Vinnie se sentó en el sofá, repentinamente alerta.

—No hay mucho que contar —dijo Marco lentamente—. Típico imbécil controlador. Se llevó su dinero, le lió la cabeza. La tenía convencida de que no podía hacer nada sin él. Pensábamos que por fin se había librado de él, pero aún aparece a veces. Menos a menudo ahora. La última vez fue hace quizás un mes.

—Y vosotros os encargáis. —No era una pregunta—. ¿Alguna vez la ha herido?

Silencio.

—A veces tiene moretones —dijo Vinnie en voz baja—. En los brazos. En las muñecas. Dice que es torpe.

—No es torpe —añadió Marco—. La hemos visto navegar por una habitación llena de gente llevando seis copas de vino sin derramar una gota. Es elegante como el infierno.

La habitación se había quedado muy quieta. Me di cuenta de que mis garras se habían extendido ligeramente, presionando contra las yemas de mis dedos. Las forcé a retroceder, respirando a través de la rabia que quería consumirme.

Dom me observaba cuidadosamente ahora. Realmente observando. Sus ojos se entrecerraron, siguiendo el cambio en mi expresión.

—Espera —dijo lentamente. Dejó la máquina de tatuar—. Espera un maldito minuto.

—¿Qué? —preguntó Marco.

—Estoy uniendo piezas aquí. Dame un segundo. —Dom me señaló —. Alto. Rubio. Acento extranjero. Mirada intensa. Aparece de la nada hace un par de semanas.

—Vale...

—Sloane lo mencionó, después de esa cosa del club de lectura. Dijo que algún enorme australiano rubio se coló en la reunión, ¿recuerdas? —Los ojos de Dom se ensancharon—. Eras tú, ¿verdad?

No dije nada, mi mandíbula estaba demasiado apretada para hablar.

—Mierda santa —dijo Vinnie, sentándose más derecho—. ¿Eres el australiano?

—¿El que supuestamente gruñó a algún tipo por hablar con ella? —añadió Marco.

Todavía nada.

—¿El que apareció con una copia anotada de su libro? —Vinnie estaba sonriendo ahora—. ¿Con notas adhesivas codificadas por colores?

—Y ahora estás aquí —dijo Dom, con voz plana—, tatuándote su nombre en el muslo. Nuestra Riley. La que vive directamente encima de nosotros. —Señaló el techo—. *Esa* Riley.

El silencio se extendió.

—¿Es tan obvio? —pregunté finalmente.

Los tres estallaron en carcajadas.

—Hermano —jadeó Marco—, ¿entraste en su edificio, pediste un tatuaje con el nombre de una mujer y no pensaste que lo descubriríamos?

—Esperaba discreción.

—Te estás tatuando RILEY en el muslo. En el edificio donde vive RILEY. Por los amigos de RILEY. —Dom sonreía ahora—. La discreción nunca estuvo sobre la mesa.

—En tu defensa —dijo Vinnie, todavía riendo—, probablemente no sabías que la conocíamos cuando entraste.

—Lo sabía —admití.

Todos me miraron fijamente.

—Sabías que la conocemos —dijo Marco lentamente—, y aun así viniste aquí a tatuarte su nombre en el cuerpo. Para siempre.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque la protegéis. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. La cuidáis. —Miré a los ojos de Dom—. Quería conocer a los hombres que hacen eso. Quería saber si eran dignos de confianza.

Otro silencio, este diferente.

—Nos estabas poniendo a prueba —dijo Dom—. Aunque *nosotros* deberíamos ser los que te pongan a *ti* a prueba.

Marco se recostó en su silla. —¿Entonces cuál es el veredicto? ¿Pasamos tu evaluación?

—Sí.

—¿Y si no lo hubiéramos hecho?

No respondí. No necesitaba hacerlo. Cualquier cosa que se mostró en mi expresión fue suficiente, porque los tres hombres se quedaron muy quietos.

—Bien —dijo Vinnie en voz baja—. Menos mal que pasamos, entonces. Tú también pasas nuestra evaluación de vibra. Si le haces algo, ahora conocemos tu cara. Te daremos una paliza, tío.

Asentí. —Justo.

—Ella habló de ti —añadió Marco después de un momento, y me quedé quieto—. Después de esa noche del club de lectura. Sonrió cuando lo hizo, la primera sonrisa real que he visto en ella en meses.

Mi pecho dolía.

—Te estás tatuando su nombre en tu muslo —dijo Dom—, porque estás enamorado de ella. Ese es el asunto, ¿verdad?

—Sí.

—La mayoría de la gente llamaría a eso una locura.

—Soy consciente.

Dom asintió lentamente. Luego se inclinó hacia adelante, bajando la voz. —No la lastimes. Ha pasado por suficiente mierda con ese idiota de Damien. Se merece algo mejor.

—No la lastimaré. —Salió como un juramento. Como un voto prestado ante la Diosa de la Luna misma—. Y nadie más lo hará. Ya no.

—¿Es así?

—Así es.

Los tres hombres intercambiaron otra mirada. —Muy bien entonces —dijo Dom finalmente—. Déjame terminar este tatuaje.

Dom estaba terminando la última letra cuando lo sentí.

Un tirón en mi pecho, un calor extendiéndose por mis venas. El vínculo de pareja, la conexión entre nosotros, avivándose con una emoción muy fuerte: excitación.

Riley estaba excitada.

Todo mi cuerpo se puso rígido en la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó Dom, deteniendo la aguja otra vez.

—Bien. —Mi voz sonaba estrangulada incluso para mis propios oídos —. Calambre muscular.

No estaba bien. Estaba en el extremo opuesto de bien. Porque la excitación que inundaba el vínculo era intensa. Construyéndose, girando en espiral, inconfundiblemente Riley. Podía sentirla como si fuera mía, calor acumulándose en mi estómago, mi miembro despertando en mis pantalones.

¿Estaba con alguien? El pensamiento envió hielo por mis venas, seguido inmediatamente por una rabia volcánica. Si alguien más la estaba tocando, si alguien más la estaba haciendo sentir así...

Me forcé a concentrarme. Apagué el zumbido de la máquina de tatuar, la música baja sonando en la tienda, los sonidos distantes del tráfico afuera. Estreché mi audición al apartamento encima de nosotros.

Estaba en silencio, sin voces ni un segundo latido cardíaco. Solo el de Riley, rápido y acelerándose. Estaba sola.

Oh.

Oh no.

Se estaba tocando.

Mi miembro pasó de despertar a dolorosamente duro en aproximadamente dos segundos. Estaba acostado en una silla de tatuaje en una habitación llena de hombres, tatuándome el nombre de Riley en el muslo, y me estaba excitando porque ella se estaba dando placer en el apartamento directamente sobre nosotros.

Esto era una pesadilla. Esto era el infierno real.

—Casi terminado —dijo Dom, ajeno a mi crisis—. Solo falta terminar la Y.

La Y. Genial. La Y. Podía oír a Riley a través del techo, sus suaves jadeos apenas audibles para oídos humanos pero claros como el día para mí ahora que estaba concentrándome en ellos. Un gemido, el crujir de las sábanas, la contención de la respiración que significaba que estaba acercándose al clímax.

Mi miembro se tensaba contra mis vaqueros, el líquido preseminal empapando mis calzoncillos.

—Estás sudando —observó Vinnie desde el sofá—. Mucho.

—Hace calor aquí.

—Estamos a unos veinte grados.

—Tengo temperatura alta.

Marco miró hacia mí. Hizo una doble toma. Sus cejas ascendieron hacia su cuero cabelludo.

—Eh. ¿Necesitas un minuto, colega?

—Estoy bien.

—¿Seguro? Porque parece que estás...

—He dicho que estoy *bien*.

No estaba bien. Estaba tan lejos de estar bien que ni siquiera podía ver lo bien desde aquí. Encima de mí, Riley gimió, apenas un sonido, más como una respiración, y mis caderas se sacudieron involuntariamente.

Dom pausó la máquina de tatuar. Me miró, miró la tienda extremadamente obvia en mis vaqueros, y luego volvió a mirar mi cara.

—No voy a preguntar —dijo Dom secamente—. No es asunto mío. Lo que sea que esté pasando ahora mismo, no quiero saberlo. Pero, ¿puedes quedarte quieto durante otros treinta segundos?

—Lo intento.

—Inténtalo más.

El placer se acumulaba a través del vínculo. Agarré los bordes de la silla con tanta fuerza que el cuero crujió. Estaba jadeando, tratando de controlarme, tratando de no perderlo como un adolescente mientras un hombre tatuaba mi muslo.

Esto era humillante. Esto era tortura. Esto era el universo castigándome por cada pecado que había cometido.

Entonces, a través del vínculo y a través del techo, la escuché jadear.

—Caelan.

Ella dijo mi nombre cuando se corrió.

Mi nombre.

Casi me desmayé.

El orgasmo me golpeó de segunda mano a través del vínculo. No el mío, sino el suyo, y aún así fue suficiente para hacer que mi visión se volviera blanca en los bordes. Me mordí la lengua con tanta fuerza que saboreé la sangre, luchando contra el gemido que quería escapar, luchando contra la liberación que amenazaba con derramarse, forzándome a mantener mi expresión en blanco mientras el sudor me hacía cosquillas en la sien por el esfuerzo de todo esto.

—Terminado —anunció Dom, retirándose—. Ya puedes respirar.

En realidad, no podía respirar. No podía hacer nada excepto yacer allí, duro y desesperado, sabiendo que Riley acababa de correrse mientras pensaba en mí.

—¿Necesitas un minuto? —preguntó Vinnie—. Parece que estás a punto de desmayarte.

—O morir —añadió Marco, servicial—. Parece que realmente podrías morir.

—Estoy bien. —Me senté demasiado rápido, con la cabeza dándome vueltas—. ¿Cuánto te debo?

Dom nombró un precio. Saqué mi cartera y le entregué el doble de esa cantidad.

—Quédate con el cambio —dije, moviéndome ya hacia la puerta—. Gracias por tu discreción.

—¿Qué discreción? —gritó Marco tras de mí—. Definitivamente le contaremos esto a todo el mundo.

No me importaba. Necesitaba salir inmediatamente, antes de que alguien hiciera otro comentario sobre la situación extremadamente

obvia en mis pantalones. Logré salir de la tienda de tatuajes por pura fuerza de voluntad.

Caminé a través de la puerta, por la calle, dobló la esquina, y en el momento en que estuve fuera de vista, rompí en una carrera.

Mi apartamento estaba a una manzana de distancia. Nunca había estado más agradecido por las decisiones estratégicas de vivienda.

Entré de golpe por mi puerta, la cerré de un portazo detrás de mí, y me apoyé contra ella, respirando con dificultad. Mi miembro estaba presionando contra mis vaqueros, exigente. Todo mi cuerpo estaba tenso, el eco del placer de Riley aún reverberando a través del vínculo.

Ella dijo mi nombre. Pensó en mí mientras se tocaba. Ella me *deseaba*.

Necesitaba... No podía... No debería...

Mi portátil estaba sobre la mesa de café. Absolutamente no debería.

Pero lo hice. Abrí la transmisión de seguridad de las cámaras que había instalado alrededor del edificio de Riley. No dentro de su apartamento, no era tan invasivo, pero el perímetro, las entradas, la calle. Solo para mantenerla a salvo, para asegurarme de que Damien no estuviera al acecho.

Ella estaba bien. Las imágenes mostraban su edificio de apartamentos tranquilo, sin amenazas, sin señales de ese pedazo de mierda en ninguna parte. Todo estaba seguro.

Rebobiné hasta que encontré la marca de tiempo de hace aproximadamente una hora, cuando sentí que el vínculo se intensificaba. La cámara daba una vista de su ventana, cortinas cerradas pero iluminadas desde atrás. Podía ver sombras moviéndose detrás de la tela. Podía imaginar lo que estaba

haciendo, podía recordar exactamente cómo se sentía a través del vínculo.

Mi mano estaba en mi miembro antes de tomar una decisión consciente.

Me masturbé bruscamente, observando el movimiento sombrío detrás de sus cortinas, recordando la sensación de su placer inundándome. La forma en que su respiración se entrecortaba, cómo se aceleraba su corazón. Mi nombre en sus labios como una plegaria.

—Riley —gemí, y salió desesperado, roto.

No duré mucho. Dos caricias, tres, y estaba corriéndome con fuerza, derramándome sobre mi puño, su nombre en mis labios como si lo hubiera escrito en mi alma.

Después, yací allí en la oscuridad, jadeando, mirando fijamente el techo.

Era patético. Completa y absolutamente patético. Masturbándome con imágenes de seguridad como una especie de acosador trastornado. Los hombres en la tienda de tatuajes tenían razón. Esto era una locura.

Pero también estaba enamorado de ella.

No era solo el vínculo de pareja o el instinto. Estaba realmente, genuinamente, completamente enamorado de esta mujer humana que no sabía que yo era un hombre lobo, que no sabía que era mi pareja destinada, que no sabía que tenía su nombre tatuado en mi muslo y cámaras alrededor de su edificio y una necesidad desesperada de estar cerca de ella que rayaba en la locura.

Me limpié, me cambié de ropa y revisé mi nuevo tatuaje. Las letras estaban rojas y ligeramente hinchadas, pero claras. RILEY.

Permanente, para siempre, igual que ella.

Solo tenía que convencerla de eso de alguna manera.

10

—•—

Riley

Estaba en la zona.

Había estado escribiendo durante seis horas seguidas, apenas parando para tomar café o ir al baño, completamente perdida en el mundo que estaba creando. La historia fluía como agua, las palabras saliendo más rápido de lo que mis dedos podían teclearlas, las escenas desenvolviéndose con una claridad que no había sentido en meses.

Era un romance de amigos-a-amantes. Mi tropo favorito. Definitivamente no por cualquier desarrollo reciente en mi vida personal, muchas gracias.

La heroína era una escritora sarcástica con problemas de confianza y una tendencia a tomar decisiones cuestionables respecto a extraños altos. Tenía una mancha en el techo a la que había llamado George. Comía cereales sobre el fregadero a medianoche. Dirigía un club de lectura sobre intereses amorosos moralmente grises que cometerían asesinato por ti.

Totalmente ficticio. Completamente inventado. Para nada autobiográfico.

El héroe era un misterioso hombre rubio que aparecía inesperadamente y ponía su mundo patas arriba. Tenía ojos grises, porque el gris era un color de ojos perfectamente normal y no específico de nadie que conociera. Era irrazonablemente alto. El tipo de alto que ponía nerviosos a los marcos de las puertas. Lavaba los platos sin que se lo pidieran y traía regalos que eran demasiado considerados y miraba a la heroína como si fuera lo único en la habitación que valía la pena ver.

Su nombre era Cameron, que era completamente diferente de cualquier otro nombre. El hecho de que empezara con la misma letra y tuviera el mismo número de sílabas era pura coincidencia.

Estaba en medio de una escena donde Cameron traía el desayuno a la heroína. Pasteles, de una panadería que usaba la cantidad correcta de mantequilla. Le decía que era la persona más interesante que había conocido jamás. Era ficción, y estaba tan concentrada que me tomó un segundo darme cuenta de por qué la pantalla de repente parecía demasiado brillante.

Las luces se habían apagado. Un segundo estaba escribiendo, al siguiente la habitación se sumió en la oscuridad a mi alrededor. El trueno retumbó afuera, la lluvia azotaba mis ventanas. Había estado tan absorta en la historia que me perdí completamente la tormenta que se formaba afuera.

—Mierda —murmuré, comprobando mi portátil. Tres por ciento de batería—. Mierda, mierda, mierda.

Guardé el documento frenéticamente, viendo cómo se agotaba el icono de la batería, y logré cerrar el archivo justo antes de que la pantalla muriera. Buen salvamento.

Como pude, navegué por la habitación hasta el disyuntor con el brillo de la linterna de mi teléfono. Accioné todos los interruptores, probé todas las combinaciones, agité cosas que probablemente no deberían ser agitadas. Nada funcionó. Intenté llamar a mi casero. Sin respuesta, directamente al buzón de voz.

Era domingo. La tienda de tatuajes estaba cerrada, y no podía permitirme un electricista, no con lo que Damien dejó de mis finanzas. Entre su corte del cuarenta por ciento y los «gastos» que afirmaba pagar en mi nombre, tenía aproximadamente trescientos dólares a mi nombre hasta mi próximo cheque de regalías.

Estaba sola en la oscuridad, la batería de mi teléfono estaba al treinta y seis por ciento, y realmente debería conservarla. De todos modos, desplacé mis contactos, buscando a alguien que pudiera ayudar.

Sloane estaba fuera de la ciudad visitando a su madre. Jade probablemente estaba con Thessa. Margo probablemente estaba trabajando, porque tenía un poco de adicción.

Mi pulgar se detuvo sobre el nombre de Caelan.

Estaba cerca. A una manzana de distancia, según donde Sloane lo dejó. Era fuerte, capaz. No debería llamarlo. Era tarde, estaba lloviendo, esto no era su problema en absoluto.

Pero mis dedos ya estaban presionando el botón de llamada. Me mordí el labio mientras sonaba una vez, dos veces, entonces-

—¿Riley? —Su voz estaba alerta y no somnolienta en absoluto—. ¿Qué ocurre?

—Se me ha ido la luz. —Me sentí estúpida al decirlo. No era una emergencia, apenas era un problema—. Probé el disyuntor y no funcionó, y mi casero no contesta, y sé que es tarde y está

lloviendo, pero no sabía a quién más llamar, y estás cerca, y pensé que tal vez sabrías cómo...

—Estaré allí en diez minutos.

—Caelan, está lloviendo a cántaros. Podrías simplemente decirme cómo arreglarlo, no tienes que...

—Nueve minutos.

Colgó, y me quedé mirando mi teléfono. Bueno, entonces.

Usé la batería restante para encender velas. Tenía aproximadamente trescientas de ellas, porque era una escritora de romance y las velas eran básicamente un requisito profesional. Vainilla, lavanda, «hojas de otoño», «brisa del océano», varias velas sin nombre de tiendas de todo a un dólar que había comprado al por mayor durante un episodio depresivo. Para cuando las había esparcido por mi sala de estar, la luz dorada hacía que todo pareciera más suave, más cálido, más íntimo de lo previsto. Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos.

Comprobé mi teléfono. Siete minutos.

Cuando abrí la puerta, Caelan estaba parado en mi pasillo luciendo como un dios ahogado.

Su pelo estaba pegado a su frente, el agua corriendo en riachuelos por su cara. Su camiseta, una fina camiseta de algodón que claramente no esperaba que se empapara, se pegaba a su pecho como una segunda piel. Transparente en lugares, delineando cada músculo y línea. Cada relieve de su estómago. Bendita sea el agua que humedeció esa camiseta para que pudiera contemplar su magnífico pecho.

El agua goteaba de su mandíbula, de sus codos, del dobladillo de su camiseta donde se pegaba a sus caderas.

Parecía que había corrido hasta aquí, como si hubiera esprintado a través de un huracán para llegar a mí. Y me estaba mirando con esos ojos grises como si ser alcanzado por un rayo hubiera sido un inconveniente menor comparado con no presentarse cuando lo llamé.

—Has venido —dije estúpidamente.

—Tú llamaste.

La simplicidad de ello abrió mi pecho. *Tú llamaste*, como si esa fuera razón suficiente. Como si mi voz en el teléfono fuera una invocación a la que respondería sin importar lo que se interpusiera en su camino.

—Estás empapado.

—Lo he notado.

—Vas a pillar una neumonía. —Dije, incapaz de procesar muchos pensamientos mientras tenía su pecho frente a mí.

—No me enfermo.

Resoplé. —Así no es como funcionan los sistemas inmunológicos.

—Te estoy diciendo, no... —Se interrumpió, goteando sobre mi felpudo y formando un pequeño charco—. ¿Puedo entrar?

—Claro. Sí. Por supuesto. —Di un paso atrás, agarré una toalla del baño y se la entregué. Modales y todo eso—. Aquí. Sécate. Estás loco.

—Loco habría sido no venir cuando sonabas como si lo necesitaras. —Tomó la toalla pero aún no la usó, solo la sostuvo mientras el agua continuaba goteando por su cara—. Esto es lo mínimo que haría por

ti. —Lo dijo simplemente, como si fuera obvio—. Ahora, ¿dónde está el problema?

Parpadeé, todavía procesando «lo mínimo» mientras él ya se movía pasándome, secándose el pelo de una manera que lo hacía sobresalir en direcciones absurdas. Debería verse ridículo, pero desafortunadamente para mi útero, se veía devastadoramente atractivo. La vida era profundamente injusta.

—¿Dónde está el... —Hizo una pausa por un segundo—, disyuntor? —preguntó.

Se lo mostré. Lo examinó con la misma intensidad que aportaba a todo, ceño fruncido, mandíbula apretada, como si el disyuntor lo hubiera ofendido personalmente y necesitara ser tratado en consecuencia.

Accionó interruptores, sondeó cosas, murmuró en lo que podría ser otro idioma. Pasaron diez minutos, luego quince, entonces finalmente se volvió hacia mí con una expresión avergonzada.

—No tengo idea de qué está mal.

Solo lo miré fijamente. Este hombre masivo, capaz, probablemente-podría-levantar-un-coche-en-press-de-banca acaba de admitir que no podía arreglar mi electricidad. No pude detener la risa que se me escapó.

—No es gracioso —dijo, pero sus labios temblaban.

—¡Corriste a través de una tormenta en siete minutos! ¡Y no puedes arreglarlo!

—El cableado en este edificio probablemente es anticuado. El vídeo que vi no era así. Esta infraestructura es completamente...

—No sabes qué está mal.

—No sé qué está mal —admitió. Entonces su barbilla se levantó ligeramente, un indicio de esa confianza regresando—. En mi defensa, tengo muchas otras habilidades útiles. El trabajo eléctrico simplemente no es una de ellas.

—¿Qué habilidades? ¿Estar mojado y decorativo?

—Ah, pequeña amenaza. *Yo* soy el que hace que la gente se moje —sus ojos brillaron a la luz de las velas—. Pero me alegra saber que me encuentras lo suficientemente atractivo como para pensar que soy decorativo.

Mi cara se calentó y lo maldije internamente, ignorando la creciente *humedad* en mis bragas. Maldito sea. —Eso no es lo que...

—Primero caliente, ahora decorativo. —Se acercó más, todavía goteando ligeramente, una lenta sonrisa extendiéndose por su cara. Tuve que morderme el labio para evitar que se me escapara un gemido—. Estás haciendo maravillas para mi ego, Riley.

—Oh, estoy segura de que tu ego no necesita ayuda.

—Tal vez no. Pero me gusta oírte elogiarme de todos modos. —Extendió la mano y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, sus dedos mojados dejando un rastro frío en mi mejilla—. Incluso accidentalmente.

Casi me desmayé, mi corazón iba a mil por hora. De repente era una adolescente parada frente a su amor platónico. ¿Qué demonios me pasaba?

—Debería... —Di un paso atrás, gesticulando vagamente—. La tormenta. No puedes volver a salir con eso.

—Estaré bien.

—Te caerá un rayo.

—Las probabilidades estadísticas de eso son...

—Quédate. —La palabra salió más dura de lo que pretendía, así que aclaré mi garganta—. Por favor. Me sentiría terrible si te hicieras daño solo porque viniste a ayudarme. Puedo hacer la cena. Tengo un hornillo de camping en alguna parte. Será terrible, pero será comida.

—Vale. —Asintió. Sin vacilación ni argumento, solo conformidad inmediata.

—¿Vale?

—Me pediste que me quedara. —Se encogió de hombros como si fuera simple—. Así que me quedo.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. —Sus ojos grises sostuvieron los míos a la luz de las velas—. Pídeme cualquier cosa, Riley. Mira qué rápido digo que sí.

No sabía cómo responder a eso. Así que hice lo que siempre hacía cuando decía cosas que hacían que mi corazón se acelerara.

Cambié de tema.

***

Acabamos cocinando juntos a la luz de las velas.

Desenterré mi antigua estufa de camping, una reliquia de un viaje de camping que hice con Margo hace un año y que terminó con nosotras registrándonos en un hotel después de aproximadamente cuatro horas de «vida rústica». Hicimos pasta, lo único para lo que tenía ingredientes, en una olla equilibrada precariamente sobre la pequeña llama.

Caelan insistió en ayudar, lo que significaba que seguíamos chocándonos en mi estrecha cocina. Su brazo rozó el mío mientras revolvía el agua, y se me puso la piel de gallina. Mi cadera rozó la suya mientras alcanzaba la sal, y sentí el contacto como una marca. Cuando me giré para agarrar una cuchara, terminé con mi cara a aproximadamente tres pulgadas de su pecho.

Su pecho muy húmedo, todavía muy visible a través de su camiseta. Había dicho que estaba bien cuando le pregunté si quería una seca, insistiendo en que no se enfermaba. Los hombres eran tan tercos.

—Lo siento —murmuré, dando un paso atrás.

—No lo sientas. —Su voz era más baja que antes—. Yo no lo siento.

Me ocupé con la salsa de pasta, que era solo mantequilla y ajo porque eso era todo lo que tenía. Mis manos temblaban ligeramente. Por el frío. Obviamente por el frío.

—No se te da muy bien esto —observé, viéndolo luchar con el escurridor. Lo estaba sosteniendo al revés, agua goteando por todas partes excepto por donde se suponía que debía ir.

—Tengo otras habilidades.

—Eso sigues diciendo. ¿Qué habilidades, exactamente?

—Puedo... —Hizo una pausa, claramente buscando una respuesta que no involucrara lo que sea que realmente hacía—. Se me da bien la estrategia. La planificación. El pensamiento a largo plazo.

—Esas son respuestas de entrevista de trabajo.

—También puedo pelear.

—¿Pelear?

—Combate. Confrontación física. —Se encogió de hombros como si esto fuera normal—. He sido entrenado desde la infancia.

—Para pelear.

—Entre otras cosas. —Finalmente manejó el escurridor, drenando la pasta en el fregadero con solo un derrame menor—. Mano a mano. Armas. Evaluación táctica.

—Eso... no es normal.

—De donde vengo, lo es. —Sirvió la pasta, dividiéndola entre dos cuencos con cuidadosa precisión—. Todos en mi familia entrenan. Se espera.

—¿Incluso Thessa? Tu familia suena intensa.

—No tienes ni idea. —Me tendió un cuenco, rozando mis dedos con los suyos—. Pero preferiría escuchar sobre la tuya.

—No hay mucho que contar. Padres fallecidos, criada por una madrina que hizo lo que pudo, pasé la mayor parte de mi infancia escapando a través de los libros. —Tomé el cuenco y me dirigí hacia el sofá—. Historia típica de huérfana.

—Lo dices como si no fuera nada.

—Fue hace mucho tiempo. —Me acomodé en los cojines, metiendo los pies debajo de mí—. He hecho las paces con eso.

Él se sentó a mi lado, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradiaba a pesar de su ropa aún húmeda. El sofá era pequeño, no había otro sitio donde pudiera sentarse, y sin embargo, era agudamente consciente de cada centímetro de espacio entre nosotros.

—¿Qué tipo de infancia tuviste exactamente? —pregunté.

—Una complicada. —Miró fijamente su pasta por un momento—. No infeliz, solo diferente.

—¿Diferente cómo?

—Muchas expectativas. Preparándome para responsabilidades que no estaba seguro de querer. —Tomó un bocado, masticó pensativo —. Cuando vine aquí y te conocí, se me ocurrió que podría escapar por un tiempo. Averiguar lo que realmente quiero.

—¿Y lo has conseguido? ¿Lo has averiguado?

Sus ojos grises se encontraron con los míos a la luz de las velas. La llama se reflejaba en ellos, haciéndolos parecer casi dorados.

—Me estoy acercando.

La forma en que lo dijo hizo que mi estómago diera un vuelco. Comimos en un cómodo silencio después de eso, la tormenta aún rugiendo afuera pero sintiéndose distante ahora. Irrelevante. Como si hubiéramos creado nuestro propio mundo dentro de estas paredes.

—Cuéntame un secreto —dije, en algún momento alrededor de mi tercera copa de vino. Habíamos pasado de la pasta a la botella que había estado guardando para una ocasión especial. Esto parecía lo suficientemente especial.

—¿Qué tipo de secreto?

—Cualquiera. Algo que no le cuentas a la gente.

Se quedó callado por un momento, considerándolo. La luz de las velas resaltaba los ángulos de sus pómulos, la fuerza de su mandíbula.

—No le he dicho a mi familia dónde estoy.

—¿Qué?

—Saben que estoy en Lysmont. No saben que estoy *aquí*, sin hacer lo que se supone que debo. No saben sobre... —Hizo una pausa—. Sobre ti.

—¿Por qué no?

—Porque si se lo dijera, querrían interferir. Tendrían opiniones, expectativas, planes. —Dejó su copa de vino—. Quería que esto fuera solo mío. Antes de que todo lo demás me alcanzara.

—¿Todo lo demás qué?

—Todo. —Se volvió para mirarme de frente, su rodilla presionando contra la mía en el estrecho sofá—. Mi familia no es como la tuya. Tenemos tradiciones. Responsabilidades. Formas en que se supone que deben suceder las cosas. Si supieran de ti, todo se volvería muy complicado muy rápido.

—¿Complicado cómo?

—Complicado en formas que no estoy listo para explicar todavía. —Su mano encontró la mía a la luz de las velas. Sus dedos estaban cálidos, callosos, y la sensación de su piel sobre la mía hizo que las mariposas volaran salvajemente en mi vientre—. ¿Está bien? ¿Que no esté listo?

Debería haber insistido, quizás. Debería haber recordado todas las razones por las que los hombres misteriosos con secretos eran señales de alarma.

—Sí —dije en cambio—. Está bien.

—Gracias. —Su pulgar acarició mis nudillos—. Prometo que te lo diré cuando sea el momento adecuado. Cuando descubra cómo decirlo.

—Cuéntame algo más, entonces. Algo menos complicado.

Lo pensó. —Me dan miedo los espacios pequeños.

—¿En serio?

—Sí. No sé por qué. Ponme en un armario y perderé la cabeza. —Su pulgar continuaba su suave recorrido por el dorso de mi mano—. Me quedé atrapado en un cuarto de almacenamiento cuando era joven. Mi hermano tuvo que derribar la puerta.

—Eso suena aterrador.

—Lo fue. Todavía lo es. —Sonrió ligeramente—. Tu turno. Cuéntame un secreto.

—A veces todavía duermo con la luz encendida. Cuando tengo pesadillas.

—¿Sobre qué?

—Damien, principalmente. El apartamento que compartíamos. La sensación de estar atrapada con alguien que supuestamente debía amarte. —No había querido decir tanto. El vino estaba soltando mi lengua.

La mano de Caelan se tensó sobre la mía. Su mandíbula se apretó tan fuerte que pude ver saltar el músculo.

—Si alguna vez lo veo...

—No harás nada. —Apreté su mano—. No lo vale. No vale la pena que te metas en problemas.

—Te hizo daño.

—Y sobreviví. Salí. Y ahora estoy aquí, en mi apartamento, con velas y pasta mala y un hombre extraño y hermoso que corrió a través de

una tormenta para ayudarme. —Sonreí, esperando aliviar la furia que podía ver acumulándose en sus ojos—. Ese es el final feliz, Caelan. Concéntrate en eso.

Parecía que quería discutir, pero respiró hondo, luego otra vez, y lo dejó pasar.

—¿Crees que soy hermoso? —preguntó, su voz más ligera ahora, aunque sus ojos aún tenían sombras.

—Oh, Dios mío. ¿Eso es lo que entendiste?

—Es la parte que más me gustó.

Me reí a pesar de mí misma. —Te encanta pescar cumplidos. Eres ridículo, ¿lo sabías?

—También soy hermoso. —Se inclinó más cerca, su mano libre subiendo para acunar mi mandíbula—. Y extraño. No olvides extraño.

—Muy extraño —estuve de acuerdo, mi voz apenas un susurro.

—¿Extraño bueno o extraño malo?

—El jurado aún está deliberando.

—Entonces tendré que seguir convenciéndote. —Su pulgar trazó mi pómulo, el movimiento yendo directo a mi centro—. Soy muy paciente, Riley. Puedo esperar todo lo que necesites.

Sonreí, aclarándome la garganta para distraerlo del hecho de que mi respiración me estaba fallando y estaba *muy* excitada por su cercanía, su olor, sus palabras y su mera presencia. Por suerte, él no pareció darse cuenta, y la conversación continuó fluidamente hasta que mis palabras comenzaron a arrastrase y sus ojos comenzaron a cerrarse a mitad de frase.

—Estás agotado —susurré.

—Estoy bien.

—Acabas de quedarte dormido sentado.

Abrió los ojos parpadeando. —Estaba descansando la vista.

—Claro. —Tomé su plato vacío y lo coloqué en la mesa de café—. Acuéstate. Duerme. Buscaré mantas.

—Yo... debería irme.

Joder, pero realmente, realmente no quería que lo hiciera.

—La tormenta no ha parado, y estás muerto de cansancio. —Lo empujé suavemente hacia los cojines del sofá—. Duerme. Estaré en mi habitación si necesitas algo.

Me sujetó la muñeca antes de que pudiera alejarme. Su agarre era suave pero firme.

—Gracias —dijo en voz baja—. Por dejarme quedar. Por confiar en mí.

—Corriste a través de una tormenta por mí. Lo mínimo que podía hacer es ofrecerte un sofá.

—Es más que eso y lo sabes. —Su pulgar acarició el punto de mi pulso, y me pregunté si podía sentir lo rápido que latía mi corazón—. Buenas noches, Riley.

—Buenas noches, Caelan.

Soltó mi muñeca y se recostó, su largo cuerpo apenas cabiendo en mi sofá, con los pies colgando del extremo, y dejó que sus ojos se cerraran.

Lo observé un momento más de lo que debería. Su rostro relajado en el sueño, su pecho subiendo y bajando. Rodeado de mis velas, en mi espacio, parecía que pertenecía allí.

Puse una manta sobre él, con cuidado de no despertarlo.

—Buenas noches —susurré de nuevo.

No respondió, ya estaba dormido. Pero incluso inconsciente parecía contento, pacífico, como si mi sofá, mi manta, mi espacio fuera exactamente donde quería estar.

Me retiré a mi dormitorio, cerré la puerta y me acosté en la oscuridad, escuchando la tormenta.

Él estaba aquí. En mi apartamento. Durmiendo en mi sofá.

Podía oírlo respirar a través de las delgadas paredes, y luché contra el impulso de volver allí, acurrucarme en sus brazos, presionar mi cara contra su pecho y quedarme dormida con el sonido de su latido.

Quería besarlo tanto. Había querido besarlo durante días. Semanas, si era honesta, desde el momento en que entró en la firma de mis libros. Pero tenía miedo de lo que me hacía sentir. De lo mucho que quería esto y lo mucho que dolería si todo se desmoronaba.

Damien también parecía perfecto, al principio. Encantador, atento. Como un sueño hecho realidad. Y luego el sueño se convirtió en una pesadilla.

Pero Caelan no era Damien. Lo sabía, lo sentía en mis huesos. La forma en que me miraba no era posesión, era asombro, como si yo fuera un regalo que no podía creer que le hubieran dado. Y tal vez eso era más aterrador. Porque la posesión la entendía, podía luchar contra eso, había aprendido a reconocer las señales.

¿Pero el asombro? ¿Genuino, maravillado, no-puedo-creer-que-seas-real asombro?

No tenía defensas contra eso.

11

— • —

Caelan

En realidad no dormí.

Me quedé en el sofá de Riley, con los ojos cerrados, fingiendo descansar mientras mi lobo merodeaba inquieto bajo mi piel. Ella estaba tan cerca. Justo a través de esa puerta. En su *cama.*

Podía oír su latido a través de la pared. Constante ahora, más lento que antes, el ritmo de alguien deslizándose hacia los sueños.

El apartamento estaba oscuro excepto por el brillo agonizante de las velas. La tormenta se había suavizado hasta convertirse en una lluvia constante, golpeteando contra las ventanas. Todo a mi alrededor era suyo. Nunca había estado tan cómodo y tan tenso al mismo tiempo.

Pasaron las horas. Las seguí por la quema de las velas, el cambio de las sombras. La lluvia continuaba su ritmo constante contra el cristal, y en algún lugar del edificio, una tubería gimió. Mi lobo no se asentaba, no dejaba de caminar y no me dejaba descansar realmente cuando ella estaba tan cerca. *No lo suficientemente cerca.*

Alrededor de las 3 de la mañana, el latido de Riley cambió. Se volvió más rápido, irregular, su respiración entrecortada. Me senté. A través de la pared, escuché un gemido. Un suave grito, luego movimiento, sábanas crujiendo, alguien agitándose.

Estaba fuera del sofá y en su puerta antes de tomar una decisión consciente. Mi mano se cernía sobre el picaporte. No debería entrar. Este era su dormitorio. Los *amigos* no irrumpían en los dormitorios en mitad de la noche.

Ella gritó de nuevo, más fuerte esta vez, angustiada. Abrí la puerta inmediatamente.

La habitación estaba iluminada solo por el brillo gris de una vela moribunda en su mesita de noche. No necesitaba luz para verla, sin embargo. Mis ojos de lobo se ajustaron al instante, y lo que vi hizo que mi sangre se helara.

Riley estaba enredada en sus sábanas, con el rostro contorsionado, lágrimas surcando sus mejillas. Estaba atrapada en una pesadilla, su cuerpo luchando contra una amenaza invisible. Sus manos arañaban el aire, alejando a enemigos que no podía ver. Sus piernas pateaban, atrapadas en el algodón que se había enrollado a su alrededor como una mortaja.

Sus labios se movían, las mismas palabras una y otra vez, apenas audibles.

—Por favor. Para. Por favor, no...

Mi corazón se hizo añicos.

¿Quién le había hecho esto? ¿Quién la había lastimado tan gravemente que su mente inconsciente todavía estaba luchando contra ellos? Tenía que ser el maldito *Damien*. El hombre que le dejó moratones y se llevó el cuarenta por ciento de todo lo que ganaba, convenciéndola de que era justo.

Iba a matarlo. No rápidamente, no misericordiosamente. Iba a desmembrarlo pieza por pieza y disfrutar cada segundo. Pero eso sería para después. Ahora mismo, me necesitaba.

Estaba a su lado en tres pasos, extendiéndome hacia ella, sin estar seguro de si debería tocarla pero incapaz de detenerme.

—Riley. —Mantuve mi voz suave, firme—. Riley, despierta.

No respondió. Sus manos arañaban las sábanas, luchando.

—Riley. —Toqué su hombro, apretando suavemente—. Es un sueño. Solo un sueño. Estás a salvo. Vuelve a mí.

Sus ojos se abrieron de golpe y por un momento, solo me miró fijamente, con los ojos desenfocados, sin ver. Luego el reconocimiento inundó su rostro, y se desmoronó.

—Caelan. —Mi nombre salió roto, desesperado—. Caelan...

No pensé, solo la recogí en mis brazos, atrayéndola contra mi pecho, sosteniéndola mientras temblaba.

—Estoy aquí —murmuré contra su cabello—. Estás a salvo. Te tengo. —Mis brazos se apretaron a su alrededor, y mi voz se volvió más baja, más feroz—. Nada va a hacerte daño. No mientras yo respire. Lo que sea que fuera, lo que sea que vieras, lo destruiré. Lo haré pedazos con mis propias manos antes de permitir que algo te toque.

Ella se acercó más, sus dedos agarrando mi camisa, y la sostuve con más fuerza. La sostuve como si pudiera protegerla de los propios recuerdos. Como si pudiera absorber su miedo en mi propio cuerpo y llevarlo por ella.

—Te tengo —dije de nuevo—. Y no te voy a soltar.

Riley lloró durante lo que pareció horas, pero probablemente fueron solo minutos.

La sostuve a través de todo, una mano acariciando su cabello, la otra presionada contra su espalda. Estaba temblando contra mí, y quería destrozar lo que fuera que causó esto. Quería encontrar la pesadilla y destruirla con mis propias manos. Cazar cada recuerdo que la atormentaba y arrancarlo de la existencia.

Cuando las lágrimas finalmente disminuyeron, se apartó ligeramente. Su cara estaba manchada, ojos rojos, nariz goteando. Parecía avergonzada, aunque nunca había estado más bonita que en este momento, cuando era más auténtica.

—Lo siento —susurró, limpiándose las mejillas—. Normalmente no... eso fue...

—No te disculpes.

—Es solo un sueño estúpido...

—No parecía estúpido. —Tomé su cara entre mis manos, inclinándola para que tuviera que mirarme a los ojos—. No tienes que decirme de qué se trataba, pero no lo llames estúpido. No descartes tu propio dolor.

Tomó un respiro tembloroso. —Ni siquiera recuerdo qué era. Nunca lo hago. Solo... —Se presionó una mano contra el pecho—. Siempre me deja con este enorme agujero, justo aquí, como si faltara algo. Como si me hubieran quitado algo y no pudiera recordar qué.

Mi lobo gruñó bajo y apenas logré controlarlo.

—Lo que fuera que te quitaron —dije, con voz áspera—, te lo devolveré. Lo que sea que falte, lo llenaré. Te lo juro, Riley. Nunca más sentirás ese vacío.

Su respiración se entrecortó ante mi intensidad, pero no se alejó.

—Quédate. —Susurró, y la palabra inmediatamente me sacó de mis pensamientos. Riley me miraba, vulnerable y asustada y tan hermosa que dolía.

—¿Qué? —gruñí.

Por favor, diosa, dime que no acabo de alucinar que me pidió que me quedara.

—Quédate aquí. Conmigo. —Hizo un gesto hacia la cama—. No quiero estar sola.

Sí. Mi corazón se detuvo, se reinició, se detuvo de nuevo. Podría morir de felicidad ahora mismo y no lamentaría una sola maldita cosa.

Tacha eso. Lamentaría jodidamente no pasar más tiempo con ella, así que probablemente no debería morir ahora mismo.

—Riley... —Me obligué a pensar con claridad, lo que era casi imposible cuando me miraba así—. ¿Es esto... es así como se comportan los amigos?

—No lo sé. —Su voz era pequeña—. Nunca he tenido un amigo como tú.

—Nunca he tenido un amigo en absoluto.

Ella se rio, sorprendida. —¿En serio?

—No como esto. No alguien con quien quiera estar todo el tiempo. Alguien que me hace reír, en quien pienso constantemente.

—¿Piensas en mí constantemente?

—Sí. No puedo evitarlo. Cada minuto, cada segundo. Eres todo en lo que pienso, Riley. Cuando me despierto, cuando me duermo, cuando estoy haciendo cualquier cosa. Estás ahí en mi cabeza, mi pecho. En cada pensamiento que tengo.

Su respiración se entrecortó.

—Quédate —dijo de nuevo—. Por favor.

—No tienes que suplicar. —Las palabras salieron antes de que ella terminara de hablar, urgentes—. Te dije que diría que sí a cualquier jodida cosa que me pidieras. Soy tu humilde sirviente, Riley. Por supuesto que me quedaré. Lo que necesites.

Ella inspiró bruscamente ante mi intensidad. Sabía que probablemente debería moderarme, pero no me importaba ahora mismo. Ella me pidió que me quedara y yo quemaría el mundo por menos.

Me subí a su cama.

El colchón se hundió bajo mi peso. Su cama era pequeña, no diseñada para alguien de mi tamaño, y tuve que doblarme a su alrededor para caber. Habría dormido en una cama de clavos si eso significaba estar cerca de ella.

Ella encajó contra mí como si hubiera sido hecha para ello. Su cabeza metida bajo mi barbilla, su frente presionada contra mi clavícula. Su mano se curvó contra mi pecho, los dedos extendidos sobre mi corazón como si estuviera comprobando que aún latía. Sus piernas se enredaron con las mías, sus pies fríos presionando contra mis pantorrillas.

Estaba cálida y suave contra mí, y olía como cada una de mis fantasías hecha realidad. Mi lobo aulló en triunfo. *Mía. Finalmente. Finalmente.* Esto era lo que habíamos estado esperando. Lo que

habíamos estado buscando durante años. Esta perfecta, imposible exactitud.

La rodeé con mis brazos y me aferré como si pudiera desaparecer si la soltaba.

—Gracias —murmuró contra mi clavícula, su aliento cálido en mi piel.

—¿Por qué?

—Por venir a ayudar. Por quedarte. Por estar aquí. —Una pausa—. Por ser tú.

—Siempre —dije. Salió como un juramento—. Siempre estaré aquí. Cuando me necesites. Donde sea que estés. Tú llamas, y yo vengo. Eso no es negociable.

Ella se relajó contra mí, su respiración normalizándose, su latido ralentizándose. En minutos, estaba dormida.

Yo no dormí, solo pude quedarme allí sosteniendo a mi compañera, mi mundo, y preguntándome qué hice alguna vez para merecer este momento.

Así que me quedé allí durante horas, sosteniendo a Riley, viéndola respirar. Contando sus pestañas. Memorizando la curva de su mejilla, la forma de su oreja, la pequeña cicatriz en su frente que nunca había notado antes. La forma en que su nariz se movía cuando soñaba. La forma en que tarareaba suavemente en su sueño, pequeños sonidos de satisfacción que hacían que mi pecho doliera.

En algún momento, ella se movió, hundiéndose más profundamente en mi pecho, su mano agarrando mi camisa como si tuviera miedo de que desapareciera. La sostuve con más fuerza, presioné mis labios en la parte superior de su cabeza, la respiré.

Olía a vainilla, como las velas dispersas por su apartamento y algo exclusivamente suyo que yo reconocería en cualquier parte. Podría rastrear ese aroma a través de continentes, a través de mundos. Lo seguiría hasta los confines de la tierra si fuera necesario.

Mi lobo rugió contento. Esto estaba bien. Aquí es donde pertenecíamos. No en Duskmere con su política y expectativas, no en el mundo humano con su ruido y caos, sino aquí. En esta cama, con esta mujer.

Podría hacer esto para siempre. *Haría* esto para siempre, si ella me lo permitiera. Despertar cada día con ella en mis brazos, dormirme cada noche con su latido contra mi pecho. Construir una vida alrededor de este sentimiento, esta certeza. Esta seguridad de que estaba exactamente donde debía estar.

En Duskmere, lo tenía todo. Riqueza, poder, un reino que algún día sería mío. Pero nunca había tenido *esto*. Esta paz. Esta sensación de plenitud que ni siquiera sabía que me faltaba hasta que la encontré.

Mi lobo se había calmado completamente por primera vez desde que llegué al mundo humano. Satisfecho. Ella era su hogar.

La mañana llegó lentamente, la luz gris filtrándose a través de las cortinas. La tormenta había pasado, el mundo continuaba, y yo seguía tumbado en la cama de Riley, abrazando a mi pareja, fingiendo ser solo un amigo. Solo un hombre normal.

Riley se movió. Cerré los ojos rápidamente, fingiendo dormir. Algún instinto me dijo que le diera un momento. Dejar que despertara, se orientara, decidiera cómo se sentía al respecto sin la presión de mi atención.

Sentí que se quedaba quieta al darse cuenta de dónde estaba. Con quién estaba. Cómo habíamos acabado enredados en sus sábanas.

Una larga pausa.

Luego, lentamente, se relajó. Sus dedos, curvados contra mi pecho, se estiraron y se curvaron de nuevo. Comprobando si esto era real. Su cuerpo se acomodó más profundamente contra el mío.

No se alejó.

Durante un largo momento, simplemente permaneció allí, y podía sentir que me observaba. Su mirada recorría mi rostro. Casi podía sentirlo físicamente, un calor deslizándose por mis pómulos, bajando por mi mandíbula, demorándose en mi boca.

Mi miembro, que había estado semierecto toda la noche por su cuerpo presionado contra el mío, decidió que este era un excelente momento para hincharse completamente, palpitando dolorosamente contra la fina tela de mis calzoncillos. El líquido preseminal goteaba desde la punta, empapando un punto que sabía que ella sentiría si se movía de la manera correcta.

Joder.

La pierna de Riley se movió. Quizás accidental, quizás estirando sus músculos después de dormir. Pero su muslo rozó mi erección extremadamente obvia, la suave carne arrastrándose lentamente sobre la rígida longitud, y no pude reprimir el bajo gemido que retumbó desde mi pecho, las caderas empujando instintivamente hacia la presión.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Qué estás haciendo, pequeña amenaza? —pregunté, con la voz áspera por el sueño y el crudo borde de la excitación, con los ojos aún cerrados mientras luchaba por mantener el control. Mi lobo se paseaba en mi interior, con las garras fuera, exigiendo que la volteara y me hundiera en su calor.

Silencio. Luego: —Solo me estaba moviendo.

—Moviendo.

—Estirando.

—Ajá.

Su pierna se movió de nuevo. Deliberadamente esta vez. Presionando contra mi miembro a través de la fina tela de mis pantalones, y silbé entre dientes, mis caderas sacudiéndose involuntariamente hacia el contacto.

Su pierna se movió de nuevo. Deliberadamente esta vez, presionando firmemente contra mi miembro. El calor de su muslo se filtraba a través del algodón, frotando arriba y abajo en un lento vaivén que envió chispas por mi columna. Silbé entre dientes, mis caderas sacudiéndose hacia adelante, mi miembro pulsando mientras buscaba más fricción, más de ella.

—Alguien está de buen humor esta mañana —bromeó, con su voz llena de falsa inocencia, pero podía oír la ronquera, la forma en que su pulso se aceleraba.

Abrí los ojos.

Me estaba mirando, ojos verdes brillantes de picardía, mejillas sonrojadas y el rubor extendiéndose caliente por su cuello. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, provocando a la bestia, empujando hasta que me rompiera, y joder, lo estaba disfrutando. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos, su lengua visible mientras se los humedecía.

Dos podían jugar a este juego.

—Me estoy despertando a tu lado —dije, encontrando su mirada directamente, dejándole ver el hambre en mis ojos, la forma en que mis pupilas se habían dilatado—. Por supuesto que estoy de buen humor.

Su rubor se profundizó, deslizándose por su cuello, desapareciendo bajo el cuello de su holgada camiseta. Quería seguirlo con mi lengua, lamer la sal de su piel, chupar marcas en su clavícula hasta que ella se arqueara y gimiera.

Su pierna se movió de nuevo. Presionando más fuerte. Frotando en círculos deliberados ahora, la presión generando una fricción que hacía que mis testículos se tensaran, mi miembro goteando constantemente.

Mis manos se apretaron en su cintura, los dedos hundiéndose en la suave carne, las uñas mordiendo lo suficiente para hacerla jadear. Mi lobo aullaba en mi interior, una exigencia feroz: *más cerca, más, tómala, inmovilízala, fóllala hasta que gotee con mi semen, marcada por dentro y por fuera.*

—Riley —mi voz era una advertencia, una súplica envuelta en un gruñido—. Estás jugando con fuego.

—Quizás me gusta el fuego.

Dioses, la deseaba.

El pensamiento no era nuevo. La había anhelado desde el primer aroma en la librería, su esencia envolviéndome como una correa. Pero esto era diferente. *Primario*. Mi lobo y mi lado humano sincronizados, ambos gruñendo la misma orden: *tómala ahora, reclama cada centímetro. Hazla nuestra.*

Quería tumbarla de espaldas, rodillas separando sus muslos, asentando mi peso entre ellos hasta que sintiera mi miembro rozar su entrada a través de nuestra ropa. Quería sujetar sus muñecas sobre su cabeza con una mano, la otra tirando de su camiseta para exponer esos pechos perfectos, pezones duros y rogando ser chupados, mordidos hasta que gimiera.

Quería besar su estómago, los dientes rozando el hueco de su ombligo, la lengua sumergiéndose para probar su sudor hasta que ella se retorciera, las caderas levantándose, su sexo empapando sus bragas. Quería enterrar mi cara entre sus piernas, nariz presionando contra su clítoris mientras lamía sus pliegues, chupando sus labios hinchados en mi boca, lengua profunda para follarla con ella mientras se agitaba.

Quería hacerla venir en mi lengua, muslos apretando mi cabeza como un tornillo, dedos agarrando mi pelo, tirando fuerte mientras gritaba mi nombre, sus fluidos inundando mi boca, cubriendo mi barbilla. Lamiéndolo todo, codicioso, hasta que ella temblara con las réplicas.

Y luego quería más. Quería desnudarla completamente, darle la vuelta, con el trasero hacia arriba, y deslizar mi miembro a lo largo de su hendidura resbaladiza, provocando su entrada antes de entrar de golpe. Sentir su sexo apretarse a mi alrededor, estirándose para tomar cada grueso centímetro hasta llegar al fondo, mis testículos golpeando su clítoris.

Quería ver su cara retorcerse de placer cuando la levantara contra mi pecho, un brazo sujetando su cintura, la otra mano entre sus piernas, dedos rodeando su clítoris mientras la embestía, implacable, hasta que me ordeñara, semen derramándose caliente dentro de ella, llenándola hasta que se filtrara alrededor de mi eje.

Quería follarla lenta y profundamente, frotándome contra ese punto que hacía que sus ojos se pusieran en blanco, o dura y rápidamente, amoratando sus caderas con mi agarre, haciéndole olvidar cualquier otro toque, cualquier otro hombre. Hacerla mía en cuerpo, alma y todo lo demás.

Mi miembro palpitaba más fuerte, tensándose contra mis pantalones, la cabeza empujando insistentemente contra su muslo, desesperado por liberarse.

—Si no paras... —no pude terminar la frase, respiración entrecortada, control deshilachándose por los bordes. No podía articular lo que haría, porque no confiaba en no quebrarme, en no rasgar su ropa y follarla contra el colchón. Porque si ella empujaba una vez más, tomaría. Reclamaría. La preñaría profundamente, la marcaría como manada, como mía.

Y ella no estaba lista para eso. No sabía la verdad sobre mí, que el lobo acechando bajo mi piel, con dientes afilados, estaba listo para morder y vincularse. No sabía que el hombre en su cama era un depredador, y ahora mismo, el lobo estaba muy, muy cerca de la superficie.

Debió haber oído la advertencia en mi voz, porque se detuvo y retrocedió ligeramente, creando espacio entre nosotros. La picardía se desvaneció de su expresión, reemplazada por incertidumbre.

—Lo siento —dijo—. Solo estaba jugando. Somos amigos. No debería haber...

—Está bien —no estaba bien, era una tortura. Cada célula de mi cuerpo gritaba para traerla de vuelta, para mostrarle exactamente lo bien que me parecía lo que estaba haciendo.

—Está bien —dije de nuevo, porque tenía que llenar el silencio.

Ella se sentó. Sus ojos bajaron como si no pudiera evitarlo, y vi su mirada fijarse en el obvio bulto en mis pantalones, sus labios entreabriéndose, su respiración entrecortándose.

Luego sus ojos volvieron rápidamente a mi cara, sus mejillas carmesí.

—Bien —chilló—. Probablemente deberías...

—Debería irme. Sí —me levanté, y el movimiento hizo que mi situación fuera aún más obvia. La parte delantera de mis pantalones

estaba tienda de campaña, mi miembro tensándose contra la tela.

Sus ojos bajaron de nuevo, se ensancharon, y volvieron a mi cara con lo que parecía puro asombro.

—Eso es... —señaló vagamente mi entrepierna—. Eso es... mucho.

—Sí.

—¿Por mí?

—Por ti —no aparté la mirada ni traté de ocultarlo. Dejé que viera exactamente lo que me hacía—. Siempre por ti.

Tragó visiblemente, y lo vi. La forma en que sus pupilas se dilataban, casi devorando el verde. Su respiración haciéndose más superficial, sus muslos presionándose juntos. *Ella también me deseaba.*

Mi lobo rugió con satisfacción.

—Debería irme —dije de nuevo, mientras cada instinto me gritaba que le mostrara exactamente lo que me hacía.

—Bien —su voz era apenas un susurro. Sus ojos seguían bajando a mi miembro, luego volviendo bruscamente hacia arriba—. Irse. Buena idea. Muy buena idea.

Me obligué a dirigirme hacia la puerta. Cada paso era una agonía. Mi lobo arañaba mis costillas, aullando en protesta.

En la puerta de su dormitorio, hice una pausa. Me volví.

Ella seguía en la cama, pelo revuelto, envuelta en su manta como una armadura. Pero sus mejillas estaban sonrojadas, su respiración era irregular, y me miraba como si yo fuera agua en el desierto.

—Gracias —dije—. Por dejarme quedar.

—Gracias a ti por todo —su voz era ronca—. Y por venir cuando te llamé.

—Siempre —dije, diciéndolo con cada fibra de mi ser—. Siempre vendré cuando me llames, Riley. No importa qué o cuándo. Tú llamas, yo respondo. Así es como funciona esto.

Me fui antes de poder hacer algo estúpido como volver a esa cama y no irme nunca.

El camino de vuelta a mi apartamento fue aún más tortuoso. Cada paso me recordaba de lo que me estaba alejando. Puede que ella no esté lista para admitirlo, puede que todavía se esconda detrás de la palabra "amigos", pero ahora sabía que me deseaba.

Llegué a mi puerta, cerrándola de golpe con la fuerza suficiente para hacer temblar el marco. El apartamento estaba tenue y vacío, cortinas cerradas contra el sol del mediodía, pero no me molesté con las luces. Mi sangre rugía en mis oídos, cada nervio encendido por el tormento de la mañana. No podía esperar. Demonios, ni siquiera llegué más allá de la entrada. Mi espalda golpeó la pared con fuerza, pantalones bajados de un tirón frenético, miembro saltando libre, grueso y venoso, ya resbaladizo en la punta por el dolor que no había disminuido desde que su muslo se frotó contra él.

Envolví mi puño alrededor de la base, apretando fuerte, el áspero arrastre de mis callosidades arrancando un gruñido de mi garganta. Acaricié lentamente al principio, luego más rápido, desesperado, base a cabeza en tirones castigadores que hicieron que mis testículos se tensaran. Repetí todo, su cuerpo pegado al mío en las sábanas, la presión deliberada de su pierna frotando mi longitud, la forma en que su respiración se entrecortó cuando me sintió pulsar bajo su toque. Su voz, ronca y provocativa: «Eso es mucho», ojos abiertos, labios separados como si ya estuviera imaginándolos estirados a mi alrededor, mejillas ardiendo rosadas.

Joder, Riley. Bombeé más fuerte, pulgar pasando sobre la hendidura para extender el líquido preseminal por el eje, caderas empujando en mi agarre como si estuviera follando su mano en su lugar. Imaginé irrumpir de nuevo en su lugar, subiendo sobre ella en esa cama, inmovilizándola con mi peso, sus muñecas atrapadas en una de mis manos sobre su cabeza. Deslizando mi palma libre por su estómago, bajo la cinturilla de sus bragas, dedos encontrando su sexo empapado, labios hinchados y separándose para mí mientras trazaba la costura.

Rodearía su clítoris lentamente, provocando el botón hasta que se sacudiera, luego hundiría dos dedos dentro, curvándolos contra esa pared frontal, acariciando dentro y fuera mientras ella se apretaba a mi alrededor, sonidos húmedos llenando la habitación. Sus gemidos, mi nombre jadeado mientras la abría, alargándolo, haciéndola gotear en mi mano, muslos temblando. Observaría su cara, la forma en que sus ojos se cerrarían, boca abierta, suplicando sin palabras por más.

Entonces liberaría mi miembro, alineándome en su entrada, y...

La fantasía me golpeó como un tren de carga y me corrí en menos de treinta segundos, un gemido gutural saliendo de mi pecho mientras chorros de semen disparaban sobre mi puño, salpicando la pared, goteando caliente por mis nudillos. Mis rodillas se doblaron, la visión borrosa, el miembro sacudiéndose con réplicas que me dejaron jadeando, gastado pero todavía semi-duro, el lobo interior gruñendo por lo real.

Patético. Absolutamente patético, derramándome como un adolescente cachondo solo con recuerdos. Pero dioses, ella me *deseaba*. Eso fue suficiente para hacer que la vergüenza se quemara, reemplazada por una feroz satisfacción.

Me limpié, luego tomé mi teléfono y llamé a todos los electricistas en Lysmont hasta que encontré uno dispuesto a hacer una llamada de emergencia inmediata. Pagué el triple de la tarifa sin pestañear. Les

di su dirección, su nombre, instrucciones específicas para arreglar lo que estaba mal y no mencionar quién los había enviado.

—Donación anónima —le dije a la confundida mujer al teléfono—. Solo arreglen su electricidad. Eso es todo lo que importa.

Tres horas después, un electricista apareció en su puerta, completamente pagado. Problema resuelto. Sin preguntas. Porque eso es lo que hacen los amigos.

¿Verdad?

12

— • —

Riley

Había estado funcionando con emociones toda la semana.

Cada vez que me daba la vuelta, Caelan estaba allí. No era estúpida. Sabía que las probabilidades de encontrarse con la misma persona tantas veces eran astronómicamente bajas. Él estaba orquestando estos encuentros, acosándome, si querías ser dramático al respecto.

Debería encontrarlo espeluznante... Pero lo encontraba devastadoramente atractivo.

El hombre era injustamente guapo. Cada vez que lo veía, mi cerebro se cortocircuitaba un poco más. La forma en que sonreía cuando me veía, como si acabara de hacer que su día entero valiera la pena solo por existir. La forma en que sus ojos se iluminaban, el gris volviéndose cálido, arrugándose en las esquinas. La forma en que sus camisas se aferraban a sus hombros y sus vaqueros abrazaban su...

Necesitaba dejar de pensar en esto.

Era viernes por la mañana, y esperaba con ansias el brunch con las chicas. Una oportunidad para desahogarme sobre mis sentimientos confusos, obtener algo de perspectiva, tal vez beber suficientes mimosas para olvidar cómo se sentían las manos de Caelan en mi espalda en el lago. Cómo se habían sentido en mi cintura esa mañana en la cama y cómo me había mirado cuando presioné mi pierna contra su muy obvio miembro duro. Cómo el calor había corrido a mi centro y cómo había tenido que apretar mis muslos para obtener la más mínima fricción porque no podía seguir frotándome contra él...

Deja. De. Pensar. En. Esto.

Mi teléfono vibró. *Sí.* El chat grupal.

Margo: Malas noticias. Un cliente sorpresa acaba de entrar, algún idiota quiere demandar a su vecino por una valla. Voy a estar atrapada aquí todo el día.

Sloane: Ugh. Yo también estoy fuera. Algo que comí está organizando una revolución en mi estómago. Motín a gran escala. Por favor, enviad pensamientos y oraciones.

Riley: ¿En serio? ¿Las dos?

Jade: Um.

Riley: ¿Jade?

Jade: Pues.

Sloane: ¿Puedes repetir eso?

Jade: Puede que Thessa me haya... ¿secuestrado?

Riley: QUÉ

Jade: ¡¡De manera romántica!! Apareció en mi puerta esta mañana con café y me dijo que hiciera una maleta. Vamos a algún lugar para pasar el día. No me dice dónde. Es muy misterioso y sexy.

Sloane: Jade. Eso es adorable.

Margo: Eso también es técnicamente un delito, pero continúa, supongo.

Riley: ¿Cómo van las cosas entre vosotras dos? Has estado extrañamente callada al respecto.

Jade: No sé cómo explicarlo. Ella es simplemente... ¿fácil? Como que estar con ella se siente natural. Hablamos durante horas sobre nada. Me hace reír hasta que no puedo respirar. Hace esa cosa donde me mira como si fuera la persona más fascinante que jamás ha conocido y simplemente me derrito en un charco de goo inútil.

Sloane: Eso se llama enamorarse, cariño.

Jade: CÁLLATE

Jade: ...tal vez

Jade: También me dijo algo interesante

Riley: ?

Jade: Su hermano. Caelan. Le gustas.

Riley: ¿Qué?

Jade: Como que le gustas MUCHO. Thessa dice que habla de ti constantemente. Nunca lo ha visto así con nadie. Jamás. En toda su vida.

Sloane: ¿En serio Riley está descubriendo esto recién ahora?

Margo: El hombre le consiguió un libro firmado por el autor que estábamos leyendo actualmente. Eso es dedicación. Eso es un hombre que tiene un tablero de visión con tu cara en él.

Sloane: Vale, esa última parte fue un poco exagerada.

Margo: Pero no me equivoco. Ese hombre tiene energía de "cometería crímenes por ti". Es sexy pero ten cuidado.

Sloane: Esa es honestamente el mejor tipo de energía. Sobre el papel. ¿En la vida real? No estoy segura

Margo: Sí. Legalmente cuestionable pero emocionalmente satisfactorio.

Riley: Solo somos amigos

Sloane: Claro. Y yo soy la Reina de España.

Margo: Larga vida a la reina Sloane.

Sloane: La corona es una carga, pero la llevo con elegancia.

Jade: Thessa dice que eres especial para él, Riley. Y viniendo de su hermana, eso significa mucho.

Me quedé mirando mi teléfono, con el corazón acelerado.

Sabía que le gustaba a Caelan. No casi-besas a alguien varias veces sin que te guste. No duermes en su cama y te excitas contra su muslo y la miras como si fuera la respuesta a cada pregunta que jamás te hayas hecho sin que te guste.

Pero escucharlo confirmado por su propia hermana lo hacía real de una manera para la que no estaba preparada.

Los planes de brunch de mis amigas se habían cancelado, y mi cabeza daba vueltas con revelaciones, y estaba sola en mi

apartamento con mis pensamientos y nadie que me ayudara a procesarlos.

¿Qué se suponía que debía hacer con esto?

Todavía estaba mirando mi teléfono, tratando de averiguar qué hacer con mi viernes repentinamente vacío, cuando alguien comenzó a golpear mi puerta.

—¡RILEY!

Se me heló la sangre.

—¡RILEY! SÉ QUE ESTÁS AHÍ. ABRE.

La voz sonaba arrastrada, enfadada y desafortunadamente muy familiar. *Damien*.

—¡RILEY! —Golpeó más fuerte, haciendo que la puerta temblara en su marco—. Me debes dinero, zorra. ¿Crees que puedes simplemente ignorar mis llamadas? ¡Yo te *creé*. ¡Sin mí, no serías nada! —gritó, y yo retrocedí alejándome de la puerta, con el corazón martilleando contra mis costillas.

Tenía el pecho oprimido, un ataque de pánico amenazando en los bordes, esa sensación familiar de las paredes cerrándose, del aire volviéndose más escaso, de mi cuerpo traicionándome en el peor momento posible. Maldición. No debería haber bromeado tanto sobre ir a terapia y debería haber ido *realmente*. Podría haber arreglado mi locura para ahora. Bueno. La próxima vez será.

Me contuve. Por supuesto que esto estaba pasando. El universo simplemente no podía dejarme tener una mañana agradable pensando en un hombre atractivo. Tenía que enviar a mi ex basura a golpear mi puerta y simplemente no podía esperar hasta después del café. O un mimosa. No, tenía que ser ahora, mientras todavía estaba en pijama andrajoso con el pelo sin lavar.

Ahora estaba gritando sobre las regalías, sobre cómo sabía que estaba ganando más de lo que declaraba y cómo cada cosa mala que sucedía en su vida era mi culpa, pero simplemente lo ignoré. Era la misma mierda que siempre decía. Cosas que no eran ciertas, lo que solo descubrí recientemente, después de creerlas durante años.

Mis manos temblaban mientras abría mis mensajes.

Riley: Hola. ¿Estáis por casualidad abajo?

Dom: Sí. ¿Qué pasa?

Estaba escribiendo una respuesta, tratando de averiguar cómo explicar la «situación» sin sonar completamente patética, cuando escuché que giraba la cerradura. Me quedé paralizada al instante.

La llave de repuesto. La que había escondido bajo el felpudo para emergencias. La que Damien conocía porque se lo había contado cuando era lo bastante estúpida como para confiar en él y no había pensado en cambiar su ubicación. *Estúpida*.

La cerradura hizo clic. El pomo comenzó a girar.

Agarré lo primero que vi, una sartén del escurridor, y me posicioné detrás de la encimera de la cocina. Si entraba, yo... no sabía lo que haría. Golpear. Gritar. Ambas cosas. Morir, posiblemente. Al menos me iría luchando.

Pero la puerta no se abrió.

Hubo un forcejeo afuera. Un gruñido, el sonido de alguien siendo empujado contra una pared con la fuerza suficiente para hacer temblar los cuadros colgados en mi pasillo, luego pasos, fuertes y decididos, bajando las escaleras.

Y luego nada. Un silencio bendito.

Me quedé congelada, con la sartén en alto, esperando que cayera la otra zapatilla. Después de un largo momento, me arrastré hacia la puerta y la abrí una rendija para mirar por las escaleras. Vislumbré un movimiento en el callejón junto al edificio. Damien, tambaleándose, con el brazo doblado en un ángulo que parecía incómodo. Y detrás de él, con una mano envuelta alrededor de la parte posterior de su cuello como si fuera un cachorro que se porta mal siendo arrastrado al veterinario...

Caelan.

Se me cortó la respiración. *Qué... cómo... por qué estaba...*

Cerré la puerta, apoyé la espalda contra ella y traté de procesar lo que acababa de suceder. Caelan estaba aquí, y había detenido a Damien. Tenía a Damien por el cuello y lo estaba arrastrando a un callejón, un saco de basura dirigido al contenedor. Estaba agradecida, confundida y, que Dios me ayude, extremadamente excitada. Esto estaba muy mal.

Mi teléfono vibró.

Dom: Hemos manejado la situación. No te preocupes.

¿*Hemos*? ¿Así que Caelan era amigo de los chicos del tatuaje ahora? ¿Desde cuándo? ¿Hasta qué punto se había integrado en mi vida sin que yo me diera cuenta?

No sabía si eso era raro o dulce o ambas cosas.

Pasaron diez minutos. Había dejado la sartén, pero no me había alejado mucho de ella. Estaba paseando por mi pequeña cocina, repasando escenarios en mi cabeza, cuando hubo otro golpe en mi puerta, más suave esta vez.

—Soy yo.

La voz de Caelan. Mi corazón hizo una complicada rutina acrobática mientras abría la puerta.

Estaba de pie en mi pasillo, con una camiseta negra y vaqueros negros que le hacían parecer recién salido de una película de acción. Su pelo estaba ligeramente despeinado, como si alguien lo hubiera agarrado. Su mandíbula estaba tensa... Y sus nudillos estaban rojos.

Me gustaba ese aspecto en él. Me gustaba mucho, más de lo que probablemente debería admitir a alguien, incluida a mí misma.

—Hola —dijo. Su expresión era neutra, pero sus ojos escaneaban mi rostro, comprobando si había daños, catalogando cada detalle como si necesitara asegurarse de que estaba intacta.

—Hola —logré decir.

—¿Estás herida? —La pregunta salió cortante. Sus manos se levantaron como si quisiera tocarme, comprobarlo él mismo, pero se contuvo.

Ni siquiera fingí no saber de qué estaba hablando. —Estoy bien. No llegó a entrar.

El peligro cruzó su rostro. —No entrará. Nunca. No se acercará a este edificio de nuevo. No se acercará a *ti* de nuevo —Su voz era baja, segura, con un filo que hizo que mi estómago diera un vuelco —. Me aseguré de ello.

—¿Qué hiciste?

—Nada permanente —Una pausa—. Desafortunadamente.

—Caelan.

—Está vivo y consciente. Tiene todas sus extremidades —Otra pausa, y su mandíbula se tensó—. Por ahora.

Demándame, pero sentí calor extendiéndose por mi pecho ante sus palabras.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté—. ¿Que estaba aquí?

—Solo pasaba por aquí —La mentira era tan transparente que casi resultaba insultante—. Quería ver cómo estabas.

—Solo pasabas por aquí. En el momento exacto en que alguien intentaba entrar en mi apartamento.

—Extraña coincidencia —Ni siquiera intentó sonar convincente. Sus ojos seguían moviéndose sobre mí, comprobando—. También saludé a Dom abajo. Somos mejores amigos.

Me reí de eso. —Tienes los nudillos rojos.

Miró sus manos como si le sorprendiera encontrarlas unidas a su cuerpo. —Golpeé una pared. No está relacionado.

—Claro.

—Una pared muy resistente. Varias veces.

—Ajá.

—Tengo problemas de ira.

—¿Ah, sí? —No pude ocultar mi sonrisa.

—Terribles. Es muy preocupante. Probablemente debería ver a alguien al respecto.

Bueno. Si alguna vez lo hacía, definitivamente necesitaba compartir el contacto conmigo.

Nos miramos fijamente. —Tenía una llave —dije en voz baja—. Olvidé que sabía dónde las escondía. Debería haber cambiado el

escondite. Soy tan tonta...

—Para —Se acercó más, y su mano se alzó para acunar mi mandíbula, inclinando mi rostro para encontrarse con sus ojos—. Esto no es tu culpa. La única persona responsable de sus acciones es él. Y nunca volverá a tocarte. ¿Me entiendes?

Asentí, con un nudo en la garganta.

—Dilo.

—No es mi culpa.

—Otra vez.

—No es mi culpa.

—Bien —Su pulgar acarició mi pómulo, suave a pesar de la intensidad de sus ojos—. Necesito que creas eso y dejes de culparte por confiar en alguien que no lo merecía.

No sabía qué decir. Así que simplemente me quedé allí, apoyándome en su contacto, permitiéndome sentirme segura por primera vez en años.

—¿Quieres pasar el día conmigo? —preguntó de repente—. Tenía planes. Para nosotros. Si estás libre.

—Sí —dije inmediatamente, a la mierda la indiferencia. Quería salir de este apartamento por el día.

Fue la elección correcta, porque toda su cara se iluminó como un árbol de Navidad con una sonrisa real, una que lo hacía parecer más joven y más suave y completamente, devastadoramente hermoso.

—Dame diez minutos. Necesito recoger algunas cosas.

Asentí y me mordí el labio mientras se giraba y literalmente corría escaleras abajo. En el momento en que lo perdí de vista, entré en modo pánico.

Me cepillé los dientes, me eché agua en la cara, me apliqué rímel con manos temblorosas, pinchándome en el ojo dos veces. Me cambié el pijama andrajoso por un vestido de verano, el verde que hacía que mis ojos se vieran bien. Cambié mi ropa interior por un par más bonito.

No es que esperara que pasara algo. Pero... Por si acaso. Me sentía como una adolescente preparándose para el baile de graduación. Era ridículo y maravilloso.

Estaba esperando junto a la puerta cuando llamó de nuevo, con el corazón latiendo demasiado rápido y las palmas ligeramente sudorosas. No sabía adónde íbamos ni qué íbamos a hacer. Solo sabía que había dicho que sí, y no me arrepentía.

Caelan regresó con una cesta y me llevó a un coche aparcado en la calle. Era un coche bonito. Más nuevo, de aspecto caro, el tipo de vehículo que sugería dinero sin gritar sobre ello, nada parecido a mi viejo trozo de metal que a veces pasaba por coche. Abrió la puerta del pasajero para mí como un caballero, y me deslicé dentro, inhalando ese olor a coche nuevo.

Entonces se puso detrás del volante, y quedó inmediatamente claro que Caelan no tenía ni idea de cómo conducir.

El motor se calló antes de que siquiera saliéramos del lugar de estacionamiento.

—Eso fue intencional —dijo, reiniciándolo.

Se calló de nuevo en la primera intersección.

—También intencional.

Para la tercera parada, en medio de la carretera con coches tocando la bocina detrás de nosotros y alguien gritando obscenidades por su ventana, me estaba riendo tan fuerte que apenas podía respirar.

—¿Realmente sabes conducir? —dije entre jadeos.

—Conozco la teoría —El motor arrancó, tosió, murió de nuevo—. La ejecución está... en desarrollo.

—¿Dónde aprendiste? ¿En un derby de demolición?

—Crecí en un lugar con muy pocos coches —Finalmente puso el vehículo en marcha, avanzando con sacudidas de una manera que me hizo agarrar la manija de la puerta y hacer una rápida oración a cualquier deidad que vigilara a los pasajeros de conductores terribles —. Teníamos otros medios de transporte.

—¿Como cuáles? ¿Carruajes tirados por caballos?

La mirada que me dio sugería que eso era más exacto de lo que yo pretendía.

—Soy un excelente jinete —dijo a la defensiva—. Esta máquina es simplemente... poco cooperativa.

—La máquina parece *nueva*. Esos son los coches más cooperativos del mercado.

—Entonces está rota.

—No está rota. Simplemente eres malo en esto.

—No soy malo en las cosas.

—Admítelo. Eres malo en esto.

Miró enfadado al volante como si lo hubiera ofendido personalmente. El coche se calló de nuevo.

Finalmente salimos de la ciudad, con el coche calándose solo cuatro veces más. Dejé de tener miedo y empecé a encontrarlo entrañable. La forma en que murmuraba al cambio de marchas, la forma en que agarraba el volante con los nudillos blancos como si estuviera luchando contra un oso. Cómo parecía genuinamente frustrado con esta tecnología humana que se negaba a cooperar con su voluntad obviamente superior.

Nos llevó al bosque, por un camino de tierra sinuoso, hasta que llegamos a un claro.

Se me cortó la respiración.

Era hermoso. Un prado lleno de flores silvestres, moradas, amarillas y blancas, extendiéndose en todas direcciones como si alguien hubiera derramado una paleta de pintura sobre la hierba. Los árboles nos rodeaban por todos lados, creando un pequeño mundo privado. Un arroyo burbujeaba en algún lugar cercano, con el sonido del agua sobre las rocas. El sol de la tarde se filtraba a través de las hojas, moteando todo de dorado.

—Jade me habló de este lugar —dijo Caelan, apagando el motor. El coche murió con un sonido que parecía de agradecimiento—. Dijo que te gustaría.

—Me encanta.

Sonrió. Esa sonrisa real y sin reservas que hacía que mi corazón tartamudeara y mi cerebro se volviera borroso.

Sacó una cesta del asiento trasero y extendimos una manta en medio de las flores. La cesta estaba llena de comida, quesos y pan y fruta y pequeños sándwiches con las cortezas recortadas. Había vino, chocolate y pequeños pasteles que parecían deliciosos.

—¿Se te ocurrió a ti comprar todo esto? —pregunté, incrédula.

—Thessa ayudó —Una pausa—. Thessa hizo la mayor parte. Yo supervisé.

—Tú supervisaste.

—Muy minuciosamente. Fui esencial para el proceso.

—¿Qué contribuiste realmente?

—Apoyo moral. También llevé la cesta.

—Verdaderamente invaluable —Sonreí.

—Sabía que lo entenderías.

Comimos, y la conversación fluyó con facilidad. Le conté sobre el tipo que llevó a su madre a nuestra primera cita. —Ella pidió por él. Le cortó el filete y me llamó «adecuada».

—¿Adecuada?

—Sus palabras exactas fueron «bueno, es adecuada, supongo». Me disculpé para ir al baño y salí por la ventana.

—¿Saliste por una ventana?

—Segundo piso. Había un contenedor. Lo conseguí.

Ahora se estaba riendo, el sonido cálido y rico. —¿Qué más? Cuéntame los peores.

—Estaba el tipo que intentó venderme un tiempo compartido. En la cita. Sacó una presentación y un plan de financiación.

—*No*.

—Ojalá estuviera bromeando. Tenía gráficos.

—¿Lo compraste?

—Le dije que era alérgica a las propiedades vacacionales y me fui.

Le conté sobre el que lloró cuando no quise ver su colección de cómics en la primera cita.

—Eso parece duro —dijo Caelan.

—Era una colección de cómics sobre teorías conspirativas nazis.

—Ah. Menos duro.

—Mucho menos duro.

Me contó sobre su hogar, y observé su rostro mientras hablaba. Sus ojos se volvieron distantes, nostálgicos, describiendo muros de piedra que habían resistido durante siglos. Torres que dominaban valles de nieve. Un gran salón donde su familia se reunía para comer, voces haciendo eco en techos abovedados.

—Eso suena como un castillo —dije.

—Es una casa familiar.

Terminó contándome sobre las expectativas con las que había crecido, las responsabilidades que estaba tratando de averiguar, la vida que no estaba seguro de querer. Su voz se volvió más silenciosa cuando habló de ser el heredero de lo que fuera que su familia fuera heredera. La presión de que todos esperaran que fuera de cierta manera, hiciera ciertas cosas, se casara con cierto tipo de persona.

—¿Qué tipo de persona? —pregunté.

—Alguien adecuado de una buena familia. Alguien que entienda nuestras costumbres.

—¿Y qué quieres tú?

Me miró, sus ojos grises intensos.

—Quiero alguien que me haga reír. Alguien que me desafíe, a quien no le importe el nombre de mi familia o mis responsabilidades o nada de eso. Quiero a alguien que me vea. No el título. Solo... a mí.

—Eso es muy romántico.

—Soy una persona muy romántica.

Eso estaba resultando ser cierto. Luego procedimos a debatir qué tropos románticos eran superiores.

—Enemigos a amantes —insistí—. La tensión, las bromas. La eventual rendición es exquisita de leer.

—Prefiero amigos a amantes —replicó, mirándome significativamente—. La construcción lenta, la confianza, la realización de que lo que estabas buscando ha estado a tu lado todo el tiempo.

Ja. —Eso es muy específico.

—¿Lo es?

—No eres sutil.

—No estaba tratando de serlo.

Pasaron horas sin que me diera cuenta. El sol se movió por el cielo, las sombras se alargaron, el aire se volvió más fresco. Nos acostamos en la manta, hombro con hombro, y vimos el cielo volverse rosa y naranja y púrpura.

—Las estrellas saldrán pronto —dijo Caelan en voz baja—. Podríamos quedarnos. Si quieres.

—Quiero.

Cayó la noche. Las estrellas emergieron, más de las que jamás había visto, lejos de las luces de la ciudad, esparcidas por el cielo en infinitos puntos de luz. Caelan señaló formas y constelaciones, aunque los nombres que les dio no coincidían con nada que yo hubiera oído antes.

—Esa —dijo, trazando un patrón con su dedo—. Parece los Dos Lobos de mi tierra.

—Nunca he oído hablar de esa constelación.

—Es de... donde crecí. Historias diferentes sobre las estrellas allí.

—Cuéntame.

Estuvo callado por un momento. Luego comenzó a hablar, su voz baja y rítmica, como si estuviera recitando algo que había escuchado mil veces.

—Había una vez dos lobos que se amaban más que a la luna misma. Pero eran de manadas diferentes, y su amor estaba prohibido. Así que corrieron. A través de montañas y valles y océanos. A través del mismo borde del mundo. Y cuando no quedaba ningún lugar donde correr, la Diosa Luna se apiadó de ellos. Los elevó al cielo, donde podrían perseguirse para siempre. Nunca alcanzándose, nunca deteniéndose. Eternos e infinitos y siempre, siempre juntos.

Miré fijamente las estrellas que había señalado. —Es hermoso —dije —. Y triste.

—¿Por qué triste?

—Nunca se alcanzan. Siempre están persiguiendo, nunca llegando.

Volvió la cabeza para mirarme. A la luz de las estrellas, sus ojos eran plateados.

—Pero están juntos, siempre corriendo en la misma dirección. Eso no es triste. Eso es devoción. Es amor que se niega a terminar incluso cuando el universo dice que debería.

—Realmente eres un romántico.

—Te lo dije. *Muy* romántico. Románticamente terrible conduciendo.

Me reí y él sonrió ante el sonido. La calidez llenó mi pecho.

—¿Lo crees? —pregunté—. ¿La historia?

—Creo en muchas cosas en las que antes no creía.

—¿Como qué?

«Como el destino. La idea de que a veces el universo pone exactamente a la persona adecuada en tu camino en el momento exacto». Su mano encontró la mía en la oscuridad. Sus dedos eran fuertes, seguros. «La idea de que puedes conocer a alguien y saber, inmediatamente, que va a cambiarlo todo».

Joder.

«Eso suena a novela romántica».

«Quizás las novelas románticas lo tienen claro». Murmuró mientras mi corazón se encogía dentro de mi pecho. No le pregunté qué quería decir. No estaba segura de querer saberlo o si estaba preparada aún. Simplemente me quedé allí, bajo las estrellas, junto a este hombre extraño y maravilloso que conducía terriblemente y preparaba sándwiches y contaba historias sobre lobos enamorados.

Podría estar enamorada. Y esa era la realización más aterradora, emocionante y transformadora que jamás había tenido. Las estrellas giraban sobre nosotros, los lobos persiguiéndose unos a otros por el cielo. Tal vez estaba lista para dejarme atrapar.

13

—•—

Riley

Era jueves por la noche. La noche del *club de lectura*, y yo era un desastre.

El libro de esta semana había sido sugerencia de Margo. Un romance oscuro con escenas tan explícitas que me había sonrojado solo leyéndolas sola en mi apartamento. Elementos BDSM. Un héroe posesivo, rozando lo obsesivo. Una heroína que descubría que le gustaba ser reclamada y poseída. Ser el único foco de la atención consumidora y omnipresente de un hombre.

El problema era que, cada vez que leía esas escenas, no me imaginaba al protagonista moreno y friki del libro.

Me imaginaba a cierto australiano alto, rubio, de ojos grises y nudillos enrojecidos... Y puede que hubiera hecho cosas mientras me lo imaginaba. Cosas de las que no estaba orgullosa y que implicaban mi mano, mi cama y gemir su nombre contra mi almohada a las dos de la madrugada.

Varias veces.

A las tres de la madrugada, en la ducha, incluso una vez mientras desayunaba, lo que era un nuevo mínimo incluso para mí. Estaba leyendo una escena particularmente intensa que involucraba una pared y un uso creativo de restricciones, y de repente mis cereales estaban reblandecidos, mi mano estaba entre mis muslos y me imaginaba a Caelan acorralándome contra la encimera de mi cocina.

Era un desastre. Un desastre excitado, confuso y emocionalmente comprometido que aparentemente no podía comer Cheerios sin tener fantasías sexuales.

Y puede que me hubiera vestido para el club de lectura de esta noche pensando en un público específico.

La blusa era más ajustada que mis elecciones habituales, abrazando mis curvas, el escote lo suficientemente bajo como para mostrar mucho escote, del tipo que dice «por favor, mira mis pechos» mientras mantiene una negación plausible. Me había probado cuatro sujetadores diferentes antes de decidirme por el que creaba el máximo realce. Mis pantalones cortos hacían que mi trasero se viera increíble. Lo había comprobado aproximadamente siete veces en el espejo, girando para verificarlo desde todos los ángulos. Incluso me había puesto perfume, el que guardaba para ocasiones especiales.

Estaba absoluta y definitivamente tratando de llamar la atención de Caelan. Dios, era patética. Era una mujer adulta que escribía novelas románticas para ganarse la vida, y aquí estaba, como una adolescente intentando que su amor platónico la notara en el baile escolar. Lo siguiente sería «accidentalmente» dejar caer mi bolígrafo para que él pudiera recogerlo.

En realidad, no era mala idea. Lo anoté mentalmente.

El bar de vinos se llenó con la multitud habitual. Thessa llegó con Jade, las dos prácticamente pegadas, la mano de Jade en el bolsillo trasero de Thessa de una manera que me hacía sentir

simultáneamente feliz por mi amiga y celosa de su fácil intimidad. Thessa captó mi mirada y sonrió.

—Llega tarde —dijo, porque aparentemente mi cara era un libro abierto—. Algún recado. Ya vendrá.

—No estaba...

—Claro. —La sonrisa de Thessa se ensanchó—. Bonita camisa, por cierto.

Mis mejillas se calentaron. ¿Era tan obvio?

—No sé de qué estás hablando.

—Vale. Y yo no me estoy acostando con tu mejor amiga.

Jade se atragantó con su vino.

Todos empezábamos a acomodarnos cuando la puerta se abrió y entró una cara nueva. Treinta y tantos, pelo castaño, hoyuelos. Guapo como el chico de al lado de forma muy convencional. El tipo de chico que se vería bien en un perfil de aplicación de citas pero olvidable en la vida real. Escaneó la habitación, me vio organizando la tabla de embutidos en la mesa y se acercó.

—Hola. ¿Es este el club de lectura de novela romántica? —Su sonrisa era amistosa—. Soy Sam. Vi el folleto.

—Somos nosotros. —Señalé una silla vacía, recordando brevemente cuando *otro* hombre apareció sin avisar en el club de lectura—. Eres bienvenido a unirte. Estamos hablando de...

—Su Deseo Más Oscuro. Lo sé. —Los ojos de Sam recorrieron mi cuerpo, lentamente, observando el escote que específicamente había puesto en exhibición, las piernas que mis pantalones cortos mostraban, cada centímetro de piel que había revelado

estratégicamente. Cuando su mirada volvió a mi cara, sonrió más ampliamente—. Ya lo he leído. Dos veces. Tengo la sensación de que me va a encantar este club de lectura.

Se sentó en la silla junto a mí, la que normalmente estaba vacía hasta que llegaba Caelan.

La que Caelan siempre ocupaba. Tenía un mal presentimiento sobre esto.

La discusión comenzó y pronto descubrimos que Sam hacía buenas preguntas, claramente había leído el libro y tenía ideas sobre la motivación de los personajes, la estructura narrativa y el uso de la tensión por parte del autor.

También estaba sentado demasiado cerca de mí y seguía encontrando excusas para inclinarse hacia mí.

—¿Qué opinas del comportamiento posesivo del protagonista? —preguntó, orientándose hacia mí como si fuera la única persona en la habitación. Su rodilla rozó la mía debajo de la mesa—. ¿Te parece atractivo?

—Depende de cómo se ejecute —dije, alejándome—. Hay diferencia entre ser protector y controlador.

—Totalmente. —Se acercó más, su mano aterrizó en la mesa cerca de mi codo, los dedos tamborileando casualmente—. Creo que la clave es el consentimiento. La heroína quiere ser poseída. Lo pide.

—Es verdad.

—Así que es romántico. —Su mano se acercó más a mi brazo—. Ser deseada tanto. Ser el todo de alguien.

Me alejé de nuevo, pero él volvió a acercarse. Una persecución a cámara lenta alrededor de la mesa. Llevábamos diez minutos en un

debate sobre el comportamiento posesivo del héroe cuando la puerta se abrió y, finalmente, Caelan entró.

Llevaba una camisa abotonada azul oscuro, con las mangas enrolladas hasta los antebrazos de una manera que debería ser ilegal. Su pelo estaba ligeramente despeinado, como si hubiera estado pasando los dedos a través de él. Se veía bien, como siempre. Era genuinamente ofensivo.

Algunos notaron su entrada. La cabeza de Sloane se giró. Margo levantó la vista de su vino. Sam no se dio cuenta en absoluto. Estaba demasiado ocupado haciendo un comentario sobre el consentimiento en el romance oscuro, su mano acercándose de nuevo a mi brazo.

Los ojos de Caelan me encontraron inmediatamente. Su rostro se iluminó con la sonrisa que hacía que mi estómago diera un vuelco, la que me hacía sentir que yo era la mejor parte de su día. Comenzó a caminar hacia mí, todo su cuerpo orientado en mi dirección.

Entonces su mirada se deslizó hacia el hombre sentado a mi lado. Hacia la mano de Sam, flotando cerca de mi codo, y la forma en que estaba inclinado hacia mí.

La sonrisa desapareció.

Lo que la reemplazó fue una expresión que nunca había visto antes en el rostro de Caelan, fría, depredadora. La mirada de un hombre que estaba calculando exactamente cuánto daño podría infligir y con qué rapidez.

Y entonces ocurrió algo extraño. Los celos inundaron mi pecho. Posesividad, caliente y bordeando lo desquiciado. El impulso de apartar a Sam de mí, de reclamar, de dejar claro que *ella* me pertenecía y nadie más tenía permitido tocar a *ella*...

Espera. ¿Qué coño? *¿Ella?*

Yo no sentía celos. No tenía nada de qué estar celosa. Sam no estaba tocando a ninguna mujer que me importara. Me estaba tocando a *mí*, y lo encontraba molesto, no amenazante. Pero lo sentía de todos modos. En mi pecho, en mi sangre, como si las emociones de otra persona se filtraran en las mías. Me froté el esternón, confundida.

Sam notó el movimiento. Sus ojos bajaron a mi pecho, específicamente a mis tetas, resaltadas por el movimiento de frotar, y se quedaron allí, se demoraron, apreciaron de una manera que hizo que mi piel se erizara.

Caelan también lo notó.

Cruzó la habitación en tres zancadas, deteniéndose directamente al lado de la silla de Sam. Su expresión podría cuajar la leche, congelar el agua. Podría hacer que un hombre adulto reconsiderara cada elección de vida que lo había llevado a este momento.

—Estás en mi asiento. —Las palabras salieron en un gruñido bajo y amenazador.

Sam levantó la vista, cejas levantadas. Miró entre Caelan y yo, una sonrisa arrogante jugando en sus labios, completamente ajeno al peligro en el que se encontraba—. Lo siento, tío. El que llega primero se lo queda. Mejor suerte llegando a tiempo la próxima vez.

La temperatura en la habitación bajó aproximadamente quince grados.

—Voy a darte una oportunidad —dijo Caelan, con voz aterradoramente tranquila—. Sal de esa silla de una puta vez, o te romperé las piernas y te pondré en una silla de ruedas por el resto de tu miserable existencia. Nunca volverás a caminar. Nunca volverás a sentarte en una silla en la que no fuiste invitado a sentarte. Y cada vez que mires los inútiles muñones donde solían

estar tus piernas, recordarás este momento y desearás haber tomado una decisión diferente.

Dios mío. La habitación estaba en silencio ahora, y todos estaban mirando. La copa de vino de Margo estaba congelada a medio camino de su boca. Sloane parecía estar viendo el mejor programa de televisión, con palomitas prácticamente materializándose en sus manos. Thessa tenía la cara enterrada en las palmas, los hombros temblando con lo que podría ser risa o mortificación.

El rostro de Sam había palidecido. Su sonrisa arrogante había desaparecido.

—Además —continuó Caelan, todavía con esa voz tranquila y agradable, como si estuviera discutiendo el clima o haciendo planes para la cena—, si alguna vez vuelvo a verte mirarla de esa manera, te sacaré los ojos con mis dedos, uno por uno.

—Tío, ¿qué coño...

—Y si alguna vez. La tocas. De nuevo —Caelan se inclinó, acercándose a la cara de Sam—, si tan solo la rozas accidentalmente en una habitación llena de gente, te cazaré. Te encontraré dondequiera que te escondas. Y te desharé pieza por pieza y disfrutaré cada segundo. ¿Entiendes?

Me quedé sin palabras.

—Vale, vale, Jesucristo. —Sam se levantó de la silla tan rápido que casi tropezó con sus propios pies—. Es toda tuya, tío. Maldito psicópata.

Se trasladó a un asiento en el extremo opuesto de la habitación, dándole a Caelan un margen de diez pies.

¿Y yo? Lo sentí de nuevo. Esa oleada de emoción que no era mía. Satisfacción, el placer de la victoria. Y debajo de ella, inundando mi

pecho en el momento en que los ojos de Caelan se encontraron con los míos, una calidez que hizo que mi garganta se tensara.

Felicidad. Solo por mirarme.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Caelan se dejó caer en la silla a mi lado. Su mandíbula todavía estaba tensa, sus hombros tensos, pero se acercó y me dio un breve apretón en la mano antes de retirarse.

La calidez que inundó mi pecho con el toque tampoco era mía.

O tal vez lo era. Ya no podía distinguirlo. La línea entre mis sentimientos y estos otros sentimientos, estos sentimientos externos, se estaba volviendo cada vez más borrosa. Estaba tan confundida, pero decidí poner a prueba mi teoría.

La discusión continuó, aunque no estaba prestando atención. Sabía que estábamos profundizando en las escenas explícitas del libro, debatiendo si la posesividad del héroe era romántica o problemática, pero estaba demasiado ocupada observando a Caelan y haciendo pruebas.

—Creo que hay un atractivo en ser reclamada —dije de repente, mirando a los ojos a Caelan mientras decía la palabra reclamada—. En ser el único foco de la obsesión de alguien. Saber que harían cualquier cosa por ti. Cualquier cosa.

El calor inundó mi pecho. Deseo, necesidad, un hambre que hizo que mis dedos se curvaran dentro de mis zapatos. Fue entonces cuando finalmente me di cuenta de que esos sentimientos no eran míos sino *suyos*.

—La heroína entrega el control —dijo Margo—, pero es consensual. Ella lo desea.

—Exactamente. —Todavía estaba mirando a Caelan—. A veces es un alivio dejar que otra persona tome el control. Confiar lo suficiente en alguien para rendirse.

—¿Crees que la rendición puede ser empoderadora? —preguntó Caelan, con voz baja. Sus ojos no habían abandonado los míos.

—Creo que depende de a quién te rindes. —Me incliné ligeramente hacia adelante, observando su reacción—. La persona adecuada hace que se sienta seguro. La persona equivocada lo convierte en una trampa.

—¿Y cómo sabes cuál es cuál?

—Lo sientes. —Presioné mi mano contra mi pecho, justo sobre mi corazón—. Aquí.

Más calor y excitación. Sus ojos se oscurecieron, el gris volviéndose casi negro. Sus manos agarraron el borde de la mesa mientras luchaba por controlar su necesidad de reclamar. Reclamarme *a mí*.

También podía sentir eso. El esfuerzo que le costaba no reaccionar, no alcanzarme. No hacer algo que escandalizaría a todo el club de lectura.

—La escena de restricción en el capítulo doce —continué, manteniendo mi voz casual incluso mientras mi corazón se aceleraba —. Me pareció particularmente bien hecha. La tensión, la confianza. Cómo ella le da control completo sobre su cuerpo.

—Esa escena fue intensa —acordó Sloane—. Muy... exhaustiva.

—Exhaustiva —repitió Caelan, y su voz había bajado aún más—. ¿Es eso lo que buscas? ¿Exhaustividad?

—Entre otras cosas. —Sonreí inocentemente—. Atención al detalle. Dedicación. La voluntad de tomarse el tiempo necesario.

Su mandíbula se tensó—. Paciencia —dijo—. Eso también es importante.

—¿Lo es?

—Mucho. —Sus ojos sostenían los míos—. Algunas cosas merecen la espera.

La tensión entre nosotros podría haber alimentado una pequeña ciudad.

La oportunidad de poner realmente a prueba mi teoría surgió de nuevo cuando Sam, aparentemente recuperando su valor desde el otro lado de la habitación, preguntó en voz alta—: Entonces, ¿qué pasa con ustedes dos? ¿Están juntos?

La habitación quedó en silencio de nuevo y todos me miraron, conteniendo la respiración. Caelan me observaba con una expresión de esperanza aterradora, así que entré en pánico.

—No somos nada —dije rápidamente. Las palabras salieron sin pensar, puro instinto defensivo, muros levantándose antes de que pudiera detenerlos—. Caelan no es mi tipo. Solo lo veo como un amigo platónico.

Dolor.

Golpeó mi pecho como si alguien me hubiera dado un puñetazo en la cara. Dolor y rechazo y un sentimiento que estaba horrible y terriblemente cerca de la angustia llenaron todo mi ser. Se me cortó la respiración, mis ojos ardieron y mi pecho dolía como si alguien hubiera metido la mano y apretado mi corazón hasta que ya no pudiera latir.

Pero yo no estaba sintiendo nada de eso. Esas no eran mis emociones. Sabía cómo se sentían mis emociones, y esto era diferente. Esto era externo, venía de otro lugar. De *alguien* más.

El rostro de Caelan estaba cuidadosamente inexpresivo, su mandíbula tensa, sus manos apretadas en su regazo. Sus nudillos estaban blancos, y un músculo saltaba en su mejilla.

—Cierto —dijo en voz baja—. Platónico.

La palabra estaba vacía, hueca, como si hubiera vaciado todo el significado y dejado solo la cáscara.

Oh, Dios.

Era cierto. Estaba sintiendo lo que él sentía. Y acababa de... acababa de romperle el corazón mientras estaba sentado justo a mi lado.

Me disoció durante el resto de la reunión, apenas hablando. Alguien me hizo una pregunta sobre el final del libro y respondí de forma automática, las palabras saliendo de mi boca pero yo no estaba realmente allí. Estaba demasiado ocupada ahogándome en culpa y confusión y una conexión imposible e inexplicable con un hombre que acababa de rechazar públicamente.

El dolor de Caelan lentamente se endureció en resignación. Su esperanza y certeza de que había estado equivocado sobre nosotros murió segundo a segundo.

El club de lectura terminó, y apenas recordaba nada de él.

La gente salió uno por uno. Sam se fue primero, prácticamente corriendo, dándole a Caelan una zona de seguridad que podría acomodar una pequeña aeronave. Margo me abrazó al despedirse, susurró «sé amable con el pobre hombre» en mi oído. Jade y Thessa se fueron juntas, Thessa lanzando a su hermano una mirada preocupada que hizo que mi culpa aumentara aún más.

Incluso Sloane se fue sin insistir en llevarme a casa.

Eso fue significativo. Sloane había estado vigilando protectoramente desde la situación con Damien, siempre asegurándose de que llegara a casa a salvo, siempre atenta a las amenazas. El hecho de que estuviera dispuesta a dejarme a solas con Caelan significaba que ahora confiaba en él.

Lo cual era un punto más a favor de Caelan.

Una razón más por la que era una imbécil por lo que había dicho.

Estaba limpiando las mesas cuando me di cuenta de que estábamos solos. Caelan estaba en la cocina, el sonido del agua corriendo sugería que estaba lavando los platos de nuevo porque por supuesto que lo estaba haciendo. Incluso herido, incluso rechazado, todavía estaba aquí. Todavía ayudando, todavía ocupándose de las cosas sin que se lo pidieran.

El hombre que acababa de calificar como «no mi tipo» estaba lavando mis platos. Era la peor persona viva.

Así que me quedé en la puerta, observándolo. Su camisa estaba mojada donde se había apoyado contra el mostrador. Sus hombros estaban tensos, tan tensos que parecían dolorosos. Sus movimientos eran mecánicos, eficientes, como si estuviera tratando de mantener sus manos ocupadas para no tener que pensar.

También podía sentir lo que había debajo de su tensión. Dolor, todavía. Incertidumbre. Una duda de sí mismo que me sorprendió. Este hombre confiado e intenso que había amenazado con sacarle los ojos a alguien por una silla estaba dudando de si yo lo quería cerca. Dudando de si había interpretado todo mal. Mierda. Lo había estropeado tanto, incluso antes de que comenzáramos.

Cerró el agua y aclaró su garganta, pero no se dio la vuelta.

—¿Estás bien? —Su voz era cuidadosa, distante, como si estuviera manejando una bomba que podría explotar en cualquier momento—.

Estuviste callada esta noche.

Miré fijamente su espalda. Podría decírselo, explicarle lo que estaba pasando, preguntarle si él también lo sentía, exigir respuestas a preguntas que ni siquiera sabía cómo formular.

Mantuve el secreto en su lugar.

—Estoy bien.

—No pareces estar bien.

—Solo estoy cansada.

Finalmente se dio la vuelta. Sus ojos grises estaban vigilantes de una manera que nunca había visto antes. Muros levantados, defensas alzadas. Protegiéndose de mí. Lo odiaba tanto.

—Probablemente debería irme —dijo.

Las palabras me hirieron, y lo hirieron a él. Podía sentir ambos dolores, superponiéndose, fundiéndose juntos hasta que no podía distinguir cuál dolor era de quién.

Estaba tan cansada. Cansada de luchar contra esto, de fingir que no sentía lo que sentía. Cansada de los muros y el miedo y el constante tira y afloja entre nosotros.

Había algo más ocurriendo aquí. Una fuerza mayor que la simple atracción casual, mayor que la amistad, mayor que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Una conexión que me permitía sentir sus emociones como si fueran mías. Un vínculo que nos unía. No sabía lo que significaba, pero tomé una decisión en ese mismo instante.

Estaba jodidamente harta.

14

—•—

Caelan

Apenas podía mantenerme entero.

Mi lobo caminaba de un lado a otro, gruñendo, exigiendo sangre. Había estado así durante días. Desde lo de Damien. Y ahora Sam y las palabras de Riley que todavía resonaban en mi cráneo...

No somos nada. No es mi tipo. Amigo platónico.

Primero había sido Damien la semana pasada, apareciendo en el apartamento de Riley, intentando entrar por la fuerza, asustándola. Había sentido su terror a través del vínculo y había corrido a su edificio tan rápido que casi me transformo a mitad de zancada. El lobo había arañado mi piel, desesperado por emerger, desesperado por proteger.

Lo había arrastrado al callejón, lo había estampado contra el muro de ladrillo con fuerza suficiente para agrietar el mortero, y le había dejado muy clara mi posición.

Si alguna vez volvía a acercarse a Riley, no encontrarían el cuerpo.

La amenaza había sido entregada con las garras parcialmente extendidas y los ojos brillando en ámbar. No había podido evitarlo. El lobo estaba demasiado cerca de la superficie, demasiado enfurecido con esa patética excusa de hombre que creía tener algún derecho sobre una persona que no lo deseaba, alguien a quien ya había herido antes.

—Ahora me pertenece a mí —le había dicho, mi voz más un gruñido que palabras—. Cada parte de ella. Cada respiración que toma. Cada sonrisa. Cada risa. Cada palabra que sale de su hermosa boca. Mía. ¿Lo entiendes?

Él había asentido frenéticamente, con lágrimas corriendo por su rostro. Se había orinado encima.

Bien.

Desde entonces, había estado investigando su historial. El contrato de regalías del cuarenta por ciento que estaba desangrando a Riley, la manipulación, el patrón de abuso que se extendía por años. Era peor de lo que había pensado. Así que había contratado abogados humanos, los mejores que el dinero podía comprar, para comenzar a construir silenciosamente un caso. Para encontrar una forma de liberar a Riley del contrato, del control de Damien, de todo. Ya estaban encontrando inconsistencias, posible fraude, motivos para la disolución. En unas semanas, ella estaría libre de él. En unos meses, habría recuperado cada centavo que él le había robado.

Ella no sabía sobre esto, pero Thessa sí. Ella pensaba que me estaba involucrando demasiado sin decirle a Riley la verdad sobre quién era yo, qué era, por qué estaba realmente aquí.

—Estás construyendo una vida con ella —me había dicho apenas ayer—. Y ella ni siquiera conoce tu verdadero apellido. No sabe que eres un lobo y que tienes cámaras alrededor de su edificio y un plan para los próximos cientos de años de vuestras vidas juntos.

Sabía que ella tenía razón, pero ahora había este nuevo problema. Este tal Sam con sus ojos errantes y sus manos que no paraban de desviarse hacia Riley. Como si tuviera algún derecho a tocarla. Había querido arrancarle los brazos. Todavía quería hacerlo. Lo único que me detenía era la certeza de que Riley no apreciaría tener que limpiar vísceras humanas del suelo del bar de vinos.

Y entonces ella había dicho esas palabras, y dolieron más que una puñalada en el pecho. No podía dejar de repetirlas. Joder. Debería irme, dejarla en paz, darle espacio, dejar de presionar. Ella había dejado claros sus sentimientos. Yo no era nada para ella, solo un amigo.

—Debería... probablemente debería irme —dije, sin encontrar sus ojos—. No quisiera molestarte. O interrumpirte si quisieras estar con ese imbécil.

Mentira. Totalmente interrumpiría. El hombre se encontraría muy, muy lejos de Lysmont en el momento en que saliera de este bar de vinos si Riley mostraba algún interés. Posiblemente en otro continente o en una tumba poco profunda. Pero ella no necesitaba saber eso.

Riley resopló. —¿Desde cuándo te ha importado...? —Se detuvo. Su expresión cambió, y vi cómo la comprensión se dibujaba en sus facciones—. Esto es por lo que dije antes.

Me encogí de hombros. Sin comprometerme.

—¿Lo creíste? —Sonaba sorprendida como si la idea de que la tomara en serio fuera de alguna manera impactante.

—¿Te gusta él? —No pude evitar el filo en mi voz, los celos y el dolor —. ¿El imbécil?

Ella arqueó una ceja. —¿Qué te hace pensar que sí?

Mi control se quebró.

—¿Qué me hace pensar que te gusta? —Empecé a enumerar, acercándome con cada punto—. Le dejaste tener MI asiento. Te pusiste esta maldita camisa... —Señalé su blusa, la que me había estado torturando toda la noche—, la misma noche que él empieza a venir al club de lectura. ¿Coincidencia? No lo creo.

Me estaba enojando más a medida que hablaba, el dolor transformándose en furia. No con ella, sino conmigo mismo, por no poder controlar mejor mis sentimientos. Caminé hacia ella, y ella retrocedió, paso a paso, hasta que sus caderas chocaron contra el borde de una mesa y no había más a donde ir.

—Le aseguraste, muy alto, cómo no éramos nada y cómo soy solo un amigo platónico. —Las palabras sabían a hiel en mi boca—. Te aseguraste de que supiera que tenía el camino libre. Te aseguraste de que yo supiera cuál era mi lugar.

—Caelan...

—¿Tienes idea de lo loco que me ha vuelto esta camisa? —Mi voz bajó, un gruñido retumbando por debajo—. He estado salivando cada vez que te inclinabas. Luchando contra la necesidad de cubrir tus deliciosas tetas para que ningún otro hombre pueda verlas.

Se le cortó la respiración. Sus pupilas se dilataron.

Planté mis manos en la mesa a ambos lados de ella, enjaulándola. Estaba atrapada entre mis brazos, mi cuerpo, mi desesperada necesidad de ella.

—Estuve muy tentado de arrancarle los ojos a Sam como dije que haría. —Me acerqué más, mi nariz casi rozando la suya—. Muy, muy tentado. La única razón por la que aún respira es porque no quería molestarte con el desastre.

La respiración de Riley se había vuelto entrecortada. Sus ojos estaban muy abiertos. Pero no tenía miedo. Podía oler la excitación floreciendo entre sus muslos, la forma en que su cuerpo respondía a mi dominancia.

—Estás loco —susurró.

—Lo estoy. —Me acerqué aún más, hasta que nuestros labios estaban a un suspiro de distancia—. Pero por TI, Riley. No te equivoques. Puedes pensar lo que quieras sobre mí y nosotros. Podemos ser lo que diablos quieras que seamos. Amigos. Extraños. Enemigos. No me importa una mierda, no si estamos juntos.

—Caelan...

—Pero mientras viva y respire —gruñí—, ningún otro maldito hombre *jamás* se acercará a menos de dos metros de ti. NUNCA. Ni Sam. Ni Damien. Ni nadie. Tendrán que pasar por encima de mí primero, y te prometo que no sobrevivirán al intento.

Sus manos golpearon contra mi pecho, no empujándome hacia atrás sino agarrando la tela de mi camisa, las uñas arañando a través para clavarse en mis pectorales mientras me tiraba más cerca.

—¿Qué demonios, Caelan? —Su voz estaba sin aliento—. No soy una posesión.

—No lo eres. —Mis labios rozaron los suyos mientras hablaba, el más leve toque—. Pero eres mía, Riley. Así como yo soy tuyo. Y no hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer al respecto.

Ella hizo este sonido, mitad gemido, mitad jadeo, que me golpeó directamente en las entrañas. Mi lobo se alzó, aullando dentro de mi cráneo en triunfo.

Enganche mis manos bajo sus muslos, los dedos hundiéndose en la suave carne justo encima de sus rodillas, y la alcé sobre la mesa con

un movimiento fluido. La madera crujió bajo su peso mientras me colocaba entre sus piernas, forzándolas a separarse con mis caderas, arrastrándola hacia adelante hasta que su trasero quedó en el borde y su centro presionado directamente contra el bulto en mis pantalones. Ella jadeó, los ojos ensanchándose ante el cambio repentino, y luego jadeó más profundamente cuando mi polla palpitó contra ella, la gruesa longitud atrapada en mezclilla pero pulsando caliente a través de las capas.

Más duro que el acero, se tensaba allí, desesperado por enterrarse dentro de ella, y ahora ella sentía cada centímetro, el borde del glande rozando su clítoris a través de su ropa. Ya no me importaba ocultarlo; que supiera exactamente cuánto me destrozaba.

—¿Sientes eso? —Empujé hacia adelante, moviendo mis caderas en un círculo lento, la fricción arrastrando mi eje a lo largo de su hendidura, la presión acumulándose en su montículo hasta que su respiración se entrecortó—. Eso es lo que me haces, Riley. Cada maldito minuto de cada maldito día. Camino así constantemente, pensando en ti. Queriendo inmovilizarte y follarte sin sentido. Soñando con tu coño apretándose a mi alrededor.

Su cabeza cayó hacia atrás, exponiendo su garganta, y podía ver su pulso martilleando bajo la superficie. El lobo en mí rugió, queriendo hundir nuestros dientes en su piel perfecta, morder y reclamarla como nuestra compañera. Pero lo controlé con fuerza. Todavía no. *Todavía no.*

—¿Entiendes, Riley? —Presioné mi frente contra la suya, nuestras respiraciones mezclándose y narices rozándose.

Sus manos subían y bajaban por mi pecho, trazando los relieves de músculo bajo la camisa, los pulgares circundando mis pezones a través de la tela hasta que se endurecieron. —Sí. —Entonces una sonrisa curvó sus labios, una que era jodidamente malvada, sus ojos brillando con una picardía que hizo hervir mi sangre. Me hizo querer

devorar su boca o darle la vuelta y nalguear su trasero hasta dejarlo rojo—. Pero te equivocas.

Mi pulso se saltó un latido. —¿Qué?

—No conocía a Sam antes de esta noche. —Su sonrisa se ensanchó, toda dientes y promesa, mientras sus dedos seguían vagando, sumergiéndose en los valles entre mis abdominales—. No estoy interesada en él. Nunca lo estuve. Me molestaba que se sentara demasiado cerca.

—Entonces por qué...

—Entré en pánico. Cuando preguntó sobre nosotros. —Se encogió de hombros—. No sabía qué decir. Así que dije la cosa más estúpida posible.

—Muy estúpida.

—Muy estúpida —asintió—. Pero, ¿Caelan?

—¿Qué?

Su sonrisa se hizo aún más amplia. —¿Esta camisa que te hace salivar? Me la puse para ti.

—A la mierda —las palabras salieron de mí en un gruñido, y avancé, finalmente cerrando la maldita distancia entre nosotros.

El momento en que mis labios tocaron los suyos, el mundo terminó.

O comenzó. No estaba seguro de cuál.

Sus labios se separaron bajo los míos y ambos gemimos con el contacto. No pude evitarlo, y aparentemente ella tampoco. El vínculo de compañeros en mi pecho enloqueció absolutamente, convirtiéndose en un incendio forestal, cada terminación nerviosa encendida con la exactitud de este momento.

Esto. Esto era por lo que había estado esperando. Esto era hacia lo que toda mi existencia había estado construyéndose.

La besé como si fuera a morir sin ello, la lengua atravesando sus dientes para acariciar la suya, saboreándola mezclada con el dulce sabor del vino. Mis manos estaban en su pelo, tirando de mechones para angular su cabeza, luego cayeron a su cintura, agarrando lo suficientemente fuerte como para dejar moretones, los pulgares presionando en la hendidura sobre sus caderas. No podía decidir dónde tocar, así que toqué todo. Mis palmas se deslizaron a sus hombros, amasando los músculos tensos, luego bajando por su espalda, los dedos extendiéndose ampliamente para atraerla más cerca. Sobre la curva de su trasero, apretando las firmes mejillas, luego subiendo para trazar la curva de su columna...

Luego sus muslos. Joder, esos muslos, separándose más para dejarme entrar, los músculos internos flexionándose mientras enganchaba una pierna detrás de mi rodilla, el talón clavándose para asegurarme allí. Sus dedos agarraron mi camisa, tirando hasta que las costuras se tensaron, arrastrando mi pecho al ras con sus pechos.

Ella sabía a todo lo que había anhelado, hogar, calor, necesidad. Me separé de su boca solo para trazar mordiscos por su mandíbula, mordisqueando la piel sensible bajo su oreja, chupando lo suficientemente fuerte para dejar marcas rojas pero conteniendo el reclamo completo.

—Joder, Caelan —jadeó mientras arrastraba mi lengua por su garganta, plana y húmeda, desde la clavícula hasta la mandíbula, lamiendo la sal de su piel. Ella se estremeció fuertemente, un temblor de cuerpo entero que hizo que su coño se frotara contra mi polla, el calor de ella filtrándose a través de nuestra ropa, la humedad floreciendo en sus pantalones.

Dioses, quería desnudarla por completo, extenderla sobre esta mesa, y lamerla hasta que gritara.

—No creo que así se comporten los amigos —gruñí contra su piel, empujando mis caderas hacia adelante. Ambos gemimos, el sonido crudo y sincronizado, la fricción provocando un calor que disparó directamente a mis testículos.

—Cállate y bésame —exigió, su voz bordeada con ese fuego que siempre me encendía.

Obedecí sin pensarlo dos veces, estrellando mi boca de vuelta a la suya, la lengua sumergiéndose profundamente para enredarse con la suya en un deslizamiento desordenado y hambriento. Nos mecimos uno contra el otro con pura necesidad, mis caderas embistiendo, su pelvis bajando para encontrarme. Sus dedos se hundieron en mi pelo, tirando fuerte de las raíces, el agudo tirón haciendo que mi cuero cabelludo ardiera y mi polla se contrajera con más fuerza, filtrando más líquido preseminal en mis empapados bóxers.

Sus piernas se envolvieron alrededor de mi cintura, los tobillos entrelazándose en la parte baja de mi espalda, los talones clavándose en mi trasero para arrastrarme más fuerte. La posición nos alineó perfectamente, sus muslos extendidos acunando mis caderas, permitiéndome embestir directamente contra su hendidura. Cada balanceo arrastraba la longitud de mi polla sobre su clítoris, el calor de su coño irradiando a través de sus shorts, la tela húmeda y pegajosa mientras su excitación se filtraba.

—Más —jadeó contra mi boca—. Caelan, por favor...

Me retiré lo justo para mirarla. Sus labios estaban hinchados y rojos por los besos, sus mejillas estaban sonrojadas de un rosa profundo, los ojos vidriosos de lujuria. Su blusa se había salido, revelando una franja de piel desnuda en su cintura, y joder, necesitaba mi lengua allí, chupando esa piel suave hasta que se arqueara.

Era la cosa más hermosa que había visto jamás.

—Quiero tomarme mi tiempo contigo —dije con voz áspera, ronca por la tensión—. Quiero desnudarte y recorrer con mi boca cada curva. Enterrar mi cara entre tus muslos y lamer tu coño hasta que estés gritando mi nombre. Quiero hacerte venir en mi lengua, luego en mis dedos, luego en mi polla. Quiero pasar horas aprendiendo lo que te hace desmoronarte.

Ella gimió, sus caderas embistiendo contra mí.

—Quiero sentirte extendida a mi alrededor —continué, embistiendo más bruscamente ahora, con los ojos fijos en los suyos mientras se ponían en blanco—. Sentir lo apretada que estás, lo mojada. Quiero follarte lenta y profundamente hasta que olvides todo menos mi nombre. Quiero sentirte venir en mi polla, apretándome tan fuerte que no pueda contenerme, tu crema cubriéndome mientras te lleno.

—Caelan... —Su voz se quebró, destrozada y suplicante.

—Pero ahora mismo —gruñí, con el lobo arañando mi control—, ahora mismo estoy tan jodidamente desesperado por ti que no puedo pensar con claridad. Ahora mismo solo necesito sentirte. Necesito verte desmoronarte por mí.

—Entonces hazlo —respiró, con los ojos feroces—. Hazme desmoronar.

Me sumergí de nuevo, besándola sucia y profundamente, la lengua follando su boca como pronto follaría su coño. Mis manos encontraron sus caderas y marqué el ritmo, mostrándole cómo moverse contra mí para máxima fricción para que el duro borde de mi glande frotara directamente en su clítoris con cada embestida. Ella captó rápido, circulando sus caderas en bucles apretados y urgentes, la presión haciendo que mi visión se nublara.

Los ruidos que hacía, suaves jadeos convirtiéndose en gemidos guturales, pequeños quejidos que vibraban contra mis labios, se grabaron en mi cerebro, combustible para cada fantasía con la que me había masturbado.

Estaba completamente seguro de que iban a rondar mis sueños para siempre.

—Eso es —la animé, mordisqueando su labio inferior—. Justo. Así. Úsame. Usa mi polla, frótate contra ella. Toma lo que necesitas de mí.

Sus manos agarraron mis hombros, las uñas clavándose incluso a través de mi camisa, dejando senderos ardientes en mi piel. Su cabeza cayó hacia atrás, exponiendo la larga línea de su garganta. No pude resistirme. Me incliné y chupé su punto de pulso de nuevo, sintiendo los latidos de su corazón contra mi lengua.

—Caelan... —Mi nombre salió como una plegaria—. Oh dios, Caelan...

Podía sentir que estaba cerca. Sus muslos temblaban a mi alrededor, el olor de su coño mojado golpeándome como una droga. Me froté más profundamente, inhalando su excitación como si fuera oxígeno.

—Estás tan mojada para mí —gemí contra su garganta—. Empapando tus shorts, empapando mis vaqueros. Joder, Riley, puedo oler lo mucho que lo deseas.

Ella gimió, agudo y desesperado, su cuerpo tensándose más.

—Cuando te desnude —prometí—, me pondré de rodillas y probaré cada gota. Voy a follar tu coño con mi lengua, chupar cada gota y lamerte hasta dejarte limpia, y luego seguiré hasta que estés chorreando en mi cara, rogándome que pare, que te folle en su lugar.

Sus movimientos se volvieron frenéticos. Su respiración era irregular, puntuada por jadeos y gemidos que hicieron que mi polla palpitara.

Estaba tan cerca. La presión se estaba acumulando en la base de mi columna, mis testículos tensándose, cada músculo de mi cuerpo contrayéndose. Treinta y algunos años de existencia y nadie me había hecho sentir así nunca. Nadie me había vuelto tan loco de necesidad.

—Riley. —Mis palabras se quebraron—. Voy a...

—Yo también —jadeó, aferrándose más fuerte—. Oh dios, yo también...

Embestí contra ella una vez más, con fuerza, frotando mi polla contra su clítoris a través de nuestra ropa. Al mismo tiempo, mordí su cuello, lo suficientemente fuerte para dejar una marca. No lo suficiente para dañar la piel.

Ella llegó al clímax con un grito, todo su cuerpo temblando, sus dedos arañando mi espalda con la fuerza suficiente para dejar marcas. Su coño se contraía rítmicamente, y podía sentirlo incluso a través de nuestra ropa, podía sentir las olas de su orgasmo recorriéndola mientras lo cabalgaba. Joder, era impresionante.

Y entonces la seguí al abismo.

El orgasmo me atravesó, más intenso que cualquier cosa que hubiera experimentado. Enterré mi cara en su cuello, gimiendo profundamente mientras el orgasmo explotaba, mi polla sacudiéndose en mis pantalones, semen disparando gruesas cuerdas en mi ropa interior, caliente e interminable. Fue más fuerte que cualquier orgasmo que hubiera tenido en mi vida, derramando carga tras carga en pulsaciones que me dejaron temblando, con las piernas débiles, pero dioses, con ella temblando en mis brazos, valía cada gota.

El lobo rugió dentro de mí. *Compañera, mía, finalmente reclamada de esta forma primitiva.*

Nos quedamos así por un largo momento, jadeando, con las frentes presionadas. Mi pulso retumbaba, los músculos relajados y agotados. Me había corrido en los pantalones como un crío, y era lo mejor que había sentido en mi vida.

—Bueno —dijo Riley finalmente, con una risa sin aliento burbujeando—. Eso fue...

—¿Patético? —ofrecí, sonriendo a pesar de la bruma.

—Iba a decir «increíble», pero vale.

—Ni siquiera nos quitamos la ropa.

—No.

—Y ambos...

—Como adolescentes.

—Exactamente.

Ambos sonreíamos. Nunca había sido tan feliz en mi vida. Nunca me había sentido tan ligero, tan libre.

—¿Quieres venir a mi apartamento? —preguntó, mordiéndose el labio, el vínculo delatando su nerviosismo.

—*Sí*. —Gruñí. La palabra salió demasiado rápida y fuerte. Ella se rio, y el sonido hizo que mi pecho doliera por lo mucho que la amaba.

No me importaba sonar ansioso.

***

Prácticamente corrimos fuera del bar de vinos, pero en el momento en que estuvimos afuera, el cielo se abrió y la lluvia comenzó a caer, empapándonos en segundos. No nos importó. No podíamos mantener las manos alejadas el uno del otro. Cada pocos pasos, uno de nosotros arrastraba al otro a otro beso. Contra la pared del bar de vinos, bajo una farola, en medio de la acera mientras la lluvia caía a nuestro alrededor.

La presioné contra una pared de ladrillos y la besé hasta que quedó sin aliento, mi cuerpo cubriendo el suyo, protegiéndola de la lluvia mientras devoraba su boca. Ella me arrastró a un callejón y metió sus manos bajo mi camisa sólo para sentir mi piel, sus dedos trazando los músculos de mi estómago, haciéndome gemir.

El paseo de quince minutos tomó aproximadamente una hora. Estábamos empapados, riéndonos y completamente ridículos.

Besé gotas de lluvia de sus pestañas. Ella lamió agua de mi mandíbula. Ambos estábamos locos y ninguno quería volver a estar cuerdo.

—Estás loco —dijo en un momento, riendo mientras la hacía girar en medio de la calle.

—Por ti —estuve de acuerdo.

—Eso es muy cursi.

La besé de nuevo para callarla, y ella se derritió contra mí. La lluvia seguía cayendo, y nunca me había sentido tan ligero en toda mi existencia.

Cuando finalmente llegamos a su edificio, subimos las escaleras tambaleándonos, riendo, eufóricos, ridículos. Las llaves de Riley tardaron tres intentos en aparecer de su bolso empapado, luego dos intentos más para entrar en la cerradura porque no dejaba de distraerla con mi boca en su cuello.

—No estás ayudando —jadeó.

—Me estoy ayudando a mí mismo. —Mordí suavemente el punto detrás de su oreja—. Muy diferente.

—Caelan...

—Me gusta cuando dices mi nombre.

—Caelan, te juro por dios...

—Sigue diciéndolo.

Finalmente metió la llave en la cerradura y la giró. La puerta se abrió. Entró y luego se giró, manteniendo la puerta abierta para mí.

—¿Entras? —preguntó, sonriendo. El agua goteaba de su pelo, de su ropa, de sus pestañas. Era un ángel empapado. Mi corazón estaba a punto de estallar.

La amaba. La amaba tanto que me asustaba.

Debería decírselo, explicarle todo. Lo que era, de dónde venía, por qué estaba realmente aquí. Pero no esta noche. Esta noche, solo quería estar con ella, existir en esta burbuja perfecta. Le contaría todo pronto y afrontaría las consecuencias que vinieran de mis secretos.

Pero esta noche era nuestra, así que entré. Todo lo que quería contarle podía esperar hasta la mañana.

15

— • —

Riley

Estaba empapada. Absolutamente empapada.

Y no era por la lluvia.

Vi a Caelan entrar en mi apartamento, y todo mi cuerpo se tensó con anticipación. Se movía lentamente, sin apartar los ojos de mí. Había una cualidad depredadora en la forma en que me acechaba, un hambre que hacía que mi corazón se acelerara y mis muslos se apretaran.

Yo era la presa. *Quería* ser atrapada... Pero también me gustaba que me persiguieran. Así que cuando estuvo lo suficientemente cerca para tocarme, lo suficientemente cerca para sentir el calor que irradiaba a pesar de nuestra ropa mojada, hice lo inesperado.

Corrí.

Era juguetón, ridículo, y me estaba riendo mientras chillaba y corría hacia mi salón. El agua iba por todas partes, goteando de mi pelo, de mi ropa, dejando charcos en el suelo. Gerald, la mancha,

probablemente pensaba que había perdido la cabeza. No se equivocaba.

—¿Vas a hacer que te persiga? —Su voz era baja, divertida. Podía oír la sonrisa en ella.

—Atrápame si puedes, grandullón.

—Oh, puedo hacerlo.

Chillé y corrí alrededor del sofá. Él me siguió, moviéndose más rápido de lo que esperaba, y casi me resbalé en un charco que yo misma había formado. Elegante. Muy sexy. Definitivamente cómo se comportaban las heroínas en las novelas románticas.

—Estás dejando un rastro —observó, acechando por el otro lado del sofá—. No muy bueno para el sigilo.

—Cállate y persígueme como es debido.

—¿Como es debido?

—Ya sabes. Como un monstruo.

—Un monstruo. —Sus ojos brillaron con picardía—. ¿Quieres que sea un monstruo?

—Quiero que intentes atraparme como si lo dices en serio.

Hizo un sonido que no debería haber sido posible desde una garganta humana. Un gruñido, profundo y retumbante, que hizo que la piel se me erizara. Luego rugió y se lanzó por encima del sofá en lugar de rodearlo.

Grité de risa y corrí hacia la cocina.

—¡Eso es hacer trampa! —grité por encima de mi hombro.

—Los monstruos no siguen reglas.

—¡Eso es muy conveniente para ti!

Me atrapó en la cocina.

Estuvo haciendo esos sonidos todo el tiempo, gruñidos y rugidos que sonaban casi inhumanos, como una criatura de una película de monstruos, y yo me estaba riendo tan fuerte que apenas podía respirar. Me agarró por la cintura y chillé, forcejeando juguetonamente aunque me derretía contra él.

—Te atrapé —murmuró contra mi oído.

—Atrapada justamente.

—Siempre atrapo lo que cazo.

Lo besé. Eso lo calló rápido.

También encendió el interruptor del calor que ardía entre nosotros, convirtiendo nuestras bromas juguetonas en hambre total en un abrir y cerrar de ojos. Un momento estábamos riendo, al siguiente mi boca estaba fusionada con la suya, las lenguas deslizándose calientes y urgentes. Mis dedos se enredaron en la tela húmeda de su camisa, tirando de él más cerca. Sus brazos se cerraron alrededor de mi espalda, levantándome del suelo como si no pesara nada.

Enganché mis piernas alrededor de su cintura, y me llevó esos pocos pasos hasta la mesa de la cocina, dejándome en el borde con un golpe que hizo temblar el salero. Este tenía que ser su fetiche: ponerme sobre mesas como algún tipo de ofrenda.

—Tengo hambre —dijo contra mi boca.

—Tengo comida. Un queso que podría estar aún bueno.

—Mmm —murmuró mientras mordía mi labio inferior—. No tengo hambre de comida.

Sus palmas se deslizaron bajo mi camisa empapada, y contuve la respiración ante el escalofrío de su piel fría tocando mi vientre caliente. La conmoción hizo que la piel se me erizara, mi cuerpo arqueándose hacia el contacto. No se detuvo, empujando el algodón mojado más arriba, descubriendo mi estómago, luego el borde de encaje de mi sujetador, hasta que mis pechos quedaron a la vista.

Se congeló y miró fijamente, con los ojos ensanchándose como si hubiera descubierto un tesoro.

—Joder —exhaló, con la mirada fija en mí como si fuera un milagro —. Eres tan jodidamente hermosa.

—Caelan...

—Tan hermosa. No puedo creer que pueda tocarte.

Entonces sus labios se estrellaron en mi pecho, chupando a través del fino encaje sobre un pezón, y mi cerebro hizo cortocircuito. Su lengua se arrastró a lo largo del contorno, provocando el capullo debajo, haciéndome retorcerme y presionarme hacia arriba para más. Sus manos acunaron mis pechos, los pulgares acariciando la parte inferior antes de apretar, enviando descargas directamente hacia mi clítoris.

—He estado pensando en estos toda la noche —gruñó contra mi piel —. Volviéndome jodidamente loco.

Alcanzó detrás de mí, desabrochó mi sujetador con un tirón y un gruñido, y lo apartó. El aire frío golpeó mis pechos desnudos y mis pezones se endurecieron al instante, tensos y doloridos. Dejó escapar un gemido profundo, bebiendo la vista.

—Diosa —susurró—. Soy un bastardo afortunado.

Su boca se pegó a mi piel desnuda, y casi salté de la mesa.

Atrapó mi pezón entre sus labios, con la lengua girando rápidamente alrededor de la punta rígida, chupando con un tirón que tiró de mi núcleo. Grité, el placer agudo y eléctrico, mi coño apretándose vacío y húmedo. Sus dientes rasparon ligeramente, y jadeé, mis manos volando a su pelo, agarrando los mechones para mantenerlo allí.

—Más —supliqué—. Por favor, más.

Cambió al otro pecho, dándole la misma atención. Lamiendo en trazos amplios, chupando hasta que palpitaba, mordisqueando lo suficiente para hacerme sisear. Su mano libre trabajaba el primero, con los dedos rodando el pezón resbaladizo, pellizcando lo suficientemente fuerte para hacerme gemir.

—¿Te gusta eso? —Su voz era áspera—. ¿Te gusta cuando juego con tus tetas?

—Sí. —La palabra salió rota—. Dios, sí.

—Podría hacer esto durante horas. —Chupó fuerte mi pezón y gemí —. Podría adorar estas tetas perfectas toda la noche. Hacerte venir solo con esto.

El pensamiento me hizo palpitar. ¿Podría? Nunca había llegado al clímax solo con esto, pero con su boca trabajándome, parecía posible. Mi coño pulsaba, la humedad cubriendo mis muslos.

Se echó hacia atrás ligeramente, lo suficiente para mirarme. Mis pechos brillaban por su saliva, pezones hinchados y enrojecidos. Me miró como si fuera un festín y él estuviera hambriento.

—Necesito probar más de ti —dijo, y sus labios comenzaron a descender.

La boca de Caelan trazó mi cuerpo, presionando besos en mi estómago, la lengua hundiéndose en mi ombligo antes de llegar a los huesos de mi cadera. Mordió la piel allí, ligera pero posesivamente, luego acarició con la boca el borde de la cintura de mis shorts. Miró hacia arriba, con las pupilas tan dilatadas que casi tragaban el gris.

—¿Está bien esto?

—Sí. —La palabra salió débil, apenas audible sobre los latidos de mi corazón.

Tiró de mis shorts hacia abajo por mis piernas, enganchando mis bragas con ellos, deslizando ambos de una vez y lanzándolos a un lado. Me quedé allí expuesta, coño desnudo y goteando sobre la mesa de la cocina, camisa arrugada alrededor de mi clavícula, tetas fuera y agitadas. Un destello de duda me golpeó, de vulnerabilidad y vergüenza mientras yacía abierta para un tipo que apenas conocía, como una mujer desesperada en exhibición. ¿Qué estaba haciendo? Yo-

Debe haberlo visto en mi cara porque se detuvo, con las manos quietas en mis muslos, pulgares dibujando círculos tranquilizadores.

—Hey. —Su tono se suavizó, gentil—. Soy yo. Y estoy loco por ti. No tenemos que hacer nada que no quieras.

La duda se derritió. Este era Caelan, el que había aparecido con dulces, fregado mis platos y corrido bajo la lluvia por mí. Confiaba en él.

—Quiero esto —dije con firmeza—. *A ti.*

Su sonrisa fue de pura alegría. —Bien. Porque he estado pensando en probar tu coño desde el momento en que nos conocimos.

Presionó un beso en mi muslo interior, luego en el otro, acercándose más, su aliento rozando mis pliegues hasta que su cara flotaba justo allí. Mi mundo se redujo a ese punto, la anticipación enrollándose apretada.

Lamió una línea lenta y firme desde mi entrada hasta mi clítoris, con la lengua amplia y plana, y me sacudí, casi deslizándome de la madera. Mis dedos se enredaron en su pelo de nuevo, aferrándose para anclarme. Lo repitió, arrastrándose aún más lento, saboreando el gusto, y gemí, mis caderas temblando.

—Sabes increíble —murmuró contra mi hendidura, la vibración de sus palabras haciéndome temblar—. Mejor de lo que imaginé. Y imaginé mucho.

Entonces dejó de hablar y se puso a trabajar.

Me comió como un hombre poseído. Su lengua era implacable, circulando mi clítoris con golpes apretados y precisos, luego hundiéndose dentro de mí, empujando superficialmente para lamer mis paredes. Exploró cada centímetro, su nariz golpeando mi monte mientras chupaba y lamía, minucioso e inflexible.

—Morí y aterricé en el jodido cielo —gimió contra mí—. Estás tan mojada y lista, pequeña amenaza. Me vuelves jodidamente loco.

Sus manos se clavaron en mis muslos, dedos dejando moretones mientras me mantenía abierta para él, manteniéndome exactamente donde me quería. Cada vez que intentaba cerrar mis piernas, las empujaba más abiertas. Cada vez que intentaba retorcerme alejándome de la sensación abrumadora, tiraba de mis caderas hacia adelante, enterrando su cara más profundamente.

Se enganchó a mi clítoris, chupando fuerte mientras su lengua lo golpeaba rápido, y grité, crudo y sin restricciones, ecos rebotando en los armarios, que se jodan los vecinos. Lo hizo de nuevo, zumbando

bajo, la vibración atravesándome como fuego, mi visión manchándose de blanco.

—Eso es —gruñó en mis pliegues—. Déjame oírte. Quiero cada jodido sonido que hagas.

Me sacudí, gemí, tiré de su pelo lo suficientemente fuerte para arder. Él rumió aprobación, el sonido pulsando contra mi núcleo, enviando nuevas chispas por todo mi cuerpo.

—Más —jadeé, muslos temblando—. Por favor, más.

Me dio más, justo como supliqué, su dedo empujando en mi coño lenta y seguramente. Me apreté a su alrededor de inmediato, paredes revoloteando ávidamente. Dejó escapar este gemido profundo que vibró directamente a través de mí.

—Tan apretada —murmuró, aliento caliente en mi muslo—. Tan jodidamente apretada y mojada. No puedo esperar para enterrar mi polla en ti.

Trabajó un segundo dedo, el estiramiento ardiendo dulcemente, llenándome lo suficiente para hacerme jadear. Luego los curvó, frotando ese punto oculto profundamente dentro, implacable mientras su lengua seguía azotando mi clítoris. La combinación me destrozó: dedos bombeando constantemente, boca chupando fuerte.

—Justo ahí —balbuceé, palabras cayendo—. Oh dios, justo ahí, no pares, por favor no...

No lo hizo. Empujó esos dedos más rápido, enganchándolos cada vez para moler ese punto, lengua golpeando mi clítoris en círculos apretados. La sobrecarga golpeó desde ambos extremos. Mis piernas temblaron alrededor de sus hombros, espalda arqueándose del borde de la mesa. Mis dedos se clavaron en su cuero cabelludo, tirando de mechones, pero solo presionó su cara más fuerte en mis pliegues, zumbando aprobación.

—Estás cerca, ¿verdad, pequeña amenaza? —dijo con voz áspera contra mi humedad—. Puedo sentirlo. Tu coño apretando mis dedos tan fuerte. Ven para mí, Riley. Empapa mi lengua. Lo necesito.

El orgasmo me golpeó como un camión, brutal y cegador. Grité, muslos atrapando su cabeza en su lugar, columna arqueándose como la cuerda de un arco. El éxtasis me atravesó, pulsando salvaje y arrastrándose para siempre. Él no se detuvo, simplemente continuó sin piedad, dedos abriéndose dentro, lengua girando suave a través de los espasmos, extrayendo cada sacudida hasta que colapsé, temblando.

Cuando finalmente terminó, cuando las olas se calmaron a temblores, estaba sin huesos. Gastada. Completamente destruida. Caelan levantó su cabeza de entre mis piernas, una sonrisa presumida dividiendo su cara, barbilla brillante con mis jugos, labios hinchados.

—Ven aquí —ordené, enganchando el cuello de su camisa y tirando de él hacia arriba.

Aplasté mi boca contra la suya, lengua sumergiéndose para probar mi propio sabor en él. Salado, almizclado. Debería haber sido desagradable, pero era increíblemente caliente, haciendo que mi núcleo se apretara de nuevo.

Mis manos cayeron al botón de sus pantalones mientras nuestro beso se volvía desordenado, lenguas luchando entre sí. Él dejó escapar un ruido contra mis labios, cuerpo sacudiéndose como si hubiera tocado un cable vivo, y sonreí contra sus labios. Lo justo es justo. Era mi turno de desenredarlo.

Hice saltar el botón, bajé la cremallera bruscamente, empujé sus calzoncillos sin bajar completamente sus vaqueros. Su polla saltó libre, gruesa y rígida, venas destacadas, punta ya perlada con líquido preseminal. Era más grande de lo que esperaba, pesado en mi agarre cuando me envolví alrededor. Él bramó un gemido que

sacudió la habitación. Oh, mis vecinos definitivamente estaban recibiendo un espectáculo completo esta noche.

Lo bombeé una vez, lento, sintiendo el calor aterciopelado, el latido bajo mi palma. Él se estremeció de pies a cabeza.

—Riley...

—Shhh.

Me deslicé de la mesa y me arrodillé.

El sonido que hizo fue inhumano. Un gemido que bordeaba en un aullido, arrancado de algún lugar profundo en su pecho, y envió una emoción por mi columna. Sus manos volaron a mi pelo pero no empujaron, solo sostuvieron, temblando con el esfuerzo de contenerse.

Lo miré. Su cabeza estaba echada hacia atrás, su mandíbula apretada, su pecho agitado. Parecía que estaba muriendo. Se veía hermoso.

Nunca había sido fan de las felaciones antes. Con Damien, siempre era una obligación, una tarea. Lo hacía porque tenía que hacerlo, no porque quisiera. Nunca lo había disfrutado.

Pero Caelan cambió las cosas.

Quería hacer esto, escuchar esos sonidos, hacerlo desmoronarse como él me había hecho desmoronar. Quería ver a este hombre poderoso e intenso perder el control por mí.

Así que pasé mi lengua por la hendidura, lamiendo la perla salada de líquido preseminal, y él maldijo.

—Joder, Riley...

Sellé mis labios alrededor de la cabeza, chupando suavemente al principio, luego lo tomé más profundo. Él maldijo otra vez, una serie de palabras que quizás ni siquiera eran inglés. Sus caderas se contrajeron, luchando contra el impulso de empujar, y sus dedos se tensaron en mi pelo.

—Eso es... joder, Riley... tan bueno...

No era una experta. Mi técnica probablemente era descuidada, mis movimientos un poco torpes, pero presté atención a lo que le hacía jadear, lo que le hacía gemir, lo que hacía temblar sus muslos. Aprendí sobre *él* y encontré su ritmo. Y entonces lo tomé más profundo, centímetro a centímetro, hasta que llegó al fondo de mi garganta. Hizo un sonido ahogado, todo su cuerpo poniéndose tenso.

—Joder —jadeó—. Tu boca... se siente increíble...

Me eché hacia atrás, girando mi lengua alrededor de la cabeza, luego lo tomé profundo otra vez. Establecí un ritmo, moviendo mi cabeza, mi mano trabajando la base donde mi boca no podía llegar. Ahuequé mis mejillas y succioné, y él gimió tan fuerte que hizo eco en las paredes de la cocina.

Era vocal, elogiándome constantemente, diciéndome lo increíble que era, cuán perfecta, cómo nunca había sentido algo tan bueno. Su voz estaba destrozada, rota, apenas reconocible.

—Tu boca es el cielo. Tú eres el cielo. No puedo... joder, Riley, no puedo creer...

Encontré su mirada, con el miembro a mitad de camino en mi garganta, y algo en su expresión se hizo añicos. Me estaba volviendo loca. La excitación goteaba por mis muslos a pesar del orgasmo que acababa de tener. Los sonidos que estaba haciendo, la forma en que se estaba desmoronando, el poder que tenía sobre él en este

momento... ya estaba húmeda otra vez, mi sexo palpitando de deseo.

Infierno o cielo, todavía no estaba segura de cuál de los dos era esto.

Agarré su cadera con mi mano libre y lo atraje hacia adelante, animándolo a moverse. Él entendió. Comenzó a empujar, superficialmente al principio, probando mis límites.

—¿Está bien esto? —jadeó, tenso.

Gemí alrededor de él como respuesta, la vibración arrancándole otra maldición.

Empujó más profundo, y relajé mi garganta para él. Follaba mi boca con desesperación creciente, sus caderas moviéndose hacia adelante, sus dedos agarrando mi pelo. Los sonidos eran obscenos, húmedos y descuidados, y amaba cada segundo.

—Estoy cerca —advirtió, con la voz destrozada—. Riley, voy a... deberías apartarte...

No me aparté. Lo miré, encontré sus ojos, y lo tomé tan profundo como pude mientras se corría en mi garganta, todo su cuerpo poniéndose rígido antes de que lo sintiera pulsando en mi lengua, caliente y amargo, derramándose contra el fondo de mi garganta. Tragué todo, ayudándolo a través de ello, chupando suavemente hasta que estaba temblando y jadeando, tal como él había hecho conmigo. Ja.

Cuando finalmente lo solté, retrocedió tambaleándose, sujetándose en la encimera. Sus pantalones estaban alrededor de sus muslos. Su camisa estaba medio desabotonada. Parecía corrompido, destruido. Me encantaba cada segundo de ello.

—Jesús —jadeó.

Me limpié la boca y le sonreí desde mis rodillas.

Caelan me levantó y me besó profundamente, sin parecer importarle lo que mi boca acababa de hacer. Le mordí el labio y él gimió.

—No tengo condones —dije, con pesar en mi voz—. Pero podríamos ir a comprar...

Él negó con la cabeza, su expresión volviéndose más seria. —Quiero. Dios, Riley, quiero más que nada. No tienes idea de cuánto quiero estar dentro de ti ahora mismo.

Sentí la segunda parte de la frase formándose ya. —¿Pero?

Respiró profundamente. —Hay cosas que necesito decirte primero. Antes de que hagamos eso.

Mi estómago se hundió. —¿Qué cosas?

—Nada malo. —Acunó mi cara, sus pulgares acariciando mis pómulos—. Al menos, espero que no pienses que es malo. Solo cosas sobre mí. Sobre quién soy. Cosas que deberías saber antes de decidir dejarme entrar por completo.

Las alarmas sonaron en mi cabeza. ¿Qué podría necesitar decirme? ¿Estaba casado? ¿Un criminal? ¿Secretamente un asesino en serie? ¿Iba a decirme que los cuerpos estaban enterrados debajo de su apartamento?

Me besó suavemente antes de que pudiera entrar en espiral.

—Esta noche no —murmuró contra mis labios—. Esta noche solo quiero estar contigo. ¿Está bien?

Quería presionar y exigir respuestas. No era una persona paciente y estaba muy, muy intrigada por sus secretos. Pero sus ojos eran tan

sinceros, y sus manos tan gentiles, y yo estaba exhausta y feliz y no quería arruinar esto.

—Vale.

—Gracias.

—¿Ducha? —pregunté—. Ambos estamos todavía cubiertos de lluvia y... otras cosas.

Él se rió. —La ducha suena perfecta. En realidad, ¿tienes una tirita? Tengo un corte.

La alarma me atravesó. —¿Qué? ¿En serio? El botiquín está en el baño. Te lo dejaré fuera, a menos que quieras que yo...

—Está bien, es solo un rasguño tonto —dijo, así que fui al baño, saqué el kit, y dejé la caja de tiritas en la encimera antes de entrar en la ducha. El agua caliente se sentía increíble en mi piel, lavando la lluvia y el sudor. Estaba empezando a relajarme cuando la cortina se abrió y Caelan entró.

—¿Hay espacio para dos?

—Siempre.

Sonreí y miré hacia su cuerpo esculpido y soñado... Y su muslo. Había cuatro tiritas allí, agrupadas, cubriendo un punto en su muslo interior. Hmm.

—Esas son muchas tiritas para un solo corte —dije.

—Es un corte largo. Me golpeé contra una mesa. —No me miró a los ojos—. Una mesa muy puntiaguda.

—Ajá.

Esa explicación se sentía incorrecta, pero la archivé para más tarde, añadiéndola a la creciente lista de preguntas que tenía sobre este misterioso hombre.

La ducha debería haber sido sexy, y partes de ella lo fueron. Sus manos enjabonando mi espalda, deslizándose sobre mis curvas con atención reverente. Sus dedos trazando mi columna, sobre la curva de mi trasero, haciéndome estremecer. Mis dedos pasando por su pelo mojado, rascando ligeramente su cuero cabelludo. La forma en que me presionó contra los azulejos y me besó hasta que olvidé mi propio nombre.

Lavó cada centímetro de mí con cuidadosa atención. Sus manos jabonosas ahuecaron mis pechos, sus pulgares circulando mis pezones hasta que jadeé. Se deslizaron por mi estómago, entre mis muslos, limpiándome suavemente donde todavía estaba sensible de antes.

Cuando llegó a mis pies, realmente se arrodilló bajo el agua de la ducha y frotó círculos en mis arcos hasta que gemí.

—Eres ridículo —le dije.

—Estás cansada. Mereces que te cuiden.

—Nadie nunca ha...

—Lo sé. —Me miró, con agua corriendo por su cara—. Quiero ser el primero para muchas cosas. ¿Está bien?

No podía hablar, solo asentir. *Sí*. Estaba bien.

Pero principalmente, la ducha fue simplemente agradable. Íntima. Cómoda de una manera que me sorprendió, como si hubiésemos estado haciendo esto durante años en lugar de horas.

—Estoy cansada —me quejé en un momento—. Demasiado cansada para lavarme bien el pelo.

—Lo haré yo.

Y lo hizo. Me lavó el pelo, sus dedos masajeando mi cuero cabelludo, trabajando el champú a través de los mechones con ternura. Fue posiblemente la cosa más romántica que alguien había hecho por mí. Más romántico que flores o joyas o cenas elegantes. Solo un hombre lavándome el pelo porque yo estaba cansada y él quería cuidarme.

Tracé los tatuajes en su pecho mientras trabajaba, preguntando por cada uno.

—¿Este?

—Escudo familiar.

—¿Y este?

—Una marca de logro. De mi entrenamiento.

—¿Me contarás sobre este lobo?

—Personal. —Su voz se suavizó—. Te lo explicaré pronto. Lo prometo.

Me encogí de hombros, y cinco minutos después, colapsamos en mi cama, todavía ligeramente húmedos. Caelan me atrajo contra su pecho, envolviéndome como un koala. Sus brazos eran fuertes a mi alrededor, su latido constante bajo mi oído.

—Gracias —dijo en voz baja—. Por esta noche.

—Gracias a *ti* por ser tú.

Presionó un beso en mi pelo. —Lo digo en serio. Esta noche... no tienes idea de cuánto tiempo he deseado esto. Cuánto tiempo he soñado con abrazarte así.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté soñolienta.

—Más de lo que creerías.

Pretendía decir más. Pero en cambio, me quedé dormida. Y el último pensamiento ridículo en mi cabeza fue que había olvidado secarme el pelo y que iba a ser un desastre por la mañana.

Pero ese era un problema para la Riley de mañana.

16

—•—

Riley

Me desperté e inmediatamente supe que hoy iba a ser un desastre.

Estaba envuelta en calor. El cuerpo de Caelan curvado alrededor mío desde atrás, su brazo sobre mi cintura, su respiración lenta y uniforme contra mi cuello. Estaba completamente desnudo, y yo también. Presionada contra mi parte baja de la espalda estaba la inconfundible evidencia de que algunas partes de él estaban muy despiertas, aunque el resto de él no lo estuviera.

Esa era la única parte buena. Porque todo lo demás, era un infierno.

Mi garganta se sentía como si alguien la hubiera frotado con papel de lija. Mi nariz estaba tan congestionada que solo podía respirar por la boca. Mi cabeza palpitaba, mi cuerpo dolía, y había una pesadez en mi pecho que sugería que mis pulmones estaban organizando una rebelión.

Realmente, realmente debería haberme secado el pelo anoche.

Intenté hundirme más profundamente en los brazos de Caelan, persiguiendo su calor. Quizás si simplemente volvía a dormirme,

despertaría bien. Quizás todo esto era un mal sueño. Quizás el universo se compadecería de mí y resetearía a doce horas atrás cuando todo era perfecto.

No pude volver a dormirme. Cada vez que empezaba a quedarme dormida, tenía que respirar por la boca y la sequedad me despertaba de golpe. O mi nariz me picaba y tenía que luchar contra un estornudo. O mi garganta palpitaba y tragaba dolorosamente.

Así que me quedé allí, miserable, envuelta en los brazos de un hermoso hombre desnudo, y contemplé la injusticia del universo.

Así no es como había imaginado la mañana después.

Se suponía que debía despertar resplandeciente. Sexy. Quizás iniciar la segunda ronda de lo que fuera que la noche anterior se encaminaba. En lugar de eso, era un patético monstruo de mocos que probablemente parecía muerte recalentada. Mi pelo era un desastre enredado por dormir con él mojado, mi nariz probablemente estaba roja, y estaba segura de que mis ojos estaban hinchados.

Muy atractiva. Definitivamente el tipo de mujer sobre la que los hombres escriben poesía.

Caelan se movió detrás de mí. Su brazo se tensó, acercándome más. Lo sentí acariciar mi pelo con la nariz, sentí el rumor de satisfacción en su pecho.

Luego se quedó muy, muy quieto.

—Estás caliente —dijo. No de buena manera.

—Estoy bien.

—Estás ardiendo. —Ya estaba sentándose y girándome para mirarme, presionando su palma contra mi frente. Su ceño se frunció

—. Estás enferma.

—Son solo mocos... —dije, lo que sonó más como «zod zolo mocoz».

—Tienes fiebre.

—Una baja, probablemente...

—¿Cuándo empezó esto? ¿Cómo te sientes? ¿Cuáles son tus síntomas? ¿Has tomado algo? ¿Tienes medicación? ¿Dónde guardas tu termómetro? ¿Tienes termómetro? Deberías tener un termómetro.

—Caelan. —Puse una mano sobre su boca—. Respira.

No respiró. Sus ojos estaban salvajes de preocupación, mirándome como si hubiera anunciado que tenía tres días de vida en lugar de un resfriado común.

—Zolo ez un rezfriado —dije, tan claramente como pude a través de mi nariz tapada. Él no parecía tranquilizado.

—Necesitas medicina. Sopa, un médico. Y posiblemente hospitalización.

Oh, Dios mío.

—Necesito dormir y quizás algo de DayQuil.

—DayQuil. —Lo dijo como si hubiera sugerido tratar el cáncer con aceites esenciales—. DayQuil no es suficiente. Voy a llamar a alguien.

—¿Llamar a quién? Son las siete de la mañana.

—Conozco gente.

—¿Qué tipo de gente conoces a las siete de la mañana que puede ayudar con un resfriado?

Ya estaba alcanzando su teléfono, escribiendo con la velocidad de una abuela de ochenta años, su ceño fruncido con concentración. Lo observé, medio divertida y medio exasperada, preguntándome exactamente en qué me había metido.

—Estás exagerando —dije.

—Tú estás subestimando la situación. —No levantó la mirada de su teléfono—. Tienes fiebre. Las fiebres son serias, pueden indicar condiciones subyacentes. ¿Te has sentido mal recientemente? ¿Algún otro síntoma? ¿Fatiga? ¿Pérdida de apetito? ¿Dolores inusuales?

—Me sentía bien hasta que desperté.

—Lo que significa que apareció repentinamente. La aparición repentina puede ser peligrosa.

—También puede ser un resfriado por dormir con el pelo mojado.

—Podría ser gripe. Podría ser bacteriana. Podría ser...

—Caelan. —Extendí la mano y agarré su teléfono, alejándolo de él—. Mírame.

Me miró. Sus ojos estaban abiertos de preocupación, genuinamente preocupado, y mi corazón hizo algo complicado en mi pecho.

—Tengo un resfriado —dije lentamente—. Un resfriado regular, aburrido, humano. Los he tenido antes. Los tendré de nuevo. Sobreviviré a este igual que sobreviví a todos los demás.

—No sabes eso.

—Estoy muy segura.

—No puedes estar segura sobre tu salud. La salud es impredecible. Cualquier cosa podría pasar.

—Caelan, no me estoy muriendo.

—Tampoco sabes eso.

Lo miré fijamente. Él me devolvió la mirada. Había un miedo genuino en su expresión, del tipo que parecía desproporcionado para la situación, y me di cuenta de que esto no se trataba solo de un resfriado.

—¿Alguien a quien amabas ha estado enfermo antes? —pregunté suavemente—. ¿Como, seriamente enfermo?

Estuvo callado por un momento. —Mi madre —dijo finalmente—. Cuando era joven. Estuvo enferma durante mucho tiempo. Recuerdo... recuerdo sentirme impotente. Incapaz de hacer algo para arreglarlo.

Mi corazón se encogió. —Lo siento.

—Se recuperó. Eventualmente. Pero el miedo... se queda contigo.

Extendí la mano y toqué su mejilla. Él se inclinó hacia mi palma, cerrando los ojos brevemente.

—No voy a ir a ninguna parte —dije—. Son solo mocos. Lo prometo.

Asintió, pero no parecía convencido. Y tenía la sensación de que sin importar lo que dijera, iba a hacer un gran escándalo por esto.

***

Bueno. Tenía razón.

Caelan se movilizó como si fuéramos a la guerra.

Dentro de la primera hora, mi pequeño apartamento se transformó en lo que solo podía describirse como el paraíso de una persona enferma. O un hospital. Dependiendo de tu perspectiva.

Había siete tipos de sopa. *Siete*. Ni siquiera sabía de dónde las había sacado todas. Un minuto estaba acostada en la cama intentando convencerlo de que no necesitaba nada, al siguiente regresaba con bolsas llenas de recipientes: de pollo con fideos, de tomate y albahaca, de miso, algún tipo de caldo de huesos, de vegetales, un preparado de lentejas, y uno que solo estaba etiquetado como «curativa» en una caligrafía agresiva.

—¿De dónde salieron estas? —pregunté débilmente.

—Hice llamadas.

—¿A quién? ¿A la mafia de la sopa?

—Te dije que tengo recursos.

Un humidificador apareció en mi dormitorio. Nunca había tenido un humidificador. Era elegante y de aspecto caro y probablemente costaba más que mi presupuesto mensual para comestibles.

—¿Tú... lo mandaste a traer?

—Era necesario.

Entonces hubo un golpe en la puerta, y Caelan la abrió para revelar a un hombre que parecía profunda y notablemente infeliz de estar allí.

Era alto, casi tanto como Caelan, con pelo oscuro y la expresión de un hombre que había sido arrastrado de la cama para una tarea que consideraba por debajo de él. Llevaba un maletín médico y vestía lo que parecía un traje muy caro.

—Aedan. —Caelan se hizo a un lado para dejarlo entrar—. Gracias por venir.

—Estaba en la zona —dijo Aedan sin emoción. Era la mentira más obvia que jamás había escuchado. Este hombre definitivamente no estaba «en la zona». Este hombre probablemente estaba al otro lado de la ciudad, o del país, o posiblemente del planeta, y fue convocado aquí por la pura fuerza del pánico de Caelan.

—Esto es innecesario —croé desde la cama, agarrando un pañuelo —. Tengo un resfriado normal.

La ceja de Aedan se crispó pero no dijo nada.

—Tiene fiebre —dijo Caelan, rondando—. Y su respiración suena mal. Y sigue tosiendo. No se secó el pelo anoche y...

—Caelan. —La voz de Aedan denotaba largo sufrimiento—. Déjame examinar a la paciente.

Claramente eran amigos, me di cuenta mientras los veía interactuar. Había una comodidad bajo la irritación de Aedan, una familiaridad en la forma en que Caelan ignoraba sus quejas. Aedan llamó a Caelan con una palabra en un idioma que no reconocí. Sonaba como un insulto. Caelan simplemente sonrió.

—Somos del mismo país —explicó Caelan cuando captó mi mirada confusa.

Eso tenía sentido. Tenían la misma energía. La misma cualidad extraterrena que no podía precisar.

Aedan me examinó con precisión eficiente y clínica. Temperatura, presión arterial, escuchar mis pulmones, revisar mi garganta. Sus manos estaban frías. Su trato médico era inexistente.

—Di 'ah' —indicó.

—Ah.

—De nuevo.

—Ah.

—Hmm. —Miró dentro de mis oídos, iluminó mis ojos con una luz, presionó en mis ganglios linfáticos. Cada movimiento era económico, practicado. Este hombre claramente había hecho esto muchas veces antes.

—Respira profundo.

Respiré profundamente. Mis pulmones protestaron con una tos cascada.

Caelan hizo un ruido angustiado. —Eso suena mal. Eso suena muy mal. ¿Es malo?

—Es congestión —dijo Aedan sin mirarlo—. Respira profundo otra vez.

Respiré de nuevo. Más cascada. Aedan asintió, aparentemente satisfecho.

—Es un resfriado —anunció finalmente.

—Te lo dije —dije, volteando para mirar significativamente a Caelan.

—Una infección respiratoria superior menor. Descanso, líquidos, tiempo. —Ya estaba guardando su maletín—. Estará bien en unos días.

—¿Estás seguro? —preguntó Caelan—. ¿No debería tomar medicinas? ¿Hacerse pruebas? ¿Qué tal un especialista? Podría contactar a los sanadores de casa, o...

—Es un resfriado, Caelan. —El tono de Aedan sugería que estaba harto de sus tonterías—. Los *humanos* los contraen. Sobreviven. No es la peste.

Una expresión cruzó el rostro de Caelan, una emoción que no pude leer.

—Bien —dijo él—. Por supuesto. Los humanos los contraen.

—Con frecuencia, de hecho —Aedan cerró su bolsa de un golpe—. Sus sistemas inmunológicos son... diferentes. Frágiles. Pero resistentes a su manera.

—¿Frágiles? —repetí—. ¿Disculpa?

—Sin ánimo de ofender —la expresión de Aedan no sugería que le importara si me había ofendido—. Simplemente una observación. Vuestra especie es propensa a dolencias menores. Es fascinante, en realidad. La cantidad de enfermedades que podéis contraer...

¿Mi especie? ¿Humanos? ¿Qué...?

—Aedan —interrumpió Caelan—. Gracias. Por venir.

—Mmm —Aedan me dio una última mirada evaluadora—. Mantenla hidratada. Reposo. Nada de actividad extenuante durante al menos tres días —hizo una pausa—. Eso incluye el tipo de actividad extenuante en la que claramente estabais participando anoche.

Mi cara se acaloró.—¿Cómo supiste...?

—Soy médico —ya se dirigía hacia la puerta—. Y ambos tenéis esa mirada.

Se marchó con un breve asentimiento hacia mí y un comentario murmurado a Caelan que le hizo ruborizarse. Capté la palabra

«dramático» y posiblemente «vergonzoso» y «has perdido completamente la cabeza».

Me caía bien Aedan.

Pero mientras me acomodaba contra mis almohadas, una pregunta me inquietaba. La forma en que Aedan dijo «los humanos los contraen». La forma en que había dicho «vuestra especie». La forma en que Caelan había reaccionado ante ello, casi nervioso.

La expresión era extraña. Había hablado de los humanos como alguien podría hablar de una especie de la que no formara parte. Una observación desde fuera.

Lo cual era raro. Obviamente los humanos se resfriaban. Él era humano. Caelan era humano. Todos en esta habitación éramos humanos.

¿Verdad?

Lo archivé para más tarde, demasiado cansada y congestionada para examinarlo detenidamente.

***

El resto del día transcurrió en una nebulosa de cuidados agresivos.

Caelan se negó a dejar mi lado, ni por un segundo. Cuando me levanté para ir al baño, allí estaba él, con su brazo alrededor de mi cintura, guiándome.

—Puedo caminar —protesté.

—Estás inestable.

—Estoy bien.

—Te tambaleaste.

—No me...

Me tomó en brazos sin previo aviso, llevándome los cinco pies restantes hasta la puerta del baño. Sus brazos eran de acero a mi alrededor, su expresión no admitía discusión.

—Esto es ridículo —dije, pero en realidad no estaba luchando contra ello. Había una emoción en ser manejada por él, incluso para una tarea tan mundana como el acceso al baño, que hacía dar un vuelco a mi estómago.

—Llámame cuando termines —ordenó.

—Caelan...

—Llámame. A. Mí.

Le llamé cuando terminé. Me llevó de vuelta a la cama.

Cuando me acosté a dormir una siesta, abrí los ojos veinte minutos después para encontrarlo sentado en una silla que había arrastrado hasta mi cabecera, observándome con esa intensa e inquebrantable atención que había llegado a asociar con él.

—Me estás viendo dormir —observé.

—Sí.

—Eso es...

—Me estoy asegurando de que respiras adecuadamente. Tu congestión es preocupante —lo dijo de manera objetiva. Normal. Protocolo estándar para días de enfermedad.

Intentó prepararme comida él mismo en algún momento. Oí ruidos en la cocina, algunas maldiciones, lo que podría ser una pequeña alarma de incendio. Apareció triunfante con un tazón de sopa.

—Esta la hice yo mismo —anunció, colocándola en mi regazo con el aire de un hombre que presenta una conquista.

Estaba terrible.

Era tan salada que me hizo llorar los ojos. Las verduras estaban de alguna manera tanto sobrecocidas como crudas. Había una situación de textura que no quería examinar demasiado de cerca.

—Está buena —mentí, forzando otra cucharada.

—Estás mintiendo —sus ojos se estrecharon—. Tu cara hizo una cosa.

—Mi cara no hizo ninguna cosa.

—Eres una pésima mentirosa —pero casi estaba sonriendo—. Cómetela de todos modos.

—¿Porque tú la hiciste?

—Porque yo la hice y me sentiré profundamente ofendido si no lo haces.

Me comí todo el tazón por la forma en que me miraba. Posesivo, satisfecho, complacido consigo mismo por proveer para mí, incluso si la provisión era objetivamente horrible. Mi ingesta de sodio para el día probablemente estaba por las nubes, pero la forma en que sus ojos seguían cada cucharada lo hacía valer la pena.

—¿Más? —preguntó cuando terminé.

—Dios, no —me contuve—. Quiero decir, estoy llena. Muy llena. De tu deliciosa sopa.

—Mentirosa —pero tomó el tazón con afecto en sus ojos.

Me traía cosas constantemente, ordenándome. *«Bebe esto». «Toma estas». «Necesitas otra manta».*

Té, más sopa de la colección comprada en la tienda, galletas, pañuelos, libros, mi portátil, almohadas extra, una manta de su apartamento que fue a buscar específicamente porque era «más caliente que las tuyas», el cargador de mi teléfono, un vaso de agua, otro vaso de agua porque el primero «estuvo reposando demasiado tiempo», y en un momento, inexplicablemente, un peluche.

—¿De dónde salió esto? —sostuve en alto el lobo de peluche. Era gris y suave, y tenía ojos ámbar que parecían brillar.

—Lo hice entregar.

—¿Hiciste entregar un peluche mientras yo dormía la siesta?

—Necesitabas algo que abrazar —su mandíbula se puso obstinadamente rígida—. No dejabas de buscarme cuando me levantaba. Esto servirá cuando no esté disponible.

La posesividad casual de ello. La suposición de que lo necesitaba, que un sustituto debía reemplazarlo cuando estuviera ausente. Me hizo contener la respiración.

Me acurruqué con el lobo contra mi pecho.

—Gracias —dije, y lo decía en serio.

***

Para la noche, me sentía marginalmente mejor. Lo suficiente para sentarme sin querer morir, al menos.

Caelan había conseguido mis tentempiés favoritos, había preparado mi portátil en un fuerte de almohadas que había construido, y había puesto una película en cola.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté, acomodándome contra él en la cama. Era cálido y sólido, y yo encajaba perfectamente en la curva de su brazo.

—27 vestidos —lo dijo con la gravedad de anunciar una operación militar—. Tiene buenas críticas.

—¿Investigaste comedias románticas?

—Quería elegir correctamente.

La película era exactamente el tipo de tontería predecible y reconfortante que me encantaba. Katherine Heigl coleccionando vestidos de dama de honor. James Marsden siendo encantador. El inevitable conflicto y reconciliación.

Caelan tenía opiniones.

—¿Por qué no se lo dice simplemente? —exigió veinte minutos después—. Claramente tiene sentimientos. Esto es ineficiente.

—No es así como funciona.

—¿Por qué no?

—Porque entonces no habría película.

—Pero está perdiendo el tiempo. Podrían estar juntos ahora mismo si simplemente dijera lo que siente.

—Caelan. Suspensión de la incredulidad.

Refunfuñó pero siguió viendo. Cuando se desarrolló el drama de las hermanas, la traición y el dolor, pareció realmente angustiado.

—La familia no debería tratarse así —dijo en voz baja.

—No. No deberían.

Durante las escenas de la boda, todos esos vestidos, toda esa esperanza, se volvió hacia mí con una expresión que no pude descifrar del todo.

—¿Tú quieres esto? —preguntó.

—¿Querer qué?

—Matrimonio —señaló la pantalla—. Los vestidos, la ceremonia, todo... ¿Es esto lo que deseas?

La pregunta me tomó desprevenida. Nadie me había preguntado eso nunca. No en serio, como si realmente les importara la respuesta.

—No lo sé —admití—. Solía pensarlo. Cuando era más joven. Antes...

Antes de Damien. Antes de aprender que amar a alguien podía significar perderte a ti misma.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que depende de la persona —le miré—. Con la correcta, sí. Querría todo eso. Pero solo si fuera real. Solo si importara.

Permaneció en silencio un momento, sus ojos escrutando mi rostro.

—Importaría —dijo finalmente—. Con la persona adecuada. Lo significaría todo.

Había peso en sus palabras. Promesa. El tipo que hacía que mi corazón se acelerara.

La película continuó. El inevitable «momento oscuro» ocurrió, el malentendido que separó a la pareja, y Caelan pareció genuinamente molesto.

—Ella le va a perdonar —le aseguré—. Es una comedia romántica.

—Pero le mintió.

—Tenía razones.

—Las mentiras siguen siendo mentiras —su voz era extraña, cargada —. Incluso con razones.

Le miré, pero su expresión era cuidadosamente neutral, centrada en la pantalla.

—Ella le perdonará —repetí—. Así es como funcionan estas historias. El héroe comete errores, pero demuestra que es digno de perdón al final.

—¿Y si no puede? ¿Si sus errores son demasiado grandes?

—Entonces suplica. Mucho. Hasta que ella crea que lo siente —le di un codazo—. ¿Por qué? ¿Tienes algún secreto que planeas revelarme?

No se rio ni devolvió la broma. Su mandíbula se tensó casi imperceptiblemente.

—¿Lo harías? —preguntó en voz baja—. ¿Perdonar a alguien que te ocultó cosas? ¿Si tuvieran razones?

La pregunta quedó suspendida entre nosotros. Había un peso bajo ella, una pesadez que no entendía pero podía sentir presionando contra mi pecho.

—Depende del secreto —dije finalmente—. Y de la razón.

Permaneció en silencio durante un largo momento. Luego me besó la parte superior de la cabeza y dijo:

—Mira tu película, pequeña amenaza.

Lo dejé pasar. Por ahora. La película terminó felizmente, como estaba prometido. El héroe suplicó, la heroína perdonó, se besaron.

—¿Ves? —dije—. Final feliz.

—Final feliz —asintió Caelan, pero su sonrisa no llegaba del todo a sus ojos.

—¿No tienes trabajo que hacer? —pregunté, cambiando de tema—. ¿O algún lugar donde estar? Has estado aquí todo el día.

—No.

—Te vas a enfermar si sigues rondando.

—Yo no me enfermo.

—No es así como funcionan los sistemas inmunológicos... sabes qué, ya hemos tenido esta conversación.

—No me voy a ir —me acercó más a él, con la barbilla apoyada en la parte superior de mi cabeza—. Necesitas a alguien que te traiga sopa y vea películas terribles contigo.

—¡La película no era terrible!

—Era predecible.

—Lloraste al final.

—No lo hice.

—Tenías los ojos húmedos.

—Alergias.

—Dijiste que no te enfermas.

—Las alergias no son enfermedad.

Discutimos durante otros diez minutos, la fácil alegría de ello tomándome por sorpresa. Nadie había hecho esto por mí nunca.

—Quédate —dije finalmente, cuando la discusión se apagó—. No porque necesite que lo hagas. Porque quiero que lo hagas.

Sus brazos se estrecharon a mi alrededor.

—Siempre —dijo—. Siempre me quedaré.

Me quedé dormida contra su pecho por segunda noche consecutiva, el lobo de peluche bajo mi brazo, sintiéndome más segura de lo que me había sentido en años.

Un cambio estaba ocurriendo entre nosotros, un cambio grande y permanente. Y por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de lo que vendría después.

17

—•—

Riley

Esta vez, cuando me desperté, me sentí como una nueva persona.

El dolor de garganta había desaparecido. Mi nariz estaba despejada. La pesadez en mi pecho se había levantado por completo. Era como si mi cuerpo hubiera decidido durante la noche que estar enfermo era aburrido y hubiera pasado a cosas mejores.

Caelan seguía envuelto a mi alrededor. Por supuesto que sí. No se había separado de mí en más de veinticuatro horas. Estaba bastante segura de que no se había duchado. Estaba definitivamente segura de que no se había cambiado de ropa.

—Deberías irte a casa —le dije, pinchándole el pecho—. Ducharte. Cambiarte. Ponerte ropa que no huela a persona enferma.

—Yo no huelo.

—Hueles como mi apartamento. Que actualmente huele a sopa, pañuelos y arrepentimiento.

—Me gusta tu apartamento.

—Caelan —le pinché más fuerte—. Vete. Estoy bien. Lo prometo.

No quería irse. Podía verlo en cada línea de su cuerpo, la reticencia, la necesidad posesiva de mantenerse cerca, el instinto que le gritaba que dejarme sola era una mala idea. Su mandíbula se tensó. Sus brazos se estrecharon a mi alrededor.

—Estaré fuera veinte minutos —dijo finalmente—. Treinta como máximo.

—Tómate tu tiempo.

—Quince minutos —sonó como una amenaza—. Si necesitas algo...

—Te enviaré un mensaje.

—Si algo se siente mal...

—Te llamaré.

—Si alguien...

Dios mío.

—Caelan —le besé para hacerle callar. Funcionó. Cuando me aparté, sus ojos estaban aturdidos, su agarre sobre mí aflojándose ligeramente—. Vete. Dúchate. Vuelve oliendo a persona en vez de a un comedor de beneficencia.

Se fue. A regañadientes. Mirándome hacia atrás tres veces antes de cerrar finalmente la puerta. Me tomé mi tiempo estirándome, disfrutando de sentirme saludable de nuevo. Estaba contemplando una mañana perezosa de café y escritura cuando mi teléfono vibró.

Era la librería donde había hecho mi firma. Al parecer, había dejado algunos materiales. Marcapáginas promocionales, un cartel, algunos libros firmados que se habían olvidado de darme y que necesitaba recoger.

Le envié un mensaje a Caelan: *Voy a la librería a recoger algunas cosas. Vuelvo pronto.*

Su respuesta fue inmediata: *Espérame.*

Riley: *Son tres manzanas. Estaré bien.*

Caelan: *Riley.*

Riley: *Estoy BIEN. Ve a ducharte. Hueles a desesperación y sopa de pollo con fideos.*

Me guardé el teléfono en el bolsillo antes de que pudiera discutir más, tomé mis llaves y me dirigí abajo.

Dom, Marco y Vinnie estaban en la tienda de tatuajes, preparándose para el día. Sloane también estaba allí, posada en el mostrador con una taza de café, probablemente acosándoles sobre su próxima idea para un tatuaje.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Dom. Les había dicho a mis amigos que me sentía fatal ayer, así que obviamente los hombres lo sabían a estas alturas. Sloane cotilleaba con ellos más de lo que trabajaba.

—Mucho mejor. Solo estoy haciendo un recado.

—¿Quieres compañía?

—Son tres manzanas. Creo que puedo arreglármelas.

Salí a la luz del sol de la mañana, sintiéndome más ligera de lo que me había sentido en días. El aire fresco era agradable. La normalidad era agradable. Todo era agradable.

La calle estaba tranquila, ese lento letargo matutino entre la hora punta y la muchedumbre del almuerzo. Pasé por la cafetería, la tintorería, la pequeña boutique con los maniquíes feos... Pero

cuando pasé por el único callejón del camino, alguien me agarró del brazo y tiró.

—¡Mierda! —tropecé, me apoyé en una pared de ladrillo y di media vuelta con el corazón en la garganta—. Joder —la maldición escapó de mis labios cuando vi quién estaba frente a mí.

Damien.

Tenía un aspecto infernal. Peor que el infierno. Su pelo estaba salvaje, sin lavar, erizado en todas direcciones. Su ropa estaba arrugada y manchada. Había oscuros círculos bajo sus ojos, y sus pupilas estaban dilatadas de una manera que sugería que o bien estaba drogado o no había dormido en días.

Quizás ambas cosas.

—Maldita zorra —gruñó—. ¿Crees que puedes hacerme esto?

Se me heló la sangre.—Damien...

—Retira la demanda —me gruñó.

—¿Qué demanda?

—No te hagas la tonta conmigo —estaba caminando de un lado a otro, errático, inestable como un animal enjaulado—. El conflicto contractual, el maldito caso que presentaste contra mí.

Mi mente corrió. Yo no había presentado nada. No tenía dinero para abogados. No tenía idea de qué estaba hablando.

—No presenté...

Me abofeteó. Estaba tan sorprendida que no pude hacer otra cosa que mirarlo fijamente. No era como antes. Antes, él estaba controlado. Cruel, pero cuidadoso de no dejar marcas que se

notaran. Lo suficientemente inteligente para golpear donde la ropa lo cubriría.

Esto era diferente. Esto fue lo suficientemente fuerte como para hacer girar mi cabeza hacia un lado, para hacerme ver estrellas, lo suficientemente fuerte como para que saboreara sangre donde mis dientes cortaron el interior de mi mejilla.

Jadeé, llevándome la mano a la cara.

—No me mientas —siseó Damien—. Sé que fuiste tú. ¿Quién más podría ser? ¿Quieres arruinarme? ¿Quieres quitarme todo lo que construí?

—No sé de qué estás hablando —mi voz temblaba. Estaba asustada ahora, realmente asustada. Este no era el Damien que conocía. Estaba desquiciado, peligroso, completamente impredecible.

—Tienes veinticuatro horas para retirarla, o te juro por dios, Riley...

—¡No presenté nada!

Me agarró por la garganta.

Sus dedos se cerraron alrededor de mi cuello, apretando, y mi pánico pasó de manejable a terror total en el espacio de un latido. Arañé sus manos, pero él era más fuerte que yo, y me estaba empujando contra la pared, y no podía respirar...

—¿Crees que estoy bromeando? —su cara estaba a centímetros de la mía, salpicando saliva—. ¿Crees que no acabaré contigo? Yo te creé. Puedo destruirte.

No podía gritar ni respirar. La presión en mi garganta estaba cortando todo. Aire, sonido, pensamiento.

—Sin mí, no eres nada —gruñó—. Nada. Una escritora fracasada con delirios de grandeza. Te di todo, ¿y así me lo pagas?

Intenté hablar. Decirle que no había hecho nada. Pero no salió ningún sonido, solo un jadeo estrangulado.

—¿Quieres jugar duro? Bien. Jugaremos duro —su agarre se apretó —. Pero te prometo, Riley, que no te gustará cómo termina esto.

El callejón estaba vacío. Nadie pasaba, nadie podía oírme si de alguna manera lograba hacer un ruido. Y sabía, sabía con horrible certeza, que si intentaba gritar y nadie venía, Damien me lo haría pagar.

Esto es todo, pensé, distante. Así es como muero. En un callejón sucio, a manos de mi ex.

Al menos besé a Caelan primero. Al menos tuve eso.

Manchas negras bailaban en mi visión. Mis pulmones ardían. Mis dedos se debilitaban contra su agarre.

Y entonces ocurrió algo extraño. Mi pecho comenzó a hormiguear. No por falta de aire. Esto era diferente. Un calor extendiéndose a través de mi esternón, un tirón, como si alguien estuviera tirando de un hilo invisible unido a mi corazón. Fue entonces cuando escuché pasos, corriendo rápido hacia nosotros.

Forcé mis ojos a abrirse. A través de las manchas negras, a través de los bordes desvanecidos de mi visión, vi la entrada del callejón. Y mi corazón, mi corazón privado de oxígeno y apenas latiente, dio un salto. Caelan.

Venía corriendo hacia mí, más rápido de lo que cualquier humano debería poder moverse, su expresión una máscara de pura y asesina rabia. Sus ojos estaban fijos en Damien, en las manos de Damien

alrededor de mi garganta, y había una cualidad en ellos que hizo que mi sangre se congelara.

Brillaban en ámbar. Inhumanos.

Abrí la boca para intentar hablar... y el cuerpo de Caelan cambió.

No fue gradual ni lento. Un momento él era un hombre corriendo hacia mí, y al siguiente su forma estaba cambiando, deformándose, con pelo erupcionando por toda su piel. Su ropa se desgarró. Sus huesos crujieron y se reformaron con sonidos que deberían haber sido repugnantes pero que de alguna manera resultaban naturales, inevitables. Su rostro se alargó en un hocico, sus manos se convirtieron en patas, su cuerpo se desplomó sobre cuatro patas.

Donde estaba Caelan, ahora había un lobo del tamaño de un caballo. Un lobo con pelaje color oro oscuro y ojos que brillaban como ámbar fundido. Un lobo que gruñía con tanta rabia que el sonido vibraba a través de mi pecho, a través de la pared detrás de mí, a través de los mismos cimientos del edificio.

Esto era imposible. Una locura. Este era el tipo de cosas que sucedían en mis libros, no en la vida real. La vida real no tenía hombres lobo, no tenía hombres que se transformaban en bestias enormes de ojos brillantes.

Pero la vida real actualmente me estaba sujetando contra una pared con sus ojos fijos en mi atacante, y a la vida real no le importaba lo que yo considerara posible.

Grité.

El sonido salió desgarrado de mi garganta arruinada, crudo y primitivo. Grité incluso cuando la presión en mi cuello desapareció, porque Damien había visto a la bestia y había retrocedido tambaleándose, con la cara blanca de shock, sus manos soltándome mientras tropezaba con sus propios pies tratando de escapar.

—¿Qué coño? —balbuceaba Damien—. ¿Qué coño, qué coño, qué coño...?

Grité mientras me deslizaba por la pared, mis piernas cediendo, mis pulmones finalmente inhalando aire pero mi cerebro aún cortocircuitándose por lo que estaba viendo.

El lobo, Caelan, el lobo que de alguna manera era Caelan, se posicionó entre Damien y yo, enorme y protector. Tenía el pelo erizado, los labios retraídos revelando dientes del largo de mis dedos. La saliva goteaba de sus fauces. Sus músculos se tensaban bajo su pelaje dorado, listos para atacar.

Entonces giró su cabeza hacia mí y me encogí, me presioné contra la pared y esperé el golpe mortal. En cambio, el lobo se acercó, cuidadosamente, como aproximándose a un animal herido.

Su enorme cabeza bajó a mi nivel. Y luego, suavemente, imposiblemente suave, lamió mi mejilla. Su lengua era cálida y áspera, y recorrió el lugar donde Damien me había abofeteado con una ternura que no tenía sentido. Que no podía existir en una criatura tan aterradora.

Luego su hocico se movió hacia mi garganta. Rozó las marcas rojas allí. Un gemido bajo emergió de su pecho, lleno de angustia, furia, agonía por lo que estaba viendo. El lobo se volvió hacia Damien, y toda esa ternura desapareció.

El gruñido que surgió de su garganta fue el sonido más aterrador que jamás había escuchado. No era el gruñido de un perro. Ni siquiera era un sonido animal. Era más antiguo, una promesa de muerte hecha voz.

El lobo se abalanzó. Damien gritó, con un sonido agudo y patético, mientras la bestia lo derribaba al suelo. Sus fauces se cerraron a centímetros de su cara. Su enorme pata lo inmovilizó contra el sucio suelo del callejón, pero no lo mató. Podría hacerlo, podía verlo. Los

dientes del lobo estaban en la garganta de Damien, presionando lo justo para dibujar una fina línea de sangre. Un mordisco, un espasmo. Eso era todo lo que haría falta.

En cambio, el lobo gruñó una última vez como advertencia, y golpeó la cabeza de Damien contra el hormigón. Él quedó inmóvil, inconsciente, y yo suspiré aliviada. Bien. Un demonio menos, queda otro.

No me había movido, no podría aunque lo intentara. Mis piernas eran gelatina. Mi cerebro estaba en blanco. Estaba presionada contra la pared de ladrillos, tratando de fundirme con ella, mirando la escena imposible frente a mí.

Entonces la bestia se volvió hacia mí. Durante un largo momento, nos miramos el uno al otro. Bestia y mujer. Ojos ámbar brillantes y ojos verdes anchos y aterrados. Luego la forma del lobo comenzó a cambiar de nuevo.

Fue tan rápido como antes, igual de violento. El pelaje retrocedió, los huesos crujieron y se reformaron. El cuerpo masivo se encogió y remodeló hasta...

Hasta que Caelan estaba de pie frente a mí. Muy humano y desnudo, pareciendo como si deseara estar en cualquier otro lugar.

No podía concentrarme en el cuerpo frente a mí, sin embargo. No como lo habría hecho en el pasado. Estaba cayendo en espiral demasiado fuerte, mi cerebro intentando desesperadamente procesar lo que mis ojos acababan de presenciar.

—Riley —su voz era áspera, urgente. Se estaba moviendo hacia mí, manos extendidas—. ¿Estás bien? Déjame ver... tu cuello... tu cara...

Sus manos eran gentiles mientras acunaban mi mandíbula, inclinando mi rostro para examinar el daño. Su expresión era

angustiada mientras sus dedos rozaban el moretón que florecía en mi mejilla, las marcas rojas alrededor de mi garganta.

—Lo mataré —dijo en voz baja. No una amenaza, sino una declaración de hecho—. Tan pronto como estés a salvo, yo...

—No. ¿Qué coño ha sido eso?

Las palabras salieron estranguladas, apenas audibles. Pero lo detuvieron en seco. Las manos de Caelan se congelaron en mi cara. La rabia protectora se drenó, reemplazada por emociones más complicadas, más temerosas.

—Riley...

—¿Qué. Coño. Ha. Sido. Eso?

Tomó aire y lo soltó lentamente. Traté de no perder la cabeza.

—Así que —dijo—. Una historia divertida.

—¿Qué?

—He estado guardándote algunos secretos.

No me digas, Sherlock.

Lo miré fijamente. Este hermoso hombre desnudo parado en un callejón sucio, su enemigo inconsciente a sus pies, hablando de secretos como si esta fuera una conversación normal.

—Secretos —repetí sin expresión.

—Este es uno de ellos —hizo una mueca, la expresión incómoda, casi infantil, completamente en desacuerdo con la violencia que acababa de presenciar—. Sorpresa, pequeña amenaza. Soy un hombre lobo.

Mi cerebro hizo un valiente intento de reiniciarse.

—Hombre lobo —dije sin expresión.

—Sí —confirmó.

—Eres un hombre lobo.

—Lo soy.

—Acabas de convertirte en un lobo. Un lobo gigante. Delante de mí.

—Eso es correcto.

—Y luego te convertiste de nuevo en un hombre desnudo. ¿Ese tipo de hombre lobo?

Caelan bajó la mirada hacia sí mismo, pareciendo darse cuenta por primera vez de que estaba, de hecho, completamente desnudo. Su expresión reveló vergüenza, pero su atención volvió a mí casi inmediatamente.

—Sí —dijo—. Pero eso no es lo más importante...

—¿Entonces qué lo es? —interrumpí, mi voz alcanzando tonos agudos que nunca había tenido antes. Podría pasar por un silbato para perros ahora. Ja. Eso sería útil—. ¿Qué otros secretos tienes?

Hizo una pausa, su mandíbula se tensó.

—¿Qué otros secretos, Caelan? —La histeria se estaba colando en los bordes de mi voz—. Dijiste "secretos". En plural. ¿Qué más?

Tomó aire. Cuadró los hombros. Su postura cambió, volviéndose más dominante, más regia, como si se estuviera preparando para la batalla.

—No soy de Australia —dijo—. Ni de ningún otro lugar de esta Tierra.

Parpadeé. Luego parpadeé de nuevo.

—Soy de un reino llamado Lytopia. Un lugar conectado a tu mundo a través de portales que se abrieron hace varios años.

—Portales —repetí, mi voz hueca, mi cuerpo sintiéndose entumecido.

—Sí. Mi reino se llama Duskmere.

—Tu reino —repetí como una maldita muñeca rota.

—Así es.

—¿¡Tu *REINO*!? —Oficialmente perdí la cabeza—. ¿¡Tienes un *reino*!?

—Soy el Príncipe Alfa —Lo dijo simplemente, objetivamente, como si me estuviera diciendo su segundo nombre—. Mi familia gobierna Duskmere. Y tú... —Se acercó más, sus ojos intensos, esa presencia dominante emanando de él en oleadas—. Tú eres mi pareja destinada.

Abrí la boca. La cerré. La abrí de nuevo. Mi cerebro estaba haciendo su mejor imitación de un ordenador al que acaban de pedir que se reinicie.

—Soy tu qué.

—Mi pareja destinada. La diosa que creó a mi especie, nos une a nuestras otras mitades. Nuestra pareja perfecta. La única persona en todos los reinos con la que debemos estar —Su voz se suavizó, pero no perdió ese borde de autoridad—. Eres mía, Riley. Y yo soy tuyo. Eso no es una elección. Es el destino.

Lo miré fijamente.

Él me devolvió la mirada.

Era hermoso y sincero y estaba parado desnudo en un callejón junto a un hombre inconsciente, explicando la magia de la diosa lobo como si me estuviera dando direcciones para ir al supermercado. Me había gustado tanto, sólo para descubrir que estaba completamente loco. La vida tenía sus formas de golpearte en la cara cuando menos lo esperabas. Tal vez debería haber llamado a una ambulancia. O a un psiquiatra. ¿Y si se había escapado de algún hospital psiquiátrico?

—Déjame ver si entiendo esto correctamente —dije lentamente, como si hablara con un niño pequeño—. Eres un hombre lobo.

—Sí.

—Un príncipe.

—Sí.

—De otra dimensión.

—Reino, técnicamente, pero lo bastante cerca.

—Y yo soy tu... pareja destinada. Tu alma gemela destinada, elegida por una diosa.

—La Diosa Luna, específicamente. Ella creó a los hombres lobo y...

—¡No necesito la mitología ahora mismo!

—Cierto. Lo siento.

Presioné mis manos contra mis sienes. Mi cabeza palpitaba. Mi garganta dolía. Toda mi comprensión de la realidad se desmoronaba a mi alrededor como arena mojada. ¿Podría estar loco? *Había* visto cómo se transformaba en una bestia literal. ¿Estaba alucinando? ¿Estaba montado? ¿Tal vez un disfraz oculto en algún lugar?

—Vale —dije finalmente—. Vale. Me has pillado.

Su ceño se frunció. —¿Qué?

—La broma. La tomadura de pelo. Lo que sea que esto sea —Ahora estaba asintiendo, con un borde maníaco en el movimiento—. ¿Pusiste setas en mi sopa? ¿Era ese el ingrediente secreto? Porque tengo que decir, esto es muy elaborado, pero ya he terminado. Puedes parar.

—Riley...

—Muy gracioso. Ja ja. Lo del lobo fue un buen detalle. Realmente comprometido con la broma. Actuación digna de un Oscar. Deberías considerar una carrera en el cine.

—Esto no es una...

—El ex-novio inconsciente en el suelo es un poco excesivo, sin embargo. ¿Cómo lo convenciste para que participara? ¿Le pagaste? ¿Es esto algún tipo de programa de cámaras ocultas?

—Riley, no estoy...

—¿Dónde están las cámaras? —Giré, mirando las paredes, las escaleras de incendios, los contenedores—. ¡Salid! ¡Me habéis pillado! ¡Efectos especiales muy impresionantes! ¡Debe haber costado una fortuna!

—No hay cámaras.

—Claro que no.

Empecé a caminar. O intentarlo. Mis piernas aún temblaban, pero la adrenalina me llevaba adelante, lejos del callejón, lejos del hombre inconsciente en el suelo y el príncipe hombre lobo desnudo que aparentemente pensaba que yo era su alma gemela destinada.

—Espera —Caelan estaba detrás de mí en un instante, interponiéndose en mi camino, bloqueando mi paso. Su velocidad era inhumana. Más pruebas de que o bien estaba alucinando o el mundo se había vuelto completamente loco—. Riley, escúchame...

—Estás desnudo —dije.

Miró hacia abajo otra vez, suspiró, luego se volvió hacia la forma inconsciente de Damien, se agachó y le arrancó limpiamente la camisa del cuerpo. Se la ató alrededor de la cintura como un taparrabos, la tela apenas cubría nada.

Parecía un cavernícola. Un cavernícola muy atractivo, que aparentemente también era un príncipe de otra dimensión. Mi vida se había vuelto muy extraña muy rápido.

—¿Mejor? —preguntó.

—Marginalmente. Sigue siendo una locura, pero al menos marginalmente menos desnudo.

—Escúchame —dijo, y su voz había cambiado, más profunda, más dominante, la voz de un hombre acostumbrado a ser obedecido—. No estás alucinando. No te estoy mintiendo. Soy un príncipe hombre lobo de Lytopia —Acortó la distancia entre nosotros, y a pesar de todo, me encontré incapaz de moverme—. Y realmente eres mi pareja destinada. La diosa me unió a ti. Eres mi otra mitad.

—Estás loco —susurré.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Estás loco, y me enamoré de un demente.

Toda su cara se iluminó y la esperanza, brillante en sus ojos, fue un cuchillo directo a mi corazón. —¿Me amas?

—¿Eso es lo que sacas de esa frase?

—Dijiste que te enamoraste de mí.

—Dije que me enamoré de un DEMENTE.

—Me amas —Casi sonreía ahora, incluso mientras lo fulminaba con la mirada—. Aunque creas que estoy loco, me amas.

—Eso no es... No quise decir...

—Lo dijiste —Su sonrisa crecía, esa sonrisa exasperante, hermosa, completamente inapropiada—. No puedes retirarlo.

—¿Estoy teniendo una crisis mental y tú te centras en la semántica?

—Me centro en el hecho de que me *amas*.

—Me voy.

—Riley...

—Aléjate de mí —Lo empujé al pasar, mis piernas recuperando su fuerza, mi lucha o huida eligiendo firmemente huir—. Solo... aléjate.

—Por favor —Su voz se quebró, la sonrisa ahora desaparecida—. Por favor, no huyas de mí. Sé que esto es mucho. Sé que debería habértelo dicho antes. Pero todo lo que dije es verdad. Todo lo que siento es real, y yo...

—No puedo hacer esto ahora. No puedo —Las palabras salieron desgarradas, desesperadas—. Acabo de ser atacada. Acabo de ver a un hombre convertirse en lobo. Acabo de descubrir que los hombres lobo existen y los portales existen y las almas gemelas ordenadas por diosas existen y *no puedo procesar esto ahora mismo*.

Él retrocedió. Su expresión era angustiada, pero asintió.

—Vale —dijo en voz baja—. Vale. Te daré espacio. Pero Riley... —Tomó aire—. Te estaré esperando. Por el tiempo que haga falta. Estaré aquí.

—No lo hagas.

—No puedo evitarlo. Es lo que hacen las parejas.

Corrí, y no miré atrás.

Esto no podía ser real. Estas eran las cosas sobre las que escribía en mis libros. Fantasía, escapismo para lectores solitarios que querían creer en la magia y el destino.

Pero aún podía sentir el calor de la lengua de ese lobo en mi mejilla, oír el gemido de angustia cuando vio mi garganta magullada. Aún podía ver el cuerpo de Caelan cambiar y transformarse, huesos crujiendo, pelo erupcionando, la humanidad dando paso a la bestia.

Yo, Riley Hawkins, novelista romántica y escéptica y desastre general de ser humano, era aparentemente la pareja destinada de un príncipe hombre lobo de otra dimensión.

No tenía idea de qué hacer al respecto. Pero sabía una cosa con certeza: iba a necesitar mucho vino.

18

—•—

Caelan

La he cagado. La he cagado tan mal que no había una palabra en ningún idioma, humano o lobo, para describir adecuadamente la magnitud de mi fracaso.

Vi a Riley correr, su figura desapareciendo en la esquina, y sentí que mi pecho se abría. Estaba aterrorizada de mí, de lo que era, y con maldita razón. Mi lobo aullaba en angustia, arañando mis costillas, exigiendo que la persiguiera, que la abrazara hasta que entendiera.

Pero me había pedido que me alejara. Le debía al menos eso. Me volví hacia el callejón. El pedazo de mierda inconsciente seguía arrugado en el hormigón donde lo había dejado, sin camisa ahora gracias a mi improvisación anterior. Bien. Esto no llevaría mucho tiempo.

Me transformé, la transformación desgarrándome, huesos rompiéndose y reformándose, piel brotando pelo, pensamientos humanos estrechándose a puro instinto. Mi lobo tomó el control con salvaje satisfacción.

Me acerqué al cuerpo inerte de Damien y consideré la logística. No tenía collar que agarrar, ni camisa para arrastrarlo. Bien. Icé al hombre inconsciente sobre mi espalda, luego sujeté con mis fauces su antebrazo lo suficientemente fuerte para sostenerlo y dejar marcas, no lo bastante fuerte para amputarlo. No se resbalaría. Y aunque despertara, el dolor lo mantendría dócil.

Corrí por calles vacías, manteniéndome en las sombras, moviéndome más rápido de lo que los ojos humanos podían seguir. El peso en mi espalda era menos que nada. Podría llevar a esta patética excusa de hombre por toda la ciudad sin sudar.

El bosque en el borde de Lysmont apareció en minutos. Arrastré a Damien profundamente entre los árboles, lejos de senderos, lejos de testigos y de cualquiera que pudiera oír lo que vendría después.

Lo dejé caer en el suelo del bosque y volví a transformarme. *Luego* lo desperté, abofeteándolo lo suficientemente fuerte para romper huesos.

Damien volvió en sí con un jadeo, ojos salvajes, retrocediendo a rastras en la tierra hasta que su espalda golpeó un árbol. Su mirada me encontró, desnudo, con sangre aún en mis manos, ojos brillando ámbar en la luz tenue, y su cara se puso blanca.

—¿Qué... qué coño eres...?

—Cállate.

La orden salió con fuerza alfa detrás, y la boca de Damien se cerró contra su voluntad. Sus ojos se abrieron más y sonreí. Debería tener miedo.

Me agaché frente a él, perfectamente calmado y controlado. La rabia seguía ahí, ardiendo, pero la había canalizado a un lugar más frío. Más peligroso.

—Le pusiste las manos encima —dije conversacionalmente—. La lastimaste. La ahogaste, incluso cuando te dije lo que pasaría si lo hacías.

Damien gimoteó, trató de hablar pero no pudo.

—Podría matarte —Incliné la cabeza, considerando—. Debería matarte. Sería fácil, satisfactorio. Nadie encontraría jamás el cuerpo.

Las lágrimas corrían por su cara ahora. El olor a miedo era denso en el aire, mezclado con el acre olor a orina. Se había orinado encima. Otra vez. Podría tener problemas de vejiga, quién sabe.

—Pero eso molestaría a Riley —continué—. Tiene un corazón blando, mi pareja. Incluso para alimañas como tú.

Extendí la mano y lo agarré por la garganta de la misma manera que él había agarrado a Riley.

—Así que en cambio, voy a darte un regalo.

Este era un truco que pocos lobos conocían. Magia antigua y peligrosa. Drenaba al usuario, lo dejaba vulnerable durante horas después. Solo lo había hecho una vez antes, y casi me mata.

Pero por Riley, por su seguridad, su tranquilidad, me drenaría hasta quedar seco.

Miré a los ojos aterrorizados de Damien y empujé.

—Olvida —ordené, y la palabra llevaba un poder antiguo y absoluto —. Olvida quién eres. Olvida tu nombre, olvida tu vida. Olvida a cada persona que has conocido.

Damien se estremeció, sus ojos volviéndose vidriosos.

—Abandona este lugar. Ve a algún lugar lejano. Empieza de nuevo. Construye una nueva vida. Sé una mejor persona —Me incliné más

cerca, mi voz bajando a un susurro—. Y olvida, para siempre, el nombre de Riley Hawkins. Ella nunca existió. Nunca la conociste. Nunca la tocaste. No es nadie para ti.

La compulsión se apoderó de él. Podía sentirla, como garfios hundiéndose en su mente, reescribiendo, borrando, reemplazando. Cuando lo solté, Damien se desplomó contra el árbol, perdiendo la consciencia.

—Vete —dije.

Se levantó tambaleándose y caminó hacia el bosque sin mirar atrás ni una sola vez. No sabía por qué caminaba ni adónde iba, simplemente se fue.

Me quedé de rodillas durante un largo momento, respirando a través del agotamiento que me invadía. Eso me había quitado más energía de la esperada. Mi visión nadaba, mis extremidades se sentían como plomo. Pero estaba hecho. Damien se había ido, no lo había matado, y Riley estaba a salvo.

Ahora solo tenía que convencerla de que no me odiara para siempre.

Me arrastré hasta ponerme en pie, encontré una casa al borde del bosque, robé ropa de un tendedero. Vaqueros y una camisa de franela, no era mi estilo pero era funcional. Luego regresé al apartamento de Riley para esperar su juicio.

Los vaqueros eran demasiado cortos, la camisa tenía una imagen de un pez que decía «Estoy enganchado a la pesca». Verdaderamente, mi dignidad nunca había estado tan baja. No me importaba.

Podía oírla antes de llegar a la puerta.

Caminaba rápido, pasos frenéticos yendo y viniendo por su apartamento. Y estaba hablando. Un flujo constante de palabras, subiendo y bajando, puntuado por ocasionales risas histéricas.

«...no puede ser real. Esto no puede ser real. Estoy alucinando. Estoy teniendo una crisis. Estoy...»

Más pasos.

«...un LOBO. Un jodido LOBO GIGANTE. En un CALLEJÓN. Y luego estaba DESNUDO...»

Un golpe. Había lanzado un objeto contra la pared.

«...y sus ojos BRILLABAN. ¡Los ojos no brillan! ¡Eso no es algo que ocurra en la vida real!»

Siguió caminando, más rápido ahora.

«...pareja destinada. ¿Qué significa eso SIQUIERA? ¿Es alguna cosa de furries? ¿Me he unido accidentalmente a un culto? Oh dios, ¿me he acostado con un líder de culto...?»

Risa histérica.

«...soy una novelista romántica. Escribo sobre hombres lobo. ¿Y ahora estoy SALIENDO con uno? Esto es demasiado evidente. Es ironía cósmica. El universo se está riendo de mí...»

Mi lobo gimió ante la angustia en su voz. Me obligué a quedarme quieto en el rellano, escuchando... Mi mano se movió por sí sola, sin embargo, y llamé a su puerta.

Los pasos se detuvieron. Silencio total.

—Riley —mantuve mi voz firme, no amenazante—. Sé que estás asustada. Sé que debería habértelo contado. Por favor, déjame explicarte.

—Vete.

—No me voy a ninguna parte.

—Caelan...

—Esperaré aquí todo el día. Toda la noche. Todo el tiempo que haga falta —apoyé la frente contra la puerta—. Por favor, Riley. Solo déjame explicarte.

—No puedo... Necesito... No estoy...

Estaba entrando en espiral. Podía oírlo en las frases fragmentadas, en el tono ascendente de su voz. Todos mis instintos me gritaban que derribara la puerta y usara mi presencia para calmarla.

Me obligué a quedarme quieto. No estaba lista. Presionarla ahora solo empeoraría las cosas.

Así que esperé.

Me senté en el suelo fuera de su apartamento, con la espalda contra la pared, y esperé. Pasaron horas. El sol se movió por el cielo. La oí llorar, hablar consigo misma, lanzar cosas contra la puerta. Oí la ducha correr, la oí llorar de nuevo.

Era una tortura. Peor que cualquier dolor físico que hubiera soportado jamás.

La puerta se abrió por la tarde.

Riley estaba en el umbral, con la cara hinchada de llorar, el pelo revuelto, los brazos envueltos alrededor de sí misma, tratando de mantenerse entera. Parecía exhausta, hermosa y aterrorizada.

—Tengo preguntas —dijo. Su voz estaba ronca—. Si esto es real. Si no estoy perdiendo la cabeza.

—Es real —me levanté lentamente, con cuidado. Acercándome a un animal salvaje—. No estás perdiendo la cabeza.

—Entonces tengo preguntas.

—Responderé a todo.

Ella retrocedió, dejando la puerta abierta como una invitación. Tentativa, pero ahí estaba.

Entré, y las preguntas llegaron rápidamente. Estaba de pie al otro lado de la habitación, manteniendo el sofá entre nosotros como una barrera, disparándolas como balas.

—¿Cuánto tiempo has sido un... un hombre lobo?

—Toda mi vida. Nací así.

—¿Hay más como tú?

—Muchos más. Todo un reino lleno.

—¿Puedes convertirme en uno?

—No. O naces lobo o no lo eres.

—¿Comes personas?

—No —no pude evitar el ligero gesto de desprecio en mis labios—. No somos monstruos.

—Te convertiste en un lobo gigante en un callejón y dejaste inconsciente a mi ex.

—Te estaba protegiendo.

Ella hizo una pausa ante eso. Tragó saliva con dificultad.

—Muéstramelo —dijo finalmente—. Otra vez. Transfórmate. Necesito... necesito verlo claramente, cuando no estoy siendo estrangulada.

Dudé. —Podría asustarte.

—Ya estoy asustada —su barbilla se elevó, obstinada, valiente. Mi pequeña y valiente amenaza—. Muéstramelo.

Di un paso atrás para darle espacio, respiré hondo y me transformé.

La transformación fue más rápida esta vez, mi lobo ansioso por probarse ante ella. Los huesos crujieron y se reformaron, el pelo se extendió por mi piel. En segundos, el enorme lobo dorado estaba en su sala de estar, ocupando la mitad del espacio, nuestros ojos ámbar fijos en su rostro.

La mano de Riley voló a su boca.

Durante un largo momento, solo se quedó mirando. Sus ojos estaban enormes, su respiración era superficial. Estaba pálida como un fantasma.

Luego gritó.

—¡FUERA! ¡VETE! ¡OH DIOS MÍO, VETE!

Me estaba lanzando cosas. Un cojín, un libro, su zapato. El lobo de peluche que le había comprado. Ese dolió.

Me transformé de nuevo mientras esquivaba, atrapando su otro zapato antes de que me golpeara en la cara.

—Riley...

—¡NO PUEDO... NECESITO... VETE!

Agarró una manta del sofá y me la lanzó a mi cuerpo desnudo, empujándome hacia la puerta.

—Solo... vete... no puedo... necesito PENSAR...

Me cerró la puerta en la cara.

Me quedé en el rellano, desnudo, agarrando una manta, y suspiré. Un Príncipe Alfa de Duskmere, sentado desnudo en un pasillo, envuelto en una manta con dibujos de gatos de caricatura. Mi hermano nunca me dejaría olvidar esto.

Me envolví la manta alrededor de la cintura y me senté de nuevo. Al menos me había lanzado cosas. Me había mirado a los ojos, apuntado y lanzado. Eso significaba que le importaba, ¿verdad? Diablos, eligió el peluche que le había regalado. Le importaba lo suficiente como para pensar en *mí* mientras lanzaba esas cosas. Sí. Todavía tenía una oportunidad.

La esperanza sería lo último que perdería. La cordura se iría primero. Nunca había tenido mucha de todos modos.

Todavía podía oírla dentro. En un momento llamó a alguien, y escuché fragmentos: «...no puedo contártelo todavía...» «...no, estoy bien...» «...solo necesito tiempo...»

Sus amigos, probablemente. Comprobando cómo estaba.

Pasaron las horas. Se puso el sol. El pasillo se oscureció. No me moví.

Mi cuerpo todavía se estaba recuperando de la compulsión. Debería haber comido y descansado. Hacer cualquier cosa para restaurar mis fuerzas. Pero no iba a abandonar este lugar hasta que ella estuviera lista.

Cayó la noche por completo, el vecindario quedó en silencio a mi alrededor. Sonidos distantes de televisores, de puertas cerrándose, de humanos con sus vidas. Sonidos normales, simples. Mi vida nunca volvería a ser simple. No quería que lo fuera. Solo la quería a ella.

Entonces la puerta se abrió de golpe.

Riley estaba allí en pijama, con el pelo mojado de otra ducha, la cara limpia. Parecía más calmada ahora. Todavía cautelosa, pero más calmada. La histeria se había desvanecido en una cautela medida.

—¿Thessa es una de los vuestros? —preguntó sin preámbulos.

—Sí.

—¿Una mujer lobo? ¿Loba?

—Sí.

—¿Y Aedan? ¿El médico malhumorado que conocías de casa?

—También sí. Es un lobo.

Ella asimiló esto y luego asintió lentamente.

—El primer portal —dijo—. Lo mencionaste. ¿Cuándo se abrió?

Me puse de pie. Ella no retrocedió esta vez. Mejor.

—Hace siete años. Nadie sabe exactamente por qué. Nuestros eruditos todavía lo están estudiando. Un día la barrera entre nuestros mundos simplemente... se adelgazó. Se abrió. Los lobos comenzaron a cruzar, explorando.

—¿Y ahora? ¿Hay lobos simplemente... viviendo entre humanos? ¿Todo el mundo lo sabe?

—No todo el mundo. La mayoría de los humanos aún lo desconocen —hice una pausa, considerando cómo explicarlo—. Varios lobos han encontrado a sus parejas entre humanos. Como yo. Esos lobos se han integrado en la sociedad humana, viviendo en silencio, manteniendo nuestra existencia en secreto para la mayoría.

Sus ojos se agrandaron. —¿Así que hay hombres lobo caminando por ahí y la gente normal no tiene ni idea?

—Sí. Somos cuidadosos. Tenemos que serlo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó finalmente—. En Lysmont específicamente. ¿Cuál era tu misión?

—El portal que conecta tu ciudad con Duskmere se abrió hace poco. Es nuevo, inesperado. Me enviaron a investigar, a entender por qué apareció, a evaluar si supone un peligro.

—¿Y?

—Y no he encontrado ninguna respuesta todavía —mantuve su mirada—. Me olvidé de la misión en el momento en que te conocí.

Ella tragó saliva con dificultad.

—Sí, me enviaron aquí por el portal —continué—. Pero creo... creo que tal vez la diosa me guio hasta aquí. Quizás el nuevo portal era solo una excusa para ponerme en el lugar correcto en el momento adecuado —di un paso más cerca. Ella no retrocedió—. Para ponerme frente a una librería el día que estabas firmando tu novela. Para permitirme encontrar a mi pareja.

Sus ojos estaban húmedos.

—El vínculo —dijo, con voz apenas un susurro—. ¿Qué significa realmente?

Respiré hondo. Esta era la parte que más importaba.

—El vínculo es una conexión entre almas —dije—. Antigua, sagrada, creada por la diosa que creó a nuestra especie —me acerqué más, y extendí la mano hacia ella, dándole tiempo para alejarse. No lo hizo. Mi mano acarició su mejilla, el pulgar secando una lágrima que probablemente no sabía que había derramado—. Significa que eres mi otra mitad. La pieza de mí que no sabía que faltaba hasta que te encontré. Somos dos mitades de un todo, Riley.

Su respiración se entrecortó.

—Cuando los lobos encuentran a sus parejas, lo sabemos —hablaba con cuidado, tratando de hacerle entender—. Al instante. El vínculo se forma y todo cambia. El mundo se reorganiza alrededor de esa persona. Nada más importa de la misma manera.

—¿Es por eso... —Su voz se quebró. Lo intentó de nuevo—. ¿Es por eso que te quedaste? ¿Por el vínculo? ¿Es eso todo lo que soy para ti? ¿Una obligación? ¿Un imperativo biológico?

La pregunta me golpeó como un puñetazo.

—No —la palabra salió más dura de lo que pretendía, y la suavicé, acercándome más, sosteniendo su mirada con todo lo que tenía—. Riley, escúchame. Sí, te seguí por el vínculo. Sí, te acosé... —hice una mueca ante la palabra—. ...porque el vínculo no me dejaba mantenerme alejado. Pero el vínculo no significa amor. No automáticamente.

Su ceño se frunció. —¿Qué significa, entonces?

—Posesión. Obsesión. La necesidad de proteger, de reclamar, de estar cerca —fui brutalmente honesto porque no merecía menos—. Cuando te vi por primera vez, no te amaba. Te deseaba. Te necesitaba. El vínculo gritaba que eras mía y habría quemado el mundo para tenerte.

Ella se estremeció.

—¿Pero el amor? —Negué con la cabeza—. El amor vino después. El amor vino cuando te vi reír en el club de lectura. Cuando vi cómo cuidabas de tus amigos. Cuando hacías bromas terribles y comías mi sopa horrible y me dejabas abrazarte durante una pesadilla —mi voz se volvió áspera con la emoción—. El vínculo me hizo encontrarte. Pero enamorarme de ti... eso fue todo mío.

Riley me miró fijamente. Sus ojos rebosaban ahora, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Estás enamorado de mí —susurró.

—Sí —sin vacilación—. Estoy enamorado de ti. Completa y desesperadamente. De una manera que no sabía que era capaz —limpié otra lágrima—. No eres solo mi pareja, Riley. Eres la mujer que *amo*. Son cosas diferentes, y ambas son ciertas.

Ella estaba temblando. Podía sentirlo bajo mi mano, el fino temblor que recorría su cuerpo.

—Vete —dijo.

Las palabras cayeron como un cuchillo entre mis costillas. *Otra vez no.*

—Riley...

—Necesito... —Estaba sacudiendo la cabeza, retrocediendo, envolviéndose con sus brazos—. Necesito pensar. Por favor. Solo... vete.

Salí de nuevo. No discutí ni insistí ni traté de convencerla. Me pidió que me fuera, así que me fui. Me senté justo fuera de su puerta y esperé.

El tiempo pasó. No sabía cuánto. Estaba desplomado contra su puerta, exhausto, agotado, funcionando con las reservas. Dentro del apartamento, podía oírla caminar y casi podía oírla pensar.

La oí decir mi nombre una vez. En voz baja, para sí misma. Como si estuviera probando su forma.

Luego nada.

Debí haberme quedado dormido en algún momento, porque lo siguiente que supe fue que la puerta detrás de mí se estaba abriendo y yo caía hacia atrás. Aterricé en el suelo de su apartamento, mirando a Riley, que me observaba con una expresión que no podía descifrar.

—Sigues aquí —dijo.

—Te lo dije —mi voz estaba áspera por el desuso—. Esperaré el tiempo que haga falta.

—Pareces una mierda.

—Usé una compulsión, antes. Me deja muy débil.

—¿Qué compulsión?

No debería decírselo. No era exactamente legal, ni siquiera en Lytopia. Pero estaba harto de ocultar cosas.

—Hice que Damien olvidara —dije—. Todo. Su nombre, su vida, sus recuerdos. Hice que olvidara que alguna vez exististe y lo envié lejos. No volverá a molestarte.

Los ojos de Riley se abrieron de par en par.

—¿Puedes hacer eso?

—Es magia prohibida. Antigua. Casi me mató la única otra vez que la usé —sostuve su mirada—. La usaría mil veces para mantenerte a salvo.

Estuvo callada durante un largo momento. Procesando esta nueva información. Añadiéndola a la pila.

—Entra —dijo finalmente—. Ahora.

El tono de mando en su voz me produjo un escalofrío. Me puse de pie rápidamente, probablemente pareciendo ridículo, y la seguí al apartamento. Cerró la puerta detrás de mí.

Nos quedamos en su sala de estar, mirándonos el uno al otro. El aire estaba cargado con todo lo que había pasado entre nosotros. Las revelaciones, las confesiones, el miedo y la esperanza y el amor que habían estado creciendo desde el momento en que la vi.

—¿Hay algo más? —preguntó Riley—. ¿Algo más que estés ocultando?

Me preparé. Estaba harto de ocultar cosas. Si ella iba a aceptarme, tenía que ser por completo. Incluso las partes que la harían enfadar.

—Recientemente contraté abogados. Los mejores que pude encontrar —mi corazón latía con fuerza, pero forcé mi tono a permanecer nivelado—. Están construyendo un caso contra Damien por el contrato en el que te atrapó, el porcentaje, la manipulación. Todo. Quería liberarte de él legalmente, no solo... físicamente.

Los ojos de Riley se abrieron de par en par. —¿Tú... contrataste abogados para mí? ¿Sin decírmelo?

—Sí.

—Por eso estaba tan enfadado. Por eso él... —hizo un gesto vago hacia su garganta, los moretones que aún eran visibles.

—Sí —gruñí, frunciendo el ceño ante las marcas que estropeaban su piel perfecta. Maldito Damien—. Y lo siento. Debería haberte advertido. No pensé que lo descubriría tan rápido.

Hizo una pausa, procesando.

—¿Qué más?

Dudé. Esta era la que realmente podría hacer que me lanzara cosas de nuevo.

—Hay... cámaras.

—¿Qué cámaras?

—Las que instalé alrededor de tu edificio —lo dije rápidamente, como arrancando una tirita—. Cámaras de seguridad. Fuera, en el perímetro. Lo hice para vigilar posibles amenazas y mantenerte a salvo.

La expresión de Riley pasó por aproximadamente siete etapas en tres segundos. Confusión. Comprensión. Shock. Indignación.

—¿Has puesto *cámaras* alrededor de mi edificio?

—¡Solo fuera! No dentro. Nunca... no te observaba en tu apartamento —podía sentir el calor subiendo a mi cara, lo cual era ridículo. Yo era un Príncipe Alfa. No me sonrojaba—. Son puramente por seguridad. Entradas, salidas, la escalera de incendios...

—¿Me has estado *vigilando*?

—Vigilando amenazas...

—¿QUÉ COÑO, CAELAN?

—Lo sé. Sé cómo suena.

—Suena como acoso —ahora estaba caminando, con las manos en el pelo—. Porque ES acoso. Has estado *acosándome*.

Hice una mueca. —Nosotros... discutimos esto. En el club de lectura. El héroe de ese libro...

Riley se volvió hacia mí. —LO DISCUTIMOS EN LA FICCIÓN. NO PENSÉ QUE ESTUVIERAS TOMANDO NOTAS.

—No estaba tomando notas, ya lo estaba haciendo...

—ESO ES PEOR.

—Lo sé —levanté las manos, un gesto de rendición—. Lo sé. Es... es cosa de lobos. El instinto de proteger, de vigilar, de asegurarse de que la pareja está a salvo. No se traduce bien a las normas humanas.

—¿Normas humanas? ¿Te refieres a la PRIVACIDAD básica?

—Sí —tuve la decencia de parecer genuinamente avergonzado—. Eso.

—¡Y yo pensaba que el héroe de ese libro era problemático! ¡A su lado pareces un miembro bien adaptado de la sociedad!

—Para ser justos, pensé que dijiste que encontrabas a ese personaje romántico...

—EN LA FICCIÓN, CAELAN. FICCIÓN. Hay una DIFERENCIA.

—Dijiste, y cito, «Dejaría que ese hombre me acosara hasta el suelo si me mirara así».

—¡Estaba exagerando!

—Yo no.

Hizo un sonido de pura frustración, algo entre un grito y un gruñido. Por un momento, casi sonó como un lobo ella misma.

—Los tipos del tatuaje saben sobre mí y tú —añadí, porque aparentemente tenía un deseo de muerte—. Me ayudaron a vigilarte. Dom, Marco y Vinnie lo saben todo.

—Ellos... ¿han estado metidos en esto? ¿Todo el tiempo?

—Les caes bien. Querían ayudar.

Me miró, abriendo y cerrando la boca como un pez. —No puedo... ni siquiera sé cómo procesar esto.

—Si ayuda, todos piensan que soy obsesivo y desequilibrado.

—ESO NO AYUDA.

—Cierto. Lo siento.

Me miró fijamente, respirando con dificultad. Podía ver la guerra desarrollándose en su rostro. La indignación, la violación, la ira. Pero debajo de todo eso, una emoción que parecía casi como comprensión reticente.

—¿Están solo fuera? —preguntó finalmente.

—Justo afuera. Entradas y perímetro. Nada dentro. Te lo juro por mi vida, Riley. Nunca te observé en tus momentos privados.

Ella permaneció en silencio durante un largo momento.

—¿Algo más?

Pensé. Realmente pensé. Los abogados, las cámaras, la compulsión, el acecho, los secretos sobre quién era yo...

—No —dije—. Eso es todo. Es todo.

Ella asintió lentamente.

—Por el amor de Dios —gruñó. Y entonces me estaba besando.

Hice un sonido de sorpresa y alivio mientras sus labios se presionaban contra los míos. Mis brazos la rodearon automáticamente, atrayéndola hacia mí, sosteniéndola contra mi

pecho. Pensé que nunca volvería a hacer esto. Sabía a lágrimas, pasta de dientes y hogar.

—Todavía estoy enfadada —dijo contra mi boca.

—Lo sé.

—Todavía tengo miedo.

—Lo sé, cariño. Es totalmente comprensible.

—Tengo un millón de preguntas más —me miró con el ceño fruncido.

—Responderé a cada una.

—Y vas a suplicar perdón durante aproximadamente el próximo siglo.

—Sí. Lo que quieras —la besé de nuevo, más profundamente, poniendo todo en ello—. Haré lo que quieras. Solo no me alejes.

—Las cámaras se quitan.

—Mmm —dudé—. ¿Y si te doy acceso a ellas?

Frunció el ceño, lo pensó durante un segundo, y luego asintió con gravedad.

—Bien. Pero me avisarás antes de hacer cualquier otra cosa que afecte mi vida.

—Absolutamente.

—Aunque si instalas más equipos de vigilancia cerca de mí, encontraré la manera de hacerte daño.

—Entendido.

—Y vas a explicármelo todo. El portal, tu familia, tu reino, todo, con detalle. No más secretos.

—Te contaré todo. Cada detalle. Te daré una historia completa de Lytopia si la quieres.

—No seas listillo. Puede que realmente la quiera.

—Entonces es tuya.

Se apartó, me miró. Sus ojos seguían rojos de llorar. Sus manos estaban aferradas a mi camisa. Parecía exhausta y hermosa, como si estuviera tomando una decisión de la que podría arrepentirse.

—Esto es una locura —dijo—. Lo sabes, ¿verdad? Esto es completamente una locura.

—Lo sé.

—Soy una novelista romántica que escribe libros de hombres lobo, y estoy saliendo con un auténtico príncipe hombre lobo.

—Es divertido, ¿no? —sonreí, porque era jodidamente divertido. ¿Quién demonios lo hubiera pensado?

—Esto es o el mejor encuentro fortuito de la historia o una enorme señal de alarma.

—Posiblemente ambos.

Ella se rio. Era una risa acuosa y débil, pero era una risa, y me hizo sentir un dolor en el pecho por el alivio.

—Quédate —dijo.

Era una palabra, pero cambió todo mi mundo para siempre.

—Lo haré —prometí—. Durante todo el tiempo que me quieras.

19

— • —

Riley

Me puse de puntillas y estampé mi boca contra la suya.

Joder. Estaba besando a un hombre lobo.

Un Príncipe Alfa hombre lobo. Estaba besando a la realeza de otra dimensión. Debería estar corriendo hacia las colinas mientras llamaba a la policía. Debería estar haciendo literalmente cualquier otra cosa en vez de presionar mi cuerpo contra el suyo y dejar que su lengua se deslizara dentro de mi boca, ardiente mientras me reclamaba.

Pero había una sensación en mi pecho, ese mismo tirón que sentí en el callejón, ese calor que lo guio hacia mí, y me gritaba que esto era correcto. Que él era correcto. Que a pesar de todo, a pesar de los secretos y las mentiras y el comportamiento francamente desquiciado, era un buen hombre. ¿Un buen lobo? Lo que sea.

Me aparté lo justo para mirarlo. Sus ojos grises estaban desesperados, esperanzados, y podía ver que estaba esperando a que cambiara de opinión. Parecía que no podía creer que todavía estuviera aquí. ¿Cómo podía ser tan condenadamente adorable?

—Debería odiarte —dije—. Me mentiste. Durante *semanas* —lo miré fijamente. Él me devolvió la mirada. Ninguno de los dos se movió—. Estoy intentando estar enfadada —dije—. Estoy tratando de enumerar todas las razones por las que esto es una locura y debería echarte y no volver a hablarte nunca.

—¿Está funcionando?

—No —gemí, dejando caer mi frente contra su pecho—. No puedo dejar de amarte. Es muy inconveniente.

Sus brazos me estrecharon. Sentí que presionaba un beso en la parte superior de mi cabeza.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Por todo. Debería habértelo contado antes de permitir que llegáramos tan lejos en nuestra relación.

Mi corazón se saltó un latido al escuchar cómo sonaba *nuestra relación* en sus labios. Me gustaba mucho.

—Sí. Deberías haberlo hecho.

—Tenía miedo de que huyeras.

—Bueno. Huí.

—Y luego me dejaste volver —su voz era de asombro—. ¿Por qué?

Levanté la cabeza y miré a este hombre ridículo y completamente desquiciado que me miraba con absoluta devoción.

—Porque eres un buen hombre —dije—. Aunque también seas un acosador hombre lobo con problemas de límites.

—Eso... no es el cumplido que crees.

—Toma lo que puedas conseguir.

Dejó escapar un suspiro que era casi una risa.

—Tomaré cualquier cosa que me des.

Sopesé mis opciones. Lo había estado haciendo todo el día, la lista mental de pros y contras que seguía saliendo a su favor a pesar de toda la lógica y la razón.

Pro: Me amaba. **Contra:** Era un hombre lobo.

Pro: Me protegió de Damien. **Contra:** Me acosó.

Pro: Me hacía reír. **Contra:** Puso cámaras alrededor de mi edificio.

Pro: La forma en que me mira. **Contra:** Técnicamente es un príncipe de otra dimensión.

A la mierda.

Había estado agitada por las emociones todo el día. Mi cerebro estaba frito. Mi corazón estaba exhausto. Y el hombre frente a mí estaba cálido, sólido, mirándome con deseo desnudo. Quería dejarme llevar y dejar de pensar. Quería sentirme bien en lugar de confundida, asustada.

Así que lo besé otra vez, *fuerte*. No fue un beso tentativo, probando las aguas. Mis manos agarraron su camisa con fuerza, mi cuerpo se empujó contra el suyo, y mi lengua se introdujo en su boca.

Él gruñó, un sonido de sorpresa y desesperación, y me devolvió el beso con todo lo que tenía.

Las cosas escalaron rápidamente.

Un momento estábamos de pie en mi sala de estar, besándonos desesperadamente. Al siguiente, nos tambaleábamos hacia mi dormitorio, brazos y piernas enredados, jadeos y caricias por todas partes.

Caelan me empujó hacia el pasillo, su boca nunca dejando la mía. Sus manos agarraron mi cintura, mis caderas. Se deslizaron bajo mi camisa, dedos en mi espalda desnuda. Yo sujetaba sus hombros, lo acercaba más, sin dejar espacio.

—He deseado esto —gruñó contra mis labios—. Cada maldito día desde que te conocí. Cada hora. Nunca me cansaré de recordarte cuánto te he deseado, Riley. La contención que necesité para no tocarte...

—Entonces deja de contenerte.

Chocamos contra el marco de la puerta. Jadeé. Él gruñó, un gruñido real, bajo en su pecho, y el sonido envió calor a mi coño.

—Dormitorio —logré decir contra su boca—. Ahora.

Caímos por la puerta. Mis rodillas golpearon el borde del colchón y me senté con fuerza, mirándolo.

Respiraba con dificultad, sus pupilas enormes, un anillo ámbar alrededor de los bordes que debería ser aterrador pero que de alguna manera era lo más caliente que había visto nunca. Su pelo estaba salvaje por mis dedos, la manta alrededor de su cintura apenas se aferraba a sus caderas.

Parecía listo para devorarme viva.

Quería dejarlo.

—Fuera —dije, tirando de mi propia camisa—. Ayúdame.

Obedeció al instante. Tiró de mi camisa por encima de mi cabeza y la arrojó a un lado. Sus manos temblaban ligeramente mientras alcanzaba el broche de mi sujetador, y encontré el temblor entrañable. El gran lobo malo, nervioso por tocarme. Príncipe Alfa de

un reino entero y estaba luchando con un broche de sujetador. Nunca me había sentido más poderosa.

—Te he echado de menos —admitió, luchando un poco—. No quiero pelear nunca más. Joder, Riley. Por favor, nunca vuelvas a dejarme.

—Solo hemos estado separados unas pocas horas como mucho — levanté una ceja.

—Demasiadas —el broche cedió. Deslizó las tiras por mis brazos, y se quedó mirándome durante un largo momento, con aspecto casi dolorido—. El peor maldito momento de mi vida.

Me empujó de nuevo sobre la cama, cubriendo mi cuerpo con el suyo. El peso de él, el calor de él, la sensación de su pecho desnudo contra el mío, era abrumador de la mejor manera. Me arqueé, presionando contra él, y ambos gemimos ante el contacto.

Su boca recorrió mi cuello, dejando besos y suaves mordiscos a su paso. Llegó a mi clavícula, se detuvo allí, luego bajó más. Cuando su boca encontró mi pecho, jadeé, mis dedos clavándose en sus hombros.

—Tan sensible aquí —murmuró con aprobación, su lengua rodeando mi pezón—. Lo recordaré.

—Caelan...

—Shhh —pasó al otro pecho, dándole la misma atención, chupando y lamiendo alrededor de mi pezón, la piel volviéndose cada vez más rosada—. Déjame aprenderte.

Estaba jadeando, retorciéndome bajo él, cuando recordé... Todavía llevaba la manta alrededor de su cintura. Eso simplemente no podía ser. Bajé la mano, la arranqué, y envolví mi mano alrededor de su dura polla.

Caelan hizo un sonido destrozado. Lo había destruido con un solo toque.

—Joder... Riley...

—Esto es para mí —dije, acariciándolo lentamente—. Toda esta polla. Mía.

—Tuya —sus caderas se sacudieron en mi puño, su voz bajando a un gruñido—. Solo tuya. Siempre.

Era tan grande, todavía no me había acostumbrado a eso. Lo acaricié de nuevo, observando su cara, la forma en que apretaba la mandíbula, la forma en que sus ojos se cerraban con fuerza.

—Mírame —ordené. Sus ojos se abrieron de golpe, ardiendo de necesidad—. Buen chico.

Gimió, roto, ante el cumplido. Sus caderas empujaron contra mi agarre, desesperadas, y sentí una oleada de poder. Era peligroso, podría volverme adicta a mandarlo así. El Príncipe Alfa, completamente a mi merced. Me encantaba.

Me recosté en la cama, tirando de él conmigo, y fue entonces cuando lo vi. Me quedé completamente helada, con la mirada fija en la parte delantera de su muslo superior. Qué demonios-

—¿Qué es eso? —chillé, empujándolo hacia atrás para ver mejor su muslo y lo que estaba escrito allí, en elegante letra negra.

RILEY.

Mi maldito nombre estaba permanentemente tatuado en su cuerpo.

—Tú... —Las palabras no salían. Mi cerebro había sufrido un cortocircuito—. ¿TE TATUASTE MI NOMBRE EN EL MUSLO?

Caelan tuvo la osadía de reírse.

—Sí —dijo, sin ninguna vergüenza—. Me tatué tu nombre en el muslo.

—¿¡Cuándo!?

—Hace unas semanas. Lo hizo Dom.

—*¡¿Semanas?! ¿¡Dom?!* —estaba chillando de nuevo. No podía evitarlo—. ¿Los chicos de la tienda de tatuajes *saben* de esto?

—Pensaron que estaba loco —ahora estaba sonriendo, esa sonrisa enervante y hermosa—. No estaban equivocados.

Miré fijamente el tatuaje. La letra era elegante, fluida, ubicada en la parte delantera de su muslo superior donde lo vería todos los días. No había forma de esconder esto. Nunca. Se me ocurrió una idea. *Por eso* había usado tantas tiritas. Santo cielo.

—Te conozco desde hace como un mes más o menos —dije débilmente.

—No importa —su voz bajó, imponente—. Eres mía. Yo soy tuyo. Así es como funciona —presionó un beso en mi cadera, justo encima del borde de mi ropa interior—. Estoy orgulloso de llevar tu nombre cada día durante el resto de mi vida. Me perteneces, Riley.

—Eso es... eso es...

—La verdad —otro beso, más abajo—. Ahora deja de pensar en ello.

—¿Dejar de pensar en el hecho de que marcaste permanentemente tu cuerpo con mi nombre después de conocerme durante un mes? No, no meses. Borra eso. ¿Después de conocerme durante *días*? ¿Solo... dejar de pensar en eso?

—Sí —me miró, sus ojos oscuros con una promesa—. No importa. Puedo hacerte olvidarlo yo mismo.

Fruncí el ceño y abrí la boca para discutir *cómo* podría hacerme olvidar, pero entonces sus dedos se engancharon en la cintura de mi ropa interior, y el argumento murió en mi garganta. *Oh.*

—Esto tiene que irse —dijo, con voz áspera—. Ahora déjame probar lo que es mío.

Me las quitó lentamente, con reverencia, presionando besos en mis muslos mientras avanzaba. Estaba temblando de anticipación, y cuando se acomodó entre mis piernas, olvidé cómo respirar.

—Caelan...

—Cállate —su aliento era caliente contra mi centro—. Déjame adorarte.

Y entonces su boca estaba sobre mí, y dejé de pensar por completo.

Me comió con una concentración absoluta. Yo era el único alimento que necesitaba. Su lengua era implacable, viajando alrededor de mis pliegues, desde mi entrada hasta mi clítoris, chupando fuerte y suavizándolo con rápidos golpes de su lengua. Encontró cada punto sensible y me devastó, trabajándome con precisión devastadora. Lamía, chupaba, me devoraba como si estuviera hambriento de esto.

Me retorcía, jadeaba, mis manos agarraban las sábanas porque si agarraba su pelo podría arrancárselo.

—Oh Dios... Caelan... joder...

Gruñó contra mí, y la vibración envió chispas por mi columna. Luego deslizó dos dedos dentro de mí, curvándolos, encontrando un punto profundo dentro de mi coño que me hizo ver estrellas. *Sí.* Joder, sí.

—Tan mojada —gimió, sin levantar la boca—. Sabes mejor que cualquier néctar de los dioses.

Sus dedos empujaron más profundo, su lengua rodeando mi clítoris, y estaba subiendo rápido. Demasiado rápido. Mis muslos temblaban alrededor de su cabeza.

—Voy a... voy a...

—Córrete —ordenó, el alfa en su voz innegable—. Ahora.

—¡Caelan, sí! —me destrocé. El orgasmo me atravesó en oleadas, todo mi cuerpo temblando mientras él seguía lamiendo y saboreando, extrayendo cada último temblor hasta que quedé sin huesos, jadeando.

Cuando finalmente levantó la cabeza, su barbilla estaba húmeda y sus ojos brillaban ámbar.

—Hermosa —dijo, la satisfacción haciendo que su tono sonara desgarrado—. Y toda jodidamente mía.

—Ven aquí arriba —exigí, alcanzándolo—. Ahora.

Obedeció. Subió por mi cuerpo, dejando un rastro de besos sobre mi estómago, el valle entre mis pechos, mi clavícula, mi cuello. Cuando llegó a mi boca, lo atraje hacia un beso profundo, saboreándome en su lengua.

—Te necesito —susurré—. Dentro de mí. Ahora.

Caelan hizo una pausa, su gruesa polla posicionada entre mis muslos, la cabeza frotándose contra mi hendidura húmeda de una manera deliciosa, y la vacilación cruzó por su rostro.

—Espera... deberíamos... ¿necesitas protección...?

Parpadeé, tratando de hacer que mi cerebro funcionara a través de la bruma del deseo.

—Estoy limpia. Y tomo la píldora.

Frunció el ceño.

—¿Limpia de qué? ¿Enfermedades?

—Sí. ETS. Enfermedades de transmisión...

—¿Y qué es una píldora?

Lo miré fijamente. Claro. Diferente reino, todo diferente. Añade "explicar la anticoncepción humana al príncipe hombre lobo caliente" a la lista de cosas que nunca esperé hacer en medio de los preliminares.

—Control de natalidad —expliqué—. Evita el embarazo.

—Ah —asintió lentamente—. Nuestros sanadores no han encontrado ninguna enfermedad en mí. Los lobos no enferman. Y ha pasado... —hizo una pausa, cruzando la vulnerabilidad por su expresión—. Años. Desde que he tocado a una mujer.

—¿Años?

—No estaba interesado —mantuvo mi mirada, posesivo—. Te estaba esperando, incluso antes de saber que existías.

Las palabras me golpearon en lo más profundo. Además, ¿años? *¿Años?* ¿Y era tan bueno en esto? Algunas personas realmente tenían toda la suerte.

Me estiré, acuné su rostro.

—Entonces deja de esperar —susurré—. Toma lo que es tuyo.

El cambio fue instantáneo. La forma suave en que me tocaba desapareció, ahora parecía un cazador listo para atrapar a su presa. Sus pupilas se dilataron, el anillo ámbar expandiéndose, y vi al lobo allí, justo debajo de la superficie.

Empujó hacia adelante lentamente, la gruesa cabeza de su polla estirando mi coño. Jadeé, la quemazón mezclándose con el placer mientras se hundía más profundo. Pulgada a pulgada, me llenó hasta que estuvo enterrado hasta la empuñadura. Ambos nos quedamos inmóviles por un segundo, jadeando, nuestras frentes presionadas juntas. Su cuerpo temblaba contra el mío, cada músculo tenso.

—Joder, Riley —dijo entre dientes—. ¿Bien?

—Más —clavé mis uñas en su espalda—. Necesito más.

Empezó a moverse entonces, retirándose y embistiendo con estocadas profundas y controladas, haciéndome sentir cada pliegue y vena. Sus manos acunaron mi rostro, sus pulgares acariciando mis mejillas mientras me besaba entre cada empuje. Besos suaves y persistentes que me hacían doler el pecho. Esto era real, conectado, el tipo de sexo que te golpea en las entrañas.

—Te sientes... —Se estremeció, con la voz destrozada—. Jodidamente perfecta. Como si hubieras sido hecha para mí.

—Lo fui —no sabía de dónde venían las palabras, pero se sentían verdaderas—. Aparentemente.

Su restricción no duró. El control de Caelan comenzó a desvanecerse.

Cada embestida se volvió más dura, más rápida, sus caderas golpeando contra las mías con un sonido húmedo. Un gruñido bajo retumbó desde su pecho, y sus ojos destellaron completamente amarillos ahora, el lobo tomando el control. Agarró mis caderas con una fuerza que dejaría moratones, manteniéndome en mi lugar.

—¿Puedes soportarlo más fuerte? —exigió, con voz baja y cargada de hambre—. Necesito follarte como si lo dijera en serio. Dime que quieres mi polla golpeándote, que puedes tomarla.

—Sí —respiré, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura para atraerlo más profundo—. Dámelo duro. No te contengas.

Agarró mis muñecas, aplastándolas sobre mi cabeza con una mano grande. Su fuerza era abrumadora, no podía moverme ni un centímetro. En lugar de miedo, envió una oleada de calor directamente a mi centro, mi coño apretándose a su alrededor. Era embriagador.

—Quédate quieta —ordenó, su mano libre deslizándose hacia abajo para frotar mi clítoris en círculos firmes—. Sé mi buena chica y no las muevas.

El elogio me golpeó como una chispa. Asentí, sin aliento.

—Sí...

—Eso es, muy bien —gruñó, golpeándome con más fuerza. La cama crujía bajo nosotros, mis gemidos convirtiéndose en gritos con cada embestida brutal—. Joder, ¿te gusta eso? ¿Te gusta que te digan qué hacer?

Mierda. Pillada.

—Sí...

—Entonces toma lo que te doy. Dime quién te posee.

—Tú —jadeé, arqueándome—. Este coño es tuyo. Todo de mí.

Me mordisqueó el cuello, sus dientes rozándome lo justo para escocer. «Maldita sea que sí. Mía para reclamar».

En un abrir y cerrar de ojos, salió y me dio la vuelta sobre mi estómago, tirando de mis caderas hacia arriba para que mi trasero quedara en el aire. Me penetró desde atrás, el nuevo ángulo golpeando ese punto profundo dentro de mí que hizo que estallaran

estrellas tras mis ojos. Grité, agarrando las sábanas mientras embestía sin piedad.

«Joder, mírate», dijo, con la voz espesa de lujuria. Sus manos se clavaron en mis nalgas, separándolas. «Tan desesperada por mi polla».

—Caelan... por favor...

—¿Por favor qué? Usa tus palabras, pequeña amenaza.

—Más fuerte... necesito... más...

—Primero di que eres mía —gruñó, embistiendo con fuerza—. Dilo.

—Sí... tuya...

—Más alto. Grítalo.

—¡TUYA! —La palabra se desgarró de mi garganta mientras tiraba de mi pelo, arqueando más mi espalda.

—Así es. —Su mano se cerró en mi pelo, echándome la cabeza hacia atrás, arqueando mi columna—. Me perteneces, Riley. Cada centímetro de ti. Y yo te pertenezco a ti.

Su palma golpeó contra mi trasero, el agudo escozor floreciendo en calor que me hizo palpitar. Gemí contra las sábanas, mi cuerpo hormigueando de placer. Era algo que nunca había sentido antes. Mierda. *¿Así* era como debía sentirse el sexo?

—¿Te gusta eso? ¿Que te azote mientras te follo? —Su voz era áspera, exigente.

—Dios, sí... hazlo otra vez.

Me azotó de nuevo, más fuerte esta vez, seguido por sus dedos pellizcando mi clítoris. El dolor y el placer se entrelazaron,

empujándome justo al borde. «Qué buena chica». Su voz era pura gravilla. «Recibiéndome tan bien. Córrete para mí, Riley. Estruja mi polla con ese coño apretado. Ahora».

Me hice pedazos, mi orgasmo atravesándome en violentas oleadas. Grité su nombre, mi cuerpo temblando mientras mis paredes se cerraban sobre él, pulsando con fuerza.

Él me siguió segundos después, enterrándose profundamente y derramando su semen caliente dentro de mí con un rugido gutural. Nos derrumbamos juntos, sudorosos y agotados, su peso presionando cómodamente contra mi espalda.

Después de un minuto, logré soltar una risa ronca. «Hostia puta, eso fue... intenso».

Él se rio bajo, besando mi hombro. «Sí. Y apenas estamos empezando».

Iba a necesitar un minuto. O una hora. O posiblemente una columna vertebral nueva. Pero no permanecimos derrumbados por mucho tiempo. Después de un minuto o dos recuperando el aliento, lo sentí endureciéndose de nuevo dentro de mí. Levanté una ceja.

«Resistencia de hombre lobo», dijo, sin disculparse en absoluto. Casi presumido. «Podría continuar. A menos que no puedas soportarlo».

«¿A menos que no pueda...?» Me reí, sin aliento, incrédula. «¿Acabas de darme el mejor orgasmo de mi vida y cuestionas mi resistencia?»

«Demuestra que me equivoco». El desafío brillaba en su mirada. «Muéstrame lo que tienes, pequeña amenaza».

Lo empujé sobre su espalda y me subí encima de él, su polla aún anidada dentro de mi coño, la posición haciendo que nuestros jugos se deslizaran ligeramente desde mi entrada. La aprobación ardió en

su expresión. Sus manos encontraron mis caderas automáticamente, con un agarre que dejaba moretones.

Si el Príncipe Alfa quería un desafío, el Príncipe Alfa iba a tenerlo.

«Móntame», ordenó. «Toma lo que necesites».

Y eso hice. Me levanté y me hundí sobre él en un movimiento rápido, observando cómo su rostro se contraía de placer. Se sentía más grande así, y gemí al sentir su polla arrastrarse contra mis paredes sensibles. Su mandíbula se tensó, sus ojos se pusieron en blanco, y su agarre en mis caderas se apretó. Me encantó.

«Joder... Riley...»

«Mi turno para marcar el ritmo».

Moví mis caderas contra él, meciéndome lentamente al principio, sintiendo cada centímetro de su polla estirándome desde dentro. La plenitud me golpeaba justo donde debía, enviando chispas por mi columna. Sus manos vagaron por mis costados, palmas ásperas raspando ligeramente mi piel antes de posarse en mis pechos, apretándolos firmemente. Sus pulgares rozaron mis pezones, pellizcando lo suficiente para hacerme sisear.

«Eres impresionante», exhaló, con voz baja y áspera, sus ojos fijos en los míos como si no pudiera apartar la mirada.

Sonreí a través del calor creciente, inclinándome hacia adelante para apoyar mis manos en su pecho. «La adulación te llevará a todas partes».

«No es adulación. Es un hecho». Levantó sus caderas bruscamente, penetrando más profundo, y ambos dejamos escapar esos gemidos profundos que resonaron en la habitación silenciosa.

Aceleré el ritmo, montándolo más fuerte, mis muslos ardiendo mientras me levantaba y me dejaba caer. Los sonidos húmedos de mi coño deslizándose sobre su polla llenaron el aire, mezclándose con nuestras respiraciones pesadas. Sus dedos bajaron por mi estómago, encontrando ese punto donde nos conectábamos. Presionó su pulgar contra mi clítoris, frotando círculos apretados que hicieron que mi ritmo tartamudeara, el placer aumentando caliente y rápido.

«No pares», gruñó, agarrando mis caderas para empujarme más fuerte sobre él. Su agarre dejaba moretones de la mejor manera, guiándome mientras rebotaba. «Sigue. Déjame verte deshacerte en mi polla otra vez».

«Caelan...» Mi voz se quebró, mi cabeza inclinándose hacia atrás mientras la presión aumentaba en mi vientre.

«Vamos, pequeña amenaza». La orden alfa impregnó sus palabras. «Sé una buena chica y córrete para mí otra vez».

Me apreté a su alrededor con fuerza, el orgasmo golpeándome como una ola que me arrasaba. Mis paredes pulsaron con fuerza, agarrando su longitud mientras gritaba, mi cuerpo temblando. Él embistió una última vez, profunda y enérgicamente, su espalda arqueándose lejos de la cama. Chorros calientes de semen me llenaron, y él gimió mi nombre como una plegaria, sus brazos rodeando mi cintura para mantenerme cerca.

Nos derrumbamos en un montón sudoroso, yo tendida sobre su pecho, su corazón latiendo bajo mi oído. Sus manos trazaban patrones perezosos en mi espalda, ambos jadeando como si hubiéramos corrido una maratón.

«Podría hacer esto para siempre», murmuró después de un minuto, sus labios rozando mi cabello.

Me reí suavemente, aún recuperando el aliento. «Podríamos necesitar agua. Y aperitivos. Y posiblemente fisioterapia».

«Haré que los traigan», dijo, riendo. Sus dedos se enredaron en mi cabello, inclinando mi cabeza para un beso lento. «Pero primero... ¿la tercera ronda?»

«Resistencia de hombre lobo», suspiré. A este ritmo, no iba a poder caminar mañana. Totalmente valía la pena. Sonreí contra su boca, ya sintiendo ese dolor familiar construyéndose de nuevo. «Solo si haces que valga la pena».

Esta vez fue más lento.

Nos hizo rodar para que estuviéramos frente a frente, lado a lado, piernas entrelazadas. Empujó dentro de mí suavemente, y nos movimos juntos en un ritmo pausado, embestidas profundas y lánguidas que me hicieron sentir ingrávida.

Su frente presionada contra la mía. Su mano acunó mi rostro, su pulgar acariciando mi mejilla.

«Te amo», susurró contra mis labios.

«Te amo», murmuré de vuelta, su amor mezclándose con el mío en mi pecho, llenando mi corazón de una manera que competía con la sensación de su polla llenando mi coño.

«Pasaré el resto de mi vida demostrando que te merezco, Riley». Me llenó de besos por toda la cara.

«Ya me mereces». Acuné su rostro, asegurándome de captar su mirada. «Eres digno».

Sonrió, vulnerable. Una sonrisa que nunca le había visto antes.

«Quiero reclamarte», dijo en voz baja.

«Bueno, me has estado reclamando desde la primera ronda», dije. «¿Qué significa eso?»

«Es sellar el vínculo, hacerlo permanente». Todavía se movía dentro de mí, tirando de mi pierna sobre su cadera y golpeando dentro de mi coño implacablemente mientras explicaba. «Una mordida. Aquí». Sus dedos trazaron la unión de mi cuello y hombro, ligeros como plumas. «Nos conecta completamente. Sentirás mis emociones tan claramente como yo siento las tuyas. Sanarás más rápido. Vivirás más».

«¿Cuánto más?»

«Siglos. Quizás más».

Mi respiración se detuvo. Siglos con él…

«¿Qué más?», pregunté.

«No cambiarás. No te convertirás en lobo. Solo serás... mía. Oficialmente. De una manera que nadie podrá deshacer jamás».

Lo miré, realmente lo miré. Sus ojos, su rostro, la forma en que me miraba, me trataba. Cómo me había tratado desde el primer momento en que nos conocimos. Y de repente, no hubo vacilación en mi corazón, solo certeza pura.

«Sí», dije.

Todo su cuerpo se tensó. «¿Sí?»

«Sí. Reclámame. Hazme tuya».

El sonido que hizo fue inhumano. Alegría, alivio, necesidad, todo en uno. Empujó más profundo, construyendo el ritmo, y me sentí ascendiendo hacia otro pico. Nunca había tenido tantos orgasmos en

una noche. Demonios, quizás ni siquiera en una semana, al menos no con un hombre.

«Mírame», ordenó, con voz áspera. «No cierres los ojos. Quiero verte cuando te haga mía».

Mantuve su mirada, observé su rostro mientras el placer crecía y crecía. Sus ojos se volvieron completamente ámbar, brillando en la luz tenue, y pude ver al lobo allí, hambriento y devoto.

«Te amo», dijo. «Más que a nada. Más que a mi reino, más que a mi propia vida».

«Yo también te amo, Caelan. Muchísimo».

Embistió dos veces más, sus dedos pellizcando mi clítoris, y el orgasmo me golpeó como una ola, y en el momento exacto en que alcancé la cima, atacó. Sus dientes se hundieron en mi hombro, y mi mundo explotó.

No era solo placer, era una inundación de emoción derramándose en mí. El amor de Caelan estrellándose contra mi pecho. Su miedo, su alegría, lo sentía aún más que antes. No solo su cuerpo contra el mío, sino su alma. Su amor abrumador, su profundo alivio, su feroz protección. Su asombro de que yo fuera realmente suya, realmente aquí y eligiéndolo.

Lo había estado sintiendo incluso antes de la reclamación, porque siempre estuvimos destinados a estar conectados. Dos mitades de un todo. La sensación me abrumó, haciéndome perder en medio de nuestro placer compartido.

Cuando volví en mí, estaba llorando.

«¿Te hice daño?» Se estaba retirando, escrutando mi rostro, la preocupación rompiendo el ámbar en sus ojos. «Riley...»

«Estoy bien». Me reía entre lágrimas. «Estoy perfecta. Solo... puedo sentirte. Todo. Es mucho».

Su expresión se suavizó. El alivio inundó el vínculo, y me maravillé de lo claramente que podía sentirlo ahora.

«Te sentí antes», dije, con asombro en mi voz. «En el club del libro. En el callejón. No lo entendía entonces, pero te estaba sintiendo. Porque somos...»

«Compañeros», terminó. «Sí. Hemos estado conectados desde el momento en que te encontré, aunque no deberías haberlo sentido, ya que eres humana. Tal vez sea porque nuestro vínculo es tan fuerte. La reclamación ahora mismo solo... lo completó».

Me atrajo contra su pecho, envolviéndome protectoramente. Su mano cubrió la marca fresca en mi hombro, la marca de reclamación, y el calor pulsó a través de ella.

Nos quedamos dormidos enredados, mi cabeza en su pecho, su mano cubriendo la marca de reclamación.

Compañera. Por fin.

20

—•—

Riley

Cuando desperté esta vez, no había frío que arruinara el momento. No dolor de garganta, no nariz tapada, no estúpido ex para arruinar el momento. Solo calidez y satisfacción y el peso sólido del hombre envuelto a mi alrededor desde atrás.

Podía sentirlo a través del vínculo, una presencia constante en el fondo de mi mente. Ahora mismo, era pacífico. Somnoliento y contento. Y también, me di cuenta al moverme ligeramente, extremadamente excitado.

Su polla presionaba dura contra mi trasero, gruesa e insistente, anidándose justo en la curva como si fuera dueña del lugar. Y demonios, después de anoche, prácticamente lo era. Me moví solo un poco, frotándome contra él, probando las aguas, sintiendo esa longitud rígida deslizarse a lo largo de mi piel.

Caelan dejó escapar un gemido bajo, la vibración retumbando desde su pecho directamente a mi espalda. El calor atravesó nuestro vínculo, haciendo que mi núcleo se apretara. Su brazo se cerró más fuerte alrededor de mi cintura, tirándome contra su cuerpo, sin dejar espacio entre nosotros.

«Juego peligroso, pequeña amenaza», raspó, con la voz espesa de sueño y hambre, toda gravilla y deseo crudo.

«Tal vez me guste el peligro», respondí, con el pulso acelerándose.

Gruñó, medio divertido, medio advertencia, y sus manos comenzaron a moverse. Una se deslizó por mi costado, la palma áspera mientras ahuecaba mi pecho, amasando la carne con firmes apretones. Su pulgar rozó mi pezón, circulando lentamente antes de golpearlo, haciendo que se endureciera en un pico apretado que envió descargas directamente a mi coño.

La otra mano agarró mi muslo, los dedos hundiéndose, luego enganchó mi pierna hacia atrás sobre su cadera, abriéndome completamente, totalmente expuesta. Vulnerable como la mierda.

Y dios, amaba cada segundo.

Sus labios encontraron mi cuello, presionando justo sobre la marca de reclamación, y me estremecí con fuerza. Ese punto estaba conectado ahora, cada toque como un cable vivo en mis nervios, chispas bajando por mi columna y acumulándose calientes entre mis piernas.

«Buenos días», murmuró contra mi piel, su aliento caliente, y luego se movió, la cabeza de su polla empujando en mi entrada.

Jadeé mientras empujaba sin aviso ni lenta provocación. Solo él, grueso e implacable, estirando mis paredes ampliamente, llenándome hasta el fondo en un deslizamiento suave. Sus caderas se movieron hacia adelante, comenzando un ritmo de embestidas profundas y exigentes que sacudían todo mi cuerpo.

«Joder... Caelan...»

«Esa es la idea». Mordisqueó mi lóbulo, los dientes rozando afilados, mientras su mano en mi pecho apretaba más fuerte, rodando mi

pezón entre sus dedos. «Vas a tomar todo lo que te dé. ¿Entendido?»

«Sí...»

Me penetró desde atrás, golpeando firme y fuerte, su agarre en mi cadera dejando moretones profundos. Era más rudo que anoche, más exigente, como si hubiera estado conteniéndose y ahora la correa se hubiera roto. Cada embestida golpeaba contra mi trasero, sus testículos golpeando mi piel, los sonidos húmedos de mi coño recibiéndolo llenando la habitación.

«Se siente tan jodidamente bien», gruñó directamente en mi oído, su aliento caliente abanicando mi cuello. «Tan mojada para mi polla. Abre esos bonitos labios para mí, nena. Juega con tu clítoris y déjame ver cómo te retuerces de placer».

Gemí, las palabras golpeando algo familiar, tirando de algo en mi cerebro...

«Espera». Jadeé mientras se angulaba justo, golpeando un punto particularmente bueno. «Eso es... eso es del libro...»

«¿Qué libro?»

«El... oh dios... el libro del club de lectura. El pervertido. Estás... estás citándomelo...»

Se rió, satisfecho, sin disminuir el ritmo. «Tomé notas. Parecía que te gustaban esas escenas».

«Voy a matar a Margo por sugerir ese libro...»

«Le vas a dar las gracias». Pellizcó mi pezón, retorciéndolo lo suficiente para hacerme gritar, el dolor floreciendo en placer. «Porque tengo muy buena memoria. Y planeo recrear cada escena que te hizo retorcerte».

Su mano bajó por mi estómago, los dedos hundiéndose para encontrar mi mano sobre mi clítoris, hinchado y dolorido. Frotó círculos apretados usando mis dedos, presión firme que hizo temblar mis muslos, mi ritmo contra él fallando mientras el calor se enroscaba tenso.

La otra mano agarró mi mandíbula, girando mi cabeza bruscamente para poder estrellar su boca contra la mía en un beso contundente, su lengua empujando profundo, imitando lo que sus caderas estaban haciendo.

«Cada escena», dijo contra mis labios, su voz una oscura promesa. «Cada fantasía. Cada pensamiento sucio que tuviste mientras leías esas páginas. Voy a hacerlas todas realidad».

«Caelan...»

«Dime que lo quieres».

«Lo quiero...»

«Dime que lo necesitas».

«Lo necesito... por favor...»

«Buena chica». Golpeó más profundo, más fuerte, el ritmo volviéndose brutal, su polla golpeando tan profundo que bordeaba lo excesivo.

«Sí... sí...»

«Di mi nombre. Déjame oír quién te hace sentir tan bien».

«Caelan... Caelan, por favor...»

«¿Por favor qué? Dime lo que necesitas».

«Hazme correr... por favor hazme correr...»

«Ya que lo pides tan amablemente».

Sus dedos aceleraron en mi clítoris, frotando frenéticamente ahora, mientras sus embestidas se volvían erráticas, sus caderas moviéndose salvajemente. Estaba justo allí, tambaleándome, el placer construyéndose como una tormenta a través del vínculo, su necesidad reflejando la mía, empujándome más alto…

Y entonces alguien comenzó a llamar a mi maldita puerta.

—¡Riley! ¿Estás ahí?

La voz de Sloane, fuerte e insistente. Definitivamente no se iba a ir pronto.

Gemí, y no de la manera divertida.

Caelan ni siquiera hizo una pausa, embistiendo constantemente, su polla saliendo lentamente antes de hundirse de nuevo.

«Contéstale», ordenó, con voz baja y bordeada con ese tono alfa.

«Qué... no puedo...»

«Puedes. Contéstale. Ahora».

—¡SÍ! —grité hacia la puerta, la palabra convirtiéndose en un chillido estrangulado mientras él se hundía profundamente—. ¡ESTOY AQUÍ!

—¡Abre! ¡Traje refuerzos!

Más charlas, voces emocionadas. Margo y Jade, justo allí en el pasillo. Por supuesto. Sincronización perfecta. Justo en medio de él follándome sin sentido. El universo tenía un retorcido sentido del humor y yo era su objetivo favorito.

Los dedos de Caelan presionaron más fuerte en mi clítoris, circulando más rápido.

—Dame... —intenté, las palabras fracturándose mientras otra embestida me sacudía—. ¡DAME CINCO MINUTOS!

—Riley, suenas rara. ¿Estás bien?

Me mordí el labio con fuerza, tragándome un gemido mientras él empujaba más profundo, su mano libre deslizándose para cubrir mi boca, amortiguando el sonido. —¡BIEN! ¡SOLO... DAME CINCO!

«Esa es mi buena chica», susurró en mi oído, tan bajo que solo yo lo escuché, su pecho presionado contra mi espalda. «Corriéndote para mí con tus amigas justo afuera de la puerta. Te gusta eso, ¿verdad? ¿El riesgo de que te atrapen? ¿Sabiendo que podrían oírte si te dejas llevar? ¿El riesgo de que te descubran?»

Quería negar con la cabeza, negarlo. Pero joder, tenía razón. La emoción retorció el placer más alto, haciendo que mi coño se apretara más fuerte a su alrededor.

«Córrete», ordenó, su aliento caliente en mi cuello. «En silencio. Ahora».

El orgasmo me atravesó. Mi cuerpo se tensó, mis paredes pulsando con fuerza alrededor de su miembro, ordeñándolo mientras las oleadas me recorrían. Grité contra su palma, el sonido amortiguado, lágrimas brotando de mis ojos por la intensidad. Él se hundió profundamente una última vez, sus caderas sacudiéndose mientras se corría, su semen caliente inundándome, su gemido vibrando contra mi hombro.

Nos desplomamos en la cama, respirando agitadamente.

—Joder —jadeé cuando finalmente apartó su mano, mi voz ronca.

Me besó el cuello. —Exactamente.

Nos apresuramos a buscar ropa. Agarré lo primero que encontré, una camiseta y unos shorts, e intenté parecer presentable, como si no acabara de tener sexo alucinante hace treinta segundos.

Fracasé espectacularmente.

Mi pelo era un desastre, mis mejillas estaban sonrojadas, la marca de reclamación en mi hombro era visible por encima del cuello de la camiseta. Roja, evidente.

—Quizás debería... —empecé a ajustar el escote para cubrirla.

—No. —La voz de Caelan fue firme—. Déjala. Quiero que la vean.

—Caelan...

—Eres mía. Todos deberían saberlo de ahora en adelante. —Sus ojos destellaron en ámbar—. Déjala.

La dejé. Él desapareció en el baño mientras yo me dirigía a la puerta, gritando: —¡Ya voy! ¡Estoy yendo!

Muy mala elección de palabras, considerando las circunstancias.

Abrí la puerta para encontrar a Sloane, Margo y Jade en el pasillo. Sloane sostenía una bolsa de pasteles. Margo llevaba un portavasos de cartón con tazas de café. Jade parecía haber sido arrastrada contra su voluntad pero feliz por ello.

Las tres me miraron fijamente.

—Eh —dije—. Hola.

Los ojos de Sloane se entrecerraron. —Te ves...

—¿Saludable? ¿Radiante? ¿Descansada?

—Completamente follada —sugirió Margo, servicialmente.

—MARGO.

—¿Qué? Solo digo lo que todos están pensando. —Margo pasó junto a mí y entró al apartamento, dejando el café en la encimera—. Vinimos a ver cómo estabas.

Sloane la siguió, sus ojos escaneando el apartamento. Modo detective. —Te oí discutir ayer. A través de las paredes. Algo sobre lobos y portales y... honestamente, pensé que finalmente habías perdido la cabeza.

Se me heló la sangre. Por supuesto que Sloane había oído. Trabajaba en el edificio. Mentalmente, me di una palmada en la frente.

—¿Cuánto oíste?

—Lo suficiente para preocuparme. —Sloane dejó los pasteles—. No sonabas convincente por teléfono anoche. No respondías a los mensajes esta mañana. Vinimos a hacer una comprobación de bienestar.

—Estoy bien...

—No contestas tu teléfono, pareces haber sido atacada por una aspiradora, y tu apartamento huele a... —Sloane olfateó. Hizo una pausa—. ...sexo y... otro aroma. Uno extraño.

—Probablemente sea solo...

Y en ese momento, Caelan salió del dormitorio. Llevando una toalla alrededor de la cintura y nada más.

Todos se detuvieron. Tres pares de ojos se abrieron como platos. Tres mandíbulas cayeron simultáneamente.

Quería derretirme y fundirme con el suelo.

—Buenos días —dijo Caelan amablemente. Completamente normal. Para nada semidesnudo en mi apartamento frente a mis tres mejores amigas—. Riley, ¿quieres café? Puedo prepararlo para ti y tus amigas. —Miró hacia la encimera—. Aunque veo que ya han traído.

—Yo... tú... nosotros...

—Ya veo —dijo Margo lentamente, una sonrisa extendiéndose por su rostro—. ESTABAS ocupada.

—Puedo explicarlo...

—¿Puedes? —La ceja de Sloane estaba tan elevada que podría alcanzar la órbita—. Porque desde donde estoy, parece que el misterioso-australiano-sexy pasó la noche.

—Varias noches, de hecho —añadió Caelan alegremente.

—NO ESTÁS AYUDANDO —le siseé—. No es realmente australiano —solté, y me arrepentí inmediatamente.

—No lo soy —confirmó Caelan, colocándose detrás de mí. Sus manos se posaron en mis hombros, posesivas—. Soy de un lugar mucho más lejano.

—¿Más lejano que Australia? —Jade parecía confundida—. ¿Como... Nueva Zelanda?

—Como otra dimensión —murmuré.

Hubo una larga pausa.

—Perdona —dijo Margo—, ¿acabas de decir otra dimensión?

—Lo hizo —confirmó Caelan—. Soy un hombre lobo. Un Príncipe Alfa, específicamente. Riley es mi pareja destinada. La reclamé

anoche, por eso tiene esa marca en el hombro. Ahora estamos unidos de por vida. ¿Alguien quiere pasteles?

Silencio absoluto.

Me cubrí la cara con las manos. De todas las formas de revelar esto, había elegido la manera más absurdamente casual posible. Como si estuviera anunciando el clima. *Parcialmente nublado, posibilidad de criaturas sobrenaturales, croissants en la encimera.*

—De acuerdo —dijo Sloane después de un momento muy largo—. Voy a necesitar más información.

—¿Hombre lobo? —repitió Margo—. ¿Como... luna llena, balas de plata, teen wolf?

—La luna llena es un mito. La plata es meramente incómoda, no letal. Y soy significativamente mayor que un adolescente. —Caelan sonaba casi divertido—. Pero sí. Hombre lobo.

—Y eres un príncipe.

—Príncipe Alfa. Heredero al trono de Duskmere. Es un reino en Lytopia, un reino accesible a través de portales que conectan con vuestro mundo.

Jade levantó lentamente la mano. —¿Es... es Thessa...?

—Mi hermana. También una mujer loba. Sí.

El rostro de Jade pasó por aproximadamente diecisiete emociones en tres segundos. —¿He estado saliendo con una mujer loba?

—Una princesa, técnicamente. —Caelan asintió—. Aunque me odiaría por llamarla así.

—¿UNA PRINCESA?

—Esto es una locura —dijo Sloane rotundamente—. Esto es absolutamente una locura.

—Lo sé —gemí—. Sé que suena a locura. Pero es cierto. Todo. Se transformó delante de mí. En un lobo gigante. En un callejón.

—Mientras la salvaba de su ex-novio abusivo —añadió Caelan, servicial—. Que ya no es un problema.

—¿Damien? —Los ojos de Margo se entrecerraron—. ¿Qué le hiciste a Damien?

—Le hice olvidar todo y lo envié muy lejos. No molestará a Riley de nuevo.

—Joder. —Margo sonaba casi impresionada—. ¿Puedes hacer eso con mi ex?

—MARGO —dijimos Sloane y yo simultáneamente.

—¿Qué? ¡Solo pregunto!

El caos continuó durante varios minutos más. Preguntas y respuestas y exclamaciones y, en un momento dado, Caelan tuvo que transformarse parcialmente para demostrar que no mentía, lo que resultó en Jade gritando, Margo aplaudiendo, y Sloane sirviéndose tranquilamente más café. Solo un día normal en mi vida.

Finalmente, las preguntas comenzaron a disminuir. Jade estaba sentada en el sofá, claramente replanteándose cada momento de su relación con Thessa. Margo estaba enviando mensajes frenéticamente, probablemente a su terapeuta. Sloane observaba a Caelan con la mirada calculadora de alguien que ya planeaba cómo usar esta información.

—Entonces —dijo finalmente Jade, con una pequeña sonrisa rompiendo su asombro—. ¿Esto es oficial ahora? ¿Vosotros dos?

Abrí la boca para responder, una respuesta casual, una que no complicaría esto aún más, pero antes de que pudiera decir algo, los brazos de Caelan me rodearon por detrás.

—Muy oficial —dijo, su voz absoluta—. Ella es mía.

—No me has preguntado nada —señalé, apoyándome contra él a pesar de mí misma—. Oficialmente. No ha habido ninguna petición oficial.

—Te reclamé. Pensé que eso estaba claro.

—No es lo mismo que... ya sabes... pedirle a alguien que sea tu novia. O lo que sea el equivalente para hombres lobo.

Él murmuró pensativo. Luego, antes de que pudiera reaccionar, me giró para mirarlo, sus manos acunando mi rostro.

La habitación quedó en silencio.

—Riley Hawkins —dijo, sus ojos grises inquebrantables—. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

La habitación estalló.

—DIOS MÍO —chillé—. NO ME REFERÍA... ESTABA HABLANDO DE SER TU NOVIA...

—¿UNA PROPUESTA? —Jade estaba de pie, manos sobre su boca—. ¿ESTÁ PROPONIENDO MATRIMONIO?

—JODER —gritó Margo—. JODER DE VERDAD.

—Necesito sentarme —dijo Sloane, ya sentada.

Caelan solo me miraba, completamente imperturbable ante el caos a nuestro alrededor, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Novia —repitió, saboreando la palabra—. Qué título tan tonto.

—No es tonto...

—Es insuficiente. Inadecuado para lo que significas para mí. —Sus pulgares acariciaron mis pómulos, su voz bajando a algo más suave pero no menos dominante—. No eres mi novia, Riley. Eres mi alma gemela. Mi mujer. Mi otra mitad. Y quiero que seas mi esposa.

—Nos conocemos desde hace como UN MES...

—Supe que eras mía en el momento en que te vi. El tiempo es irrelevante.

—¡El tiempo no es irrelevante! ¡El tiempo es muy relevante! ¡Así funciona el tiempo!

—No para los lobos.

—No puedes simplemente PROPONER...

—Acabo de hacerlo.

—Delante de mis AMIGAS...

—Te lo propondría delante de todo el reino si me dejaras.

Estaba balbuceando, sin palabras, abrumada por la absoluta certeza en su voz, la intensidad en sus ojos, la reverencia en su toque.

—Estás loco —conseguí decir.

—Por ti. —Apoyó su frente contra la mía—. Siempre por ti. Di que sí.

—Yo... tú... esto es...

—Di que sí, Riley.

Detrás de nosotros, Jade estaba llorando. Margo estaba grabando con su teléfono. Sloane solo sacudía la cabeza lentamente, una sonrisa reticente tirando de sus labios.

Miré a este hombre ridículo y completamente desquiciado que se transformaba en lobo para salvarme, que tatuó mi nombre en su muslo después de conocerme durante días... A la mierda.

—Sí —susurré.

Me besó entonces, y se sintió como si me estuviera ahogando y finalmente respirando de nuevo.

—¡LO SABÍA! —gritó Jade—. ¡SABÍA QUE ESTO PASARÍA!

—Absolutamente no lo sabías —dijo Sloane.

—CÁLLATE, DÉJAME DISFRUTAR ESTO...

***

Mis amigas finalmente se fueron.

Tardaron otra hora de caos, incluyendo a Thessa llamando a Jade para confirmar que sí, ella era de hecho una princesa loba, sentía no haberlo mencionado antes, ¿y le gustaría a Jade venir a cenar para que pudieran discutir esto adecuadamente?

Pero finalmente, finalmente, el apartamento quedó en silencio otra vez.

Me desplomé contra la puerta cerrada, mirando a Caelan.

—Realmente acabas de proponerme matrimonio —dije—. Delante de mis amigas y sin un anillo.

—Te conseguiré un anillo. —Se movió hacia mí, esa gracia depredadora en cada paso—. Te conseguiré cien anillos. Mil. Lo que

quieras.

—Estaba pensando en, tipo, *uno*.

—Hecho. —Me acorraló contra la puerta, con las manos a ambos lados de mi cabeza—. ¿Qué más quieres? ¿Una ceremonia? Te daré la boda más grandiosa que cualquier reino haya visto jamás. ¿Un castillo? Puedes tener Duskmere. Todo el reino. Es tuyo.

—No necesito un reino...

—Qué pena. Ya tienes uno. —Se inclinó, su nariz rozando la mía—. Me tienes a mí. Y todo lo que viene conmigo.

Alcé la mano y toqué su rostro. Todavía maravillada de que esto fuera real. De que algo de esto estuviera realmente sucediendo.

—Desayuno —dije—. Quiero desayuno.

Él se rió, sorprendido, encantado. —Desayuno. Puedo hacer eso.

—No. —Me agaché bajo su brazo, dirigiéndome a la cocina—. Lo haré yo. Tú mantente alejado de mi cocina.

—Mi cocina no es tan mala.

—Tu sopa casi me mata.

—Estás siendo dramática.

—Saboreé sal durante tres días, Caelan. Tres. Días.

Me siguió a la cocina de todos modos, apoyándose contra la encimera mientras sacaba los ingredientes para hacer tortitas. Podía sentir sus ojos sobre mí, posesivos, y a través del vínculo, sus emociones eran un pulso constante de felicidad que coincidía con la mía.

—Tomaré clases de cocina —ofreció—. Humanas. Para poder proveer adecuadamente a mi pareja.

—Tu pareja puede proveerse a sí misma, gracias.

—Mi pareja es testaruda.

—Mi pareja es práctica.

Me agarró por la cintura cuando pasé junto a él, atrayéndome contra su pecho. Sus labios encontraron la marca de reclamación en mi hombro, y me estremecí.

—Mi pareja es perfecta —murmuró—. Y voy a pasar cada día demostrando que la merezco.

—Ya lo haces. —Me giré en sus brazos, rodeando su cuello con los míos—. Por muy desquiciado que estés.

—Desquiciado por ti.

—Deja de decir eso.

—Nunca.

Hice las tortitas. Él observaba, ocasionalmente interponiéndose en mi camino, ocasionalmente robando bocados de masa hasta que lo amenacé con una espátula. Éramos asquerosamente domésticos. Me encantaba.

Nos sentamos a comer, tortitas con nata y fresas, porque me sentía elegante. Caelan dio un bocado y gimió. Lo mejor que había probado jamás, aparentemente.

—¿Te gusta? —pregunté, divertida.

—Mi pareja hizo esto. Me gustaría aunque fuera carbón quemado.

—No es carbón quemado.

—Aún mejor.

Seguíamos distrayéndonos. Nuestros pies se enredaban bajo la mesa. Nuestros ojos se encontraban y mantenían demasiado tiempo. Su mano extendiéndose para limpiar un poco de nata de la comisura de mi boca, su pulgar demorándose en mi labio.

Luego metió su dedo en la nata y deliberadamente la untó por su propio pecho.

—Ups —dijo, sin siquiera intentar sonar sincero.

Lo miré fijamente. —¿Acabas de...?

—Qué torpe de mi parte.

—Lo has hecho a propósito.

—No tengo ni idea de qué hablas. —Miró la línea blanca en su pectoral—. Qué desafortunado. Supongo que alguien debería limpiar eso.

Sabía que debería poner los ojos en blanco, decirle que cogiera una servilleta. Ser una adulta madura y razonable.

En cambio, me incliné sobre la mesa y lo lamí.

En el momento en que mi lengua tocó su piel, el control de Caelan se hizo añicos.

Un segundo estaba inclinándome sobre la mesa del desayuno, lamiendo nata de su pecho. Al siguiente, él estaba de pie, con las manos agarrando mi cintura, levantándome sobre la mesa.

—Caelan, las tortitas...

—A la mierda las tortitas.

Pero incluso mientras lo decía, estaba alargando la mano para agarrar los platos, colocándolos cuidadosamente en la encimera detrás de él. Observé, desconcertada, cómo se negaba a dejar caer una sola fresa al suelo.

—No puedo desperdiciar lo que mi pareja preparó para mí —gruñó, volviendo hacia mí—. Ahora. ¿Dónde estábamos?

Sus manos ya estaban bajo mi camiseta, levantándola, exponiendo mis pechos. Agarró la lata de nata montada de donde estaba en la mesa y roció una cantidad generosa directamente sobre mis pezones.

—¿Qué estás...?

—Mi turno.

Y luego su boca estaba sobre mí, lamiendo y chupando la nata de mis pechos mientras yo me retorcía debajo de él. El frío de la nata, el calor de su lengua, el contraste era enloquecedor. Me arqueé hacia él, jadeando, mis manos agarrando su pelo.

—Delicioso —murmuró contra mi piel—. Pero sé de algo que sabe aún mejor.

Cielos.

Me arrancó los shorts y los arrojó a algún lugar que no me importaba. Sus manos agarraron mis muslos, abriéndome ampliamente, y me arrastró hasta el borde de la mesa para que mi trasero apenas se equilibrara en la madera.

—Caelan...

—Silencio. Estoy comiendo.

Se dejó caer de rodillas y hundió su cara entre mis piernas.

Grité, arqueando la espalda sobre la mesa, mis manos buscando apoyo en la superficie lisa. Me devoró, hambriento, lamiendo, chupando, su lengua trabajándome con una precisión devastadora.

—Puto cielo —gimió contra mi sexo, la vibración haciendo que mis dedos se curvaran—. Más sabroso que las fresas. Más sabroso que cualquier cosa. Podría festín contigo para siempre.

Sus dedos se unieron a su lengua, dos deslizándose dentro de mí, curvándose para encontrar ese punto que me hacía gritar. Me trabajó implacablemente, su boca en mi clítoris, sus dedos bombeando, empujándome cada vez más alto.

—Por favor... Caelan... necesito...

—¿Qué necesitas? —Alzó la mirada, con el mentón mojado, ojos brillando en ámbar—. Dime.

—A ti. Dentro de mí. AHORA.

Sonrió, lobuno. —Esa es mi buena chica.

Se levantó, agarró mis caderas, y me tiró de la mesa a su regazo en un solo movimiento fluido. Aterricé a horcajadas sobre él en la silla de la cocina, su duro miembro presionando contra mi entrada.

—Móntame —ordenó, agarrando mis caderas con fuerza suficiente para dejar moretones—. Toma lo que es tuyo.

Lo hice. Me hundí sobre él, tomándolo hasta la empuñadura, y ambos gemimos con la sensación. Todavía estaba sensible de esta mañana, todavía mojada de su boca, todavía temblando por el orgasmo que acababa de arrancarme, y el estiramiento de él llenándome era casi demasiado.

—Eso es. —Las palabras salieron ásperas, dominantes—. Muévete, Riley. Muéstrame lo que puede hacer mi pareja.

Comencé a moverme. Lento al principio, encontrando mi ritmo en la incómoda posición, luego más rápido a medida que el placer crecía. Sus manos guiaban mis caderas, estableciendo un ritmo castigador, sus ojos nunca abandonando mi rostro.

—Te amo —gruñó mientras su mano se deslizaba entre nosotros, encontrando mi clítoris de nuevo. Me quebré. El orgasmo me atravesó, y él me siguió un segundo después, hundiéndose profundamente, ambos gritando en la silenciosa cocina.

Me derrumbé contra su pecho, respirando con dificultad, completamente destrozada. Permanecimos así durante un largo momento. Sus brazos rodeándome, mi cara presionada contra su cuello, nuestros corazones latiendo al unísono.

—No puedo tener suficiente de ti —murmuré contra su piel.

—Bien. —Presionó un beso en la parte superior de mi cabeza—. Porque planeo tenerte cada día por el resto de nuestras muy largas vidas.

Levanté la cabeza y miré a este hombre imposible.

—Ahora *yo* tengo hambre —dije.

A través del vínculo, sentí su amor, diversión y excitación invadirme.

—Entonces come, pequeña amenaza —dijo—. El banquete es todo tuyo.

Resoplé y caí de rodillas frente a él. Y en algún lugar en el fondo de mi mente, me anoté mentalmente agradecer a Margo por esa sugerencia del club de lectura después de todo.

21

— • —

Riley

Limpiamos la cocina juntos.

Era asquerosamente doméstico, limpiar la mesa que acabábamos de profanar, lavar los platos, guardar la nata y las fresas. Caelan seguía encontrando excusas para tocarme. Una mano en mi cadera al pasar. Un beso en mi hombro. Sus dedos recorriendo mi columna cuando alcanzaba un armario.

No me quejé.

—Eres muy servicial —observé mientras secaba los platos que yo había lavado—. Para ser un príncipe.

—Se me conoce por hacerme útil en ocasiones.

—¿El personal del palacio sabe que puedes manejar un paño de cocina?

—Estarían escandalizados. —Dejó un plato y deslizó sus brazos alrededor de mí por detrás, con la barbilla apoyada en mi hombro—.

Pero fregaría cada plato en todos los reinos si eso significara quedarme aquí contigo.

—Eso es o muy romántico o muy codependiente.

—¿No puede ser ambos?

Nos duchamos después, juntos, porque aparentemente éramos incapaces de estar en habitaciones separadas ahora. Fue sorprendentemente casto. Solo agua caliente y manos suaves y sus brazos alrededor de mí mientras me apoyaba contra su pecho. Sin sexo, solo cercanía.

—Podría quedarme aquí para siempre —murmuró contra mi pelo mojado.

—Nos arrugaríamos.

—Valdría la pena.

Era agradable. Realmente agradable. Casi sospechosamente agradable. El universo nos estaba dando un momento de paz antes de dejar caer la siguiente catástrofe sobre nuestras cabezas.

Cuando finalmente salimos, limpios y vestidos y pareciendo humanos respetables en lugar de maníacos obsesionados con el sexo, finalmente encendí mi teléfono.

Inmediatamente me arrepentí.

Las notificaciones eran interminables. Mensajes de mis amigos, una cascada de textos cada vez más preocupados que abarcaban desde ayer por la tarde hasta esta mañana.

Sloane: ¿Estás bien?

Sloane: ¿Riley?

Sloane: Si no respondes en la próxima hora, voy para allá.

Margo: Sloane dice que estás teniendo una crisis. ¿Debería llevar vino?

Jade: ¿Estás bien? Thessa dice que Caelan está contigo. ¿Eso es bueno o malo?

Sloane: Vale, te oí a través de la puerta. Parte de ello. ¿Lobos? ¿Portales? Riley, ¿QUÉ COÑO está pasando?

Margo: Oficialmente estoy preocupada. Llámanos.

Había más. Docenas más. Pasé por ellos, haciendo muecas, tomando nota mental de disculparme apropiadamente más tarde.

Entonces vi un mensaje de un número desconocido. Lo abrí.

Desconocido: Hola Riley, soy Margaret de Chapter & Verse. Te esperábamos ayer pero nunca viniste a recoger tus materiales. ¡Espero que todo esté bien! ¿También encontré un artículo en el suelo que podría ser tuyo? ¿Un reloj? ¡Hazme saber cuándo puedes venir!

Oh mierda. Había olvidado por completo mis pertenencias en la librería.

Me giré para decírselo a Caelan... Y el mundo se inclinó.

Me agarré al mostrador mientras me invadía el mareo. Todo se sentía extraño, hormigueante, eléctrico. Una corriente zumbaba justo debajo de mi piel. Me palpitaba la cabeza. Mis extremidades se sentían pesadas y ligeras al mismo tiempo.

—¿Riley? —Caelan apareció a mi lado en un instante, con las manos en mis brazos, los ojos intensos de preocupación—. ¿Qué ocurre?

—No lo... no lo sé —parpadeé, tratando de aclarar mi visión—. Me siento rara.

—¿Rara cómo?

—Hormigueo. Pesadez. Mis sentidos están... —me detuve, incapaz de describirlo. De repente, todo parecía más intenso. La luz era demasiado brillante. Podía oír el latido del corazón de Caelan, realmente oírlo, constante y fuerte y ligeramente elevado por la preocupación.

—¿Es esto por el reclamo? —pregunté—. ¿Otro síntoma?

Su mandíbula se tensó. —No debería serlo.

—¿Qué quieres decir con que no debería serlo?

—El reclamo no causa síntomas físicos como este —me estaba estudiando de pies a cabeza, buscando respuestas—. No más allá de la curación inicial de la mordida.

Su preocupación me golpeó a través del vínculo, un pico de genuina inquietud que hizo que mi propia ansiedad se duplicara.

Después de unos minutos, las sensaciones se desvanecieron. El hormigueo se detuvo. Mi visión se aclaró. El extraño peso en mis extremidades se disipó.

—Mejor —dije, enderezándome—. Eso fue... raro.

—¿Qué pasó ahora mismo?

—No lo sé. Pero estoy bien. De verdad —forcé una sonrisa—. Vamos a la librería. Necesito recoger mis cosas.

No parecía convencido, pero asintió, cogiendo su chaqueta.

—Te estoy vigilando —dijo, y no era una amenaza, era una promesa —. Si algo más ocurre...

—Serás el primero en saberlo —le di una palmadita en el brazo—. Relájate. Estoy segura de que no es nada. Probablemente solo sea un bajón de azúcar.

Caminamos hasta la librería.

Caelan mantuvo una mano en mi espalda baja todo el tiempo, posesivo y protector en igual medida. Me observaba por el rabillo del ojo, rastreando cada respiración, cada paso, cada micro-expresión.

Era dulce.

Chapter & Verse era una acogedora librería independiente que había estado en Lysmont durante décadas. Margaret, la propietaria, era una amable mujer de unos sesenta años con cabello plateado y gafas de lectura perpetuamente posadas sobre su nariz.

—¡Riley! —Se alegró cuando entramos—. Empezaba a preocuparme. Se suponía que vendrías ayer.

—Lo siento mucho. Las cosas se... complicaron.

—La vida tiene esa costumbre —los ojos de Margaret se desviaron hacia Caelan, que se cernía detrás de mí, una sombra muy atractiva —. Veo que has estado ocupada.

Mis mejillas se calentaron. —Este es Caelan. Es mi... prometido.

La palabra todavía se sentía extraña en mi lengua. Como usar los zapatos de otra persona. Zapatos muy caros, muy reales que técnicamente no había aceptado ponerme. Las cejas de Margaret se elevaron.

—¡Prometido! ¡Felicidades! —Juntó las manos—. Bueno, déjame traer tus cosas. Las pancartas están en la parte trasera, y también los ejemplares firmados. Oh, y...

Desapareció detrás del mostrador y emergió con un pequeño objeto en la palma.

Un reloj.

Mi corazón se detuvo.

—Encontré esto en el suelo después de que te fueras de la firma —dijo Margaret, extendiéndolo—. Parecía antiguo. Supuse que tenía que ser tuyo.

Lo tomé con manos temblorosas.

El reloj era mío. El que mi madrina me dio cuando cumplí dieciocho años. El que pertenecía a mi familia, mi familia biológica, los padres que apenas podía recordar.

Había estado tan dispersa últimamente, tan abrumada con todo, que ni siquiera había notado que faltaba. Debería haber estado en mi habitación, guardado en la pequeña caja de joyas donde guardaba las cosas preciadas. Porque aparentemente no podía mantener la pista del único objeto irremplazable que poseía.

Si lo hubiera perdido...

—Gracias —respiré—. Muchas gracias. No... habría estado devastada si...

—Feliz de ayudar, querida —Margaret me dio una palmadita en la mano—. Ahora déjame traer esas cajas.

Margaret se dirigió a la parte trasera. Caelan se acercó más, su mano encontrando mi hombro.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo... —le di la vuelta al reloj en mis manos, pasando mi pulgar por el metal gastado—. Esto es lo único que tengo de mis padres. Mis padres biológicos. Si lo hubiera perdido...

—No lo perdiste —apretó mi hombro suavemente—. Está justo aquí.

Margaret regresó con una caja de materiales promocionales. Caelan la tomó de ella con facilidad, equilibrándola en un brazo sin aparente esfuerzo.

—Gracias de nuevo —dije.

—¡Cuando quieras, querida. Vuelve pronto!

Salimos. Apreté el reloj en mi mano mientras caminábamos, no queriendo perderlo de nuevo. Unos pasos más tarde, me detuve para sujetarlo alrededor de mi muñeca.

Caelan miró de reojo y se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué? —pregunté, terminando el cierre.

No respondió. Estaba mirando el reloj, mi muñeca. Su expresión era ilegible, cuidadosamente en blanco.

Y entonces me golpeó el mareo de nuevo. Peor esta vez. Mucho peor. El mundo giraba, mi visión entraba y salía, tartamudeando, inestable. Me tambaleé hacia un lado, extendiendo la mano para agarrar la pared de ladrillo.

—Riley... —Caelan dejó caer la caja, agarrándome por los hombros —. ¿Qué está pasando?

—No lo sé... no lo...

Mis rodillas amenazaban con doblarse. Él me sostenía ahora, la preocupación se transformaba en alarma.

—Voy a llamar a Aedan —dijo.

—Tal vez es solo...

—No estás bien —me escaneó de pies a cabeza, catalogando todo, y luego se detuvo. En mis brazos—. Riley.

—¿Qué?

Levantó uno de mis brazos, empujando mi manga hacia arriba, estudiando la piel allí.

—No por ser grosero —dijo lentamente—, pero ¿siempre has sido tan peluda?

—¿Disculpa?

Miré hacia abajo. Mis antebrazos estaban cubiertos de pelo, mucho más de lo habitual. Siempre había tenido una cantidad normal, pero esto era diferente, más denso, más perceptible. Casi como...

—Vaya —miré mi propio brazo—. No... no así.

Bueno. Eso era preocupante.

—¿Qué demonios está pasando? —murmuró Caelan, medio para sí mismo.

Su mirada volvió al reloj, y se congeló de nuevo. Muy, muy quieto.

—¿Dónde exactamente conseguiste eso? —la pregunta salió extraña, tensa, controlada de una manera que sugería que era cualquier cosa menos calma.

—¿El reloj? —lo toqué reflexivamente—. Mi madrina me lo dio. Cuando cumplí dieciocho. Era de mi familia.

—De tu familia.

—Mis padres biológicos. Apenas puedo recordarlos, pero mi madrina, ella me crió después de que murieron. Dijo que era lo único que tenía de ellos.

Los ojos de Caelan estaban fijos en él. Su mandíbula estaba tan apretada que podía ver el músculo saltando.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué pasa?

—Este reloj —alcanzó mi muñeca—. ¿Puedes quitártelo? Déjame verlo.

Lo desabroché y se lo entregué. Lo examinó de cerca, el trabajo metálico ornamentado, los delicados grabados. Su pulgar trazó el diseño. Luego le dio la vuelta. —He visto diseños como este antes.

—¿Entonces es valioso? Mi madrina dijo que era antiguo...

—No es solo antiguo —le dio la vuelta, estudiando la parte posterior. Su respiración se detuvo—. Ahí. Mira.

Miré. Había una inscripción en la parte posterior, letras pequeñas y elegantes que había visto mil veces pero nunca realmente examinado.

MIRABELLE

—Siempre pensé que era el nombre del fabricante —dije—. Como... la empresa que lo fabricó.

—No lo es —sus palabras apenas superaban un susurro—. Mirabelle no es una empresa, Riley. Es una casa noble... De Duskmere.

Las palabras no tenían sentido. Las escuché, las procesé, pero se negaban a formar un significado coherente.

—¿Qué?

—Este reloj, el diseño, la artesanía, la inscripción, es la marca de la nobleza de Duskmere. Casa Mirabelle. Una familia antigua, linajes ancestrales —sus ojos encontraron los míos, y había una extrañeza en ellos que no podía leer—. Este es un reloj que solo se transmitiría a través de esa familia. De padres a hijos. Generación tras generación.

Mi pecho se tensó. —Eso... eso no es posible. Mis padres eran humanos. Vivían aquí. En el mundo humano.

—¿Estás segura?

—Mi madrina...

—¿Tu madrina alguna vez te dijo de dónde venían? ¿Dónde nacieron?

Abrí la boca. La cerré.

No. No, Maris nunca lo hizo. Había dicho que eran personas reservadas. Que venían de lejos. Que habían muerto cuando yo era joven y no había nadie más.

—No puede ser correcto —dije—. Soy humana. Siempre he sido humana.

Caelan me observaba de cerca. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? —exigí—. ¿Qué ahora?

—Tus ojos.

—¿Qué pasa con mis ojos?

—Acaban de... —tragó—. Acaban de destellar. Dorados.

Mi corazón se detuvo.

—Tenemos que irnos —dijo Caelan, su voz cambiando a modo de comando completo—. Ahora.

Me devolvió el reloj, agarró la caja del suelo con una mano, la otra presionando firmemente contra mi espalda baja, impulsándome hacia adelante. Su ritmo era rápido, casi demasiado rápido, y tuve que medio trotar para mantenerme al día.

—Caelan, ¿qué me está pasando?

—No lo sé. Pero necesitamos llevarte a un lugar seguro.

—¿Seguro de qué?

No respondió. Solo siguió caminando, dirigiéndome por las calles hacia mi apartamento con un enfoque obsesivo.

La opresión en mi pecho empeoraba, y no solo por el miedo. Una presión se estaba acumulando dentro de mí, una fuerza tratando de abrirse paso, y estábamos a mitad de camino por las escaleras hacia mi apartamento cuando me golpeó la agonía.

No fue gradual. No un calambre de advertencia o una acumulación lenta. Fue repentina y absoluta, una agonía blanca y ardiente que desgarró todo mi cuerpo y me hizo caer de rodillas.

Grité.

—Riley... —Caelan abandonó la caja, cayendo en las escaleras a mi lado, con las manos en mis hombros—. Riley, mírame. ¿Qué está pasando?

—No puedo... no puedo... —no podía formar palabras. Estaba en todas partes, en cada célula. Mi cuerpo estaba siendo reordenado

desde dentro hacia fuera. Mis huesos dolían. Mi piel ardía. Una parte de mí se estaba agrietando, rompiendo, reformando.

—Joder —la palabra salió áspera de alarma—. Estás cambiando.

—¡¿QUÉ?!

—Estás cambiando de forma. Ahora mismo. Tu cuerpo está tratando de cambiar.

—NO PUEDO CAMBIAR. SOY HUMANA. SOY...

—No lo eres —me agarró en sus brazos y corrió todo el camino hasta mi apartamento, cerrando la puerta de una patada y depositándome en medio de la sala de estar, sus manos acunando mi cara, obligándome a encontrarme con sus ojos. Estaban brillando en ámbar, intensos y autoritarios—. Riley, escúchame. Estamos solos ahora. Necesitas dejar que suceda.

—No sé cómo...

—Respira. Dentro y fuera. Lento. Despeja tu mente —mantuvo mi mirada, firme y arraigada, cortando el pánico—. Hay otra presencia dentro de ti. Una loba. Ha estado dormida, pero está despertando ahora. Necesitas dejarla pasar.

—No puedo... duele...

—Lo sé. Sé que duele. Pero luchar lo empeora —sus pulgares acariciaron mis pómulos—. Déjalo ir, Riley. Confía en mí. Confía en ti misma. Déjala tomar el control.

No sabía cómo hacer eso. No sabía cómo soltar lo que ni siquiera sabía que estaba allí.

Pero el dolor era demasiado. Ya no podía luchar más.

Cerré los ojos y respiré, alcanzando la presencia que de repente podía sentir en el fondo de mi mente, un ser antiguo y salvaje y absolutamente, completamente mío.

El cambio me tomó.

Agonía y éxtasis a la vez. Los huesos se rompieron y reformaron, los músculos se desgarraron y reconstruyeron, el pelo brotó por toda mi piel. Mi perspectiva cambió, más baja, más amplia, más aguda. La agonía era inmensa, pero debajo de ella había una extraña rectitud. Una pieza del rompecabezas encajando en su lugar. Volver a casa a una casa que nunca supe que había dejado.

Y entonces terminó.

Estaba parada en cuatro patas en mi sala de estar, jadeando, desorientada. Mi cuerpo era diferente, más largo, más fuerte, cubierto de pelo. Había otra conciencia en mi mente, una presencia que era un reflejo de mí misma. La loba.

Ella estaba curiosa, alerta, complacida de estar finalmente despierta.

Hola, pensé hacia ella, sintiéndome ridícula.

No respondió con palabras. Solo una ola de satisfacción, de pertenencia. De finalmente estar completa.

Caminar era más difícil de lo que parecía. Tropecé inmediatamente, la coordinación completamente errónea, extremidades moviéndose en patrones que no entendía. Cuatro patas eran significativamente más complicadas que dos.

—Tranquila —Caelan, en algún lugar detrás de mí—. Ve despacio. Eres más grande de lo que eras. Date tiempo para adaptarte.

Segundo intento. Una pata delante de la otra. Choqué contra la pared. Golpeé el marco de la puerta con mi hombro. Era demasiado

ancha, demasiado alta, demasiado de todo.

Mi cola, me di cuenta distantemente, estaba meneándose. Sin mi permiso. Traidora.

Había un espejo en mi pasillo, uno de cuerpo entero que había comprado en una tienda de segunda mano. Me dirigí hacia él, tambaleándome como borracha, y la loba dentro de mí me instó a avanzar con curiosidad ansiosa.

Y entonces me vi a mí misma.

La loba en el espejo era blanca.

Blanca pura y brillante, tan brillante que casi parecía brillar. Mi pelaje era completo y lustroso, mi constitución elegante pero poderosa, y mis ojos ardían dorados fundidos en el pasillo sombreado.

Era hermosa.

La loba se pavoneó. *Por supuesto que lo somos.*

Genial. Mi loba interior era vanidosa. Hice un sonido, el equivalente lobuno de un jadeo, y el reflejo me imitó, las orejas moviéndose hacia adelante con sorpresa.

—Eres... —la voz de Caelan era ronca, áspera con emoción que no podía identificar—. Eres la cosa más exquisita que he visto jamás, Riley.

Lo miré. Estaba parado a pocos metros, mirándome con una expresión de puro asombro. Sus emociones me inundaron: maravilla, reverencia, amor abrumador.

Pero debajo de todo: confusión. Porque esto no debería ser posible. Él sabía que no debería ser posible.

Y ahora el pánico se estaba instalando.

¿Cómo volvía? ¿Cómo me convertía en humana de nuevo? No sabía cómo revertir esto. Ni siquiera sabía cómo lo había hecho en primer lugar. No había un manual para esto. Ninguna guía de "Así que accidentalmente te has convertido en hombre lobo" que pudiera consultar.

Un gemido angustiado se me escapó, nada parecido a como debería sonar mi voz, y Caelan estuvo allí inmediatamente, arrodillándose frente a mí.

—Oye. Oye, está bien. Te tengo —su mano se posó en el lado de mi cara, los dedos hundiéndose en mi pelaje—. Puedes volver a cambiar. El mismo proceso a la inversa. Encuentra tu yo humana en tu mente. Busca por ella. Déjala tomar el control.

Lo intenté. Tomó más tiempo esta vez, minutos de concentración, de tantear a través de mi propia conciencia, buscando la parte que todavía era humana.

Pero finalmente, finalmente, el hormigueo comenzó. El cambio se revirtió, y volví a cambiar.

Cuando terminó, estaba desnuda en el suelo de mi pasillo, temblando, mirando a Caelan con ojos enormes.

—¿Qué me has hecho? —susurré.

—Yo no hice esto —sonaba firme, pero había un borde de incertidumbre debajo—. El reclamo no... no puede... tienes que nacer siendo lobo, Riley. No puedes convertirte en uno.

—¡Entonces explica ESTO! —gesticulé hacia mí misma, desnuda, temblando, habiendo acabado de convertirme en una literal loba—. Porque he sido humana toda mi vida. HUMANA. Y luego me mordiste y ahora soy...

—Esto no fue el reclamo —pero incluso mientras lo decía, la duda cruzó su rostro—. No podría ser.

—¡No lo sabes!

—Nadie ha...

—¡Quizás nadie ha sido reclamado por un heredero alfa antes! —Mi voz se elevaba, la histeria se arrastraba—. ¡Quizás tu mordida real especial tiene efectos secundarios reales especiales! ¡Quizás tu veneno de hombre lobo o saliva o *lo que sea* tiene potencia extra porque estás literalmente al lado del trono!

—No es así como funciona...

—¡¿Cómo lo sabrías?! ¡Dijiste tú mismo que nunca has reclamado a nadie antes! ¡Quizás esto es lo que sucede y simplemente no lo sabías!

Ambos estábamos de pie ahora, frente a frente, la discusión escalando. Su frustración pulsaba a través de mí, su confusión, su desesperada necesidad de entender lo que estaba sucediendo.

No coincidía con la mía. Estaba furiosa, aterrorizada y absolutamente segura de que esto era su culpa.

—He visto docenas de apareamientos —dijo, tratando de mantener su voz tranquila—. He visto lobos reclamar a compañeras humanas, *reyes* reclamándolas. Nunca los transforma. Nunca. El reclamo te conecta conmigo. Extiende tu vida. No cambia tu especie.

—¡Bueno, aparentemente ahora sí!

—El reloj —dijo de repente—. Casa Mirabelle. Tus padres...

—Mis padres eran humanos.

—No sabes eso. Tú mismo dijiste que tu madrina nunca te contó de dónde venían. ¿Y si eran lobos? ¿Y si eran de Duskmere? ¿Y si siempre has tenido sangre de lobo en ti, solo que dormida, y el reclamo la despertó?

—¿Y si he sido un hombre lobo toda mi vida y simplemente no lo sabía? —Me reí, con un tono agudo y maniático, sin encontrarlo divertido en absoluto—. Oh, eso es mucho mejor. Gracias por eso. Muy útil.

—Estoy tratando de encontrar una explicación...

—Una explicación que no haga que esto sea tu culpa, quieres decir.

Él se estremeció, realmente se estremeció, y bien. Que lo haga.

—Riley... —Extendió la mano hacia mí.

—No. —Levanté una mano—. Solo... no. Necesito pensar. Necesito...

¿Qué necesitaba? No tenía idea. Todo lo que creía saber sobre mí misma se había puesto patas arriba en el lapso de una hora.

—Necesitamos respuestas —dijo Caelan—. Llamemos a Thessa.

—¿Thessa? ¿Por qué?

—Porque ella podría saber más sobre la Casa Mirabelle. Siempre ha sido una friki de la historia. O puede volver a Lytopia y preguntarle a nuestros padres. A los historiadores. Alguien que pueda entender lo que está pasando.

Quería seguir peleando, aferrarme a la furia porque era más fácil que lidiar con el miedo que había debajo.

Y me aferré a ella. La mantuve cerca, mi armadura contra el miedo.

—Bien —respondí bruscamente—. Llámala.

Caelan sacó su teléfono. La conversación fue breve, palabras tersas, tono urgente. En quince minutos, alguien llamó a la puerta.

Thessa entró y se quedó paralizada.

—¿Qué pasó? —Me estaba mirando, observando mi apariencia, el estado desaliñado, la situación de estar envuelta en una manta, la mirada salvaje en mis ojos—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Me transformé —dije sin rodeos.

Thessa parpadeó.

—¿Tú... qué?

—Me transformé. En un lobo. Un lobo blanco. Hace unos veinte minutos.

La boca de Thessa se abrió. Se cerró. Se abrió de nuevo. Miró a Caelan, luego a mí, luego a Caelan otra vez.

—Eso no es posible —dijo finalmente.

—¡Eso es lo que yo dije!

—No está bromeando —dijo Caelan—. Lo vi suceder. Se transformó. Transformación completa. Pelaje blanco, ojos dorados, todo.

—Pero ella es humana.

—Aparentemente no.

Los ojos de Thessa se agrandaron.

—Oh. Oh, mierda.

—Sí —dije—. Oh, mierda es correcto.

Caelan le mostró el reloj. Explicó la inscripción, la conexión con Mirabelle, mis misteriosos padres biológicos. La expresión de Thessa se volvió más confusa con cada palabra.

—Casa Mirabelle —murmuró—. Fueron exterminados hace décadas. Un trágico incendio, toda la familia... —Se detuvo. Me miró con ojos muy abiertos—. Pero si tus padres eran lobos Mirabelle, si naciste con sangre dormida que el reclamo de alguna manera despertó...

—Así que SÍ es su culpa —dije.

—No creo... eso no... —Thessa se frotó las sienes—. Necesito volver. Hablar con nuestros padres. Acceder a los archivos. Podría haber registros, genealogías, piezas que expliquen...

—Hazlo —dijo Caelan—. Ahora.

—Voy. —Thessa ya se dirigía hacia la puerta. Luego hizo una pausa, volviéndose con una mirada furiosa—. Además, le contaste a Jade sobre nosotros. Sobre los lobos. Sin consultarme.

—Le conté a los amigos de Riley —corrigió Caelan—. A todos ellos.

—CAELAN.

—Era relevante en ese momento.

Thessa hizo un sonido de pura frustración. Se volvió hacia mí.

—¿Puedes explicarle todo a Jade? Que tengo que irme. Discúlpate por mí. Suplica si es necesario.

—Me encargaré —dije.

—Gracias. —Thessa le lanzó a su hermano una última mirada asesina—. Volveré tan pronto como tenga respuestas.

Se fue. El apartamento quedó en silencio. Nos miramos fijamente.

—Todavía estoy enojada contigo —dije—. Esto aún podría ser tu culpa.

—Lo sé.

—Y vamos a tener una conversación muy larga sobre todo esto cuando esté menos... en shock.

Se acercó a mí lentamente, con cuidado, como te acercarías a un animal salvaje. Lo cual, supongo, literalmente era ahora.

—Sea lo que sea que haya pasado, sea cual sea la verdad... sigues siendo mía. Y yo sigo siendo tuyo. Eso no ha cambiado.

Di un paso atrás, manteniendo la distancia entre nosotros.

—Ya no sé quién soy. —Las palabras salieron más calladas de lo que pretendía—. Pensé que lo sabía. Era Riley Hawkins, novelista romántica, humana desastre, persona normal. Y ahora...

—Ahora eres Riley Hawkins, novelista romántica, humana desastre, persona normal, y también aparentemente una mujer lobo. —Intentó una pequeña sonrisa—. La misma persona. Solo que... más.

—No es así como se siente.

No intentó tocarme otra vez. Solo se quedó ahí, paciente, firme.

—Pero lo resolveremos. Juntos.

—Encuéntrame respuestas —dije, fría y distante—. Y luego hablaremos.

Su expresión cambió del dolor a la aceptación, determinación.

—Trato hecho.

No dejé que me abrazara, no hasta que entendiera en qué me había convertido. Pero a través del vínculo, sentí su amor, constante e inquebrantable a pesar de mi enojo.

Y en algún lugar profundo en mi interior, donde ahora vivía la loba, ella se asentó en la satisfacción. En el hogar.

No estamos solas, parecía decir. *Tenemos un compañero. Tenemos una manada. Estamos a salvo.*

No estaba lista para creerle.

22

— • —

Caelan

Dos días de espera, y Riley estaba harta.

Honestamente, yo también. Había estado dándole vueltas a la situación constantemente, examinándola desde todos los ángulos, reviviendo cada momento, buscando una explicación que tuviera sentido.

No pude encontrar ninguna.

Por mucho que intentara darle vueltas, no había manera de que mi mordisco hubiera hecho esto. El reclamo no creaba lobos. Nunca lo había hecho. En toda la historia de Lytopia, en todos los archivos que había leído y las leyendas que había escuchado, nunca hubo un solo caso de un humano transformándose en lobo a través de un vínculo de pareja.

Lo que significaba que la respuesta estaba en otro lugar. En el pasado de Riley, en sus padres, en la misteriosa madrina que la crió.

Estábamos sentados en su apartamento cuando finalmente estalló.

—No puedo seguir sentada aquí —dijo, caminando a lo largo de su sala de estar—. Thessa ha estado fuera durante dos días sin decir palabra. Necesito HACER algo.

—Lo sé. —La observé, siguiendo sus movimientos. Todavía mantenía distancia entre nosotros, rechazando mi contacto, mi consuelo. Era una tortura—. ¿Qué recuerdas? Sobre tu infancia, tu madrina, cualquier cosa que pueda darnos una pista.

Riley dejó de caminar, considerando.

—No mucho. Era joven cuando mis padres murieron. Mi madrina, Maris, me crió después de eso. Nunca habló sobre de dónde venían mis padres. Solo decía que eran personas reservadas que me amaban mucho.

—¿Nada más?

—Solía llevarme a algún sitio. Con frecuencia. —La frente de Riley se arrugó, aflorando recuerdos—. Una librería. En un pueblecito. Ahí fue donde me enamoré de la lectura, en realidad. Me dejaba allí durante horas mientras ella... no sé. Hablaba con los dueños, creo. Eran amigos.

Me enderecé.

—¿Dónde está?

—Bajando la montaña. Un pueblo pequeño llamado Ryeville. Está a unas dos horas de aquí.

—Los dueños de la librería. ¿Todavía están allí?

—No lo sé. No he vuelto en años. —Me miró, una chispa de interés finalmente iluminando sus ojos después de días de apartarme—. ¿Crees que ellos podrían saber algo?

—Tu madrina te llevaba allí con frecuencia. Hablaba con los dueños. Si estaba ocultando tu herencia, guardando secretos sobre tu origen, ellos podrían haber sido parte de eso.

Riley permaneció callada por un momento, luego asintió con la expresión determinada que estaba aprendiendo a reconocer. La que significaba que había tomado una decisión y nada la haría cambiar de opinión.

—Vamos.

Ya estaba de pie.

—Vamos a buscar algunas respuestas.

***

El coche de Riley era una trampa mortal.

Miré el vehículo con profunda sospecha mientras ella lo desbloqueaba. Un sedán oxidado que parecía mantenerse unido por optimismo y oraciones. La pintura se estaba descascarando, el parachoques estaba abollado, y había cinta adhesiva, cinta adhesiva de verdad, sosteniendo parte del espejo lateral.

El motor hacía sonidos preocupantes cuando lo arrancó: chirriando, luego tosiendo, luego un jadeo que sonaba claramente fatal.

El asiento del pasajero se tambaleó cuando me senté. Probé el cinturón de seguridad. Se atascó a medio camino.

—¿Es... seguro? —pregunté.

—Es fiable. —Riley dio unas palmaditas cariñosas al tablero—. Mayormente.

—Mayormente.

—Me ha llevado a todos los sitios que he necesitado durante los últimos ocho años.

—Eso no responde a mi pregunta sobre seguridad.

—Tiene carácter.

—Tiene óxido.

—Eso es parte del carácter. —Riley me lanzó una mirada, y ahí estaba. El primer indicio de humor que había visto en ella desde que se transformó—. ¿Asustado, Príncipe Alfa?

—Preocupado —corregí—. Hay una diferencia.

—Claro que sí. —Puso el coche en marcha atrás. La transmisión hizo un sonido que no debería existir en la naturaleza—. Abróchate el cinturón, Su Alteza.

—Mi cinturón está atascado.

—Solo agárrate al tablero. Estarás bien.

No iba a estar bien en absoluto. Iba a morir en este vehículo. Treinta y dos años de vida, entrenado para ser un guerrero desde que podía caminar, sobrevivido a batallas que harían desmayarse a la mayoría de los lobos, y así es como terminaría. En un sedán oxidado en una carretera de montaña con una mujer que se negaba a dejarse consolar.

Salimos del aparcamiento y comenzamos el largo descenso por la montaña. Las carreteras eran sinuosas, el paisaje hermoso, y pasé la mayor parte del viaje rezando silenciosamente a la diosa para que este montón de óxido no se averiara en medio de la nada.

Cada bache hacía temblar el coche. Cada curva hacía que el volante se sacudiera. En un momento, la radio se encendió sola, emitiendo

música durante tres segundos antes de apagarse por completo.

—Hace eso a veces —dijo Riley.

—Por supuesto que lo hace.

De alguna manera, milagrosamente, llegamos de una pieza. Pequeñas misericordias.

Ryeville era pequeño, encantador de manera pintoresca y humana. Una calle principal con tiendas locales, un restaurante, algunas casas dispersas. El tipo de lugar donde todos conocían a todos y los extraños destacaban.

Riley conducía lentamente, entrecerrando los ojos a través del parabrisas.

—Ha pasado un tiempo —murmuró—. Las cosas se ven diferentes.

—¿Recuerdas dónde está la librería?

—Creo que sí. ¿Por esta calle, quizás? Pasando el... —Señaló—. Sí. Allí.

Lo vi. Un edificio antiguo con un letrero desgastado: WOODS & PAGES.

Riley aparcó fuera. Nos sentamos en silencio, ambos observando la fachada de la tienda.

—¿Lista? —pregunté.

—No. —Tomó aire—. Pero vamos de todos modos.

Salimos del coche y caminamos hacia la entrada. La campana sobre la puerta sonó cuando entramos.

El interior era acogedor. Iluminación cálida, estanterías abarrotadas, el olor a papel viejo y café. El paraíso de un ratón de biblioteca. A mi compañera le encantaría este lugar. Probablemente le encantó, de niña. Algunas cosas tenían perfecto sentido.

Estaba catalogando el espacio, notando las salidas, la disposición...

Y entonces lo olí.

Me puse rígido, con los pelos de punta, cada músculo de mi cuerpo tensándose. Mi lobo surgió hacia adelante, alerta y listo.

Otro lobo. Había otro lobo aquí.

Me moví instintivamente, posicionándome entre Riley y el resto de la tienda, protegiéndola con mi cuerpo mientras nos acercábamos al mostrador.

—¿Caelan? —susurró Riley—. ¿Qué pasa?

Antes de que pudiera responder, una mujer apareció detrás del mostrador. Cabello rojo oscuro, gafas, una cálida sonrisa.

—¡Bienvenidos a Woods & Pages! ¿Puedo ayudaros a encontrar...?

Pasos en las escaleras. Un hombre descendiendo, llevando dos tazas de café. Se congeló cuando me vio. Me congelé cuando lo vi. De todas las librerías en todos los pueblos humanos en todos los reinos, y entro en la que dirige el Rey de Ravenor.

—¿Malachar Ashborne? —dije.

—¿Caelan Goldridge? —Las cejas del hombre se dispararon hacia su línea del cabello—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

La tensión en la habitación cambió de defensiva a confusa a cautelosamente amistosa. Malachar dejó las tazas de café en el mostrador, todavía mirándome como si viera un fantasma. La mujer

pelirroja nos miró a los dos, claramente sintiendo que le faltaba contexto.

—¿Vosotros dos os conocéis? —preguntó.

—Así es —confirmé, relajando mi postura ligeramente. No completamente, los viejos hábitos son difíciles de romper, pero lo suficiente para señalar que no estaba aquí para pelear—. Malachar Ashborne. Rey de Ravenor.

—¿Rey de...? —La cabeza de Riley giró hacia mí—. ¿Lo conoces?

El ceño no había abandonado su rostro desde que comenzó todo este lío. Lo odiaba. Odiaba la distancia, odiaba la sospecha, odiaba todo sobre esta situación.

—Sí —dije—. Lo conozco. No somos amigos, exactamente, pero... conocidos. Nuestros reinos han tratado entre sí en el pasado.

—Diplomáticamente —añadió Malachar—. Nada hostil. Estamos unidos por el tratado de paz que los siete reinos firmaron hace cientos de años. Y antes de eso, Ravenor y Duskmere siempre habían estado en buenos términos.

Nos acercamos el uno al otro, agarrándonos los antebrazos en el tradicional saludo de los lobos. Era extraño, encontrarse con otro rey en una pequeña librería humana, de todos los lugares. La diosa tenía sentido del humor.

—Había oído que encontraste a tu pareja en el reino humano —dije —. No me di cuenta de que aquí es donde te habías establecido.

—Las raíces de Wen están aquí. —Malachar miró a la mujer pelirroja con evidente afecto—. Dividimos nuestro tiempo entre mundos, pero esta es nuestra base.

Eso tenía sentido. Muchos lobos con parejas humanas en los últimos años habían encontrado arreglos similares, equilibrando sus deberes en Lytopia con su vida en el mundo humano.

Riley se aclaró la garganta.

—Lo siento, todavía estoy poniéndome al día. ¿Eres un rey? ¿De esta... Lytopia?

—Culpable de los cargos. —Malachar le ofreció una ligera reverencia —. Malachar Ashborne, a tu servicio. ¿Y tú eres?

Dudé, atrapado entre el instinto y la incertidumbre. Una parte de mí quería presentarla como mi compañera, reclamarla públicamente, dejarle claro a todos que era mía. Pero las cosas entre nosotros todavía eran frágiles. No sabía si lo agradecería o lo resentiría.

Probablemente lo resentiría, dado cómo habían ido los últimos dos días.

Antes de que pudiera decidir, Riley habló.

—Soy Riley Hawkins. —Se adelantó, ofreciendo su mano como hacían los humanos—. Encantada de conocerte. Estoy buscando a Mary y Louis Woods, una adorable pareja de ancianos que solían dirigir este lugar. ¿Están disponibles?

La calidez de la mujer pelirroja se transformó en tristeza. Sus ojos se suavizaron con dolor.

—¿Los conocías? —preguntó en voz baja—. Eran mis abuelos. Soy Wen. Ellos... fallecieron hace varios años.

El vínculo se inundó con el dolor de Riley. Repentino y agudo, un golpe en el pecho.

—Oh. —La voz de Riley era pequeña—. Lo siento mucho. No lo sabía.

—¿Cómo podrías saberlo? No es como si lo hubiéramos anunciado. —La sonrisa de Wen era amable a pesar de la tristeza—. ¿Cómo los conociste?

—Solía venir aquí de niña. Con mi madrina, Maris Hawkins. Visitábamos regularmente. Mary y Louis, siempre fueron tan amables conmigo. Me dejaban leer todo lo que quisiera. —La voz de Riley tembló ligeramente—. No he vuelto en años. Debería haber... debería haber visitado antes.

—Maris Hawkins. —La frente de Wen se arrugó—. Ese nombre me suena familiar. Creo que mi abuela la mencionó en algunas de sus cartas. —Hizo una pausa, estudiando a Riley con más cuidado—. ¿Por qué estás aquí ahora? Después de todo este tiempo?

Riley me miró. Le di un ligero asentimiento. Tú decides.

—Estoy buscando respuestas —dijo Riley—. Sobre mi pasado. Mis padres. Esta es la única conexión que tengo con mi infancia, y pensé... tal vez podría haber registros aquí. Información. Cualquier cosa.

Wen y Malachar intercambiaron una mirada. Alguna comunicación silenciosa pasó entre ellos, el tipo que solo las parejas podían compartir.

—Mis abuelos guardaban registros extensos —dijo finalmente Wen —. Diarios, revistas, correspondencia. He estado pensando en revisarlos durante años, pero... —Tragó—. Ha sido difícil. Demasiado doloroso.

—Lo entiendo —dijo Riley suavemente.

—Pero si hay una respuesta ahí que pueda ayudarte... —Wen se enderezó, con determinación asentándose en sus rasgos—. Ven conmigo. Los archivos están en la parte de atrás.

Wen llevó a Riley hacia la parte trasera de la tienda, charlando mientras iban. Era habladora, cálida y abierta de una manera que parecía poner a Riley a gusto.

—Los archivos son un desastre, honestamente. La abuela guardaba todo, pero su sistema organizativo era... creativo. Podríamos estar aquí un rato.

—No me importa —dijo Riley—. Gracias por hacer esto.

—Por supuesto. Si hay aunque sea una posibilidad de que ayude...

Sus voces se desvanecieron mientras desaparecían en la habitación trasera.

Me quedé atrás, al igual que Malachar.

—Ella es tu compañera —dijo Malachar. No era una pregunta.

—Sí.

—¿Humana?

Hice una pausa.

—Eso es... complicado.

Las cejas de Malachar se elevaron.

—¿Complicado cómo?

—Se transformó. Hace dos días. En un lobo blanco.

La expresión del otro rey pasó de curiosa a genuinamente sorprendida.

—Eso no es posible.

—Y sin embargo aquí estamos. —Me pasé una mano por el pelo, dejando ver mi frustración—. Estamos tratando de averiguar por qué. Fue criada como humana, no tenía idea de lo que era hasta que la reclamé y... la desperté.

—¿El reclamo desencadenó una transformación? —Malachar negó con la cabeza—. Nunca he oído hablar de algo así.

—Yo tampoco. De ahí el viaje por carretera en un vehículo mortal a un pequeño pueblo humano buscando respuestas sobre su pasado. —Hice un gesto vago a nuestro alrededor—. Sus padres.

Malachar consideró esto, luego asintió.

—Diosa. Así que casi todos hemos encontrado a nuestras parejas. Tú, yo, mi hermano, Xander. La diosa debe estar de nuevo con sus juegos.

—Esa es una forma de decirlo.

Permanecimos en un silencio amistoso por un momento antes de que Malachar hablara de nuevo.

—El portal que te trajo aquí. El que conecta con Duskmere. ¿Cuándo se abrió?

—Recientemente. Hace unos meses. Me enviaron a investigar. La apertura fue inesperada, la estabilidad incierta. —Mi boca se curvó en un fantasma de sonrisa—. Encontré más de lo que esperaba.

Malachar asintió lentamente.

—Los portales se han estado comportando de manera extraña. Nuevos abriéndose donde no debería haber ninguno. Antiguos volviéndose inestables. El tejido entre nuestros mundos está cambiando.

—¿Tú también lo has notado?

—Es difícil no hacerlo cuando llevas años viviendo entre reinos —Malachar cruzó los brazos—. Hay teorías. Que la diosa está tejiendo un patrón. Que la separación entre reinos se está debilitando por una razón. Que las compañeras humanas, el hecho de que todos las encontremos a la vez, es parte de algún diseño mayor.

Consideré esto. Había tenido pensamientos similares. Las coincidencias eran demasiado numerosas para ser aleatorias.

—Ven —dijo Malachar—. Veamos si los archivos han proporcionado algo útil.

Seguimos los sonidos de papel moviéndose y conversaciones murmuradas hasta la habitación trasera. Wen y Riley estaban rodeadas de cajas, diarios, cartas, montones de documentos atados con cinta. Una explosión de papel.

—¿Alguna suerte? —pregunté.

—Estamos avanzando —dijo Wen, sin levantar la mirada—. La abuela realmente guardaba todo. Registros de nacimientos, registros de defunciones, correspondencia que se remonta a décadas...

Riley estaba hojeando un diario, con el ceño fruncido por la concentración. Parecía cansada, decidida, hermosa incluso cubierta de polvo. Mi lobo rugió con el impulso de acercarse a ella, pero aún no estaba lista para eso.

En lugar de ello, me uní a ella y comencé a ayudar a ordenar la caja más cercana. Malachar hizo lo mismo, trabajando junto a Wen.

Leímos.

La primera hora pasó en silencio, interrumpido solo por el crujido de las páginas y murmullos ocasionales de «nada aquí» o «este tampoco». Wen hizo café que se enfrió antes de que alguien lo tocara, luego hizo más.

La segunda hora trajo frustración. Los hombros de Riley se tensaban más con cada callejón sin salida. Quería tocarla, consolarla, pero me contuve. No estaba lista. En su lugar, me concentré en los documentos frente a mí, leyendo cartas sobre cosas mundanas: pedidos de libros, facturas de proveedores, una disputa con el casero en 1987. Material fascinante.

En la tercera hora, la luz a través de las ventanas cambió del dorado de la tarde al ámbar del atardecer. Las tazas vacías se acumulaban en todas las superficies. Mis ojos comenzaban a nublarse por leer caligrafía descolorida.

—No puede ser todo relevante —murmuró Malachar, dejando una pila de documentos fiscales de los años setenta.

—La abuela guardaba todo —repitió Wen—. Quiero decir, todo. Hay una caja allí que es completamente recibos de comida para gatos.

—¿Tenía gatos? —preguntó Riley.

—No.

Naturalmente.

Seguimos buscando.

La cuarta hora trajo desesperación. Habíamos revisado casi una docena de cajas sin nada que mostrar. Riley estaba decayendo, el agotamiento escrito en cada línea de su cuerpo. Llevaba días funcionando con adrenalina y ansiedad, y le estaba pasando factura.

Estaba a punto de sugerir que tomáramos un descanso cuando Wen hizo un sonido.

—Esperad. —Wen tenía en sus manos un diario diferente, más antiguo que el resto, con la cubierta de cuero agrietada y gastada—. Este es diferente. Es personal. No son registros de la tienda.

Comenzó a leer, y su expresión cambió de curiosidad a conmoción a dolor.

—Oh —respiró—. Oh no. Oh, abuela.

Y entonces...

—¡Lo encontré!

La voz de Wen fue un chillido de triunfo. Sostenía el diario en alto, con las manos temblando ligeramente.

—¿Qué? —Riley se apresuró—. ¿Qué es?

—Una entrada. Del diario personal de mi abuela. —Wen nos miró, aturdida—. Debería haber hecho esto hace años. Joder. —Sacudió la cabeza.

—¿Qué dice? —exigí.

—Leedlo. —Wen extendió el diario—. Todos vosotros. Leedlo.

Nos reunimos alrededor del diario. Cuatro cabezas inclinadas sobre una caligrafía descolorida, leyendo palabras escritas décadas atrás.

15 de marzo

Hoy usamos la magia que juramos no usar nunca más.

Hicimos ese voto hace años, Louis y yo. Después de todo lo que pasó, después de cruzar al mundo humano y decidir dejar esa vida

atrás para siempre. Dijimos que habíamos terminado. Dijimos que la magia moriría con nosotros.

Pero una bruja de Lytopia nos encontró. Nos contactó a través de los antiguos canales que creíamos muertos. Dijo que los Mirabelle necesitaban nuestra ayuda. Que estaban a punto de morir. Que estaban siendo cazados.

Cazados. Porque descubrieron hechos que debían permanecer enterrados. Hechos relacionados con la corona.

Fuimos cercanos una vez, los Mirabelle y nosotros. Antes de que Louis y yo cruzáramos. Antes de que eligiéramos esta vida. Cuando pidieron ayuda, no pudimos negarnos.

Así que abrimos el portal una última vez.

Esperábamos que una familia pasara. Padres, hijos, sirvientes quizás. Habíamos preparado habitaciones, suministros, todo lo que necesitarían para empezar de nuevo en este mundo.

Pero solo una niña vino.

Una niña pequeña. Cubierta de sangre. Gritando que sus padres estaban muertos.

Riley Mirabelle.

Cerramos el portal inmediatamente. Obtuvimos la información que pudimos de la niña: fragmentada, aterrorizada, apenas coherente. Sus padres habían sido asesinados. Asesinados en su propia casa. Ella había escapado a través de un pasaje oculto que habían preparado exactamente para este escenario.

Estaba sola. Huérfana. Traumatizada.

No podíamos quedárnosla nosotros mismos. Louis y yo, somos demasiado mayores, demasiado conectados con el mundo mágico. Si quien mató a sus padres venía a buscar, nos encontrarían. La encontrarían.

Así que llamamos a una amiga. Alguien que sabía de nuestro mundo pero vivía aparte de él. Una loba solitaria llamada Maris Hawkins. Había dejado Lytopia décadas atrás, cortado todos los lazos, se había hecho una vida en el reino humano. Estaba a salvo. Oculta. Perfecta.

Maris aceptó tomar a la niña. Criarla como suya. Mantenerla a salvo y oculta hasta... ¿hasta cuándo? No lo sabemos. Tal vez para siempre. Tal vez hasta que el peligro pase.

Le dimos Riley a Maris, junto con lo único que vino a través del portal con ella: un reloj con el escudo de los Mirabelle. La niña lo sujetaba tan fuertemente que no pudimos arrancarlo de sus dedos.

Este es el fin para nosotros. Louis y yo hemos hecho un nuevo voto: no más magia. Nunca. Cualquier poder que nos quede morirá con nosotros. No abriremos otro portal. No contactaremos con Lytopia. Viviremos nuestros días como humanos ordinarios en esta ciudad ordinaria.

Que la diosa proteja a Riley Mirabelle. Y que nunca tenga que aprender la verdad de lo que es.

Nadie habló.

Riley estaba mirando la página, con la cara pálida, su respiración superficial. A través del vínculo, sentí la tormenta de sus emociones: conmoción, dolor, confusión, y debajo de todo, una extraña sensación de alivio. Finalmente, respuestas.

—Mi madrina —susurró Riley—. Maris. Era una loba. Lo supo todo el tiempo.

—Y los Wood —dijo Wen suavemente—. Mis abuelos. Tenían magia. Podían abrir portales. —Parecía tan desconcertada como Riley—. No tenía idea. Nunca dijeron nada. Ni siquiera insinuaron...

—Te estaban protegiendo —dijo Malachar, con voz suave—. De la misma manera que Maris protegía a Riley. Algunos secretos se guardan por amor.

La mano de Riley subió para tocar el reloj en su muñeca. El escudo de los Mirabelle. El legado de sus padres.

—Los mataron —dijo—. Asesinados. Porque habían descubierto cosas que alguien quería enterrar. Verdades relacionadas con la corona.

Mi mente corría. La corona. ¿Qué corona? ¿La de Duskmere? ¿La de otro reino? ¿Qué podrían haber descubierto los Mirabelle que valiera la pena matar a toda una familia noble?

—Necesitamos más información —dije—. Thessa está buscando en los archivos en Duskmere. Si hay registros sobre lo que le pasó a la Casa Mirabelle...

—Podría haber más aquí —interrumpió Wen. Estaba hojeando más del diario, escaneando páginas—. Mi abuela guardaba todo. Si había correspondencia, entradas de seguimiento, cualquier cosa sobre lo que los Mirabelle descubrieron...

—Seguid buscando —dije.

Pero Riley no se movía. Su mirada seguía fija en la entrada del diario, lágrimas corriendo silenciosamente por sus mejillas.

Crucé a su lado y dudé. Durante dos días, ella había rechazado mi consuelo, rechazado mi contacto, me había mantenido a distancia porque estaba convencida de que le había hecho esto.

Extendí la mano de todos modos. Mi mano se posó en su hombro, suave, tentativa, lista para retirarla si se estremecía.

No se estremeció.

En cambio, se volvió hacia mí, presionó su cara contra mi pecho, y por primera vez en dos días, me dejó sostenerla.

—Tengo respuestas —susurró contra mi camisa—. Pero tengo muchas más preguntas.

—Las encontraremos —prometí—. Todas ellas. Juntos.

Ella se aferró a mí y yo me aferré a ella. El camino por delante era incierto, pero al menos lo estábamos enfrentando como uno solo.

—Esperad —dijo Wen de repente—. Hay más. Mirad esto.

Sostenía otro papel, una carta esta vez, no una entrada de diario.

—Está dirigida a mi abuela. De... alguien en Lytopia. Con fecha de un mes después de la entrada del diario. —La voz de Wen temblaba —. Y menciona la corona. Específicamente, menciona una profecía.

Todos se quedaron quietos.

Malachar frunció el ceño.

—¿Una profecía? Eso es inusual. Las profecías son raras, y son dominio de las brujas, no nuestro. Los lobos no tienen previsión. Solo las brujas la tienen.

—Lo que tiene sentido —dijo Wen lentamente—. La carta es de una bruja. La misma que contactó a mis abuelos sobre los Mirabelle.

—¿Qué dice? —preguntó Riley, separándose de mi pecho pero manteniéndose cerca. Mantuve mi brazo alrededor de ella. No se apartó.

Wen escaneó la carta rápidamente, su rostro palideciendo con cada línea.

—No... no puedo... —Sus ojos se encontraron con los nuestros, abiertos con incredulidad—. Aparentemente hay una profecía sobre una loba blanca. Nacida de sangre noble, oculta en el mundo humano, destinada a... —Se detuvo.

—¿Destinada a qué? —exigí.

Wen tragó saliva.

—Destinada a terminar una guerra. O a iniciar una.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Riley se tensó contra mí, su conmoción, miedo y absoluta incredulidad inundando nuestra conexión.

Una loba blanca, sangre noble, oculta en el mundo humano. Riley. La profecía era claramente sobre Riley.

Mi compañera no era solo una noble perdida con sangre de lobo dormida. Era el sujeto de una antigua profecía que hablaba de guerra.

Bueno. Eso complicaba las cosas.

—Por eso los mataron —dijo Malachar, las piezas encajando—. Los Mirabelle. ¿Tal vez sabían en qué se convertiría su hija?

—Y alguien quería asegurarse de que nunca tuviera la oportunidad —añadió Wen—. Alguien quería que la profecía muriera con ella. Podría ser.

Pero Riley no había muerto. Había sobrevivido. Escapado a través de un portal, criada en la clandestinidad, su verdadera naturaleza suprimida durante décadas.

Hasta que la encontré, y mi mordisco despertó a la loba que había estado durmiendo dentro de ella todo el tiempo. Sin presiones ni nada.

La atraje más cerca, mis brazos apretándola protectoramente. Cualquiera que fuera el significado de esto, lo que viniera, lo enfrentaría con ella. Lucharía por ella. Mataría por ella si fuera necesario.

Ella era mía. Y no dejaría que nada, ni profecía, ni guerra, ni la diosa misma, me la arrebatara.

—Bueno —dijo finalmente Riley, con la voz quebrándose—. Eso es... mucho.

—Una subestimación —murmuró Malachar.

—Pasé de «tal vez novelista romántica» a «definitivamente una mujer lobo» a «aparentemente el sujeto de una antigua profecía» en, ¿qué, cuatro días? —Riley se rió, pero no había humor en ello—. Eso son muchas crisis de identidad para una semana.

—Para ser justos —dijo Wen suavemente—, siempre fuiste el sujeto de la profecía. Simplemente no lo sabías.

—Oh, eso lo mejora tanto. Gracias.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Wen.

Miré a Riley. A la mujer que amaba, que acababa de descubrir que era el centro de una profecía que podría sacudir los cimientos de nuestro mundo.

—Ahora —dije—, averiguamos exactamente qué significa esa profecía. Y nos aseguramos de que la guerra de la que habla nunca suceda.

La mirada de Riley encontró la mía. Sus ojos estaban húmedos, pero el acero brillaba bajo las lágrimas.

—¿Y si sucede?

Tomé su cara entre mis manos, apoyando mi frente contra la suya.

—Entonces luchamos —dije—. Juntos. Y ganamos.

—Eso es muy confiado de tu parte.

—Estoy seguro. Te tengo a ti.

—La loba blanca de la profecía —dijo, las palabras amargas en su lengua.

—Mi compañera —corregí—. Mi Riley. El resto son solo detalles.

Casi sonrió. Casi.

23

— • —

Riley

No podía dejar de mirar el diario.

Las palabras se difuminaban ante mí, reorganizándose, negándose a tener sentido aunque las había leído tres veces ahora.

Riley Mirabelle.

Esa era yo. Eso era quien yo era. No Riley Hawkins, novelista romántica humana de Lysmont. No la huérfana criada por una madrina amable que nunca habló de su pasado.

Riley Mirabelle. Loba, sangre noble de Lytopia.

Todo lo que Caelan dijo era cierto. Él no era la razón por la que me transformé. Su mordisco no me convirtió en lo que no era. Solo... me despertó. Despertó a la loba que había estado durmiendo dentro de mí toda mi vida.

No era humana en absoluto.

Nunca había sido humana.

La realización me golpeó en oleadas. Conmoción, luego dolor, luego un extraño entumecimiento que se asentó sobre todo. Toda mi vida había sido una mentira. Cada suposición que había hecho sobre mí misma, cada creencia sobre mi identidad, mi herencia, mi lugar en el mundo. Todo ello, equivocado.

Genial. Estupendo. Totalmente bien. Solo una crisis existencial completa antes del almuerzo.

Le debía una disculpa a Caelan. Una enorme. Lo había culpado durante días, lo había acusado de cambiarme contra mi voluntad, lo había mantenido a distancia porque estaba convencida de que me había hecho esto.

No lo había hecho.

Simplemente me había encontrado. Y al hacerlo, accidentalmente había desbloqueado la verdad de quién era realmente.

Wen debe haber sentido mi espiral, porque de repente estaba hablando. Brillante y rápido, alejando mi atención del diario.

—Sabes, no eres la única cuya vida se puso patas arriba por Lytopia —dijo Wen, su voz ligera pero sus ojos comprensivos—. En realidad, yo soy la razón por la que comenzó todo este desastre hace siete años.

Mi cabeza se levantó de golpe.

—¿Qué?

—Los portales. El primero que se abrió entre nuestros mundos. — Wen se rió, un poco autodespreciativa, un poco desconcertada—. Fui yo.

—¿Tú lo abriste?

—Por accidente. Era joven, estúpida y solitaria, y encontré este viejo libro entre las cosas de mi abuela. Un libro de hechizos, aunque no sabía que eso era lo que era en ese momento. Había este... hechizo de alma gemela. —Se encogió de hombros—. Pensé que era una tontería. Una broma. Lo hice por capricho, sin esperar que realmente sucediera algo.

—¿Y abrió un portal?

—A Lytopia. A Ravenor, específicamente. Donde cierto gruñón Rey Alfa estaba de pie en el momento exactamente equivocado. —Wen sonrió a Malachar, quien puso los ojos en blanco con cariño—. No sabía que tenía magia en la sangre. Mis abuelos nunca me lo dijeron. No tenía idea de que era capaz de realizar un hechizo.

Mi mente corría.

—Pero eso fue hace siete años. Los portales se han estado abriendo desde entonces. Por todo el mundo.

—Exactamente. —Malachar dio un paso adelante, su expresión pensativa—. Lo que plantea una pregunta interesante. El hechizo que Wen lanzó era un hechizo de alma gemela. Singular. Para encontrar a su alma gemela. Pero, ¿y si su magia no se detuvo ahí?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si la magia de Wen es la razón por la que los portales siguen abriéndose? No para encontrar a su alma gemela, eso ya está hecho, sino para encontrar almas gemelas. Plural. —Nos miró a todos—. Lobos encontrando compañeras humanas. Humanos tropezando a través de portales hacia Lytopia. Los límites entre mundos debilitándose en lugares específicos, en momentos específicos. ¿Y si todo está conectado a ese hechizo original?

Nadie dijo nada. Miré a Wen. Wen me devolvió la mirada, luciendo tan sorprendida como me sentía yo.

—Joder —dije.

—Eso tendría sentido —dijo Caelan lentamente—. El patrón de las aperturas de portales. La frecuencia de lobos encontrando compañeras humanas en los últimos siete años. No es aleatorio. Es mágico. Guiado.

—¿Por mi hechizo accidental de alma gemela? —La voz de Wen era débil—. ¿Yo hice eso?

—Podrías haberlo hecho. —La mano de Malachar encontró su hombro, estabilizándola—. Sin saberlo. Sin querer. La magia tiene la costumbre de crecer más allá de su intención original.

—Pero eso es... —Wen sacudió la cabeza—. Eso es una locura. Solo quería encontrar a mi alma gemela. No pretendía... cambiar el tejido de la realidad o lo que sea.

—A la magia no le importa la intención —dijo Caelan—. Le importa el poder. Y si tenías suficiente poder para abrir un portal entre mundos, incluso accidentalmente, tenías suficiente poder para dejar una marca permanente en la barrera entre ellos.

—Oh, genial. —Wen se rió, pero sonó hueco—. Así que soy la razón por la que los lobos han estado apareciendo en el mundo humano durante siete años. Soy la razón de todo este caos.

—Eres la razón por la que encontramos a nuestras compañeras —corrigió Malachar suavemente—. Eres la razón por la que te encontré. Si el hechizo sigue funcionando, sigue conectando almas gemelas a través de los mundos... eso no es algo malo. Es un regalo.

Wen no parecía convencida. Podía entenderlo. Descubrir que todo lo que creías sobre ti mismo estaba construido sobre secretos y mentiras no era exactamente una experiencia cómoda. Al menos ella

solo había cambiado accidentalmente la realidad. Yo acababa de descubrir que ni siquiera era la especie que pensaba que era.

Me senté pesadamente. O más bien, mis piernas cedieron y terminé en el suelo, pero el mismo resultado. Muy digno.

Demasiado. Esto era demasiado.

Era una loba de otra dimensión. Mis padres fueron asesinados debido a secretos relacionados con la corona. Había una profecía sobre mí. Y la razón por la que el mundo entero había estado lidiando con portales durante siete años podría ser el hechizo accidental de una chica enamorada.

Si esto fuera un libro, lo arrojaría por la habitación por ser demasiado ridículo.

—Necesito procesar esto —dije débilmente—. Necesito... no sé. Dormir. Una cama. Algún lugar que no sea aquí, sin ofender.

—No me ofendo —dijo Wen suavemente.

—Mi hermano tiene un apartamento cerca —ofreció Malachar—. No está en la ciudad ahora mismo. No volverá en unos días. Vosotros dos podríais quedaros allí esta noche.

—Eso sería perfecto —dijo Caelan—. Gracias.

Malachar asintió, sacó una llave de algún lugar y nos dio indicaciones. Era accesible a pie, aparentemente. Solo a unas pocas manzanas por la calle principal.

Nos despedimos. Agradecimos a Wen por su ayuda, prometimos mantenernos en contacto, intercambiamos números de teléfono. Wen me abrazó, sosteniéndome más tiempo de lo esperado, tratándome como una vieja amiga. Era extraño y también exactamente lo que necesitaba.

—Seguiremos buscando en los archivos —prometió Wen—. Si hay algo más sobre los Mirabelles, sobre la profecía, lo encontraremos.

—Gracias. De verdad.

—Cuídate. Y cuídalo a él. —Wen asintió hacia Caelan, que fingía no escuchar mientras claramente estaba escuchando. Asentí y seguí a Caelan hasta la puerta.

El camino al apartamento fue silencioso e incómodo.

Bueno, era principalmente yo. Mi problema, mi culpa.

Porque lo había culpado sin razón, lo había mantenido a distancia durante dos días. Le había hecho dormir en mi sala mientras yo me atrincheraba en mi dormitorio. Muy maduro por mi parte.

Y él no se merecía nada de eso.

No dejaba de mirarlo mientras caminábamos. Estaba tenso, con un bajo zumbido de incertidumbre pulsando entre nosotros que coincidía con el mío. No sabía en qué situación estábamos. No sabía si seguía enfadada.

No lo estaba.

Estaba avergonzada, culpable. Y lo echaba de menos, lo echaba tanto de menos que dolía, un vacío que solo su presencia podía llenar.

Las calles de Ryeville estaban tranquilas bajo la luz del atardecer. Algunos lugareños pasaban, saludando educadamente con la cabeza. Un perro ladraba en algún lugar a lo lejos. Cosas normales y humanas ocurriendo en un pueblo normal y humano, mientras yo caminaba junto a un príncipe hombre lobo de otra dimensión, intentando averiguar cómo disculparme por ser un absoluto desastre de persona.

Mi vida era absurda. Verdadera y genuinamente absurda. Si pusiera esto en un libro, mi editor me diría que lo suavizara.

Encontramos el apartamento con bastante facilidad. Era un lugar agradable, que claramente pertenecía a alguien con verdadero gusto. Había una cocina, un baño, una sala con un cómodo sofá.

Y un dormitorio.

Me quedé en el umbral, mirando la única cama de matrimonio. Una cama. Uno de mis tropos favoritos, ocurriendo en la vida real.

Había escrito esta escena una docena de veces. La proximidad forzada, la tensión, el inevitable rendirse a los sentimientos que habían estado negando. Sabía exactamente cómo debía desarrollarse.

Pero vivirlo era diferente. Incómodo y no sabía qué hacer con mis manos. Realmente debía estar en otra dimensión.

—Dormiré en el suelo —dijo Caelan inmediatamente, ya cogiendo una almohada de la cama.

—No tienes por qué...

—Está bien. Tú quédate con la cama.

No había discusión en su voz, ni resistencia. Me estaba dando espacio, de la misma manera que me había estado dando espacio durante dos días.

Lo odiaba. Pero no tenía ni idea de cómo arreglarlo todavía, ni idea de qué decir. Así que simplemente asentí y lo vi arreglar mantas en el suelo con precisión militar, creando una cama improvisada que parecía significativamente menos cómoda que la cama real que estaba vacía detrás de nosotros.

Esto era estúpido. Ambos estábamos siendo estúpidos. Pero aparentemente ser estúpida era mi especialidad últimamente.

Nos preparamos para dormir en un silencio incómodo. Usé el baño primero, me cambié a la camiseta grande que había empacado, me cepillé los dientes. Cuando salí, él ya estaba en el suelo, con los ojos cerrados. Fingiendo dormir, probablemente. Dándome una privacidad que no quería.

Me metí en la cama. Las sábanas eran suaves. La almohada era cómoda. Todo estaba bien.

Excepto que no podía dormir.

Me quedé allí en la oscuridad, mirando al techo, hiperconsciente de él en el suelo debajo. Su respiración, su presencia, el pulso constante del vínculo entre nosotros.

Después de lo que pareció una eternidad, me giré y miré por el borde de la cama. Él me estaba mirando de vuelta. Sus ojos grises captaban la luz de la luna desde la ventana, y un muro dentro de mí se derrumbó.

Dejé caer mi mano, dándole tiempo para apartarse si quería.

No lo hizo.

Mis dedos encontraron su rostro, siguiendo la línea de su mandíbula, la curva de su mejilla. Él giró la cabeza y presionó un beso en mi palma.

—Te echo de menos —susurré.

—Estoy aquí mismo.

—Sabes a lo que me refiero. —Tragué saliva—. Lo siento. Por culparte. Por alejarte. No te merecías eso.

—Riley...

—Tenía miedo. Y estaba confundida. Y era más fácil estar enfadada contigo que lidiar con todo lo demás. Pero no fue justo. Nada de eso fue justo.

Estuvo callado un momento. Sus emociones cambiaron, inundándome. Alivio, anhelo, amor. Tanto amor que casi dolía.

—Te he echado de menos —dijo, con la voz áspera—. Muchísimo.

—Lo sé.

—Habría esperado para siempre. Todo el tiempo que te hubiera hecho falta estar lista.

—Eso también lo sé. —Le acaricié la mejilla—. Estoy lista ahora. Ven aquí.

No necesitó que se lo dijera dos veces.

Caelan estaba en la cama en segundos, no trepando sino lanzándose. Un momento estaba en el suelo, al siguiente estaba a mi lado, a mi alrededor, en todas partes a la vez. Sus brazos rodearon mi cuerpo y me apretó contra él, hambriento de contacto.

Yo también lo había estado.

—Lo siento —dije de nuevo, enterrando mi rostro en su pecho.

—Deja de disculparte. —Su voz era áspera, amortiguada contra mi pelo—. No hay nada que perdonar.

—¿Incluso cuando estoy siendo irracional?

—Especialmente entonces. —Se apartó lo justo para mirarme a la cara. Sus ojos brillaban con un leve tono ámbar en la oscuridad—.

Eres mi compañera, mi esposa, mi todo. No hay nada que pudieras hacer que me hiciera dejar de amarte.

—Tenía tanto miedo —admití—. Cuando me transformé. Cuando me di cuenta de que no era humana. Se sentía... todo lo que sabía sobre mí era una mentira.

Él asintió, con el pulgar acariciando mi mejilla.

—Y necesitaba culpar a alguien. Tú eras el objetivo más fácil.

—Me lo imaginé.

—No deberías perdonarme tan fácilmente.

—Probablemente no. —Me acunó el rostro, con los pulgares trazando mis pómulos—. Pero soy débil cuando se trata de ti. Siempre lo he sido. Siempre lo seré.

Eso probablemente debería preocuparme. No lo hizo. Solo me dieron ganas de besarlo.

Así que lo hice.

Fue suave al principio, tentativo, reconectando después de días de distancia. Sus labios eran cálidos y familiares y se sentían correctos. Exactamente correctos.

Entonces ya no fue suave en absoluto.

Su mano se deslizó en mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás. El beso se profundizó, se volvió hambriento. Dos días de separación habían creado una tensión que finalmente se estaba rompiendo, y ninguno de los dos quería ser gentil ya.

—Te necesito —jadeé contra su boca.

—Me tienes. —Nos hizo rodar para que yo quedara debajo de él, su cuerpo cubriendo el mío—. Siempre me has tenido.

Esta vez fue diferente a las anteriores. No frenética, no desesperada, sino lenta y tierna. Teníamos todo el tiempo del mundo y él quería saborear cada segundo.

Me desvistió con manos reverentes, quitándome la camiseta, la ropa interior, dejando besos por mi piel a medida que cada centímetro quedaba al descubierto. Su boca trazó un camino desde mi clavícula hasta mi estómago, dejando calor a su paso. Para cuando estuve desnuda, estaba temblando por la intensidad de su atención.

—Hermosa —murmuró contra mi clavícula—. Lo más hermoso que he visto jamás.

—Sigues diciendo eso.

—Porque sigue siendo verdad.

Recorrió mi cuerpo. Besó mi cuello, mi hombro, la curva de mi pecho. Su lengua rodeó mi pezón, y me arqueé hacia él, jadeando. Luego mordió, suavemente, apenas un roce de dientes, y el jadeo se convirtió en un gemido.

—¿Demasiado? —preguntó.

—No. Más.

Obedeció, dejando pequeños mordiscos a lo largo de mis costillas, mi cadera, mi muslo interno. Cada uno enviaba chispas a través de mi sistema nervioso, construyendo un fuego que amenazaba con consumirme. Me estaba marcando. Reclamándome de nuevo. Y me encantaba cada segundo.

—Caelan...

—Quiero marcarte por todas partes —dijo contra mi piel—. Quiero que todos sepan que eres mía.

—Ya lo saben.

—Entonces quiero que tú lo sepas. —Mordió mi cadera, más fuerte esta vez, y gemí—. Quiero que me sientas durante días.

Su boca se movió más abajo. Besó mi muslo interno. Luego más arriba, y más arriba, hasta que su lengua encontró mi sexo húmedo y casi me salí de la cama.

—Joder... Caelan...

—Eso es —murmuró contra mí—. Déjame oírte.

Me trabajó con su boca, su lengua hundiéndose en mi entrada, lamiendo mis jugos y luego rozando mi clítoris, chupándolo hasta que estaba temblando, suplicando, hasta que el placer alcanzó un pico que me atravesó en oleadas. Me corrí con su nombre en mis labios, los dedos enredados en su pelo.

Pero no había terminado.

Todavía estaba temblando por las réplicas cuando se quitó la ropa interior y acarició su miembro una vez, se posicionó en mi entrada y finalmente entró en mí. Lento y profundo, llenándome completamente. Ambos gemimos con la sensación.

—Extrañaba esto —respiró—. Estar dentro de ti, sentirte a mi alrededor.

—Yo también.

Nos movimos juntos. Sin prisa, saboreando. Seguía mordiéndome, el hombro, el cuello, el lóbulo de la oreja, y cada pequeña punzada de dolor iba seguida de un placer tan intenso que apenas podía pensar.

—Te amo —dijo, empujando profundo.

—Yo también te amo.

—Dilo otra vez.

—Te amo. —Atraje su rostro al mío, lo besé—. Te amo. Te amo. Te amo.

Se corrió con mi nombre en sus labios. Le seguí segundos después, gritando contra su hombro, el segundo orgasmo aún más intenso que el primero.

Nos quedamos enredados después, respirando con dificultad, ninguno queriendo moverse.

—¿Mejor? —preguntó finalmente.

—Mucho mejor. —Tracé patrones en su pecho—. Siento haberte hecho dormir en el suelo.

—Habría dormido en el suelo para siempre si eso era lo que necesitabas.

—Eres ridículo.

—Ridículo por ti.

Me quedé dormida en sus brazos. Por primera vez en días, me sentí yo misma de nuevo.

***

La mañana llegó demasiado rápido.

Me desperté con la luz del sol entrando por ventanas desconocidas y un cuerpo muy cálido presionado contra mi espalda. El brazo de Caelan descansaba sobre mi cintura, su aliento cálido contra mi

cuello, y por un largo momento simplemente me quedé allí, saboreándolo.

Todo seguía sintiéndose frágil, incierto. Pero al menos lo estábamos enfrentando juntos. Y al menos no lo estaba enfrentando desde lados opuestos de una barrera de cama-suelo como algún tipo de pareja victoriana.

Nos levantamos eventualmente, nos vestimos, nos arreglamos. El apartamento tenía una pequeña cocina provista con lo básico, y Caelan insistió en hacer café mientras yo me sentaba en la barra y lo observaba moverse.

—Deberíamos volver —dije—. A Lysmont. Ver si Thessa ha encontrado algo.

—De acuerdo. —Puso una taza frente a mí—. Pero primero, agradezcamos a nuestros anfitriones.

Volvimos caminando a Woods & Pages. La mañana era fresca y clara, el pequeño pueblo encantador a la luz del día. Me encontré imaginando una vida diferente, una donde creciera aquí, visitando la librería, aprendiendo la verdad sobre mí misma de las personas que me salvaron.

Pero esa no era mi vida. Esa nunca fue mi vida.

Wen nos recibió en la puerta con una sonrisa. Detrás de ella, el caos se desarrollaba. Un niño pequeño corría en círculos alrededor de las estanterías mientras Malachar lo perseguía con afecto exasperado.

—Killian, más despacio...

—¡NO!

—Al menos no tires la... —Malachar se abalanzó—. Y ahí va la exhibición.

Los libros se dispersaron por el suelo. Killian se rió maniáticamente y siguió corriendo.

No pude evitar reírme. El gran y temible Rey Alfa de Ravenor, derrotado por un niño pequeño. Wen se unió, sacudiendo la cabeza.

—Las alegrías de la paternidad —dijo Wen—. Tiene la terquedad de su padre y mi energía. Es una combinación terrible.

—Creo que es adorable —dije.

—Lo dices ahora. Espera hasta que esté trepando estanterías e intentando abrir portales porque "Mamá lo hizo una vez".

Esta vez nos despedimos adecuadamente. Abrazos, promesas de mantenernos en contacto, gratitud genuina por todo lo que Wen y Malachar habían hecho. Malachar finalmente atrapó a Killian, sosteniendo al inquieto niño en su cadera mientras estrechaba la mano de Caelan.

—Si necesitáis algo —dijo Malachar—, estamos aquí. Ravenor y Duskmere. Deberíamos ser aliados en esto. En lo que sea que esté por venir.

—De acuerdo —dijo Caelan—. Gracias. Por todo.

—Cuida de tu compañera. Y de ti mismo.

Dejamos Ryeville atrás.

El viaje de vuelta a Lysmont fue más fácil que el de ida. La tensión entre nosotros se había derretido, reemplazada por un silencio cómodo y conversación ocasional. Caelan extendió la mano en un momento y tomó la mía, y lo dejé sostenerla durante las dos horas completas.

Míranos. Comunicándonos como adultos. Solo hizo falta una crisis de identidad y sexo de reconciliación para llegar hasta aquí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó eventualmente—. ¿Algún impulso de transformarte? ¿Algo inusual?

Hice un balance de mí misma. La loba estaba ahí, una presencia en el fondo de mi mente que de alguna manera nunca había notado antes. Pero estaba tranquila, contenta, sin intentar abrirse paso hacia fuera.

—Estoy bien —dije—. Puedo sentirla. A la loba. Pero no está presionando.

—Bien. Eso es bueno. —Su pulgar dibujaba círculos en el dorso de mi mano—. La primera transformación siempre es la más difícil. Después, se vuelve más fácil de controlar.

—¿Me enseñarás? ¿Cómo transformarme correctamente? ¿Cómo... ser una loba?

—Por supuesto. —Su sonrisa era suave—. Te enseñaré todo.

Llegamos a Lysmont cuando el sol comenzaba su descenso hacia el horizonte. Aparqué frente a mi edificio, sintiéndome extrañamente emocionada al verlo. Todo había cambiado desde que me fui.

Yo había cambiado. Literalmente. A una especie diferente. No es gran cosa.

Subimos las escaleras juntos, de la mano. Ya estaba pensando en una ducha caliente, tal vez algo de comida, definitivamente más de lo que hicimos anoche...

Abrí la puerta de mi apartamento y me quedé paralizada.

Thessa estaba de pie en mi sala de estar.

Se veía terrible, sin aliento, con el pelo despeinado, la ropa desarreglada. Había estado corriendo, no, esprintando, durante mucho tiempo. Había sudor en su frente y pánico en sus ojos.

—¿Thessa? —Caelan soltó mi mano y se movió hacia su hermana—. ¿Qué pasó? ¿Qué ocurre?

—Tenéis que volver. —La voz de Thessa era urgente, pánico—. Ahora. Inmediatamente.

—¿Volver adónde? ¿A Duskmere?

—Sí. No hay tiempo para explicar adecuadamente. Corrí desde el portal. —Se dobló, con las manos en las rodillas, jadeando por aire —. Padre está bajo ataque.

La conmoción de Caelan, su miedo, su ira, todo ello me golpeó de una vez a través del vínculo, tan intenso que realmente me tambaleé hacia atrás. Me agarré a la pared, estabilizándome contra la avalancha de sus emociones.

—¿Bajo ataque de quién? —exigió Caelan—. ¿Qué está pasando?

—No conozco todos los detalles. Hubo un intento de golpe, o lo que parecía serlo. Fuerzas leales a alguien, no sé a quién todavía, atacaron el palacio mientras estabas fuera. —Thessa se enderezó, todavía respirando con dificultad pero forzando las palabras—. Padre los está conteniendo, pero necesita refuerzos. Te necesita a ti. Necesita a su heredero.

Caelan ya se estaba moviendo. Ya cogiendo su chaqueta, su teléfono, sus llaves. Cada movimiento preciso y practicado. Un rey preparándose para la guerra.

—Riley se queda aquí —dijo.

Las palabras estaban dirigidas a Thessa, pero me dejaron sin aliento.

—¿Qué? —di un paso adelante—. No. Voy contigo.

Caelan se giró. Su rostro era una máscara, cada centímetro el Príncipe Alfa. Pero sus ojos... sus ojos estaban desgarrados. Angustiados.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Porque no sé en qué nos estamos metiendo. —Se movió hacia mí, tomó mi rostro entre sus manos. Su conflicto se filtraba a través del vínculo, la desesperada necesidad de protegerme luchando con la desesperada necesidad de mantenerme cerca—. Podría haber un ejército esperando. Podría haber asesinos. Podría haber cualquier cosa. No puedo protegerte y luchar al mismo tiempo.

—Tal vez me protegerías mejor si estuviera CONTIGO. —Mi voz era feroz, pero mis ojos escocían—. No puedes simplemente dejarme aquí. No después de todo.

—Tengo que hacerlo. —Apoyó su frente contra la mía—. Riley, por favor. Si te llevara al peligro y te hirieran por mi culpa... nunca me lo perdonaría. Nunca.

—¿Y si tú te hieres? ¿Mientras estoy atrapada aquí, inútil, esperando?

—Entonces Thessa te encontrará. Ella cuidará de ti. Se asegurará de que estés a salvo.

—No quiero estar a salvo. Quiero estar contigo.

—Lo sé. —Su voz se quebró—. Lo sé, y lo siento. Pero necesito que te quedes. Necesito saber que estás protegida mientras me ocupo de esto. No puedo luchar si estoy preocupado por ti. No puedo concentrarme. No puedo hacer lo que debe hacerse.

Quería discutir. Quería gritar, pelear, exigir que me llevara con él. Pero sus emociones me inundaron, el amor, el miedo, la absoluta certeza de que mi seguridad dividiría su atención en la batalla.

No me estaba dejando porque quisiera. Me estaba dejando porque tenía que hacerlo.

Y por mucho que doliera, lo entendía. Si yo estuviera allí, perdería el enfoque, perdería el control. Y en una batalla real, ese tipo de distracción podría matarlo.

Estúpida lógica sobreprotectora de hombre lobo. Odiaba que tuviera sentido.

—Prométemelo —dije—. Prométeme que volverás.

—Te lo prometo. —Me besó fuerte, desesperado, memorizando mi sabor—. Te prometo que volveré a ti. Nada en ningún reino podría mantenerme alejado.

—Más te vale. O iré a buscarte yo misma y te mataré por hacerme preocupar.

Él se rió. Corto, sorprendido, rompiendo la tensión. —Te creo.

—Ve. —Lo empujé hacia la puerta aunque cada instinto me gritaba que lo sostuviera, que lo agarrara y nunca lo dejara ir—. Ve a salvar a tu padre. Ve a ser el gobernante para el que naciste. Y luego vuelve a casa conmigo.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Mi voz se quebró—. Ahora vete.

Se fue, y Thessa apretó mi hombro antes de seguirlo. —Te mantendré informada. Lo prometo. Cada hora, si puedo.

—Gracias.

«Estará bien. Es el mejor luchador de Duskmere. Quizás de toda Lytopia». Intentó sonreír. «Y ahora tiene más motivos para luchar».

Y entonces se fueron.

Me quedé sola en mi apartamento, mirando la puerta cerrada, sintiendo cómo el vínculo se estiraba a medida que Caelan se alejaba más y más.

No se rompió. No se rompería. Pero podía sentir cómo crecía la distancia, cómo su presencia pasaba de inmediata a distante y apenas perceptible.

Volvería. Lo prometió. Tenía que creerlo.

Me hundí en mi sofá, acercando las rodillas al pecho, y esperé. La loba en mi mente gimoteaba, inquieta y ansiosa. *Lo mismo digo, chica*.

24

—•—

Riley

Pasaron los días, y la espera se volvió insoportable.

Desarrollé una rutina, porque es lo que haces cuando tu vida ha dado un vuelco y no sabes qué más hacer. Me despertaba, preparaba café y miraba mi teléfono esperando un mensaje que no llegaba. Escribía, o intentaba escribir, pero cada héroe en mis historias comenzaba a parecerse a Caelan, y cada tensión romántica se sentía vacía comparada con lo que estaba viviendo realmente.

Acepté turnos en una librería local para distraerme, porque no podía quedarme en mi apartamento por más tiempo. Margaret de Chapter & Verse estaba encantada de tener a alguien que realmente amaba los libros. Colocaba estantes, hacía recomendaciones, sonreía a los clientes y fingía que mi corazón no se estaba rompiendo.

Volvía a casa. Comía alimentos sin sabor. Miraba mi teléfono de nuevo. Dormía mal, inquieta, buscando un cuerpo que no estaba allí.

¿Patético? Sí. Pero ser consciente de mi patetismo no hacía que cesara.

El vínculo seguía allí. Podía sentirlo, un zumbido constante y bajo en el fondo de mi mente que me decía que estaba vivo, que estaba allí fuera, que existía. Pero estaba estirado, distante. La recepción era terrible. Podía sentir su presencia pero ya no sus emociones, no podía percibir sus estados de ánimo. Solo una vaga conciencia de que la otra mitad de mi alma estaba en algún lugar lejano, luchando en una guerra de la que yo no podía formar parte.

Le echaba de menos. Dios, cómo le echaba de menos.

Echaba de menos cómo me miraba, esa intensidad en sus ojos grises que me hacía sentir vista de una manera que nadie más había conseguido jamás. Echaba de menos cómo me tocaba, reverente y posesivo a la vez. Echaba de menos cómo hacía una sopa terrible y me observaba comerla con una esperanza tan sincera que no podía decirle que era incomible.

Echaba de menos su voz, su risa, el peso de su brazo alrededor de mi cintura cuando dormía. La forma en que decía mi nombre, haciendo rodar ligeramente la R, haciéndolo sonar exótico y precioso. Le echaba tanto de menos que era una herida física. Un vacío doloroso que nada podía llenar.

Los únicos momentos en que me sentía mejor eran cuando estaba con mis amigos.

Sloane me arrastraba a tomar café. Margo insistía en noches de vino. Jade venía con aperitivos y terribles recomendaciones de telerrealidad. No me presionaban para hablar del tema, al menos al principio, pero estaban allí. Constantes, firmes. Recordándome que existía más allá de mi relación con Caelan, que tenía una vida aquí, gente que me quería.

También me había estado sintiendo mal. No lo suficientemente mal como para ser alarmante, pero sí lo suficiente para notarlo. Náuseas por las mañanas que hacían que el café fuera poco apetecible.

Fatiga que no desaparecía por mucho que durmiera. Una sensación general de malestar en mi cuerpo, desequilibrado y extraño.

Lo achaqué al estrés. A la separación. Al hecho de que ahora era una loba y no entendía completamente lo que eso significaba para mi cuerpo. La loba dentro de mí también estaba inquieta, paseando en el fondo de mi mente, gimiendo por su compañero.

Al menos había buenas noticias. La demanda contra Damien finalmente prosperó. Nunca se presentó al juicio, probablemente no pudo, dado que Caelan había borrado su memoria y lo había enviado a vagar. El tribunal falló a mi favor por incomparecencia. Por fin estaba recuperando mi independencia. El contrato quedó anulado. Se acabaron las regalías del 40%. Volvía a ser dueña de mi trabajo.

Debería haber estado celebrando. Debería haber estado emocionada. Hace un año, este habría sido el mejor día de mi vida. Habría organizado una fiesta, me habría emborrachado con mis amigos, habría empezado a planear mi próximo libro con la libertad de escribir lo que quisiera.

Ahora solo se sentía vacío. Una victoria que no importaba porque la persona con la que quería celebrar no estaba aquí.

En general, la vida técnicamente era buena. Sobre el papel, estaba ganando.

Pero no se sentía así. No era lo que yo quería. Había estado sobreviviendo, no viviendo. Siguiendo los movimientos de una vida que se sentía cada vez más vacía.

Dos semanas después de la separación, finalmente les conté todo a mis amigos.

Ocurrió en el apartamento de Sloane, durante lo que se suponía que era una noche normal de vino. Pero no había nada normal en mi vida ahora, y los secretos me estaban devorando viva.

—Necesito contaros más —dije, dejando mi copa—. Sobre lo que ha estado pasando. Más de lo que ya sabéis.

Margo se inclinó hacia delante.

—¿Más grande que «estoy comprometida con un príncipe hombre lobo de otra dimensión»? Porque eso ya era bastante grande.

—Relacionado con eso.

Les conté todo. La transformación, la loba blanca, la herencia Mirabelle, mis padres asesinados, la profecía, la razón por la que Caelan se fue, su padre bajo ataque, una guerra en otro reino. Todo.

Cuando terminé, la habitación quedó en silencio.

—Así que —dijo Jade lentamente—, nos estás diciendo que tú también eres una mujer loba.

—Sí.

—De otra dimensión.

—Técnicamente.

—Y hay una profecía sobre ti.

—Aparentemente.

—Y tu prometido, el príncipe hombre lobo, está actualmente luchando en una guerra en dicha otra dimensión. Una guerra que comenzó porque alguien organizó un golpe de estado contra su padre, el rey.

—También sí.

—Y no puedes ir a ayudar porque...

—Porque me dejó aquí para mantenerme a salvo. Lo cual, para que conste, todavía me molesta.

El silencio se prolongó aún más esta vez.

—Voy a necesitar más vino —dijo Sloane.

Bebimos, procesamos, y me hicieron aproximadamente mil preguntas que solo podía responder parcialmente.

—¿Cómo se siente transformarse? —quiso saber Margo.

—Incómodo. Huesos crujiendo, músculos reformándose. Pero también... ¿correcto? Es difícil de explicar.

—¿Tienes, como, pensamientos de loba? —preguntó Jade—. ¿Tu loba tiene nombre?

—No tiene un nombre separado. Es yo. Solo... una parte diferente de mí.

—¿De qué color eres? —preguntó Sloane—. Como loba, quiero decir.

—Blanca. Blanca pura.

—Eso es precioso —Jade suspiró soñadoramente—. Vas a ser la reina loba más bonita de la historia.

—No voy a ser reina.

—Estás comprometida con un príncipe. Las matemáticas no son difíciles, Riley.

En realidad no había pensado en eso. En lo que casarme con Caelan significaría para mi vida. Para mi futuro.

—¿Puedes transformarte? —preguntó Margo de repente—. ¿Ahora mismo? ¿Puedes enseñárnoslo?

Dudé. Solo me había transformado un puñado de veces desde aquella primera y aterradora transformación. Cada vez fue controlada, con Caelan guiándome, enseñándome cómo alcanzar a la loba y dejar que tomara el control. Nunca lo había hecho sola. Nunca lo había hecho delante de nadie más.

Pero Caelan no estaba aquí. Y necesitaba demostrar, tanto a mí misma como a ellas, que podía hacer esto.

—Apartaos —dije.

Corrieron a los bordes de la habitación, presionándose contra las paredes, con los ojos enormes. Sloane agarró un cojín y lo sostuvo frente a su cuerpo, su improvisado escudo contra un ataque de loba.

Cerré los ojos, respiré, y busqué la presencia en el fondo de mi mente. La loba estaba tranquila y paciente, esperando.

Vamos, pensé. Vamos a enseñarles.

La transformación me invadió.

Dolió menos esta vez. Todavía incómodo, huesos crujiendo, músculos reformándose, pero manejable, familiar. En cuestión de momentos, estaba de pie sobre cuatro patas, mi perspectiva cambiada, mis sentidos agudizados.

Abrí los ojos. Tres gritos perforaron el aire.

—¡MIERDA SANTA! —gritó Margo.

—¡DIOS MÍO! —chilló Jade.

—¿¡QUÉ COÑO!? —añadió Sloane, porque Sloane nunca había sido creativa maldiciendo bajo presión.

Hice un sonido, un resoplido que esperaba transmitiera diversión. Me acerqué a ellas lentamente, con cuidado, tratando de no asustarlas

más de lo que ya lo había hecho.

Jade fue la primera en moverse. Extendió una mano temblorosa y tocó mi pelaje.

—Es real —respiró—. Eres real. Esto está realmente sucediendo.

—Eres muy suave —dijo Margo, extendiéndose también—. Dios mío, eres tan esponjosa.

—¿Puedes entendernos? —preguntó Sloane—. Parpadea dos veces si puedes entendernos.

Parpadeé dos veces. Luego puse los ojos en blanco, lo que era más difícil de hacer como loba, pero lo conseguí.

—Esto es una locura —susurró Sloane—. Esto es absolutamente una locura.

—Creo que necesito tumbarme.

Pasamos la siguiente hora ajustándonos a esta nueva realidad. Me transformé de vuelta, torpemente, todavía acostumbrándome, y me acribillaron a más preguntas.

Al final de la noche, lo habían aceptado. No fácilmente, y sus visiones del mundo habían sido fundamentalmente destrozadas, pero lo habían aceptado porque eso es lo que hacen las amigas. Se ajustaron, se adaptaron, sirvieron más vino e hicieron bromas inapropiadas hasta que todo pareció un poco menos descabellado.

—Entonces, ¿cuándo podemos visitar esta otra dimensión? —preguntó Margo.

—Nunca —dije firmemente.

—Pero...

—Hay una guerra en marcha. Y además, no.

Nuestras vidas estaban patas arriba. Pero al menos estábamos patas arriba juntas.

***

Habían pasado dos meses cuando todo cambió.

Me desperté sintiéndome peor de lo habitual, con las náuseas más fuertes y la fatiga más pesada de lo que habían sido en semanas. Había un calor creciendo bajo mi piel que no podía explicar. No exactamente fiebre, pero cerca. Pulsando y erróneo, quemándome desde dentro hacia fuera.

Conseguí llegar a la cocina, me serví un vaso de agua y di un sorbo antes de que mis piernas cedieran y me desplomara en el suelo, con la espalda golpeando los armarios mientras el mundo giraba a mi alrededor.

Levántate, me dije a mí misma. Levántate, levántate, levántate.

No podía. Mis extremidades no cooperaban. Mi cuerpo se sentía extraño, equivocado, fuera de mi control.

Mi teléfono. ¿Dónde estaba mi teléfono? Lo busqué a tientas, lo encontré en la encimera sobre mí, logré bajarlo. Mis dedos temblaban tanto que apenas podía navegar por la pantalla.

Caelan me había dejado un número. Antes de irse. «Si pasa algo», había dicho. «Llama a este número. Pregunta por Aedan. Él te ayudará».

Encontré el número, marqué y esperé. Cada timbre se prolongaba infinitamente.

—¿Diga? —Una voz áspera e irritada. Claramente había interrumpido algo importante.

—¿Aedan? —Mi voz sonó débil. Patética—. Soy Riley. La... Caelan me dio este número. Dijo que si algo...

—¿Dónde estás?

Le di mi dirección. Colgó sin decir una palabra más.

Una hora después, alguien llamó a mi puerta. Para entonces había conseguido arrastrarme hasta el sofá, envuelta en una manta, temblando a pesar de no tener frío. El calor bajo mi piel estaba empeorando, no mejorando. Me sentía febril y congelada al mismo tiempo.

—Está abierto —llamé.

Entró Aedan. El doctor gruñón de antes, el que había diagnosticado mi «resfriado» y dijo que los humanos los cogían. Se veía exactamente como lo recordaba: severo, práctico, perpetuamente molesto con el universo por existir.

—Tienes un aspecto horrible —dijo.

—Gracias. Me siento horrible —Al menos estábamos de acuerdo en eso.

Se arrodilló a mi lado, sacó equipo médico de una bolsa que no había notado que llevaba. Tomó mi temperatura, comprobó mi pulso, iluminó mis ojos con una linterna. Sus movimientos eran eficientes, clínicos.

—Sé lo que eres —dije mientras trabajaba—. Caelan me lo contó. Eres un lobo. De Duskmere.

Aedan hizo una pausa. Me miró con nuevo interés.

—¿Te lo contó todo?

—Todo.

—Ah —Reanudó su examen—. Eso explica algunas cosas.

—¿Qué me pasa? ¿Está relacionado con ser loba?

—Cuéntame tus síntomas. Todos ellos. Desde el principio.

Lo hice. Las náuseas que comenzaron hace semanas. La fatiga que no desaparecía. El calor que había estado aumentando gradualmente, ardiendo bajo la superficie. La forma en que el vínculo se sentía estirado y equivocado. El dolor constante en mi pecho que pensé que era solo echar de menos a Caelan.

Aedan escuchó, su expresión volviéndose más preocupada con cada síntoma que describí.

Cuando terminé, inhaló profundamente. Luego se inclinó más cerca e inhaló de nuevo, cerca de mi cuello, mi pelo.

—¿Qué estás...?

—¡JODER!

Se echó hacia atrás, maldiciendo en voz alta. Sus ojos se habían abierto de par en par, su compostura completamente destrozada.

—Tenemos que ir a Duskmere —dijo—. Ahora. Ahora mismo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué me pasa?

—Nunca me dijiste que eras una loba —me acusó.

—Lo descubrimos después de verte. Después de que Caelan me reclamara.

—Te reclamó —La voz de Aedan era plana—. Te reclamó y luego se fue durante dos meses. Sin ti.

—¿Sí? Había una guerra...

—Voy a matarlo —Aedan ya se estaba moviendo, recogiendo sus cosas, poniéndome de pie—. Voy a matarlo de verdad. El idiota. El absoluto idiota.

—Aedan, ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

Intenté ponerme de pie por mi cuenta. Mis piernas cedieron inmediatamente. Aedan me atrapó, maldijo de nuevo, y me levantó en sus brazos.

—Estás entrando en celo —dijo sombríamente.

—¿Estoy entrando en QUÉ?

—Celo. Es cosa de lobos. Después de una mordedura de reclamo, la pareja suele entrar en celo en cuestión de días. A veces semanas. Es la respuesta del cuerpo al vínculo sellado. La necesidad de... completar la conexión.

—Completar la conexión —repetí débilmente—. Te refieres a...

—Me refiero a que tu cuerpo está exigiendo a tu pareja. Y sin él aquí... —Negó con la cabeza—. Es intenso para los lobos normales, pero ¿para ti? No eres solo una loba cualquiera. Eres una loba dormida que acaba de despertar. Tu cuerpo está reaccionando aún más fuertemente porque está tratando de integrar completamente a la loba y el vínculo al mismo tiempo. Y sin tu pareja aquí para ayudarte a superarlo, vas a seguir empeorando.

—¿Empeorando cómo?

—Fiebre. Dolor. El calor seguirá aumentando hasta... —No terminó.

—¿Hasta qué?

—Hasta que sea demasiado para que tu cuerpo lo soporte.

Eventualmente. Esa era la palabra que no dijo. Eventualmente, podría matarme.

—¿Cuánto tiempo tengo? —pregunté.

—No lo sé. Eres sin precedentes. ¿Una loba dormida despertada por una mordedura de reclamo? Nunca ha sucedido antes. No conozco el cronograma. No sé nada excepto que necesitas a tu pareja, y lo necesitas ahora.

Mi cuerpo se estaba volviendo más pesado, más frío, incluso mientras ese extraño calor crecía dentro de mí.

Aedan agarró una manta, me envolvió con ella, y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vamos? —logré decir.

—A tu idiota pareja. Antes de que mueras por su estupidez.

Y entonces Aedan corrió. No trotó, no se apresuró. Sprint completo, yo aferrada contra su pecho, envuelta en la manta. Apenas podía mantener los ojos abiertos, pero era consciente del mundo pasando borroso. Calles, luego árboles, luego bosque.

Ser llevada como una damisela en apuros por un hombre que apenas conocía mientras moría de excitación sobrenatural. Mi vida realmente había dado algunos giros.

—Cuánto tiempo —murmuré.

—El portal está en el bosque. Veinte minutos si me esfuerzo.

Veinte minutos era una eternidad. El calor estaba empeorando, pulsando bajo mi piel en oleadas. Pero también me estaba congelando, temblando en sus brazos, con los dientes castañeteando, sensaciones completamente contradictorias asaltando mi cuerpo.

—Tu olor —dijo Aedan entre dientes—. Se está volviendo más fuerte.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... —Tomó aire, ajustó su agarre sobre mí—. El celo te hace... atractiva. Para los lobos machos. Es algo biológico. Tu cuerpo está emitiendo feromonas diseñadas para atraer a una pareja. Estoy intentando muy duro no verme afectado.

Oh. Bueno, eso era horripilante.

—Lo siento —logré decir.

—No es tu culpa. Es de él —La voz de Aedan estaba tensa por el esfuerzo—. Cuando ponga mis manos sobre ese idiota...

Irrumpimos en el límite del bosque hacia un bosque más profundo. El camino apenas era visible, serpenteando entre robles masivos y antiguos pinos. Aedan lo navegó sin vacilación, claramente familiarizado con la ruta.

Su agarre sobre mí se estaba volviendo más fuerte, más apretado. Podía sentir la tensión en su cuerpo, el control rígido.

—Ya casi estamos —dijo. Más para sí mismo que para mí.

Y entonces lo vi.

Un árbol. Pero no cualquier árbol. Un roble masivo, de siglos de antigüedad, con un tronco lo suficientemente ancho como para que

pasara un coche. Y en su base, la corteza brillaba. Resplandecía con una luz etérea que pulsaba en un ritmo constante.

—El portal —respiré.

—Agárrate.

Aedan corrió directamente hacia la luz, y el mundo se disolvió.

Estaba girando, ingrávida. La realidad misma parecía retorcerse a mi alrededor, dentro de mí, a través de mí. Era la sensación más extraña, estar en ninguna parte y en todas partes a la vez, existir en el espacio entre espacios. Colores arremolinados para los que no tenía nombres. El tiempo se estiró y comprimió. No podía decir si habíamos estado cayendo segundos u horas.

Y entonces tocamos tierra.

Aedan atravesó, y mi estómago se rebeló inmediatamente. Me tambaleé en sus brazos, y apenas tuvo tiempo de girarme antes de que vomitara en el suelo de piedra.

Genial. Primera impresión en una nueva dimensión: vomitando. Realmente lo estaba clavando.

—Estás bien —dijo, dándome palmaditas en la espalda torpemente —. Estás bien, estás bien, estás bien. Los viajes por portal son duros para los humanos. Para todos, en realidad.

Absolutamente no estaba bien. Pero al menos había terminado de vomitar.

Me recogió de nuevo, ajustó la manta, y comenzó a moverse. Logré mirar alrededor.

Estábamos dentro. Un enorme corredor de piedra se extendía ante nosotros, iluminado por antorchas en apliques de hierro. Todo era

gris y frío, tan frío que podía ver mi aliento. La arquitectura era antigua, medieval. Techos abovedados, piedra tallada, tapices en las paredes que representaban batallas y cacerías.

Pasamos junto a una ventana. Vislumbré el mundo exterior.

Nieve. Tanta nieve, blanco cubriendo todo hasta donde podía ver. Montañas en la distancia, sus picos perdidos entre las nubes. Un paraíso invernal, hermoso y brutal. El cielo estaba gris, prometiendo más nieve.

Duskmere. Realmente estaba en Duskmere. En otra dimensión. En un reino de hombres lobo.

Pero no podía apreciarlo. El dolor estaba comenzando ahora, calambres irradiando por mi abdomen, mi espalda, mis piernas. Gemí, acurrucándome más en los brazos de Aedan.

—Joder —gruñí.

—Lo sé. Lo sé. Ya casi llegamos.

Pasamos junto a personas, lobos supuse. Se detenían y miraban mientras Aedan pasaba corriendo. Era vagamente consciente de cómo cambiaban sus expresiones. Confusión ante la extraña mujer en brazos del médico real. Luego reconocimiento cuando captaron mi olor. Después hambre. Hambre cruda y sin disimulo.

—Maldita sea —murmuró Aedan. Y entonces corrió más rápido.

Pasos detrás de nosotros. Más lobos, siguiéndonos. No atacando, pero siguiendo, atraídos por la llamada que no podía controlar.

—¡Atrás! —gruñó Aedan por encima de su hombro—. ¡Está emparejada! ¡Es la compañera del príncipe!

Eso frenó a algunos. Otros continuaron siguiéndonos, incapaces de contenerse.

Irrumpimos a través de unas puertas en una habitación vacía, un dormitorio quizás. Habitación equivocada. Aedan maldijo, giró, salió de nuevo. Más pasillo. Más lobos ahora, una pequeña multitud formándose, manteniéndose a nuestro ritmo.

—¡PATT!

El grito de Aedan resonó en las paredes de piedra. Adelante, un hombre se giró. Alto, corpulento, pelo rubio, rasgos familiares. Se parecía...

Se parecía a Caelan. La misma mandíbula, la misma constitución. Pero más joven, quizás. Más tenso.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió el hombre, acercándose a nosotros—. ¿Y por qué hay tanta gente...? —Se detuvo, olfateó, y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Quién...? —comenzó.

—CAELAN —interrumpió Aedan—. ¿DÓNDE?

El hombre, Patt, me miró. Realmente miró. La comprensión amaneció en su rostro.

—Seguidme.

Y entonces todos estábamos corriendo. Patt liderando, Aedan siguiéndole conmigo en brazos, y detrás de nosotros, una creciente multitud de lobos que no parecían poder evitarlo. Los pasillos de piedra se difuminaban, la luz de las antorchas bailaba en las paredes, el aire frío mordía mi rostro expuesto.

Ahora estaba gimiendo. No podía evitarlo. El dolor estaba en todas partes, olas que atravesaban mi cuerpo, cada una peor que la anterior. Nunca había sentido algo tan intenso. Todo mi sistema gritaba por alguien, y su ausencia literalmente me estaba desgarrando.

La loba dentro de mí aullaba. *Compañero. Compañero. COMPAÑERO.* Ella lo deseaba con una desesperación que igualaba la mía, y su necesidad amplificaba la mía hasta que apenas podía pensar.

Irrumpimos a través de un último conjunto de puertas en una sala de guerra.

Mapas cubrían todas las superficies. Una mesa masiva dominaba el centro, figuras dispuestas en formaciones, planes de batalla siendo discutidos. Alrededor de la mesa había al menos una docena de lobos, hombres y mujeres con armaduras y galas, todos girándose ante la interrupción.

Una mujer de cabello plateado y ojos fríos como el hielo. Un hombre mayor con la mandíbula de Caelan y una expresión de autoridad absoluta. Soldados, consejeros, generales.

Pero no vi a ninguno de ellos. Lo vi a él. Caelan.

Estaba en la cabecera de la mesa, de pie, congelado en medio de un gesto. Se veía diferente, más duro, de alguna manera más viejo. Dos meses de guerra habían tallado nuevas líneas en su rostro. Había sangre en su manga, tierra en sus botas, círculos oscuros bajo sus ojos.

Parecía exhausto, marcado por la batalla, al límite de sus fuerzas. Y era lo más hermoso que había visto jamás.

Sus fosas nasales se dilataron. Sus ojos brillaron ámbar y sus manos se tensaron, garras extendiéndose desde sus dedos.

Estaba temblando, estremeciéndose con el esfuerzo de contenerse. El lobo intentaba liberarse. Podía verlo, podía sentirlo a través del vínculo que de repente rugió volviendo a la vida, un fuego reavivado después de meses de brasas.

La conexión me golpeó, sus emociones inundándome y mezclándose con las mías. Rabia, alivio, miedo, amor. Tanto amor que dolía.

Y debajo de todo eso, una furia posesiva tan intensa que me hizo contener la respiración.

—¿POR QUÉ COJONES MI COMPAÑERA HUELE A TI, AEDAN?

La habitación quedó en silencio. Todos los lobos se quedaron inmóviles. La mujer de cabello plateado, que me di cuenta debía ser su madre, miró entre nosotros con creciente comprensión. El hombre mayor, su padre el rey, comenzó a hablar.

Pero no lo escuché, porque a pesar del dolor, a pesar del calor, a pesar de todo...

Casi me río. Por supuesto que notó que olía a otro hombre. Bastardo posesivo. Lo había extrañado tanto.

25

— • —

Riley

Todo sucedió a la vez.

—¿Qué has hecho? —susurró Thessa, su voz cortando a través del caos. Estaba mirando a Aedan con una expresión mezcla de horror y acusación.

Aedan estaba negando frenéticamente con la cabeza. —No, no, no es...

—¿Te aprovechaste de ella? —La voz de Caelan apenas era humana ya. Un gruñido, un rugido, feroz y peligroso. Sus ojos brillaban completamente ámbar, sus garras totalmente extendidas, su cuerpo en tensión listo para lanzarse a través de la habitación—. ¿Te aprovechaste de que yo no estaba y la sedujiste...

—¡ESTÁ EN CELO, IMBÉCIL! —gritó Aedan—. ¡Porque la reclamaste y luego LA DEJASTE durante dos meses, idiota!

Las palabras salieron desgarradas de él, más gruñido que habla. Cada lobo en la sala se quedó quieto.

El rostro de Caelan palideció.

—¿Qué?

—La reclamaste. ¿Olvidaste eso? Y la dejaste sola, sin ti, mientras jugabas a ser héroe de guerra. —La voz de Aedan era acusatoria—. Su cuerpo no puede soportar un celo sin su compañero. Estaba muriendo, Caelan. Muriendo. Porque tú no estabas allí.

Me estaba muriendo porque necesitaba sexo.

Ser un hombre lobo definitivamente... no era para los débiles.

Quería reírme del absurdo. Me habría reído, si no estuviera actualmente temblando en los brazos de Aedan, mi cuerpo gritando por la única persona que podía ayudar. Mi compañero. Mi idiota, ausente, desesperadamente extrañado compañero que actualmente estaba a punto de asesinar a su mejor amigo por un malentendido.

—No sabía... No sabía... —Caelan se movió tan rápido que no lo vi. Un segundo estaba al otro lado de la habitación, al siguiente me estaba sacando de los brazos de Aedan, atrayéndome contra su pecho. Sus manos estaban por todas partes, comprobando si tenía daños, acercándome más, más, nunca lo suficientemente cerca.

—Riley. Riley, estoy aquí. Hola, cariño. Hola. —Su voz se quebró—. Siento mucho no haber estado allí. Pero estoy aquí ahora. Estoy justo aquí.

Me estaba besando la cara. Mis mejillas, mi boca, mis párpados, todos los lugares que podía alcanzar. Cada beso era una disculpa, una promesa, una declaración.

En el momento en que me tocó, el dolor retrocedió.

No completamente. El calor seguía ahí, pulsando bajo mi piel, exigiendo más. Pero era soportable ahora, manejable. El filo quitado,

la fiebre disminuyendo a algo que podía sobrevivir.

—Pensé que iba a morir —susurré, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello, enterrando mi cara en su garganta. Olía bien, seguro. Todo lo que había estado extrañando desde que se fue.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor hasta casi doler. No me importaba. Lo quería más cerca. Lo necesitaba más cerca. Quería meterme dentro de su piel y nunca irme.

—Lo siento muchísimo —gruñó contra mi pelo. Estaba temblando. Podía sentirlo, la fina vibración recorriendo todo su cuerpo. Si era por el deseo apenas contenido o la emoción abrumadora, no podía decirlo. Probablemente ambos—. Mierda. Debería haber... nunca debería haber...

—Disculpas después —logré decir—. Te necesito ahora.

Sus pupilas se dilataron. Las vi expandirse, tragándose el ámbar, sin dejar nada más que negro rodeado de oro.

—¿Cuál es el significado de esta intrusión? —Una voz retumbante cortó a través del caos. Forcé mis ojos a enfocarse y vi a un hombre, masivo, intimidante, de cabello gris pero poderoso, de pie en el otro extremo de la mesa. Era una versión mayor de Caelan. De Patt.

El rey. El padre de Caelan.

—Padre... —comenzó Caelan.

—¿Esa es la compañera humana por la que has estado suspirando? ¿La que dejaste atrás por su propia seguridad? —La voz del rey goteaba ironía—. No me parece particularmente segura.

—Está muriendo —espetó Aedan—. O lo estará, si alguien no...

—La tengo yo. —La voz de Caelan cayó en el tono de mando. Levantó la mirada, inspeccionó la sala llena de observadores muy interesados. Su mandíbula se tensó—. Todo el mundo fuera.

—¿Disculpa? —dijo el rey.

—Pero... —Patt me miraba con curiosidad abierta, claramente tratando de armar lo que estaba pasando—. ¿Es ella... es esta? ¿Tu compañera?

—¿Su Majestad...? —Otro hombre comenzó a hablar, algún noble que no reconocí.

La cabeza de Caelan se giró hacia ellos, y rugió.

—TODO EL MUNDO FUERA DE ESTA MALDITA HABITACIÓN. AHORA.

Las paredes parecieron temblar. Mis oídos zumbaron. Varios lobos retrocedieron.

Nadie se movió.

—Y LIMPIAD VUESTRAS PUTAS FOSAS NASALES DEL OLOR DE MI COMPAÑERA.

Era la voz alfa completa. Poder y mando resonando en cada sílaba. Incluso el rey levantó las cejas, aunque si era por sorpresa o aprobación, no podía decirlo.

Eso lo consiguió.

—Habéis oído a mi hijo —retumbó una voz profunda. El rey se dirigía hacia la puerta, su mano en la espalda de una mujer hermosa de cabello oscuro con mechones plateados. La reina, presumiblemente —. Vamos, daos prisa. O presenciaremos una escena que nunca olvidaremos. Y no de buena manera.

La habitación se vació.

Los lobos salieron con impresionante velocidad. Algunos me lanzaron miradas curiosas, otros deliberadamente evitaban mirarme. Vi las expresiones cambiando en sus rostros mientras pasaban. Hambre, rápidamente suprimida. Curiosidad, cuidadosamente oculta. Reconocimiento de la cosa primaria que estaba transmitiendo.

Mi olor. Estaba emitiendo feromonas que todos podían oler.

Sería mortificante si no estuviera tan centrada en el hombre que me sostenía.

Ahora que la crisis inmediata se desvanecía y el dolor era manejable, me encontré queriendo observar. Catalogar. Estas eran las personas de Caelan. Su familia. Su mundo.

Capté vislumbres mientras salían. Patt, todavía pareciendo desconcertado. Aedan, el alivio inundando sus rasgos ahora que ya no estaba a punto de ser asesinado. Thessa, su expresión una mezcla complicada de preocupación y diversión.

Y entonces...

Una mujer.

Alrededor de mi edad, quizás uno o dos años más joven. Hermosa, de una manera fría. Cabello castaño cayendo sobre sus hombros, piel pálida, penetrantes ojos marrones. No se estaba yendo con los demás. Estaba de pie cerca de la puerta, mirándome con una expresión de pura hostilidad sin disimulo.

¿Quién demonios era esa?

Antes de que pudiera preguntar, Thessa agarró el brazo de la mujer.

—Vamos —dijo Thessa, su voz cortante. Nada educada—. Ahora.

—Pero...

—AHORA, Vix.

Thessa la arrastró a través de la puerta. Se detuvo, me miró a los ojos.

—Me alegro de que estés bien —dijo suavemente. Luego, a Caelan —: No lo jodas más de lo que ya lo has hecho.

Las vi irse, la confusión momentáneamente superando el calor que pulsaba a través de mi cuerpo. ¿Quién era esa? ¿Por qué me miraba con tanto odio? ¿Por qué Thessa tuvo que arrastrarla fuera?

Pero entonces la boca de Caelan encontró mi cuello, y todos los demás pensamientos se evaporaron.

—Debería haber estado allí —murmuraba contra mi piel, entre besos —. Debería haber vuelto. Debería haberte vigilado.

—Estabas luchando en una guerra.

—Tú importas más.

—Tu padre estaba bajo ataque...

—Tú importas más. —Sus manos se deslizaban bajo mi camisa, palmas calientes contra mi piel desnuda—. Siempre importarás más. Casi te pierdo porque estaba demasiado centrado en política y batallas.

—No me perdiste. —Pasé mis dedos por su pelo, incliné mi cabeza para darle mejor acceso a mi garganta—. Estoy justo aquí.

—Podrías haber muerto.

—Pero no morí.

—Porque Aedan te salvó. —Su voz era áspera—. Le debo mi vida por eso. Aunque quería arrancarle la garganta cuando te olí en él.

—Eso es el celo hablando.

—Ese soy yo hablando. —Sus manos agarraron mis caderas—. Eres mía, Riley. Nadie más puede tocarte. Nadie más puede llevarte. Nadie más puede siquiera respirar tu olor.

—¿Posesivo, no?

—No tienes ni idea. —Me besó, duro, reclamante, exigente—. ¿Han sido dos meses? Joder, lo siento mucho. Nunca te dejaría voluntariamente tanto tiempo. Nunca.

—No podía sentir tus emociones a través del vínculo. —Estaba jadeando mientras sus manos exploraban mi cuerpo, reaprendiendo mis curvas—. Solo sabía que estabas vivo. Eso era todo. Fue una tortura, Caelan.

—Nunca más. —Su frente se apoyó contra la mía—. Nunca más te dejaré. Tú vas donde yo voy. Siempre.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Eres más importante que cualquier guerra. Más importante que cualquier cosa.

El calor aumentó de nuevo, y yo jadeé. Sus brazos se apretaron a mi alrededor.

—¿Qué hago? —pregunté—. ¿Cómo hago que esto pare?

Sus ojos se oscurecieron. —Creo que lo sabes.

Lo sabía. Lo atraje hacia mí y lo besé. Y finalmente, *finalmente*, estaba en casa.

El calor se apoderó de mí, y dejé de pensar.

Era consciente de las sensaciones. Sus manos quitándome la ropa, su boca en todas partes a la vez, su cuerpo presionándome contra la enorme mesa de guerra. Mapas dispersados. Figuritas cayendo al suelo con estrépito. A ninguno de los dos nos importaba.

—Te necesito —jadeé, arqueándome hacia él—. Dentro. Por favor.

—Te tengo. —Se estaba quitando su propia ropa, maldiciendo cuando sus garras lo dificultaban—. Te tengo, cariño. No me voy a ninguna parte.

—Date prisa.

—Lo intento. Estas malditas garras...

—Entonces retráelas.

—No puedo. Hueles demasiado bien. Mi lobo no me deja.

—Es lo más ridículo que he oído nunca.

—Bienvenida a estar emparejada con un alfa —raspó Caelan, sus dedos luchando con sus pantalones hasta que cedieron. Se los bajó lo justo, y entonces su polla presionó contra mi coño, caliente y gruesa, la cabeza acariciando mis pliegues húmedos. Exactamente lo que había estado anhelando durante semanas—. ¿Lista?

—He estado lista desde que te fuiste. Si no te metes dentro de mí en los próximos tres segundos, voy a...

Embistió dentro de mí antes de que pudiera terminar la amenaza, su polla deslizándose profundamente en mi coño en un solo empujón fuerte, estirándome ampliamente, llenando cada centímetro hasta que sus caderas se encontraron con las mías.

El alivio golpeó como una presa rompiéndose. Todo ese calor acumulado de dos meses separados se derramó, convirtiéndose en un placer que casi parecía demasiado. Mis paredes se apretaron a su alrededor, atrayéndolo más profundamente, y yo jadeé, mi cabeza cayendo hacia atrás contra la mesa de guerra.

—Joder —gimió Caelan, su frente cayendo sobre mi hombro, su respiración irregular contra mi piel—. Joder, se siente... Olvidé... ¿Cómo sobreviví sin esto?

—Muévete —exigí, mi voz quebrándose—. Por favor muévete. Fóllame, Caelan.

Se retiró lentamente, casi completamente fuera, y luego embistió de nuevo, duro y profundo. Sin gentileza, sin relajación. Esto era necesidad cruda, dos meses del vínculo tensándose, anhelando volver a unirse. Me embistió, cada empujón sacudiendo mi cuerpo contra la mesa, mi coño tomando cada centímetro de su polla mientras se hundía más profundo.

Lo encontré embestida tras embestida, mis uñas clavándose en su espalda, arañando líneas rojas en su piel. Mis piernas se engancharon alrededor de su cintura, los talones presionando en su culo para atraerlo más cerca, más duro. El golpeteo de sus caderas contra las mías resonaba en la habitación, mezclado con los sonidos húmedos de mi coño succionándolo.

—Tan bueno —gimió—. Tan jodidamente bueno.

—Menos hablar, más...

Me cortó con una embestida brutal, apuntando hacia arriba para golpear ese punto dentro que hizo que mi visión se nublara. Perdí la capacidad de formar palabras, reemplazada por un gemido mientras el placer se disparaba caliente y feroz.

La mesa de guerra gimió debajo de nosotros, la madera crujiendo con cada golpe. Más figuras cayeron por los bordes, repiqueteando en el suelo de piedra. En el fondo de mi mente, sabía que habíamos arruinado horas de estrategia, mapas arrugándose bajo mi trasero, tinta manchándose con mi sudor. Pero a la mierda. No podía preocuparme, no cuando Caelan estaba enterrado hasta las pelotas dentro de mí, su polla arrastrándose a lo largo de mis paredes, golpeando cada nervio.

—Mi amor —gruñó contra mi garganta, dientes rozando la piel—. Te ves tan bien con mi polla enterrada profundamente dentro de ti, pequeña amenaza. Grita para mí. Asegúrate de que cada maldito lobo en este edificio lo oiga. —Mordió mi hombro, justo sobre la marca de reclamo, y me rompí.

La mordida me hizo cruzar el límite, el orgasmo atravesándome como una tormenta. Mi coño se contrajo alrededor de su polla, apretando fuerte mientras me corría, olas de calor pulsando desde mi centro, empapándonos a ambos. Grité, el sonido crudo e incontrolado justo como él quería, resonando en las paredes de piedra.

Caelan embistió una vez más, profundo y moliendo, luego se puso rígido. Su polla palpitó dentro de mí, semen caliente derramándose en gruesos chorros, llenando mi coño hasta que se filtró alrededor de él. Gimió mi nombre, sus caderas sacudiéndose mientras lo soportaba.

Caímos contra la mesa, su cuerpo pesado sobre el mío, presionándome contra el desastre de papeles y marcadores. Necesitaba su peso, la sensación sólida de él inmovilizándome, nuestras respiraciones sincronizándose en jadeos ásperos. El sudor humedecía nuestra piel, su polla aún palpitando dentro de mí, ablandándose lentamente.

—¿Mejor? —preguntó después de un momento.

—Mejor. —Pero el calor ya estaba aumentando de nuevo. Podía sentirlo, un hervor bajo bajo mi piel, volviéndose más cálido por segundo—. Pero no terminado.

Sus ojos se oscurecieron. —¿No?

—El celo. —Ya estaba atrayéndolo más cerca de nuevo—. No está... Todavía necesito...

—Lo sé. —Me levantó fácilmente, moviéndonos, acostándome sobre la alfombra frente a la chimenea que no había notado hasta ahora—. Sé lo que necesitas. Y voy a darte todo.

—¿Promesa?

—Soy tu compañero. —Sus manos agarraron mis caderas—. Cuidar de ti es mi único trabajo.

—Pensé que tu trabajo era ser príncipe.

—Ese es mi segundo trabajo. Tú eres lo primero. Siempre. —Susurró —. Vamos, cariño. Tengo dos meses de adoración que recuperar.

La segunda ronda fue diferente.

Más lento, más dulce. Ahora se tomaba su tiempo, besando cada centímetro de mi cuerpo, redescubriéndome. Su boca trazó caminos por mi garganta, entre mis pechos, a través de mi estómago. Cada beso se sentía intencionado, con propósito.

—¿Pensabas en mí? ¿Durante la guerra? —susurré contra su piel.

—Cada segundo. —Presionó un beso en mi hueso de la cadera—. Cada batalla, cada reunión estratégica, cada noche de insomnio. Eras todo en lo que pensaba.

—Mentiroso.

—Nunca. —Me miró, con sus ojos grises intensos—. Casi me matan tres veces porque estaba distraído pensando en ti.

—Eso no es romántico. Es estúpido.

—Es lo mismo, cuando se trata de ti.

—Eres ridículo.

—Y tú eres hermosa. —Besó mi estómago—. Y valiente. —Otro beso, más abajo—. Y mía. —Más abajo aún—. Déjame mostrarte cuánto te he echado de menos.

No podía discutir, no cuando su boca se había movido más abajo, y todo pensamiento coherente se disolvió.

Me veneraba con su lengua, tomándose su tiempo, estirando cada sensación hasta que me retorcía, suplicando, con mis manos aferradas a su pelo. Me llevó al borde dos veces, y luego se retiró, haciéndome maldecir su nombre.

—Paciencia —murmuró contra mi muslo interior.

—Te mataré.

—Amenaza vacía. Me amas demasiado.

—Ahora mismo no te amo.

Se rió, la vibración me hizo jadear, y luego su boca estaba de nuevo en mi coño goteante, implacable. Dejé de poder formar amenazas coherentes.

Solo cuando estaba temblando, desesperada, apenas capaz de respirar, finalmente se deslizó dentro de mí de nuevo, observando mi rostro mientras recibía todo de él, su gruesa polla estirándome.

—Mírame —ordenó suavemente.

Lo hice. Mantuve su mirada mientras se movía, mientras nos movíamos juntos. Era íntimo de una manera que las rondas anteriores no lo fueron. No solo cuerpos conectándose, sino almas. El vínculo vibró entre nosotros, restaurado y fortalecido, un hilo dorado uniéndonos.

—Te amo —dijo—. No te dejaré otra vez.

—Más te vale. —Lo atraje para besarlo—. O iré a buscarte y armaré un escándalo.

—Ya armaste un escándalo. Apareciendo en celo, oliendo divinamente, haciendo que todos los lobos del castillo perdieran la cabeza.

—Eso no fue mi culpa.

—No. —Sus embestidas se profundizaron, acelerándose, el sonido de su cuerpo golpeando contra el mío se sentía obsceno en la habitación vacía—. Fue mía.

—Caelan...

Me corrí de nuevo cuando su lengua encontró mi marca de reclamo en mi cuello, el placer atravesándome en olas en lugar de golpearme. Él me siguió, derramando gruesas y cálidas cuerdas de semen dentro de mi coño con un gemido, mi nombre en sus labios.

Después, yacíamos enredados en la alfombra, con el fuego crepitando a nuestro lado. El calor finalmente había disminuido. No se había ido, sospechaba que volvería, pero estaba tranquilo por ahora. Saciado.

—Deberíamos movernos —dije finalmente—. Todavía estamos en la sala de guerra.

—Mmm.

—La gente hablará.

—Que hablen. —Presionó un beso en mi frente—. Acabo de recuperarte. Todos pueden esperar.

—Supongo que deberíamos hacernos presentables —suspiré.

—Supongo que deberíamos. —No se movió—. En un minuto. —Me acercó más, apretándome contra su pecho.

Sonreí contra su piel. —Posesivo.

—No tienes ni idea.

***

Eventualmente, tuvimos que movernos.

El fuego se había reducido. El calor bajo mi piel se había calmado hasta convertirse en un zumbido manejable. Y en algún lugar más allá de las puertas de la sala de guerra, un reino entero probablemente se preguntaba qué demonios estaba pasando con su príncipe y su misteriosa compañera.

—Vamos —dijo Caelan, levantándose y tirando de mí con él—. A mis habitaciones. Allí podrás descansar adecuadamente.

—¿Qué hay de la reunión en la que estabas?

—Puede esperar.

—¿Puede? Hay una guerra...

—La guerra civil está prácticamente terminada. —Estaba recogiendo mi ropa, ayudándome a vestir con manos que se demoraban más de lo necesario—. El intento de golpe fue detenido. Lo que queda es limpieza y política.

Se puso su propia túnica por la cabeza, y lamenté la pérdida de la vista.

Cuando finalmente abrimos las puertas, el pasillo estaba misericordiosamente vacío.

Me había preparado para las miradas, los susurros, las miradas de complicidad. Pero Caelan me condujo por corredores que estaban visiblemente desiertos. O al personal del castillo le habían dado órdenes muy estrictas, o todos estaban dando espacio muy deliberadamente al príncipe y su compañera.

Sospechaba que ambas cosas.

—Por aquí —murmuró Caelan, su mano cálida en la parte baja de mi espalda.

El castillo era enorme. Paredes de piedra, techos arqueados, cortinas que parecían más antiguas que cualquier cosa que hubiera visto jamás. Armaduras montaban guardia a intervalos. Imágenes de lobos, montañas y batallas decoraban los espacios entre las ventanas.

Hacía frío, podía sentirlo incluso a través de la chaqueta prestada que Caelan había puesto sobre mis hombros, pero era hermoso de una manera austera y dramática. El tipo de belleza que exigía respeto. Que te recordaba su edad y poder.

Pasamos por un gran salón con un techo tan alto que no podía ver la parte superior. A través de una galería llena de retratos de los que supuse eran reyes y reinas del pasado. A través de un corredor con ventanas que daban a un patio cubierto de nieve.

Duskmere.

Estaba realmente en Duskmere, en otra dimensión, caminando por un castillo con mi príncipe hombre lobo prometido después de haber

tenido sexo inducido por el celo en una sala de guerra.

Mi vida se había vuelto muy extraña.

—Estás sonriendo —observó Caelan.

—Estoy procesando.

—¿Procesando qué?

—Todo. —Hice un gesto vago hacia las paredes de piedra, las antorchas, la nieve visible a través de las ventanas—. Hace casi cuatro meses, era una autora de novelas románticas en apuros con un ex-agente abusivo y sin idea de que los hombres lobo existían. Ahora estoy comprometida con un príncipe, puedo convertirme en lobo, y acabo de tener sexo en una mesa de guerra en otra dimensión.

—Cuando lo pones así...

—Suena una locura.

—Suena como el destino. —Se detuvo ante una enorme puerta de madera, se volvió para mirarme—. Todo lo que pasó: los portales, la firma de libros, que Damien fuera tan terrible que quisiera matarlo inmediatamente. Todo nos llevó aquí. A nosotros. A este momento. Nos unió. —Acunó mi rostro, su pulgar acariciando mi pómulo—. Eres mi compañera, Riley. Mía. Ya sea que el destino lo haya dispuesto o que el azar lo haya permitido, el resultado es el mismo. Eres mía, y yo soy tuyo.

Debería haber tenido una respuesta ingeniosa. Alguna broma, algo para romper la intensidad del momento.

No la tuve.

—De acuerdo —dije en cambio. Tranquila, simple, verdadera.

Me besó. Luego abrió la puerta de sus aposentos y me guió al interior.

La habitación era inmensa. Una cama con dosel que podría albergar a seis personas, una chimenea ya rugiendo con calor, ventanas con vistas a un paisaje cubierto de nieve que me dejó sin aliento. Era lujosa de una manera que nunca había experimentado. Real, en el sentido más verdadero.

—¿Aquí es donde creciste? —pregunté.

—En esta ala del castillo, sí. Estas cámaras específicas desde que alcancé la mayoría de edad. —Me observaba explorar, con una suave sonrisa en su rostro—. ¿Es... aceptable?

—Es increíble. —Me volví para mirarlo—. Pero viviría contigo en una cueva si tuviera que hacerlo.

—Esperemos que no lleguemos a eso.

—Solo digo. El lugar no importa. Tú eres lo que importa.

Su expresión se suavizó. —Ven aquí.

Lo hice. Caí en sus brazos, dejé que me abrazara.

El calor se agitó de nuevo, insistente, pero ya no era urgente. Teníamos tiempo. Nos teníamos el uno al otro. Teníamos la eternidad, aparentemente, si el reclamo extendía mi esperanza de vida de la manera que él decía.

—Duerme —murmuró Caelan contra mi pelo—. El calor volverá, pero por ahora, duerme. Necesitas recuperarte.

—¿Te quedarás?

—No voy a ninguna parte. —Me guió hacia la cama, me ayudó a meterme bajo las sábanas, se metió a mi lado.

Me quedé dormida en sus brazos, completa al fin.

26

—•—

Caelan

Durante los siguientes días, no salimos de mis aposentos.

Comíamos, dormíamos, teníamos sexo, y luego lo hacíamos todo de nuevo.

Estaba en las nubes. Delirante de felicidad. Mi compañera estaba aquí, en mi cama, en mis brazos. Cada vez que despertaba y veía su rostro en mi almohada, una calidez en mi pecho se expandía con alegría. Mi lobo se pavoneaba con satisfacción, finalmente tranquilo después de días de agitación inquieta. Tenía lo que quería. Lo que necesitaba. Su compañera, segura y cálida y al alcance.

El celo iba y venía en oleadas. A veces suave, un hervor bajo que podíamos ignorar durante horas. A veces urgente, exigente, llevándonos juntos con una desesperación que nos dejaba a ambos sin aliento y satisfechos. Aprendí el ritmo, aprendí a leer el rubor en su piel, la forma en que cambiaba su respiración, el momento exacto en que el calor pasaba de ser manejable a urgente.

Pero la culpa persistía.

Se asentaba en mi estómago, un recordatorio constante de que casi muere por mi culpa. Porque me fui. Porque no consideré lo que mi mordisco de reclamo haría a su cuerpo. Cada vez que me sonreía, cada vez que se reía, cada vez que se arqueaba ante mi toque, sentía el peso de lo que casi había perdido.

Estábamos enredados en mis sábanas, el fuego crepitando bajo, cuando finalmente le conté todo.

—No solo te dejé desprotegida —dije, con mi mano descansando posesivamente en su cadera. Mi pulgar trazaba círculos en su piel, un gesto inconsciente de reclamo que mi lobo exigía—. Le pedí a Aedan que te vigilara desde lejos. Que te echara un vistazo de vez en cuando sin que lo supieras.

—¿Desde lejos?

—También se lo pedí a los hombres de la tienda de tatuajes. Dom y los demás. Ya eran protectores contigo, así que solo... lo fomenté.

—Estableciste una red de vigilancia a mi alrededor.

—Establecí una red de apoyo. —Mi voz cayó en tono de mando, el tono alfa que no podía suprimir cuando se trataba de su seguridad —. Eres mi compañera. Protegerte es mi prioridad. Incluso cuando no puedo estar allí yo mismo.

Alzó una ceja pero no discutió. Mi lobo rugió con satisfacción ante su aceptación.

Mujer sabia. Estaba aprendiendo cuándo elegir sus batallas.

—Riley. —Me aparté lo suficiente para ver su rostro, mi expresión intensa—. Cuando Aedan dijo que habías estado sola durante dos meses... ¿es cierto? ¿Realmente estuve ausente tanto tiempo para ti?

—Sí. Dos meses, más o menos algunos días.

La confirmación me golpeó con fuerza física. Había oído a Aedan decirlo, pero escucharlo de ella lo hacía real.

—Dos meses —repetí, y un gruñido se formó en mi pecho. No hacia ella. Hacia mí mismo. Hacia la situación. Hacia la crueldad del tiempo moviéndose de manera diferente entre reinos.

—¿Por qué? ¿Cuánto tiempo fue para ti?

—Una semana y media.

El silencio se extendió entre nosotros.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Qué?

—El tiempo se mueve de manera diferente entre los reinos. Lo sabía. Todo el mundo lo sabe. Pero no me di cuenta... no pensé... —Ahora estaba fuera de la cama, caminando, enjaulado, mis músculos tensos con energía inquieta. Mi lobo caminaba conmigo, igualmente agitado—. Una semana y media, Riley. Pensé que me estaba dando prisa. Pensé que estaba haciendo todo lo más rápido posible para volver contigo. Y mientras tanto estabas sola, sufriendo, tu cuerpo entrando en celo sin nadie que te ayudara a superarlo, el vínculo tan estirado que ni siquiera podías sentirme adecuadamente.

—Caelan...

—Podrías haber muerto. —Dejé de caminar, me volví para mirarla, y sabía que mi expresión era angustiada. Mi lobo aullaba ante la injusticia—. Casi mueres. Y no tenía idea porque estaba atrapado en reuniones sobre disputas territoriales mientras tú estabas en agonía.

—No lo sabías.

—Debería haberlo sabido. Soy tu compañero. Tu alfa. Debería haberlo sentido. Debería haber sentido cuando estabas en peligro. —Volví a la cama, arrodillándome junto a ella, tomando sus manos en las mías con intensidad desesperada. Mi lobo estaba sobre su vientre, sometiéndose a su juicio—. Perdóname. Por favor. Pasaré el resto de mi vida compensándote, pero por favor. Perdóname.

Me miró por un largo momento. Su expresión era ilegible.

—No.

Mi corazón se detuvo. Mi lobo gimió.

—¿Qué?

—No te perdono. —Pero ahora había un brillo en sus ojos, una travesura que estaba aprendiendo a reconocer—. Vas a tener que esforzarte mucho más que eso.

La miré fijamente. Me di cuenta de que me estaba tomando el pelo. El alivio que me inundó fue tan intenso que casi me río. Me habría reído, si mi lobo no estuviera todavía tan desesperado por demostrarse digno.

—¿Es así?

—Mucho más.

—¿Y qué te convencería?

Fingió pensarlo. —Un baño sería un buen comienzo.

El baño en mis aposentos era obscenamente grande.

Más bien una pequeña piscina, en realidad. Tallado en piedra oscura, alimentado por manantiales termales naturales que corrían bajo el castillo. Excesivo según cualquier estándar razonable, pero en este

momento estaba profundamente agradecido por el compromiso de mis antepasados con el lujo.

El vapor se elevaba desde la superficie, enroscándose en el aire frío, y Riley hizo un sonido de pura apreciación cuando se hundió en el agua.

—Esto es ridículo —dijo, estirándose. El agua le llegaba a los hombros—. Podría meter todo mi apartamento aquí dentro.

—Está diseñado para varias personas.

—¿Varias?

—El baño en manada es una tradición. Después de las cacerías, después de las batallas. —Me deslicé a su lado, atrayéndola contra mi pecho con un agarre posesivo. Mi lobo gruñó con aprobación ante el contacto piel con piel—. Aunque nunca he compartido este baño en particular con nadie.

—¿Con nadie?

—Esta es mi cámara privada. Nadie entra sin mi permiso. —Mis labios encontraron su cuello, y mi lobo se pavoneó al tenerla aquí, en mi espacio, rodeada de mi olor—. Eres la primera.

—Me siento honrada.

—Deberías estarlo.

Se rió, y el sonido resonó en las paredes de piedra. Amaba esa risa. Mataría por escucharla todos los días por el resto de mi vida.

—Entonces —dijo, inclinando la cabeza para darme mejor acceso a su garganta—, ¿cómo planeas exactamente ganarte mi perdón?

—Tengo algunas ideas.

—¿Implican más súplicas?

—Implican adorar cada centímetro de ti hasta que olvides que alguna vez estuviste molesta.

—Eso son muchos centímetros.

—Soy minucioso.

La giré en mis brazos, la levanté fácilmente en el agua, la coloqué en el borde del baño con las piernas colgando. Ahora estaba expuesta ante mí. Cada curva, cada línea, cada hermoso centímetro. Mi lobo gruñó con hambre posesiva.

—Caelan...

—Shh. —Me moví entre sus muslos, mis manos agarrando sus caderas, atrayéndola más cerca—. Déjame disculparme apropiadamente.

El baño se volvió menos sobre bañarse y más sobre demostrar exactamente cuán arrepentido estaba. Usé mis manos, deslizándolas por sus muslos, mis pulgares presionando en su piel, sintiéndola temblar. Mi polla se endureció contra ella, lista, la punta rozando su entrada húmeda. No esperé, no provoqué con mi boca. El lobo en mí exigía reclamarla ahora, llenarla y hacerla mía otra vez.

—Sí —jadeó, sus manos agarrando mis hombros, las uñas clavándose—. Me encanta tu polla, ¿te lo he dicho alguna vez? Fóllame, Caelan.

¿Cómo podía negarme a tal petición?

Agarré su trasero, la levanté lo suficiente, y me hundí en ella con un empujón duro. El calor de su coño se apretó alrededor de mi polla, húmedo y apretado por el agua y su excitación, atrayéndome profundamente hasta que mis caderas se encontraron con las suyas.

Ella gritó, echando la cabeza hacia atrás, y yo gemí, el sonido retumbando desde mi pecho mientras llegaba hasta el fondo.

—Joder, Riley —gruñí contra su cuello, mis dientes rozando su piel—. Te sientes tan bien. Tan apretada a mi alrededor.

Moví mis caderas, inclinándome para golpear ese punto profundo dentro de ella, haciendo que sus paredes revolotearan alrededor de mi polla.

—Caelan, justo así, *sí* —gimió.

—¿Perdonado ya? —murmuré contra su oído, mi voz áspera con el mando, ya retirándome para embestir de nuevo.

—Casi... oh dios...

—¿Solo casi? Tendré que esforzarme más.

El agua chapoteaba a nuestro alrededor con cada embestida, salpicando por encima del borde mientras me hundía en ella más fuerte, más rápido. Sus piernas se envolvieron alrededor de mi cintura, los talones presionando mi espalda para animarme.

—Eres... joder... insufrible...

—Y me amas.

—Lo hago. —Agarró mi cara, me besó con fuerza, su lengua enredándose con la mía—. Te amo. Incluso cuando me dejas durante dos meses.

—Una semana y media.

—Dos meses, imbécil.

Me reí en su boca, seguí embistiendo en ella, el golpe de nuestros cuerpos mezclándose con el ondular del agua. Cada embestida era

una disculpa, enterrando mi polla profundamente en su coño, sintiéndola apretarme como si nunca quisiera dejarme ir. Sus gemidos se hicieron más fuertes, su cuerpo arqueándose contra el borde de piedra, los pechos presionándose contra mi pecho. Agarré sus caderas con más fuerza, dejando moretones, manteniéndola firme mientras la follaba implacablemente, la posesividad del lobo alimentando cada embestida.

Ella se rompió primero, su coño apretándose alrededor de mi polla en espasmos, ordeñándome mientras se corría con un grito agudo, sus uñas arañando mi espalda. La seguí justo después, embistiendo profundamente una última vez, mi liberación pulsando en chorros calientes, llenándola hasta que se mezcló con el agua del baño. Su nombre salió de mis labios en un gemido, bajo y satisfecho.

Nos quedamos así, jadeando, mi polla aún palpitando dentro de ella mientras las réplicas se desvanecían. Cuando finalmente terminamos, ambos juntos, salí lentamente, el semen goteando de su coño hacia el agua. Nos hundimos de nuevo hasta que comenzó a enfriarse. Le lavé el pelo, gentil a pesar de la posesividad alfa que aún latía a través de mí. Ella trazó las cicatrices en mi pecho, preguntando por cada una, aprendiendo la historia del cuerpo de mi cuerpo.

—¿Esta? —preguntó, tocando una línea plateada a través de mis costillas.

—Accidente de entrenamiento. Tenía doce años.

—¿Esta?

—Batalla. Hace tres años. Un lobo renegado me pilló desprevenido.

—¿Y esta? —Sus dedos encontraron la marca más nueva, aún rosada, apenas cicatrizada.

«El intento de golpe. Cuando llegué por primera vez. Uno de los traidores se acercó demasiado».

Su expresión se volvió feroz, protectora. Mi lobo se pavoneó ante su reacción. Mi compañera, queriendo defenderme.

—Ahora están muertos —le aseguré—. Los que atacaron. Todos han sido eliminados.

—Bien.

La atraje hacia mí, colocando su cabeza bajo mi barbilla. El agua golpeaba contra nuestros cuerpos, cálida y relajante, pero mi mente ya estaba trabajando en el enigma que me había estado molestando durante días.

—La amenaza inmediata de la guerra ha sido neutralizada —dije—. Pero sospecho que alguien cercano lo orquestó.

—¿Qué quieres decir?

—El ataque llegó demasiado rápido después de que me fui. Demasiado coordinado. Sabían el momento exacto en que el trono era vulnerable, cuando mi padre estaba solo sin mi apoyo. —Llevaba días armando este rompecabezas, mi mente trabajando en ello incluso mientras mi cuerpo estaba ocupado con mi compañera—. Alguien desde dentro les dio el aviso. Alguien que conocía nuestros horarios, nuestras debilidades, nuestros movimientos.

—Un traidor.

—En el círculo íntimo. —Mi mandíbula se tensó, un gruñido retumbando en mi pecho—. Solo que aún no sé quién.

Riley permaneció callada un momento. Luego: —¿Deberíamos vestirnos? ¿Reunirnos con los demás? Tal vez puedas averiguar quién es si los observas.

Suspiré. No quería dejar este baño, esta burbuja, este momento perfecto con mi compañera.

Pero ella tenía razón. Y mi deber como príncipe alfa lo exigía. Como siempre.

—Sí. Deberíamos.

Nos vestimos y nos dirigimos a la sala del consejo.

Riley llevaba ropa que Thessa le había traído. Simple pero elegante, en un azul profundo que resaltaba sus ojos. Parecía regia, como si perteneciera aquí. Mi lobo se hinchó de orgullo al verla. Mi compañera, caminando por mi castillo, vistiendo los colores de mi reino.

Los corredores estaban concurridos ahora. Los sirvientes se detenían para hacer una reverencia cuando pasábamos. Los guardias se ponían firmes. Todos miraban a la mujer que iba de mi brazo, con curiosidad y especulación en sus ojos. Los rumores se habían extendido, claramente. La misteriosa compañera del príncipe, llegada a través de un portal en medio del celo, causando caos en la sala de guerra.

Mantuve mi mano en la parte baja de su espalda, un reclamo posesivo que mi lobo exigía. Mía. Ella es mía. Que todos lo vean.

Cuando entramos en la sala del consejo, todos ya estaban reunidos. La conversación se detuvo, todas las cabezas se giraron, y se quedaron mirando.

Nada sutil. Solo una mirada abierta y descarada a la mujer de mi brazo.

Riley se tensó a mi lado. Tomé su mano, la apreté una vez. Una silenciosa garantía de alfa a compañera.

—A todos —dije, mi voz resonando por la sala con autoridad natural —, permitidme presentaros formalmente a mi compañera. Riley Hawkins.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Entonces mi madre se levantó de su asiento, deslizándose hacia adelante con la gracia que décadas de reinado habían perfeccionado. Estaba sonriendo. Cálida, genuina, curiosa.

—Es un placer conocerte finalmente de manera adecuada —le dijo a Riley—. Soy Elspeth. La madre de Caelan.

—Su Majestad. —Riley empezó a hacer una reverencia, se detuvo, claramente insegura del protocolo—. Es... gracias por... lo siento, no sé qué se supone que debo hacer.

Mi madre se rio suavemente. —Ahora eres familia. No necesitas hacer reverencias.

Mi padre se acercó después. El rey, masivo e intimidante, su expresión indescifrable como siempre. Estudió a Riley con la misma mirada calculadora que usaba con los generales enemigos y los rivales políticos.

—Así que —retumbó—. Esta es la mujer que ha tenido a mi hijo tan... distraído estas últimas semanas.

Riley levantó la barbilla, sosteniendo la mirada del rey sin titubear. —Prefiero «enfocado», Su Majestad.

La aprobación cruzó los ojos de mi padre. —Tiene carácter. Bien. Lo necesitarás en esta familia.

Mi lobo se hinchó de orgullo. Mi compañera acababa de enfrentarse al rey y mantenerse firme. Por supuesto que lo había hecho. Era magnífica.

Patt fue el siguiente, sonriendo ampliamente, estrechando la mano de Riley con ambas manos. —Bienvenida a la locura. Soy Patt. El hermano guapo.

—El único hermano —intervino Thessa, apareciendo al lado de Riley —. Lo que hace que el título no tenga sentido.

—Sigo siendo guapo.

—Discutible.

Y ahí estaba. Mis hermanos, compitiendo por la atención de mi compañera a los treinta segundos de conocerla. No debería haber esperado menos.

Observé a mi familia rodear a mi compañera, una calidez extendiéndose por mi pecho. Esto era lo que quería. Lo que había imaginado durante todas esas noches de insomnio durante la guerra. Mi compañera, aquí, aceptada, amada.

Entonces noté a los miembros del consejo todavía presentes. Siete en total. Soren y Vix entre ellos, más otros cinco que servían como asesores en asuntos de territorio, comercio, estrategia militar y diplomacia. Se habían apartado para dar espacio a la familia real, pero estaban observando. Contemplando.

Soren en particular estaba mirando a Riley con una expresión que no pude descifrar. Su rostro se había puesto pálido, sus ojos abiertos, con la mirada de un hombre que hubiera visto un fantasma.

Interesante. Y sospechoso.

Un gruñido se formó en mi garganta antes de que pudiera detenerlo.

—Soren. —Mi voz cortó la charla familiar con advertencia—. ¿Hay algún problema?

El hombre se sobresaltó, su mirada saltando hacia mí. —No... yo... perdóname, Su Alteza. Solo estaba... —Tragó saliva, visiblemente recomponiéndose—. Me recordó a alguien. Por un momento. Mis disculpas.

Archivé la reacción. Mi lobo marcó a Soren como alguien a quien vigilar, investigar.

Antes de que pudiera presionar más, otra voz interrumpió.

—Qué adorable.

Por supuesto. Vix. Porque este momento no podía quedar sin estropearse.

Estaba de pie cerca de la parte trasera de la sala, con los brazos cruzados, su expresión una máscara perfecta de desdén. Su cabello castaño captaba la luz del fuego mientras inclinaba la cabeza, estudiando a Riley con disgusto.

Me tensé inmediatamente, un gruñido protector formándose en mi pecho.

Conocía ese tono. Sabía de lo que Vix era capaz cuando decidía ser cruel. Me había perseguido durante años. Empujando, sugiriendo, haciendo notar su interés de formas tanto sutiles como evidentes. La había rechazado cada vez, pero ella nunca lo había aceptado.

Y ahora estaba mirando a mi compañera con cálculo en sus ojos.

—Vix —dije, con una clara advertencia en mi voz—. Elige tus próximas palabras con cuidado.

—Solo creo que es adorable —continuó Vix, ignorando la advertencia —. La misteriosa compañera del príncipe. Tan... exótica.

—Vix. —La voz de Thessa fue cortante—. Cállate.

—Simplemente le estoy dando la bienvenida a la familia. ¿No es eso lo que todos estamos haciendo?

La tensión en la sala aumentó. La mano de Riley se apretó en la mía, pero cuando la miré, no parecía asustada. Parecía... calculadora. Evaluando a un oponente.

Mi lobo rumió con aprobación. Mi compañera tenía sus propias garras.

—Creo —dijo mi madre suavemente—, que quizás aquellos que no son familia deberían excusarse. Tenemos asuntos privados que discutir.

No era una sugerencia. Era una orden de la reina.

Los miembros del consejo salieron. Algunos rápidamente, otros de mala gana. Los cinco miembros menores fueron primero, seguidos por Soren, quien lanzó una última mirada inquietante a Riley antes de desaparecer por la puerta.

Vix fue la última en salir. Se detuvo en el umbral, lanzó una última mirada a Riley, calculadora y fría, y luego se fue.

La puerta se cerró tras ella, y exhalé, parte de la tensión abandonando mis hombros.

Con el consejo fuera, la atmósfera cambió.

Mi madre volvió a sentarse en su silla. Mi padre permaneció de pie, con los brazos cruzados. Patt y Thessa flanquearon a Riley protectoramente, lo cual, conociendo a mis hermanos, era exactamente lo que estaban haciendo. Mi lobo aprobó. Su manada estaba protegiendo a su compañera.

—Así que —dijo mi padre—. Es cierto. Te emparejaste con una humana.

—No es humana —dije inmediatamente, moviéndome al lado de Riley, mi mano encontrando la parte baja de su espalda en un gesto posesivo. Mi lobo se erizó ante la implicación de que me emparejaría con alguien inadecuado a sus ojos.

—Parece humana. Huele... —Mi padre inhaló, frunció el ceño—. Huele a lobo. Pero apenas. Su lobo está casi... invisible.

—Eso es porque no ha cambiado mucho. —Mi voz era firme—. Nació lobo, pero su sangre estaba dormida. El reclamo la despertó.

—¿Dormida? —Mi madre se inclinó hacia adelante, la curiosidad iluminando sus rasgos—. ¿Cómo es eso posible?

—Fue criada en el mundo humano. Sus padres la hicieron huir a través de un portal cuando era niña. No tenía idea de lo que era hasta que el reclamo desencadenó su primera transformación.

La comprensión amaneció en los rostros de mis padres.

—Un lobo dormido —murmuró mi padre—. He oído hablar de tales cosas. Raras, pero no inauditas. Lobos que fueron separados de sus manadas cuando eran niños, criados sin conocimiento de su herencia. Sus lobos se quedan en silencio, esperando.

—¿Esperando qué? —preguntó Thessa.

—Un desencadenante para despertarlos —dijo mi padre—. Usualmente trauma. O... —Me miró—. Un vínculo de pareja lo suficientemente fuerte para romper la latencia.

—Es una loba blanca —añadí, y había orgullo en mi voz. Orgullo que no podía ni quería reprimir—. Blanca pura. Rara y especial.

—¿Blanca? —La voz de mi madre se elevó con interés—. ¿Una loba blanca?

—Sí. Es absolutamente impresionante. No había visto ningún otro lobo como el suyo.

Una mirada pasó entre mis padres. Sorpresa, quizás, o reconocimiento de significado. Los lobos blancos eran criaturas de leyenda. Lobos profetizados. Mi compañera era especial.

—Y aunque fuera humana —continué, con acero entrando en mi voz, mi presencia alfa expandiéndose para llenar la habitación—, seguiría siendo mi compañera. La habría reclamado de todas formas. Ella es mía, y yo soy suyo. Eso no está en discusión.

—Nadie lo está debatiendo —dijo mi madre suavemente—. Simplemente estamos tratando de entender.

—Lo que mi esposa quiere decir —añadió mi padre—, es que queremos saber más. Sobre ella. Sobre de dónde vino.

La tensión en la habitación disminuyó ligeramente. Riley se relajó a mi lado.

—Mencionaste que sus padres huyeron —dijo mi madre—. ¿De dónde? ¿Sabes a qué manada pertenecían?

—Casa Mirabelle.

La reacción fue inmediata.

Mi madre se quedó inmóvil. La expresión de mi padre cambió. Incluso Patt tenía una expresión sorprendida.

—Mirabelle —respiró mi madre.

—Conoces el nombre.

—Todo el mundo conoce el nombre. Ellos eran... —Se detuvo. Miró a Riley, realmente la miró, de una manera que no lo había hecho

antes. Sus ojos recorrieron el rostro de Riley, sus rasgos, su estructura ósea—. Oh, diosa.

—¿Madre?

—Sabía que me recordabas a alguien. —Su voz se había vuelto suave. Distante—. No podía ubicarlo antes, pero ahora... oh, diosa.

Se levantó, se acercó a Riley, tomó sus manos. Sus ojos habían encontrado el reloj en la muñeca de Riley, y lo miraba con creciente reconocimiento.

—¿Puedo verlo? —preguntó—. ¿El reloj?

Riley asintió, extendiendo su brazo. Mi madre examinó el reloj, lo giró, encontró la inscripción en la parte posterior.

MIRABELLE.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Madre... —Me adelanté, alarmado. Nunca había visto a mi madre llorar, ni una sola vez en toda mi vida. Era la Reina de Hielo de Duskmere, elegante y controlada. Pero ahora las lágrimas corrían por su rostro.

—Eres la hija de Torven y Kattarina —dijo, su voz quebrándose—. ¿Verdad?

Riley se quedó muy quieta. —¿Los conocías? ¿A mis padres?

—Kattarina era una vieja amiga. —Una lágrima se deslizó por la mejilla de mi madre—. Nos distanciamos cuando me casé con el rey. Nuestras vidas tomaron direcciones tan diferentes. Pero la quería mucho. Cuando me enteré de su fallecimiento, cuando pensamos que toda la familia había perecido en ese incendio... —Se serenó—. Pensamos que estabas muerta. Todos lo pensaron.

—Sobreviví. —La voz de Riley era apenas un susurro—. No recuerdo mucho. Era joven. Pero sobreviví.

—Oh, mi querida niña. —Mi madre la atrajo hacia un abrazo—. Oh, mi dulce niña. Tu madre estaría tan orgullosa de ti.

Vi a mi compañera aferrarse a mi madre, vi las lágrimas en los rostros de ambas, y sentí un profundo asentamiento en mi pecho. Mi lobo estaba callado, reverente.

Esto estaba destinado a ser. La diosa nos había unido. La madre de Riley había sido amiga de mi madre. Nuestras familias habían estado conectadas mucho antes de que naciéramos.

El destino. Todo era destino.

***

Nos trasladamos al comedor familiar para una comida.

Era más pequeño que el salón formal. Íntimo, cálido, con un fuego crepitando en el hogar y una mesa con capacidad para ocho. Mi madre se negó a soltar la mano de Riley mientras caminábamos, haciéndole preguntas sobre su madrina, sobre su infancia, sobre todo.

Riley respondió lo mejor que pudo. No recordaba mucho sobre sus padres biológicos. Destellos, fragmentos, impresiones más que recuerdos concretos. Pero mi madre absorbía cada detalle, hambrienta de cualquier conexión con su amiga perdida.

—Tenía tus ojos —dijo mi madre en un momento, acariciando la mejilla de Riley—. Kattarina. La misma forma. El mismo fuego en ellos.

—Ojalá pudiera recordarla mejor.

—Quizás podamos ayudar con eso. Hay pinturas. Cartas. Diarios, tal vez, en los archivos. Guardé todo lo que pude salvar después de... después del incendio. No podía soportar tirarlo.

El rostro de Riley se iluminó. —Me encantaría eso.

Mi lobo se asentó con satisfacción. Mi compañera tendría conexión con su pasado. Sabría de dónde venía. Mi madre le daría ese regalo.

Se sirvió la cena. La conversación fluyó. Más fácil ahora, más cálida. Los sirvientes trajeron plato tras plato. Venado asado, verduras de invierno, pan fresco todavía caliente de los hornos. Riley comió con apetito, y yo la observé con satisfacción.

Patt nos deleitó con historias sobre mi infancia, vergonzosas que hacían reír a Riley y me hacían gruñir con irritación.

—Y entonces —continuó Patt, sonriendo ampliamente—, Caelan trepó a la torre porque pensó que había visto un pájaro que necesitaba ser rescatado. Excepto que no era un pájaro. Era una gárgola.

—Parecía herido —dije rotundamente.

—Era de piedra.

—La luz era mala.

—Tenía doce años. Debería haberlo sabido.

Riley estaba tratando muy duro de no reírse. Estaba fracasando.

—No le des alas —le dije, pero no había calor en mi voz. Me encantaba verla reír. Incluso a costa mía.

En algún momento, Thessa se acercó a Riley y murmuró en su oído. Las cejas de Riley se dispararon. Miró la silla ahora vacía de Vix,

luego a mí. No podía oír lo que Thessa dijo, pero tenía una horrible sospecha.

—¿Qué le dijiste? —exigí.

Thessa se encogió de hombros inocentemente. —Solo alguna información útil sobre ciertas personas.

—Thessa.

—¿Qué? Debería saber a quién evitar.

Riley estaba tratando muy duro de no sonreír. —Así que Vix siempre ha querido...

—No lo digas.

—Siempre ha querido...

—Riley.

—...¿a ti?

Iba a asesinar a mi hermana. Lentamente. Dolorosamente. Tan pronto como Riley no estuviera mirando.

—Está delirando —dije rotundamente—. Nunca le he dado ningún estímulo. Nunca he mostrado el más mínimo interés. Simplemente se ha negado a aceptar la realidad.

—¿Así que ha estado suspirando por ti durante años?

—Obsesivamente, aparentemente —suministró Thessa servicialmente.

—No lo llamaría suspirar... —comencé.

—Literalmente encargó un retrato de los dos juntos —continuó Thessa—. Antes de que siquiera hablaras con ella. Está en sus aposentos. Muy elaborado y detallado. Súper espeluznante.

La boca de Riley se abrió. —¿Hablas en serio?

—Completamente.

—Eso es... vaya.

—Es una zorra —dijo Thessa como cuestión de hecho—. Siempre lo ha sido. Usa su posición en el consejo para hacer la vida de todos miserable. Nadie la soporta.

—Noté que no era exactamente acogedora.

—¿Lo de «qué adorable»? Eso no es nada. Deberías oír lo que dice cuando piensa que nadie importante está escuchando.

Me pellizqué el puente de la nariz. —Thessa. Por favor, para.

—Tu compañera debería saber con qué está lidiando.

—Estoy de acuerdo —dijo Riley, y ahora estaba sonriendo—. Me gusta saber quiénes son mis enemigos.

—No es tu enemiga —intenté.

—Literalmente me miró con desdén.

—Mira con desdén a todo el mundo.

—Pero quiere a mi prometido.

La mesa quedó en silencio.

—¿LE PROPUSISTE MATRIMONIO? —La voz de Thessa se quebró en la palabra. Su mandíbula cayó, su mirada disparándose entre Riley y

yo—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Lo hiciste correctamente? ¿Te pusiste de rodillas? Espera... —Miró la mano de Riley—. ¿Dónde está el anillo?

Me congelé. No les había dicho. Con todo lo que había sucedido, el celo, la reunión, el caos, había olvidado por completo mencionar que le había pedido a Riley que se casara conmigo en el mundo humano.

—Yo... sí. Le propuse matrimonio.

—¿Y NO NOS LO DIJISTE?

—Las cosas han sido algo agitadas...

—¡Esa no es excusa! —Pero Thessa estaba sonriendo ahora, encantada a pesar de su indignación—. ¡Madre! ¡Padre! ¡Caelan propuso matrimonio y no se lo dijo a nadie!

—Lo dedujimos —dijo mi madre, su sonrisa cálida—. La marca de reclamo lo hizo bastante obvio, querida.

—¡Pero aún así! ¡Detalles! ¡Necesitamos detalles!

El caos continuó. Preguntas sobre la propuesta, demandas de una ceremonia adecuada, mi padre comentando secamente que al menos alguien en la familia podía comprometerse. Entonces la expresión de Thessa cambió.

Más oscura. Más triste.

—Hablando de compromisos —dijo, su voz cuidadosamente casual —. ¿Cómo está... cómo está Jade?

Mi pecho se apretó. Conocía ese tono. Conocía el dolor detrás de él.

Mi hermana había estado sufriendo, separada de su compañera por reinos, por deber, por circunstancias. Igual que yo. La diferencia era que yo había recuperado a mi compañera. Ella seguía esperando.

—Está bien —dijo Riley suavemente, claramente sintiendo el cambio de humor—. Te extraña. Habla de ti constantemente.

La mandíbula de Thessa se tensó. —¿Lo hace?

—Lo hace. Me mostró el collar que le diste. Lo lleva todos los días. Lo toca cuando está pensando en ti. Lo cual es... a menudo.

La compostura de mi hermana se quebró. Solo por un momento. Solo lo suficiente para que yo viera la profundidad de su anhelo.

—Los portales se están estabilizando —dije en voz baja, estirándome para apretar su mano—. Ahora que la crisis inmediata ha terminado, podemos discutir... arreglos.

—Arreglos —repitió Thessa. Pero había esperanza en sus ojos ahora. Esperanza frágil, tentativa.

Sabía exactamente cómo se sentía. La agonía de la separación. La desesperación por reunirse con la otra mitad de tu alma. Lo había vivido durante lo que parecía una eternidad. Aunque solo fueron días para mí.

Nunca dejaría de sentirme culpable por eso.

Riley me miró a través de la mesa. Estaba sonriendo. Esa sonrisa real y brillante que hacía que mi corazón tartamudeara.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. —Me incliné y tomé su mano—. Solo... esto. Amo esto.

—¿La cena familiar? ¿O la paliza a Vix?

—Todo. —Llevé su mano a mis labios y besé sus nudillos—. Tenerte aquí. En mi hogar. Con mi familia. Me encanta.

Su expresión se suavizó. —A mí también me encanta.

—¿Incluso las partes locas?

—Especialmente las partes locas.

Las soportaría gustosamente mil veces, si eso significaba mantenerla a mi lado.

27

— • —

Riley

Llevaba varios días en el castillo.

Era hermoso aquí. Impresionante, realmente. Pasillos de piedra que resonaban con la historia, antiguos tapices más viejos que cualquier cosa que hubiera tocado jamás, ventanas con vistas a montañas cubiertas de nieve que pertenecían a una novela de fantasía.

Lo cual, supongo, tenía sentido. Literalmente estaba viviendo en otra dimensión.

Mi vida oficialmente había saltado el tiburón. No, borra eso. Mi vida había saltado con pértiga sobre el tiburón, había hecho un triple mortal hacia atrás y había aterrizado en un océano completamente diferente.

Había conocido a mucha gente. Sirvientes que se inclinaban cuando pasaba, lo que aún me incomodaba profundamente. Nobles que se presentaban con títulos que no podía recordar cinco segundos después. Lores y Ladies de Esto y Aquello, Guardianes de Antiguos Qué-sé-yo, Protectores de Varias Cosas. Guardias que me miraban

con curiosidad mal disimulada, probablemente preguntándose qué demonios hacía esta mujer cualquiera paseando por su castillo.

Pregunta justa. Yo seguía preguntándome lo mismo.

Nadie había sido abiertamente malo conmigo.

Pero aún captaba las miradas. Los susurros que se detenían cuando entraba en una habitación. La forma en que ciertas personas me miraban con una expresión que gritaba intrusa, curiosidad, no pertenece aquí.

Intentaba no prestarles atención. Estaba prometida con su príncipe. Tenía una marca de reclamación en mi cuello. Ahora pertenecía aquí, lo aceptaran o no.

¿Verdad?

También estaba el asunto de cómo me había estado sintiendo.

Comenzó el segundo o tercer día después de mi llegada. Náuseas leves que iban y venían. Un cansancio que el sueño no parecía arreglar, sin importar cuántas horas pasara en la ridículamente cómoda cama de Caelan. Mareos ocasionales que me hacían agarrarme a las paredes en busca de apoyo cuando nadie me estaba mirando.

Lo había estado atribuyendo al cambio de reino, al estrés, a los efectos persistentes del celo, que en su mayoría había disminuido pero aún se intensificaba ocasionalmente en oleadas de deseo que me dejaban sin aliento. Nada de qué preocuparse. Probablemente.

Así que hoy, encontré la biblioteca.

Era enorme, con tres pisos de estanterías que se extendían hacia un techo abovedado pintado con constelaciones que no reconocía. Escaleras móviles, rincones de lectura escondidos en nichos, y el olor

a papel viejo y encuadernaciones de cuero, ese aroma particular que todo amante de los libros conoce y anhela.

Me enamoré instantáneamente.

Por fin. Un lugar en este castillo que se sentía familiar. Un lugar que se sentía mío.

Vagué por las estanterías, deslizando mis dedos por lomos escritos en idiomas que no podía leer, hasta que encontré un rincón tranquilo con un escritorio junto a una ventana. La vista era espectacular. Nieve cayendo suavemente, montañas elevándose en la distancia, el tipo de escena que hacía que mi corazón de escritora doliera de inspiración.

Hablando de eso.

Una idea me había estado rondando desde que llegué. Una escena, un personaje, una historia inspirada en este lugar, este mundo, este giro imposible que había dado mi vida. Mi cerebro de escritora nunca se apagaba, incluso cuando el resto de mí estaba teniendo una crisis existencial.

Revisé los cajones del escritorio y encontré papel. Color crema, hermoso, el tipo de papel que te hacía querer escribir palabras dignas de él. Y tinta real con una pluma.

Extraño, pero podía arreglármelas. ¿Qué tan difícil podía ser usar una pluma?

Muy difícil, como resultó ser. Los primeros tres intentos resultaron en manchas de tinta y palabras borrosas. Pero eventualmente le cogí el truco, y entonces...

Entonces las palabras fluyeron.

Me perdí en la escena. Una mujer en un extraño castillo, rodeada de lobos, enamorándose de un príncipe que la miraba como Caelan me miraba a mí. De esa manera que hacía que mi corazón tartamudeara y mi cerebro hiciera cortocircuito y todo mi cuerpo quisiera trepar por él y nunca dejarlo ir.

Dios, estaba perdida por él.

Al principio no escuché los pasos. Estaba demasiado sumergida en la escritura, demasiado concentrada en plasmar las palabras antes de que se escaparan. No fue hasta que la silla a mi lado raspó contra el suelo que levanté la mirada.

Vix estaba sentada junto a mí. La mujer de la sala del consejo, la que me miró con desdén, la que Thessa llamó zorra. Estaba sonriendo ahora, pero no había nada cálido en ello. Era la sonrisa de un gato que había acorralado a un ratón y estaba decidiendo exactamente cómo jugar con él antes de la matanza.

—¿Escribiendo? —preguntó Vix, mirando mis páginas—. Qué pintoresco.

Dejé la pluma, manteniendo mi expresión neutral.

—¿Puedo ayudarte?

—Solo quería darte la bienvenida adecuadamente. —Vix se acomodó en la silla a mi lado, cruzando las piernas con elegancia fluida—. No tuvimos oportunidad de hablar en la reunión del consejo.

—Lo recuerdo.

—Estoy segura que sí. —Su sonrisa se volvió depredadora—. Debes tener tantas preguntas. Sobre Duskmere. Sobre la corte. Sobre Caelan.

Ahí estaba.

Mi columna se tensó. —Creo que me las estoy arreglando bien.

—¿De verdad? Debe ser abrumador. Venir del mundo humano, sin conocer nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras... —Hizo una pausa, inclinó la cabeza—. Nuestras relaciones.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Solo que eres muy nueva aquí. Y Caelan tiene una larga historia. Una que quizás no comprendas completamente.

Mis dedos se curvaron alrededor del borde del escritorio. —Si tienes algo que decir, dilo.

Los ojos de Vix brillaron con satisfacción. Estaba disfrutando esto.

—Caelan es mío —dijo, su voz apenas por encima de un susurro pero goteando veneno—. Siempre ha sido mío. Estábamos destinados a estar juntos. Todos lo saben. La corte lo sabe. Su familia lo sabe, aunque no lo admitan.

—Eso es interesante, considerando que me reclamó como su pareja.

—Una mentira. —Vix agitó una mano desdeñosa—. Quería jugar contigo primero. Una fascinación temporal con lo nuevo y exótico. Un juguete brillante del reino humano. Pero se cansará de ti pronto. Siempre lo hace. Es un príncipe, después de todo. Nunca le faltó atención femenina, si sabes a lo que me refiero.

Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve mi voz firme. —Pareces muy segura de eso.

—Lo estoy. Porque conozco a Caelan. Lo he conocido toda mi vida. —Vix se inclinó más cerca, bajando la voz a un susurro—. Cuando termine contigo, cuando finalmente admita que no estás a la altura de sus estándares, estaré justo aquí. Lista para reclamar mi lugar. Un lugar que tú nunca, jamás tendrás.

—Eso suena patético, en realidad.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Aparentemente mis instintos de autoconservación se habían tomado el día libre.

La expresión de Vix cambió. Sorpresa, luego ira, rápidamente suprimida.

—Él fue mío primero —siseó—. ¿Con quién crees que perdió su virginidad? Yo fui la primera, y seré la última. Nunca podrías igualar esa conexión.

Su primera.

Ella le quitó la virginidad.

Las palabras golpearon fuerte. Mi estómago se revolvió. Por las náuseas que me habían estado acosando o por la afirmación de Vix, no podía decirlo.

—No puedo esperar a que suceda —continuó Vix, levantándose con suavidad—. Cuando te deseche. Cuando te des cuenta de que nunca debiste estar aquí. —Alisó su vestido—. Disfruta la biblioteca. Es uno de los pocos lugares a los que realmente perteneces.

Se alejó, sus tacones resonando en el suelo de piedra.

Me quedé congelada, mirando las páginas frente a mí. Las palabras que había escrito se volvieron borrosas. Mis manos estaban temblando.

¿Era cierto? ¿Caelan y Vix tenían ese tipo de historia? Él dijo que nunca la había alentado, pero eso no era lo mismo que decir que nunca sucedió nada.

Eso no era lo mismo que decir que no se acostó con ella.

¿Por qué no me lo dijo?

Pensé en las palabras de Vix todo el día. No podía parar. Se reproducían en bucle en mi cabeza, envenenándolo todo. Traté de distraerme. Explorando más del castillo. Tomando té con Elspeth. Leyendo en mis aposentos.

Nada funcionó.

Su primera. Ella fue su primera.

¿Qué significaba eso? ¿Que estaban enamorados? ¿Que tenían una relación? ¿Que Caelan me había estado mintiendo todo este tiempo sobre la profundidad de su conexión con Vix?

Dijo que nunca le había dado aliento. Dijo que ella estaba delirando. Pero perder tu virginidad con alguien no era poca cosa. Eso era íntimo, real. Un recuerdo que se quedaba contigo para siempre, sin importar cuánto tiempo pasara.

Y nunca me lo dijo.

No lo había visto en todo el día. Mencionó en el desayuno que trabajaría hasta tarde, revisando archivos que podrían darle una pista sobre quién orquestó los ataques contra su padre. Trabajo importante y necesario. El tipo de trabajo que un príncipe tenía que hacer.

Al menos, eso es lo que había creído esta mañana. Pero su ausencia se sentía diferente ahora. Cargada de un nuevo significado.

¿Me estaba evitando? ¿Estaba con Vix?

Basta, me dije a mí misma. *Estás siendo ridícula. Estás dejando que una mujer celosa se meta en tu cabeza.*

Pero la duda no desaparecía. Era como una astilla bajo mi piel, penetrando más profundamente con cada hora que pasaba. Cada vez que intentaba apartarla, volvía con más fuerza.

¿Y si estaba diciendo la verdad?

¿Y si todo lo que creía sobre mi relación con Caelan era una mentira?

Por la tarde, no podía soportarlo más. Necesitaba verlo, hablar con él. Necesitaba oírle decir que Vix estaba mintiendo, que nunca pasó nada entre ellos, que yo era la única.

Me dirigí a su oficina.

El camino tomó más tiempo del que debería. El castillo era un laberinto, y aún estaba aprendiendo sus giros y vueltas. Cada corredor parecía idéntico. Paredes de piedra, apliques para antorchas, tapices ocasionales que representaban lobos, batallas y lunas.

Me dolía la cabeza. El mareo había vuelto, peor que antes. Tuve que detenerme dos veces para apoyarme contra la pared y esperar a que el mundo dejara de girar. Manchas negras bailaban en los bordes de mi visión.

Probablemente debería estar preocupada por eso. Una persona normal definitivamente estaría preocupada por eso.

Después. Me ocuparía de eso después. Ahora necesitaba respuestas.

Encontré su oficina eventualmente. Una puerta al final de un largo corredor. Luz derramándose por debajo. Él estaba allí.

Mi corazón latía con fuerza. Mis palmas sudaban. Esto era ridículo. Él era mi pareja. Mi prometido. El hombre que me reclamó, que se

transformó para protegerme, que me dijo que me amaba más veces de las que podía contar.

¿Por qué tenía tanto miedo de hablar con él?

Porque tienes miedo de lo que podría decir, susurró una voz. *Tienes miedo de que confirme todo lo que Vix te dijo.*

Cállate. Estaba a punto de empujar la puerta cuando escuché las voces. Una de ellas era Caelan. La otra era Vix.

Me quedé congelada, con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —estaba diciendo Vix.

—No lo haré. —La voz de Caelan era plana, definitiva.

—¿Así que seguirás mintiéndole, para siempre? No quiero ser tu pequeño secreto sucio.

Mi sangre se convirtió en hielo.

—No eres mi secreto. —Caelan sonaba casi irritado—. Todo el mundo sabe lo nuestro. Riley no cambiará nuestra relación, Vix.

Todo el mundo sabe lo nuestro. Las palabras resonaron en mi cabeza mientras mi mente se descontrolaba. ¿Significaba eso que toda la corte sabía que Caelan y Vix estaban juntos? ¿Era yo una broma para todos aquí? Cada reverencia, cada bienvenida, cada sonrisa educada escondiendo lástima o diversión por la humana que no se daba cuenta de que su pareja pertenecía a otra mujer?

Felicidades, Riley. Oficialmente te has convertido en el hazmerreír.

Riley no cambiará nuestra relación. ¿Así que iba a seguir viendo a Vix a mis espaldas? ¿Jugar a la casita conmigo durante el día y escabullirse con ella por la noche? ¿Era eso lo que significaba «trabajar hasta tarde»? ¿Era eso lo que siempre había significado?

Todas esas noches en el mundo humano cuando estaba ausente ocupándose de «asuntos de la manada». Todas esas veces que desaparecía durante horas sin explicación. ¿Había estado con ella entonces también?

¿Había sido toda nuestra relación una mentira?

Las lágrimas corrían por mi cara antes de que me diera cuenta de que estaba llorando. Mi estómago se agitó. Iba a vomitar, iba a colapsar, iba a...

—Ella se va a enojar, ¿sabes? —La voz de Vix otra vez, teñida de diversión—. Cuando descubra la verdad.

Se rio. Vix realmente se estaba riendo, y yo quería morir.

Abrí la puerta de golpe.

Golpeó la pared con suficiente fuerza para sacudir la habitación. Ambas cabezas giraron hacia mí. Caelan en su escritorio, papeles extendidos frente a él, y Vix arrodillada junto a su silla con su mano descansando en su muslo, íntimamente cerca de lugares que deberían pertenecerme solo a mí.

Mi visión se volvió blanca de rabia.

—Maldito cabrón —escupí, mi voz temblando—. Ahora entiendo por qué te gusta quedarte trabajando hasta tarde.

La expresión de Caelan cambió. Confusión, luego alarma, luego horror mientras observaba mi rostro bañado en lágrimas.

—Riley...

—Nunca debí confiar en ti. —Las lágrimas no paraban. Corrían por mis mejillas, humillándome, pero no podía controlarlas—. ¿Fue real alguna parte? ¿ALGO de lo que me dijiste fue real?

—¿Qué estás...?

No podía soportar escuchar su respuesta ahora mismo. No estaba lista para quedarme ahí y escucharlo tratar de explicar, de justificar, de mentir más. Si decía una palabra más, me rompería por completo.

—Perdón por interrumpir. —Ya me estaba dando la vuelta, ya estaba corriendo, incapaz de mirarlos un segundo más—. Por favor, continuad.

No esperé una respuesta.

Corrí.

Los corredores se volvieron borrosos a mi alrededor. No sabía adónde iba, no me importaba. Solo necesitaba estar en cualquier otro lugar, en cualquier sitio menos aquí, en cualquier sitio menos cerca de él. Mi mente estaba en espiral, los pensamientos chocando entre sí sin orden ni lógica.

¿Todo era mentira?

El vínculo de pareja, la reclamación, las declaraciones de amor, todo. ¿Era todo una manipulación? ¿Un juego? ¿Tenía a Vix esperando entre bastidores todo el tiempo, riéndose de la estúpida humana que creía que era especial? ¿Debería haberle tenido más confianza y haberlo dejado explicarse?

Estaba en espiral. Sabía que estaba en espiral. No podía parar.

Debería haberlo sabido. Debería haber renunciado a los hombres después de Damien, después de años de manipulación y abuso y de aprender por las malas que las personas que decían amarte podían destruirte.

Damien se llevó mi dinero, mi confianza, mi autoestima. Me hizo creer que no valía nada sin él. Que no podía sobrevivir sola. Que lo necesitaba incluso cuando me estaba lastimando.

Y había escapado de eso. Me había abierto paso fuera de esa relación. Había comenzado a reconstruirme, pieza a pieza dolorosa.

Entonces llegó Caelan.

Caelan con sus bonitas palabras y sus gruñidos protectores y su «eres mía, me perteneces, nunca te dejaré ir». Caelan que me miraba con reverencia, con devoción, con un hambre que me hacía sentir preciosa. Caelan que dijo que yo era su pareja, su destino, su todo.

Y le creí. Confié en él. Me permití enamorarme de él.

Y ahora *esto*.

Detrás de mí, oí maldiciones y pasos corriendo. Me estaba persiguiendo.

—¡RILEY! ¡DETENTE!

Corrí más rápido.

El mundo giraba. Mi visión entraba y salía. Toqué la pared para mantenerme erguida, tropezando, tropezando con mis propios pies. El dolor de cabeza ahora era cegador, las náuseas abrumadoras.

No podía seguir. Mis piernas cedieron y caí, el suelo de piedra apresurándose a mi encuentro. Golpeé fuerte, el dolor atravesando mis rodillas, mis palmas, mi hombro donde me desplomé contra la pared. El impacto resonó a través de mis huesos, pero apenas lo sentí. El dolor físico no era nada comparado con la agonía en mi pecho.

—¡RILEY!

Unas manos me agarraban. Luché contra ellas, golpeando y arañando, desesperada por alejarme de él, de sus mentiras, de todo.

—¡DEJA DE PEGARME!

La voz familiar y aguda cortó la niebla, y no era Caelan. Era Thessa. Cuando parpadeé, tratando de enfocar, su rostro apareció en mi visión, preocupado y confundido, sus manos levantadas a la defensiva.

—¿Qué demonios pasó? —exigió Thessa—. Viniste corriendo por la esquina y simplemente te derrumbaste. ¿Estás bien?

—No. —Mi voz se quebró—. Cae... él...

No podía pronunciar su nombre, no podía formar las palabras. Todo daba vueltas.

—¿Qué hizo mi estúpido hermano?

—Él... Vix... escuché... —No tenía sentido. Sabía que no tenía sentido—. Estaban... ella estaba...

—Tranquilízate. Respira.

Lo intenté. No pude.

Las náuseas aumentaron, y apenas tuve tiempo de girar la cabeza antes de vomitar en el suelo de piedra. Thessa sostuvo mi cabello hacia atrás, murmurando maldiciones en un idioma que no entendía.

—Está bien. Está bien, eso no es bueno. Necesitamos un sanador.

Quería discutir, quería decir que estaba bien. Pero no podía hablar, apenas podía ver, apenas podía hacer otra cosa que temblar y llorar e intentar no vomitar de nuevo.

Lo sentí antes de verlo. Caelan estaba cerca, y podía sentirlo a través del vínculo, sentir su presencia presionando contra mi pecho. Estaba diciendo mi nombre, intentando acercarse...

—¡ALÉJATE! —gritó Thessa, poniéndose entre yo y lo que fuera que estuviera detrás de ella—. No sé qué hiciste, pero claramente ella no está bien, y necesitas retroceder.

La quería tanto.

***

La siguiente hora fue un borrón.

Thessa llamó a los guardias, a un sanador, a gente para que me ayudaran a transportarme porque no podía caminar, apenas podía mantenerme consciente, mi cuerpo desfalleciendo de maneras que no entendía.

Me llevaron a la enfermería.

Era una sala grande con varias camas, paredes de piedra y un fuego crepitando en la chimenea. Una sanadora, una mujer mayor de ojos amables y manos eficientes, indicó a los guardias que me recostaran en una de las camas.

Vagamente me di cuenta de que Caelan estaba en algún lugar del fondo, intentando acercarse, siendo bloqueado por las órdenes a gritos de Thessa. Bien. No quería verlo. No quería oír su voz. No quería nada de él excepto respuestas, y estaba aterrorizada por lo que esas respuestas podrían ser.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la sanadora a Thessa.

—No lo sé. La encontré desmayada en el pasillo. Estaba llorando, luego vomitó y después casi se desmayó.

—¿Ha estado enferma? ¿Algún síntoma antes de esto?

—No lo... ¿Riley? —Thessa me apretó la mano—. ¿Te has estado sintiendo mal?

Intenté concentrarme. Mi visión era más clara ahora, el mundo estabilizándose lentamente, pero todavía me sentía fatal, débil, vacía. Cada gota de energía había sido drenada de mi cuerpo, dejándome exhausta y agotada.

—Un poco —logré decir—. Náuseas. Mareos. Desde que llegué.

La sanadora frunció el ceño.

—¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Varios días. Tal vez una semana.

—¿Y antes de eso? ¿En el reino humano?

Pensé hacia atrás. Las náuseas, la fatiga que no desaparecía sin importar cuánto durmiera, la forma en que la comida sabía mal y ciertos olores me hacían sentir arcadas.

—Unas pocas semanas, quizá. Pensé que era estrés.

La sanadora intercambió una mirada con Thessa. Una que no pude interpretar.

—Voy a realizar algunas pruebas —dijo la sanadora—. Solo necesito un poco de sangre.

Sacó una pequeña aguja y un vial. Hice una mueca cuando extrajo sangre de mi brazo, tratando de no mirar. Nunca me habían gustado las agujas, la sangre o los procedimientos médicos en general. Añádelo a la lista de cosas que estaba manejando mal hoy.

—Hemos adoptado parte de la tecnología humana —dijo Thessa, claramente tratando de distraerme—. Lytopia estaba tan anticuada antes de que se abrieran los portales. Agujas, ciertas prácticas médicas, incluso parte de la fontanería. Ha sido un buen cambio, en realidad. Ha hecho las cosas más eficientes.

Asentí débilmente, agradecida por la distracción aunque apenas pudiera procesar las palabras.

La sanadora se alejó con el vial, murmurando sobre confirmar resultados. Thessa me apretó la mano otra vez, su expresión una mezcla de confusión y preocupación.

—Estoy segura de que no es nada grave —dijo, pero no sonaba segura.

Me quedé allí, mirando al techo, mi mente un huracán de imágenes de las que no podía escapar. Caelan y Vix en su oficina. La conversación que escuché. Su mano en su muslo, posicionada con una familiaridad que hablaba de práctica, de costumbre, de una relación que iba mucho más allá de lo que él había admitido. *Todo el mundo sabe lo nuestro.*

Mi cerebro estaba realmente comprometido a torturarme hoy.

Empecé a llorar otra vez, y no podía detenerlo. Las lágrimas simplemente salían, derramándose por mis sienes hasta mi cabello, silenciosas e incontrolables.

Había confiado en él. Me había abierto a él. Le había permitido reclamarme, marcarme, hacerme suya de maneras que nunca podrían deshacerse. Y todo el tiempo, él seguía guardando secretos, mintiéndome, haciéndome parecer tonta frente a toda una corte.

—Oye —la voz de Thessa era suave—. Sea lo que sea que haya pasado, lo que sea que mi idiota hermano haya hecho, lo resolveremos, ¿de acuerdo? Estoy de tu lado.

—Está con Vix —susurré.

—¿Qué?

—Los escuché. En su oficina. Ella dijo... y él dijo... —no podía repetirlo, no podía decir las palabras en voz alta—. Ella estaba arrodillada junto a él. Su mano estaba en su...

—Eso no puede ser real, me niego a creerlo. Pero voy a matarlo de todos modos.

—Pensé que era real. Pensé que el vínculo era real.

—ES real. Los vínculos entre compañeros no pueden fingirse —Thessa sonaba enojada ahora. No conmigo, sino con la situación. Con su hermano—. Tiene que haber una explicación. Caelan nunca... está obsesionado contigo, Riley. Ha estado obsesionado contigo desde el momento en que te conoció. Se negó a considerar a cualquier otra persona durante años porque su lobo no las aceptaba.

—Sé lo que oí.

Antes de que Thessa pudiera responder, la sanadora regresó.

Estaba sonriendo.

Era el tipo de sonrisa que me hizo caer el estómago, porque sonrisas así de grandes generalmente precedían a noticias que lo cambiaban todo. Noticias que volteaban tu mundo entero y te dejaban luchando por encontrar el equilibrio.

—Bueno —dijo la sanadora, juntando sus manos—. Tengo tus resultados.

—¿Y?

—¡Felicidades! —la sanadora resplandecía, toda su cara iluminándose de alegría—. Estás embarazada de unas diez semanas.

Miré fijamente a la sanadora. Luego a Thessa, que se había quedado completamente pálida. Luego al techo, a las paredes, al fuego crepitando en la chimenea, porque mi cerebro aparentemente había decidido cortocircuitarse y no podía procesar ni un solo pensamiento coherente.

Embarazada. Diez semanas.

Bueno. Eso explicaba muchas cosas.

Eso era de antes de que viniera aquí, del mundo humano, de la reclamación, de antes de que Caelan se fuera a la guerra.

—¿Qué? —graznó.

—Embarazada, querida. En estado. Vas a ser madre.

Mi mano se movió a mi estómago instintivamente. No había bulto, ningún signo, pero de repente todo tenía sentido. Las náuseas, la fatiga, los mareos, la forma en que mi cuerpo me había estado traicionando durante semanas. No era estrés o el cambio de reino o efectos residuales del celo.

Estaba llevando al bebé de Caelan. Y acababa de huir de él creyendo que me estaba engañando con Vix.

—Oh, Dios —susurré.

—Os daré un momento —dijo la sanadora, todavía radiante, claramente ajena al caos que acababa de crear—. ¡Son maravillosas noticias! ¡Un heredero real! ¡El rey y la reina estarán encantados!

Se alejó apresuradamente de nuevo, irradiando una alegría que parecía profundamente inapropiada dadas las circunstancias.

Thessa y yo nos miramos fijamente.

—Joder —respiró Thessa.

—Joder —coincidí.

Y entonces empecé a llorar otra vez. Por razones completamente diferentes esta vez.

28

— • —

Caelan

Estaba perdiendo la cabeza.

Había estado paseando fuera de los aposentos del sanador durante lo que parecía horas, mi lobo arañando los bordes de mi control, desesperado por llegar a mi compañera. Para explicar, para arreglar lo que fuera que acababa de pasar.

Mis botas marcaban un camino en el suelo de piedra. De un lado a otro. De un lado a otro. Cada vez que me acercaba a la puerta, el recuerdo de la cara de Riley me detenía en seco.

Casi pierdo la cabeza cuando la vi caer.

Un momento estaba corriendo, huyendo de mí con terror en sus ojos y lágrimas corriendo por su cara. Y al siguiente se estaba desplomando en el suelo, sus piernas cediendo debajo de ella. Todos mis instintos me gritaban que la atrapara, que la sostuviera, que destrozara a cualquiera que se acercara.

Pero Thessa llegó primero.

Y la mirada en la cara de Riley cuando me vio acercarme... pura y devastadora rabia. Me detuvo en seco. Mi lobo gimió dentro de mi cráneo, desesperado por alcanzar a nuestra compañera, y tuve que obligarme físicamente a retroceder. A mantener la distancia y dejar que Thessa se encargara porque mi presencia solo estaba empeorando las cosas.

Pero no podía soportarlo más.

El vínculo me estaba gritando. Podía sentir las emociones de Riley desgarrando mi pecho: dolor, traición, desolación, confusión. Pensaba que la había engañado. Pensaba que le había estado mintiendo todo este tiempo.

Pensaba que estaba con Vix.

El pensamiento me daba ganas de vomitar. O de matar a Vix. Preferiblemente matar a Vix.

¿Cómo podía Riley pensar eso? ¿Cómo podía creer por un segundo que yo jamás, jamás querría a alguien que no fuera ella? Era mi compañera, la mujer que había esperado toda mi vida, la mujer que mi lobo reconoció en el momento en que la vimos.

Y pensaba que me estaba acostando con Vix.

Estaba a punto de irrumpir por la puerta del sanador, al diablo las convenciones, necesitaba ver a mi compañera, cuando lo escuché.

Escuché la voz del sanador, absurdamente alegre dadas las circunstancias.

—¡Felicidades! Estás embarazada de unas diez semanas.

Me congelé. Mi lobo se quedó completamente quieto.

Y luego estaba aullando, pura y primordial alegría abrumadora estallando dentro de mi cráneo. Celebrando, exaltando, porque nuestra compañera llevaba a nuestro cachorro. Nuestro hijo. Una parte de ambos, creciendo dentro de ella.

Diez semanas. Eso significaba que había ocurrido durante la reclamación, durante esos primeros días perfectos juntos, antes de la guerra, antes de que todo saliera mal. Cuando no podíamos quitarnos las manos de encima, cuando cada toque era perfecto, cuando pensé que mi vida no podía ser mejor.

Se había vuelto mejor. Mucho mejor.

Iba a ser padre.

La puerta se abrió de golpe bajo mis manos. No recordaba haber decidido empujarla. Mi cuerpo se movió por instinto, impulsándome a la habitación.

—¡¿QUÉ?! —grité. Luego, más suave, apenas un susurro—: ¿Qué ha dicho? Nosotros... ¿vamos a tener un cachorro?

Muy principesco y compuesto. Años de entrenamiento real, y irrumpía en una habitación gritando a pleno pulmón.

Riley estaba en la cama. Thessa estaba a su lado, sosteniendo su mano. La sanadora estaba cerca, su expresión alegre vacilando al ver el caos.

Y Riley...

Riley no me estaba mirando.

Había girado la cabeza deliberadamente, ostensiblemente, para no poder verme. Su mandíbula estaba apretada. Su cuerpo rígido. A través del vínculo, sentí todo lo que ella estaba sintiendo. El shock de la noticia del embarazo superpuesto a la devastación de lo que

ella pensaba que había presenciado. Dolor, traición, desolación, todo ello atravesándome porque la estaba atravesando a ella. Y debajo de todo, la más pequeña chispa de esperanza de que estuviera equivocada, de que hubiera una explicación, siendo sistemáticamente aplastada por la duda.

El dolor en mi pecho era insoportable.

—Riley —dije, acercándome—. Por favor. Mírame.

No se movió.

—Ky.

La voz de Thessa era firme, una advertencia que no admitía discusión.

Se levantó del lado de Riley y se acercó a mí, posicionándose entre mí y mi compañera. Mi compañera embarazada. El pensamiento envió otra oleada de alegría primordial a través de mi lobo, inmediatamente aplastada por la realidad de la situación.

Mi lobo quería empujar a Thessa a un lado. Quería recoger a Riley en nuestros brazos y nunca dejarla ir, explicar todo, ahora mismo, en este segundo.

Pero Thessa tenía esa mirada en sus ojos. La que decía que me enfrentaría si fuera necesario.

—Por favor —dijo Thessa en voz baja, para que solo yo la oyera—. Solo déjala estar. Necesita calma. Necesita procesar las cosas.

—Necesito explicar...

—Lo sé. Pero no ahora. Mírala.

Lo hice. Riley estaba acurrucada en la cama, una mano presionada contra su estómago, nuestro hijo, su cara vuelta hacia la pared.

Estaba temblando. Si era por el shock del embarazo o por el trauma emocional, no podía saberlo.

Probablemente ambos.

Me estaba torturando que Thessa tuviera razón. Las hermanas siempre tenían razón en los peores momentos posibles.

Cada fibra de mi ser gritaba por ir hacia Riley, abrazarla, explicarlo todo hasta que entendiera. Pero forzarme sobre ella ahora solo empeoraría las cosas. Podía sentirlo a través del vínculo: su necesidad de espacio, su incapacidad para manejar mi presencia.

Le estaba causando dolor solo por estar en la habitación. La realización casi me puso de rodillas.

—Solo déjame decirle... —elevé mi voz, hablando más allá de Thessa —. Riley. Sé lo que parecía. No es lo que piensas. Por favor. —Mi voz se quebró. No me importaba—. Me conoces.

No respondió. El silencio se extendió, el silencio más largo de toda mi vida, y luego tan bajito que casi lo perdí:

—Ya no estoy segura.

Cinco palabras que me destrozaron más a fondo que cualquier hoja jamás podría.

Todavía no me miraba. Me estaba dando la espalda, acurrucada, cerrándome completamente. El vínculo entre nosotros se sentía mal, estirado, doloroso, y podía sentirla tratando de cerrarlo, tratando de bloquearme.

Me lo merecía. No me lo merecía. No había hecho nada malo, pero ella no lo sabía.

—Riley...

—Vete. —La voz de Thessa era firme ahora. Autoritaria de una manera que me recordaba que ella también era princesa. Una princesa que protegería a su futura cuñada incluso de su propio hermano—. Me quedaré con ella. Me aseguraré de que esté bien. Pero necesitas irte.

—No puedo simplemente...

—Puedes. Y lo harás. —La expresión de Thessa se suavizó, solo un poco—. Arregla lo que sea que haya pasado. Averigua lo que hizo Vix. Y luego, cuando tengas respuestas, respuestas reales, vuelve.

Quería discutir, pelear. Quería plantarme al lado de la cama de Riley y negarme a moverme hasta que me creyera. Pero el vínculo palpitaba con su angustia. Su abrumadora y desesperada necesidad de que yo no estuviera aquí ahora mismo. Cada segundo que me quedaba era otro segundo de dolor para ella.

Maldije. La palabra era inmunda. No me importaba.

Y me fui.

El pasillo fuera de los aposentos del sanador estaba vacío. Las antorchas alineadas en las paredes, su luz implacable. La piedra parecía burlarse de mí. Este era mi castillo, mi hogar, y me sentía fuera de lugar en él.

Mi puño conectó con la pared de piedra antes de que me diera cuenta de que me estaba moviendo. El dolor explotó a través de mis nudillos, pero apenas lo sentí. Golpeé otra vez. Y otra. Hasta que mi piel se partió y la sangre manchó la piedra gris. Hasta que el dolor físico igualaba aunque fuera una fracción de lo que estaba ocurriendo dentro de mi pecho.

No ayudó. Golpear paredes nunca ayudaba. Pero era la pared o la cara de alguien, y no había nadie alrededor que lo mereciera.

Todavía.

Me giré y me dirigí hacia mi oficina, con asesinato en el corazón. Esto era obra de Vix. Lo sabía. La conversación que había preparado, la forma en que se había posicionado, el momento de la llegada de Riley. Todo había sido deliberado. Una trampa diseñada para destruir mi relación con mi compañera.

La iba a exiliar. Miembro del consejo o no, al diablo las consecuencias políticas. Había cruzado una línea que no se podía volver a cruzar.

Vix no estaba en mi oficina.

La habitación estaba vacía, oscura excepto por las brasas moribundas en la chimenea, los papeles dispersos en mi escritorio, la silla donde ella había estado arrodillada a mi lado con su mano en mi muslo.

Ugh. Todavía podía oler su perfume. Me daban ganas de quemar la silla.

Busqué. Revisé las cámaras del consejo, sus aposentos, las áreas comunes donde se reunían los nobles. Se había ido, desaparecida sin dejar rastro.

Inteligente. Sabía lo que venía. Aparentemente incluso las acosadoras delirantes tenían instintos de supervivencia.

Regresé a mi oficina, planeando enviar guardias tras ella, cuando lo noté. Una nota, sentada en mi escritorio, colocada precisamente en el centro donde no podía pasarla por alto. Papel blanco, letra pulcra. Poco remarcable en todos los sentidos excepto por las palabras escritas en ella.

ROMPE EL COMPROMISO O ELLA MORIRÁ.

Qué dramático. Quienquiera que estuviera detrás de esto claramente había leído demasiadas novelas.

Pero el hielo que inundaba mis venas decía que esto no era una broma. Lo leí de nuevo. Y otra vez. Las palabras no cambiaron. No tenían más sentido.

Rompe el compromiso o ella morirá. Alguien estaba amenazando a Riley.

Mi lobo explotó en pura, feroz rabia. Casi me transformé allí mismo, huesos crujiendo, pelo tratando de brotar de mi piel. Solo años de entrenamiento me permitieron forzar la transformación hacia atrás. Mis manos estaban temblando y mi visión se había vuelto ámbar en los bordes.

Alguien estaba amenazando a mi compañera embarazada, y alguien iba a morir por ello.

Pero primero, necesitaba ayuda.

Reuní a mi familia. No a Thessa. Ella estaba con Riley, protegiéndola, exactamente donde necesitaba estar. Pero mis padres, Patt, las personas en las que más confiaba en este mundo.

Nos reunimos en el estudio privado de mi padre. Era la habitación más segura del castillo, protegida contra escuchas, diseñada para conversaciones que no podían abandonar sus paredes.

Aparentemente, incluso eso no era lo suficientemente seguro. Pero una crisis a la vez.

—¿Qué ha pasado? —exigió mi padre—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Peor.

Les conté todo.

El anuncio del embarazo. La mano de mi madre voló a su boca, sus ojos iluminándose de alegría antes de que mi expresión la hiciera pausar. La confrontación con Vix. Cómo había estado revisando documentos de seguridad, revisando quién tenía acceso a qué áreas del castillo. Cómo Vix había aparecido sin invitación, se había arrodillado junto a mi silla, había colocado su mano en mi muslo a pesar de mis intentos inmediatos de apartarla. Cómo la conversación que había preparado, sacada de contexto, sonaba condenatoria.

—Me preguntó cuándo le iba a contar a Riley sobre ella —dije, con la mandíbula tensa—. Le dije que no lo haría. Porque no hay nada que contar. Porque Vix está delirando y nunca le he dado ánimos.

—Pero Riley solo escuchó... —comenzó mi madre.

—Riley me escuchó decir «todos saben lo nuestro» y «Riley no cambiará nuestra relación». Fuera de contexto. Sin saber que estaba hablando de la obsesión de Vix conmigo, no de una relación real. —Me pasé una mano por el pelo—. Y Vix se posicionó perfectamente. Mano en mi muslo, arrodillada a mi lado, riendo sobre Riley descubriendo «la verdad». Fue una trampa. Una trampa perfecta y deliberada.

—Esa zorra —murmuró Patt.

Finalmente, alguien que entendía perfectamente la situación.

—Y luego está esto.

Entregué la nota. Mi padre la leyó, se la pasó a mi madre, a Patt.

—¿Quién envió esto? —preguntó Elspeth.

—No lo sé. La encontré en mi escritorio. Vix ha desaparecido.

—¿Crees que ella...

—Creo que está involucrada. Si ella lo escribió o está trabajando con alguien, aún no lo sé.

—Necesitamos encontrarla —dijo Patt—. Traerla para interrogarla.

—Obviamente. Pero la nota... —Mi mandíbula se tensó—. La amenaza es real. Quienquiera que sea, tiene acceso al castillo. Acceso a mi despacho. Podría tener acceso a Riley.

—Está con Thessa —dijo mi madre—. Está protegida.

—¿Lo está? Si alguien puede dejar una nota en mi escritorio sin ser visto...

Un sonido en la puerta hizo que todos guardaran silencio.

Crucé hacia la puerta y la abrí de un tirón, pero no había nada. Nadie. Solo un pasillo vacío y una nota en el suelo.

Otra más. Nuestro misterioso villano era prolífico, si no otra cosa.

La recogí, mis manos firmes a pesar del temor que se enroscaba en mi estómago.

RECHÁZALA, O LA PERRA Y SU CRÍO MORIRÁN. SU DESTINO ESTÁ EN MIS MANOS.

Sabían que estaba embarazada.

¿Cómo sabían que estaba embarazada? El sanador acababa de confirmarlo. La noticia no había salido de la enfermería. Nadie debería saberlo excepto la familia y...

Alguien nos estaba observando. Alguien cercano.

—Saben del embarazo —suspiró mi madre, leyendo por encima de mi hombro—. ¿Cómo podrían saberlo?

Intentamos rastrear quién había dejado la segunda nota.

Salí por la puerta en segundos, con mis sentidos extendidos, buscando cualquier olor que no perteneciera. Mi padre y Patt me siguieron, los tres nos pusimos de rodillas para examinar el suelo, las paredes, cualquier superficie que el intruso pudiera haber tocado.

La realeza de Duskmere a gatas por el suelo olfateando piedras. Nuestros antepasados estarían tan orgullosos.

No encontramos nada útil, o más bien, demasiado para que fuera útil.

—Hay docenas de olores aquí —dijo Patt, con frustración en su voz —. Sirvientes, guardias, nobles. Cualquiera podría haber caminado por este pasillo.

—Sabían que estábamos aquí —gruñí—. Sabían exactamente cuándo dejar la nota. Nos estaban observando.

—O tienen a alguien en el interior —añadió mi padre con gravedad.

Regresamos al estudio, con la puerta firmemente cerrada y bloqueada detrás de nosotros.

—Su destino está en mis manos —repitió Elspeth, examinando la segunda nota—. ¿Qué significa eso? ¿Cómo podría el destino de ella estar en manos de alguien?

—¿Una maldición? —sugirió Patt.

—Posiblemente. —Mi mente trabajaba a toda velocidad—. Madre, ¿tenemos alguna bruja en el castillo? ¿Alguien que pueda examinar a Riley por interferencia mágica?

—Hay una. Morena. Vive en la parte baja del pueblo, pero ha trabajado con la corona antes. Discreta, de confianza.

—Traedla. Ahora.

Morena llegó en menos de una hora, introducida en el castillo por una entrada de servicio para evitar llamar la atención. Era mayor de lo que esperaba. Con el pelo plateado y ojos que parecían ver a través de ti, percibiendo cosas que otros no podían. El tipo de presencia que sugería que había visto horrores que romperían a seres menos fuertes y había emergido más fuerte por ello.

—¿Necesitáis que compruebe a alguien por influencia mágica? —preguntó sin preámbulos. Sin cortesías. Sin charla trivial. Sin reverencias ni tonterías de «Su Alteza».

Lo agradecí. Por fin, alguien que no perdía el tiempo.

—Mi compañera. Está en los aposentos del sanador. Alguien ha amenazado su vida, y necesitamos saber si ha sido maldecida.

Morena estudió mi rostro durante un largo momento. Fuera lo que fuese lo que vio, la hizo asentir. —Llevadme hasta ella.

El camino hasta los aposentos del sanador fue tenso. Yo iba delante, Morena me seguía, mis padres y Patt cerraban la marcha. Mi lobo se paseaba dentro de mí, ansioso por ver a Riley de nuevo aunque sabía que ella no quería verme.

Cuando llegamos, Thessa nos recibió en la puerta.

—Está descansando —dijo Thessa, con su mirada moviéndose hacia la bruja con obvia curiosidad—. Por fin dormida. Costó una eternidad calmarla. ¿Qué está pasando?

—Alguien está amenazando su vida. Necesitamos comprobar si hay maldiciones. En silencio. No la despertéis.

El rostro de Thessa palideció. —¿Maldiciones? ¿Qué demonios...?

—Después. Déjanos entrar.

Riley estaba dormida cuando entramos. Estaba acurrucada de lado, con una mano descansando protectoramente sobre su estómago incluso en sueños. Su rostro estaba surcado de lágrimas, exhausto. Círculos oscuros bajo sus ojos. Parecía frágil de una manera que me oprimía el pecho, hacía que mi lobo gimiera con la necesidad de protegerla.

Quería ir hacia ella. Apartar el cabello de su rostro, tomarla en mis brazos y sostenerla hasta que despertara y decirle que todo iba a estar bien.

Pero ella no me quería cerca. Incluso inconsciente, su cuerpo estaba inclinado lejos de donde yo estaba. Mi compañera tenía, aparentemente, excelentes instintos para evitarme.

Así que me quedé atrás y observé desde el otro lado de la habitación, dolido.

Morena se acercó a la cama lentamente, con cuidado, sin hacer ruido. Sostuvo sus manos sobre la forma de Riley, cerró los ojos y se quedó inmóvil. El aire a su alrededor pareció brillar ligeramente, magia que no podía ver pero que podía sentir presionando contra mis sentidos.

Pasaron minutos. Largos y agónicos minutos. Apenas respiraba. Ninguno de nosotros lo hacía.

Finalmente, Morena retrocedió. Su expresión era inescrutable.

—¿Y bien? —exigí, manteniendo mi voz baja pero sin poder ocultar la urgencia.

—No hay firma mágica en ella. Ni maldición, ni hechizo, ni encantamiento de ningún tipo. —Morena negó con la cabeza—. Cualquiera que sea la amenaza que enfrenta, no es mágica.

El alivio y la frustración libraron una batalla en mi pecho. No era una maldición. Eso era bueno. Pero entonces...

—Si no es magia —dijo mi padre lentamente—, ¿cómo podría su destino estar en manos de alguien?

Todos nos miramos, con la mente trabajando a toda velocidad. Las palabras de la nota resonaban en mi cabeza. Su destino está en mis manos.

—Veneno —dijo Elspeth de repente.

Todos se volvieron hacia ella.

—Veneno —repitió, y la palabra me heló la sangre—. Si alguien la ha estado envenenando lentamente, gradualmente, controlarían cuándo muere. Si muere. Su destino estaría literalmente en sus manos. Podrían darle el antídoto o dejarla sufrir.

El temor se acumuló en mi estómago. Alguien había estado envenenando a mi compañera embarazada.

—Veneno.

La palabra resonó por la habitación. Quedó suspendida en el aire. Hizo que todo fuera de repente, horriblemente claro.

Sus síntomas. Las náuseas, los mareos, la fatiga que no desaparecía. Todos habíamos asumido que era el embarazo, el estrés, el cambio de reino. ¿Pero y si no lo era? ¿Y si alguien había estado matándola lentamente bajo nuestras narices?

Me volví hacia la sanadora, que había estado revoloteando en segundo plano. —Cuando la examinaste, ¿comprobaste si había toxinas?

El rostro de la sanadora palideció. —Yo... comprobé si había enfermedad, los síntomas del embarazo, pero veneno... necesitaríamos otro tipo de examen...

—Entonces hazlo. Ahora. En silencio. No la despiertes.

La sanadora se apresuró a reunir suministros. Viales, instrumentos, herramientas que no reconocí. Mi madre intervino para ayudar, sus conocimientos de sanación tras décadas como reina demostraron ser útiles. Habían trabajado juntas antes, recordé. Durante crisis pasadas, enfermedades pasadas. Sabían lo que estaban haciendo.

Trabajaron en silencio, con cuidado de no perturbar el sueño exhausto de Riley. Se extrajo sangre. Se realizaron pruebas. Observé cada momento, con mi lobo paseándose inquieto dentro de mí, incapaz de ayudar, incapaz de hacer nada excepto esperar.

La paciencia nunca había sido mi fuerte. Esta noche, era inexistente.

Los minutos pasaron lentamente, cada uno extendiéndose en una eternidad.

Finalmente, la sanadora se enderezó. Su expresión era sombría. El tipo de expresión que precedía a malas noticias.

—Hay rastros —dijo en voz baja—. Una sustancia extraña en su sistema que no debería estar ahí. No puedo identificarla específicamente. Necesitaríamos un alquimista para eso. Pero definitivamente hay una toxina.

Veneno, confirmado. Alguien había estado envenenando a mi compañera, a mi compañera embarazada, durante diosa sabe cuánto tiempo.

La rabia que me inundó fue una furia calculada. Mi lobo quería sangre, quería destruir a quien hiciera esto con nuestras propias manos.

—Vix —gruñí, apenas manteniendo la voz baja—. Debe haber estado planeando esto desde hace tiempo. Comenzó a envenenar a Riley mucho antes de la confrontación de hoy.

—Lo que significa que tiene ayuda —dijo mi padre—. Alguien con acceso a la comida de Riley, su bebida, sus objetos personales.

—Necesitamos encontrar a quienquiera que la haya ayudado. Sanadores, sirvientes, cualquiera que haya tenido acceso a Riley desde que llegó. —Mi voz era fría, cada centímetro el príncipe alfa que destrozaría a cualquiera que amenazara a su familia—. Cada persona que haya tocado su comida, entrado en sus aposentos o estado a solas con ella. Quiero que los interroguen. A todos ellos.

—¿Y Vix? —preguntó Patt.

—Encontradla. No me importa si tenéis que buscar en cada centímetro de este reino. No está actuando sola, y quiero saber quién está detrás de esto. Traédmela viva.

—¿Y el antídoto? —preguntó Thessa—. Si la están envenenando, necesitamos detenerlo. Revertirlo.

—Necesitamos identificar el veneno primero —dijo la sanadora—. Una vez que sepamos qué es, podemos trabajar en contrarrestarlo. Mientras tanto, prepararé un tratamiento desintoxicante general. No la curará, pero debería ralentizar los efectos.

—Hazlo.

Mis padres intercambiaron miradas. Mi padre puso su mano en mi hombro y apretó, el gesto diciéndolo todo. Los encontraremos. Les haremos pagar.

Miré a Riley, todavía dormida, inconsciente del peligro en el que se encontraba. Ella pensaba que lo peor que pasaba era que yo la había traicionado. No tenía idea de que alguien estaba intentando matarla. Intentando matar a nuestro hijo.

Y no lo sabría. No hasta que hubiera arreglado esto. No hasta que Vix estuviera encadenada y quien la ayudara fuera expuesto, hasta que pudiera venir a ella con respuestas, con soluciones, con pruebas de que estaba a salvo.

Me moví a su lado, con cuidado de no hacer ruido. Estaba vuelta de espaldas a mí, incluso en sueños, su cuerpo recordando la ira que sentía, el dolor, la traición que creía que había ocurrido.

No había sido así. Nunca la traicionaría. Nunca. Me incliné y presioné el más suave beso en su cabello. Olía familiar, reconfortante, mía. No se movió.

—Arreglaré esto —susurré, tan bajo que solo mi lobo podía oírlo—. Te lo juro por todo lo que soy. Arreglaré todo. Encontraré a quien hizo esto. Les haré pagar. Y luego pasaré el resto de mi vida haciéndote creer en nosotros de nuevo.

Mi lobo aulló en acuerdo, en determinación, en furia. Me enderecé y miré a mi familia, vi la misma resolución reflejada en sus ojos.

—Ve —dijo Thessa suavemente—. Yo la cuidaré.

Asentí y eché un último vistazo a Riley, a la mujer que amaba, la madre de mi hijo. Luego salí de la habitación.

La caza comenzó.

29

—•—

Caelan

Odiaba este plan.

Odiaba cada cosa de él. Pero mi padre tenía razón. No podíamos arriesgar la vida de Riley. No mientras el veneno seguía en su sistema, no mientras no tuviéramos antídoto, no mientras quien estuviera detrás de esto tuviera todo el poder.

Estábamos en su estudio privado, la habitación protegida donde los secretos debían permanecer en secreto, excepto que alguien había demostrado que ni siquiera este santuario estaba a salvo.

—Seguiremos lo que exigen las amenazas —dijo mi padre, paseando por el estudio—. Públicamente. Hacerles creer que han ganado.

—Quieres que la rechace. —Las palabras sabían a ceniza en mi boca. Mi lobo aullaba en protesta, arañando mi interior, negándose a aceptar lo que se me pedía hacer.

—Quiero que escenifiques un rechazo. Hay una diferencia.

—No para Riley. No cuando ya piensa que la he traicionado.

—Lo cual es por qué será creíble. —Mi padre dejó de pasearse, se volvió para enfrentarme. Su expresión era sombría, el rostro de un rey que había tomado decisiones imposibles antes—. Piensa, Caelan. Quien esté detrás de esto, Vix o alguien trabajando con ella, está observando. Sabían del embarazo antes de que lo anunciáramos. Entregaron una nota mientras estábamos en una habitación protegida. Tienen ojos en todas partes.

—Y si no cumplimos, dejan de enviar antídotos que podrían estar usando como amenaza —añadió Elspeth en voz baja. Estaba sentada junto a la chimenea, con las manos en su regazo, pero podía ver la tensión en sus hombros—. Si creen que han ganado, podrían volverse descuidados. Revelarse.

—Patt sigue buscando a Vix —continuó mi padre—. Pero se ha escondido. Si podemos hacer salir a quien la está ayudando, a quien entregó esas notas, tenemos una oportunidad.

Mis puños se cerraron a mis costados. —¿Y Riley?

—Será protegida. Thessa se quedará con ella. La trasladaremos a un lugar seguro en cuanto esto esté hecho.

—Me odiará.

—Ya cree que te odia. —La voz de mi madre era suave. Demasiado suave. La amabilidad en ella me hacía querer gritar—. Al menos de esta manera, seguirá viva lo suficiente para que puedas explicarle.

Maravilloso. Mi madre, la optimista.

Cerré los ojos y respiré, tratando de encontrar la parte fría y calculadora de mí mismo que tomaba decisiones en batalla, que sopesaba costes y beneficios sin emoción.

No estaba ahí. Todo lo que sentía era agonía. Mi lobo paseándose dentro de mí, gimiendo, negándose a aceptar esto. Rechazar a una

compañera iba contra todos los instintos que poseíamos. Era una violación del vínculo sagrado. Una abominación.

Pero mi padre tenía razón. Si no hacía esto, si desafiaba las amenazas, Riley moría. Nuestro hijo moría.

Soportaría cualquier cosa para evitar eso, cualquier cosa, incluso esto.

—Bien —dije. La palabra parecía arrancada de mi pecho—. Lo haré.

El plan estaba establecido. Esperaríamos hasta que el sanador autorizara a Riley a salir de la enfermería. Entonces la convocaría a la sala del trono, frente a toda la corte. La rechazaría públicamente, formalmente, de una manera que no pudiera malinterpretarse.

Y no le diría que era una farsa.

Mi padre insistió en esa parte. Si Riley lo supiera, su reacción no sería genuina. Quien estuviera observando vería a través del acto. La amenaza permanecería.

Ella tenía que creer que era real.

Quería vomitar. La glamurosa vida de la realeza. Intrigar, mentir y destruir a la persona que más amabas para mantenerla con vida.

Pasaron horas. Las pasé marcando un camino en el suelo, planeando, tratando de no pensar en lo que estaba a punto de hacer. Cada vez que cerraba los ojos, veía su rostro. Cómo me miró cuando nos conocimos. Cómo sonreía cuando la hacía reír. Cómo decía mi nombre cuando se deshacía en mis brazos.

Estaba a punto de destruir todo eso.

Patt envió actualizaciones. Ni rastro de Vix. Ninguna pista sobre su ubicación. Había desaparecido por completo.

Finalmente, llegó la noticia desde la enfermería. Riley estaba despierta. Estaba estable. El sanador dijo que podía salir.

Hora de destruir el corazón de mi compañera.

***

La sala del trono estaba llena.

La noticia se había difundido, como siempre ocurría en un castillo lleno de chismosos, de que se estaba desarrollando un drama. Nobles, sirvientes, guardias, miembros del consejo. Todos habían encontrado una excusa para estar aquí, para presenciar cualquier espectáculo que estuviera a punto de ocurrir.

Estoy seguro de que todos habían despejado sus muy importantes agendas para el entretenimiento. Nada como una humillación pública para alegrar la tarde de todos.

Me encontraba al frente de la sala, junto al trono de mi padre. Mi expresión era cuidadosamente inexpresiva. Mis manos estaban entrelazadas detrás de mi espalda para ocultar el temblor. Parecía por completo el príncipe frío y sin emociones.

Por dentro, estaba muriendo.

Y entonces Riley entró.

Se veía terrible. Hermosa, siempre hermosa, pero terrible. Exhausta, sus ojos aún enrojecidos de tanto llorar. Caminaba lentamente, con cuidado, una mano flotando cerca de su estómago en un gesto protector que probablemente ni siquiera se daba cuenta de que estaba haciendo.

Mi hijo. Nuestro hijo. Creciendo dentro de ella mientras me preparaba para romperle el corazón.

Thessa caminaba a su lado, lanzándome una mirada que podría agriar la leche. No conocía el plan completo. Solo que había convocado a Riley aquí, y no le gustaba.

La mirada de Riley encontró la mía a través de la sala. Por un momento, solo un momento, vi esperanza allí. El deseo desesperado de que la hubiera llamado aquí para explicar, para disculparme, para arreglar las cosas.

Estaba a punto de aplastar esa esperanza por completo.

Antes de que pudiera sentir mi angustia a través del vínculo, lo cerré. Lo cerré de golpe con cada onza de control que poseía. El dolor era insoportable. Mi lobo se revolvía contra mi control, pero lo mantuve a raya.

Era necesario. Si ella sentía lo que realmente estaba sintiendo, sabría la verdad.

Se detuvo frente a mí. Esperó.

La sala contuvo la respiración.

—Riley Hawkins —dije, y mi voz era fría, sin vida, la voz de un príncipe en lugar de un compañero—. Te he llamado aquí para abordar el asunto de nuestro... acuerdo.

Su frente se arrugó. —¿Acuerdo?

—Nuestro compromiso. Nuestro... vínculo. —Forcé las palabras a salir. Cada una era un cuchillo en mi propio corazón—. He considerado el asunto detenidamente, y he tomado una decisión.

La sala estaba en silencio. Todos los ojos fijos en nosotros. Podía sentir el peso de su atención, la curiosidad hambrienta de nobles que se alimentaban de escándalos y dramas.

—Una decisión —repitió ella. Su voz era plana, pero podía ver que sus manos comenzaban a temblar.

—Esto fue un error. —Las palabras quemaron mi garganta—. El reclamo, el compromiso, todo. Un momento de debilidad. Una fascinación temporal. No puedo tomar a una humana como mi compañera.

Había esperado que viera la verdad dentro de mis palabras, que se diera cuenta de que la estaba llamando humana cuando claramente no lo es, así que algo debía estar mal. Pero Riley simplemente se quedó muy quieta.

—Estoy rechazando el vínculo —continué—. Públicamente, formalmente. Ya no eres mi compañera. Ya no eres bienvenida en esta corte como nada más que una... invitada.

Los jadeos alrededor de la sala fueron audibles. Se iniciaron murmullos. No miré a nadie más que a Riley.

Su rostro había perdido todo el color. Me estaba mirando con una expresión que nunca había visto antes, pura devastación.

—Tú... —Tragó con dificultad—. Me estás rechazando.

—Sí.

—¿Porque no estoy a la altura de tus estándares?

Las palabras me golpearon con fuerza física. El veneno de Vix, aún funcionando incluso ahora. Ella había plantado esas palabras en la mente de Riley, y ahora Riley me las estaba devolviendo, creyéndolas, aceptándolas como verdad.

—Porque esto nunca estuvo destinado a ser permanente —dije, forzando las palabras—. Pido disculpas por cualquier... confusión.

—Confusión —su voz se quebró—. Me reclamaste. Me mordiste. Pusiste un hijo en mí, ¿y ahora estás de pie frente a todos llamándolo confusión?

Más jadeos. Más susurros. El embarazo no era de conocimiento público hasta ahora.

Bien, que escuchen. Que quienes estén observando crean que han ganado.

—Se proveerá para el niño —dije, y me costó todo no quebrarme. No caer de rodillas y suplicar su perdón, decirle la verdad, malditas sean las consecuencias—. Pero nuestra... relación personal ha terminado.

Los ojos de Riley se llenaron de lágrimas. Las parpadeó furiosamente, con la mandíbula apretada, todo su cuerpo temblando con el esfuerzo de no desmoronarse frente a todos.

Mi lobo estaba aullando, arañando, gritándome que me retractara, que la recogiera en nuestros brazos, que explicara. Lo contuve con fuerza brutal.

Sí, era consciente de que esta era una idea terrible. Mi lobo había dejado muy clara su opinión. Podía ponerse en la fila con todos los demás que querían matarme hoy.

—Eres un cobarde —susurró—. Un mentiroso y un cobarde.

No dije nada. No había nada que pudiera decir.

Se dio la vuelta y salió de la sala del trono. Llevaba la cabeza alta, la columna recta, pero podía ver la devastación en cada línea de su cuerpo. La forma en que sus hombros temblaban. La manera en que su mano presionaba contra su estómago, protegiendo al niño que acababa de desestimar públicamente.

Thessa la siguió, lanzándome una última mirada asesina.

Los susurros estallaron en una conversación completa en el momento en que se fueron. Los nobles ya estaban diseccionando lo sucedido, especulando sobre las razones, cotilleando sobre la pobre mujer humana que pensó que había atrapado a un príncipe.

Esperaba que lo estuvieran disfrutando. De verdad. Alguien debería beneficiarse de este desastre.

Me quedé paralizado.

Acababa de destruir lo único que importaba.

Y ni siquiera podía ir tras ella.

La sala del trono se vació lentamente, todos reacios a abandonar la escena de tan espectacular drama. Esperé, inmóvil, hasta que los últimos se fueron. Hasta que los susurros se desvanecieron. Hasta que me quedé solo con mi padre y el peso de lo que había hecho.

Mi padre no dijo nada. No había nada que decir. Ambos sabíamos lo que esto había costado.

Entonces me moví.

Necesitaba encontrar a Riley. Necesitaba explicar, ahora, inmediatamente, antes de que hiciera algo drástico. El rechazo escenificado estaba hecho. Quien estuviera observando lo había visto. Ahora podía arreglar esto.

Pero cuando llegué al corredor donde debería estar, no estaba allí.

—¿Dónde está? —exigí a un guardia que pasaba.

—La... la mujer? Se fue, Alteza. Por el ala este. La princesa iba con ella.

Las seguí. Ala este, luego los jardines, luego nada. Riley había desaparecido. Thessa había desaparecido. Se habían esfumado tan completamente como Vix, y el pánico se apoderó de mí.

Busqué en los jardines, los patios, cada camino que podría haber tomado. Mi lobo estaba frenético, tensando mi control, desesperado por rastrear el olor de nuestra compañera. Pero había demasiados rastros, demasiadas personas que habían caminado por estos corredores, y el olor de Riley se desvanecía con cada minuto.

Estaba a punto de destrozar el castillo cuando una pequeña figura apareció en mi camino. Un niño, uno de los hijos de los sirvientes de cocina, quizás de siete u ocho años.

—Para usted, señor —dijo el niño, empujándome un pequeño vial—. La señora dijo que se lo diera al príncipe.

Por supuesto. El destino de mi compañera e hijo, entregado por un niño de siete años con dedos pegajosos y un diente delantero faltante. Este día seguía mejorando.

Lo tomé. El vial estaba lleno de un líquido plateado pálido.

—¿Qué señora? ¿Adónde fue?

El niño se encogió de hombros. —No vi su cara. Llevaba una capucha. Dijo que sabría qué hacer con esto.

Quería sacudir al niño, exigir más respuestas, pero el chico claramente no sabía nada. Ya se estaba escapando, su deber cumplido.

Miré fijamente el vial.

El antídoto.

Tenía que serlo. El veneno por mi obediencia, la cura por mi sumisión. Quien estuviera detrás de esto me estaba recompensando por el rechazo.

Buen chico, Caelan. Has destrozado el corazón de tu compañera. Toma un premio.

Corrí a la enfermería. Entregué el vial a la curandera con órdenes de probarlo inmediatamente. Confirmar qué era. Confirmar que era seguro.

La espera fue agonizante. Recorría la habitación de un lado a otro, incapaz de quedarme quieto, mi mente repasando posibilidades. ¿Dónde estaba Riley? ¿Adónde la había llevado Thessa? ¿Estaban a salvo?

Finalmente, la curandera emergió.

—Es un antídoto —confirmó—. Diseñado específicamente para contrarrestar el veneno que encontramos en su sistema. Esto la curaría completamente.

El alivio me inundó, pero fue de corta duración. Riley aún necesitaba tomarlo, y Riley no estaba en ninguna parte.

La puerta se abrió. Thessa.

—¿Dónde está? —exigí.

—A salvo —la expresión de Thessa era fría. Furiosa—. No gracias a ti.

—Thessa, puedo explicar...

—¿Puedes? Porque desde donde yo estaba, acabas de humillar públicamente a tu compañera embarazada frente a toda la corte. La

rechazaste, Caelan. LA RECHAZASTE. ¿Tienes alguna idea de lo que eso le hace a un lobo?

—Fue escenificado. Había amenazas. Alguien iba a matarla si no...

—No me importa —Thessa me cortó—. Ella no sabe eso. Todo lo que sabe es que el hombre que la reclamó, que ella pensaba que la amaba, acaba de descartarla delante de todos.

—Lo sé. Por eso necesito encontrarla, decirle la verdad...

—No —Thessa dio un paso adelante, arrebató el vial de antídoto de las manos de la curandera—. Tú te quedas aquí. Encuentras a quien hizo esto. Los acabas. Y cuando hayas terminado, cuando no haya más amenazas, ni más veneno, ni más peligro, entonces puedes venir a suplicar.

—¿Adónde la llevas?

—A un lugar seguro. Un lugar donde pueda sanar —Thessa se detuvo en la puerta—. La cabaña del lago Mirabelle. No fue afectada por el incendio que mató a su familia. Todavía hay algunas cosas de su madre allí. Pensé que... podría encontrar algún consuelo en ello.

La culpa se retorció en mis entrañas. Incluso ahora, mi hermana estaba pensando en el bienestar de Riley de formas que yo no podía. Le estaba dando a Riley un pedazo de su pasado, una conexión con la madre que apenas recordaba.

—Gracias —dije en voz baja.

—No me lo agradezcas. Arregla esto —los ojos de Thessa eran duros —. Encuentra a Vix. Encuentra a quien la ayudó. Y cuando lo hagas...

—Los mataré.

—Bien —se giró para irse, luego se detuvo. Su expresión cambió, solo un poco. Se suavizó—. Ella te ama, ¿sabes? Incluso después de todo. Pude verlo cuando estabas hablando. Ella tenía esperanza, hasta el último segundo, de que fuera algún tipo de broma. Algún malentendido.

Las palabras me destrozaron. Mi lobo aulló con angustia.

—Lo arreglaré —dije—. Lo juro por mi vida.

—Más te vale. Porque si no lo haces, yo misma te mataré.

Se fue.

Ponte en la fila, hermana. A estas alturas, probablemente había una cola formándose.

Me quedé solo en la enfermería, con el peso de todo lo que había perdido presionando sobre mis hombros. Mi compañera se había ido. Mi hijo estaba en peligro. Y en algún lugar de este castillo, la persona responsable estaba observando, esperando, pensando que había ganado.

Estaban equivocados.

Pensé en Riley. En la devastación en su rostro cuando había dicho esas horribles palabras. En la manera en que me había llamado cobarde, mentiroso. Tenía razón. Hoy era ambas cosas.

Pero arreglaría esto. Encontraría a quien hizo esto. Los acabaría. Y luego pasaría el resto de mi vida demostrándole a Riley que cada palabra que había dicho en esa sala del trono era una mentira.

Iba a encontrarlos.

Y cuando lo hiciera, desearían no haber nacido nunca.

30

—•—

Riley

Me estaba congelando el trasero.

Había estado en forma de lobo durante lo que parecían horas, mi pelaje blanco sin hacer absolutamente nada para protegerme del frío amargo del invierno de Duskmere. La nieve crujía bajo mis patas. Cristales de hielo se formaban en mis bigotes. Mi aliento salía en bocanadas visibles que se disipaban en el aire gélido.

Qué día para estar viva.

No.

Después de que Caelan me destrozara frente a toda la corte, después de que se quedara allí con sus ojos fríos y muertos y llamara a nuestro vínculo un error, una fascinación temporal, un momento de debilidad, no podía quedarme en ese castillo ni un segundo más. La humillación era asfixiante. La traición era devastadora. La forma en que dijo «se proveerá para el niño» mientras me miraba sin absolutamente ninguna emoción en su rostro, eso fue lo que me rompió.

Corrí. Fuera de la sala del trono, pasando junto a los nobles chismosos que ya susurraban detrás de sus manos, a través de corredores que apenas reconocía, hasta que encontré una puerta que conducía al exterior.

El invierno me golpeó con fuerza. Pero no me importó. Me transformé, mi lobo viniendo con más facilidad ahora, respondiendo a mi desesperada necesidad de escapar, y corrí.

No sabía adónde iba, no tenía un plan. Alguna idea vaga de encontrar el portal, volver al mundo humano, desaparecer para siempre. Comenzar de nuevo donde nadie me conociera, donde nadie pudiera herirme, donde pudiera fingir que nada de esto había sucedido jamás.

Pero las lágrimas y la angustia se habían sumado al mareo y la enfermedad que ya me atormentaban, y estaba tropezando más que corriendo, mis patas enredándose en raíces y rocas ocultas bajo la nieve.

Estaba débil, embarazada, triste y perdida. Gran combinación para una dramática huida a través de un bosque congelado que no conocía.

Había estado corriendo durante quizás veinte minutos cuando escuché patas detrás de mí.

Mi lobo se puso en alerta máxima, con el pelo erizado, un gruñido formándose en mi garganta. Me giré para enfrentar cualquier amenaza que se acercaba, lista para pelear aunque apenas podía mantenerme en pie. Si Caelan había enviado guardias tras de mí, si pensaba que podía simplemente arrastrarme de vuelta y encerrarme...

Pero entonces capté el olor, familiar y seguro. *Thessa.*

Una loba gris emergió de los árboles, más pequeña que mi forma pero más rápida, más ágil. Thessa me rodeó una vez, empujó mi flanco con su nariz, y luego se dirigió en otra dirección. Sígueme, decía el gesto.

No tenía energía para discutir. La seguí.

Thessa me guió a través del bosque durante otra hora, navegando por caminos que nunca habría encontrado por mi cuenta. El frío se filtraba en mis huesos. Mis piernas temblaban de agotamiento. Pero seguí moviéndome, siguiendo la forma gris delante de mí, confiando en ella incluso cuando no confiaba en mí misma.

Finalmente, emergimos en un claro donde se alzaba una cabaña, grande y bien mantenida por fuera, rodeada de jardines congelados que insinuaban belleza veraniega.

Thessa volvió a su forma humana, tomó una llave de debajo de una piedra decorativa y abrió la puerta.

—Entra antes de que te mueras de frío —dijo—. Debería haber ropa en el dormitorio.

Me transformé y tropecé, sosteniéndome en el marco de la puerta, desnuda y temblando y demasiado destrozada para preocuparme por el pudor. Thessa envolvió una manta alrededor de mis hombros y me guió a una silla junto a una chimenea fría.

—Necesito volver, conseguir provisiones, avisar a mi familia dónde estamos —Thessa hizo una pausa, agachándose para mirarme a los ojos—. Sé que estás pensando en huir en cuanto me vaya. No lo hagas.

—¿Por qué no debería?

—Porque esta es la casa del lago Mirabelle.

Me quedé quieta.

—Mi madre me dio las llaves —continuó Thessa—. Estaba planeando traerte aquí antes de que... todo sucediera. Esta fue la propiedad de tu familia. La única que sobrevivió al incendio. La reina la mantuvo exactamente como estaba, esperando que algún día... —se interrumpió—. En fin. Ahora es tuya. Y podría haber cosas aquí, recuerdos, pertenencias, que quieras ver.

Mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Estaba tan cansada de llorar. Había estado llorando durante días, y cada vez que pensaba que había terminado, mi cuerpo encontraba más lágrimas para producir.

—Quédate —dijo Thessa suavemente—. Por favor. Volveré pronto.

Se fue.

Y me quedé.

Encendí un fuego.

Me tomó tres intentos porque mis manos temblaban demasiado, y no había encendido un fuego con leña real en años, pero eventualmente la leña menuda prendió y las llamas comenzaron a lamer los troncos. El calor se extendió lentamente por la habitación, ahuyentando lo peor del frío.

Tres intentos para encender un fuego. Mis ancestros lobos probablemente estaban aullando de vergüenza en algún lugar. Menuda poderosa loba blanca estaba resultando ser.

Pero pequeñas victorias. Podía encender un fuego. Podía sobrevivir. El listón estaba bajo, pero lo estaba superando.

Había ropa en el dormitorio, ropa de mujer, ropa de mi madre, me di cuenta con una sacudida que me oprimió el pecho. Estaba colgada

en un armario, esperando a que su dueña regresara. Pasé mis dedos sobre telas suaves, levanté mangas a mi nariz e intenté captar un aroma persistente.

No había nada. Había pasado demasiado tiempo. Obviamente. No sé qué esperaba. ¿Algún tipo de perfume maternal mágico que sobreviviera dos décadas en una cabaña abandonada? Patético.

Pero de todos modos elegí un vestido acogedor. Me lo pasé por la cabeza y me abracé a mí misma, fingiendo que la estaba abrazando a ella, que ella estaba aquí, que no estaba completamente sola.

Diosa, era un desastre.

La cabaña era enorme, mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Múltiples dormitorios, una gran cocina, una biblioteca, una sala de estar con ventanas que daban a un lago congelado. Todo estaba polvoriento, cubierto por años de abandono, telarañas en las esquinas, una fina capa de suciedad en cada superficie. Nadie había estado aquí en probablemente veinte años.

Al parecer, los Mirabelle no creían en el minimalismo. Ni en los servicios de limpieza.

Pero bajo el polvo, podía ver lo que una vez fue: muebles antiguos, pinturas descoloridas en las paredes, libros con lomos agrietados. Un hogar. Mi hogar, el hogar que había olvidado.

Estaba clasificando más ropa en uno de los dormitorios cuando Thessa regresó.

—Toma —Thessa empujó un pequeño vial en mis manos—. Bebe esto. Todo.

Miré fijamente el líquido plateado. —Sabes, en el mundo humano tenemos un dicho sobre no beber líquidos misteriosos que te entregan desconocidos.

—No soy una desconocida. Soy tu cuñada —Thessa hizo una pausa —. Más o menos. Bébelo.

No discutí más. A estas alturas, ¿qué era lo peor que podía pasar? Descorché el vial y tragué el líquido plateado del interior. No sabía a nada, sin sabor en absoluto, pero en segundos, sentí que funcionaba. El mareo que me había estado atormentando durante días comenzó a desvanecerse. Las náuseas se calmaron. La debilidad en mis extremidades retrocedió.

Me sentía mejor. Realmente mejor. Por primera vez en semanas.

—¿Qué era eso?

—Medicina —la expresión de Thessa era complicada, cautelosa de una manera que no había visto en ella antes—. Para una enfermedad que te estaba enfermando. Deberías sentirte mucho mejor ahora.

—Una enfermedad —repetí sin emoción—. Y tú casualmente tenías la cura.

—Es una larga historia —Thessa se sentó en el borde de la cama, observándome con ojos cuidadosos—. Escucha. No voy a defender a mi hermano. Lo que hizo fue horrible, cruel e imperdonable.

Mi mandíbula se tensó. —Bien. Porque no quiero oírlo.

—Pero —Thessa levantó una mano—. No lo hizo porque no te ame. Tenía una razón. Una razón apremiante, válida, de vida o muerte. Y cuando te sientas mejor, cuando estés lista, deberías escucharlo.

—No quiero escuchar nada de él nunca más.

—Lo sé. Solo te pido que no lo odies completamente. No todavía. No hasta que lo sepas todo.

Quería discutir. Quería gritar que tenía todo el derecho a odiarlo, que me humilló frente a toda la corte, que rechazó nuestro vínculo y nuestro hijo sin siquiera pestañear. Que había confiado en él con todo lo que tenía y él me lo había devuelto en la cara frente a cientos de personas.

Pero los ojos de Thessa eran sinceros. Y estaba demasiado agotada para pelear con ella por esto.

—No prometo nada —dije finalmente.

—No te pido que lo hagas —Thessa se puso de pie—. Ahora. ¿Te gustaría aprender sobre tu familia?

Me gustaría. Que la Diosa me ayude, me gustaría.

Pasamos los siguientes tres días explorando la cabaña.

Y por «explorando», quiero decir que me convertí en una zona de desastre emocional que lloraba literalmente por todo. ¿Una taza polvorienta? Lágrimas. ¿Una cortina descolorida? Más lágrimas. ¿Un tablón del suelo que cruje que podría haber sostenido una vez mis diminutos pies de niña? Llanto total.

Era patético. Yo era patética. Pero no podía parar.

Encontré el estudio de mi padre el segundo día, una habitación llena de libros y mapas e instrumentos científicos que nunca había visto antes, todos cubiertos de polvo. Había un retrato en la pared de un hombre con cabello oscuro y ojos amables, una expresión seria suavizada por líneas de risa. Torven Mirabelle. Mi padre.

Lo contemplé durante mucho tiempo, tratando de encontrar piezas de mí misma en su rostro: la forma de mis ojos, la curva de mi mandíbula, cualquier cosa que me conectara con este desconocido que me había amado, protegido, muerto tratando de mantenerme a salvo.

Parecía amable. Parecía el tipo de padre que haría bromas terribles y te avergonzaría frente a tus amigos y te amaría tan ferozmente que dolería.

No lo sabría. Nunca tuve la oportunidad de averiguarlo.

En la cocina, descubrí la letra de mi madre. Un libro de recetas, lleno de notas y ajustes, salpicado de antiguas manchas de experimentos culinarios de hace mucho tiempo. «Añadir más miel, Torven tiene debilidad por lo dulce». «La favorita de Riley, preparar para su cumpleaños».

La favorita de Riley.

Me mencionaban por mi nombre. Existía aquí, en esta casa, en esta familia. Era amada. Alguien había preparado mi comida favorita para mi cumpleaños. Alguien se había preocupado lo suficiente como para anotarlo.

Ni siquiera sabía cuál era mi comida favorita. No podía recordarlo. Veintiún años me habían robado eso, junto con todo lo demás.

Las lágrimas volvieron, pero eran diferentes esta vez. Menos amargas. Más curativas.

O quizás simplemente estaba deshidratada de tanto llorar. Difícil saberlo a estas alturas.

Había juguetes en un baúl en uno de los dormitorios: animales de madera tallados a mano, una muñeca con pelo real a la que le faltaba un brazo, libros ilustrados con dibujos de lobos, bosques y castillos. Mis juguetes, cosas con las que jugaba de niña, antes de que me lo arrebataran todo.

A la muñeca le faltaba un brazo. Me preguntaba si había sido yo quien la rompió, o si eso ocurrió después. Me preguntaba si habría

llorado cuando sucedió. Me preguntaba muchas cosas a las que nunca encontraría respuesta.

Los recuerdos empezaron a aflorar en los límites de mi mente: un destello de luz solar sobre el agua, risas que quizás fueron mías, ser levantada en el aire por brazos fuertes, la voz de una mujer cantando una nana que casi recordaba.

Veranos aquí. Pasé los veranos aquí. Con mis padres. Antes del incendio, antes de la huida, antes de olvidar todo lo que importaba.

—¿Estás bien? —preguntó Thessa, encontrándome sentada en el suelo rodeada de juguetes.

—No lo sé —admití—. Creo que sí. Tal vez. —Levanté la muñeca manca—. Puede que fuera una niña destructiva.

Los labios de Thessa se crisparon.

—Eso tiene sentido.

—Ya es suficiente por ahora.

Fue al tercer día cuando encontré el secreto.

Porque aparentemente mi vida se había convertido en una novela de fantasía. Herencia secreta de lobo, reinos mágicos, compañeros predestinados y ahora una habitación oculta que se abría con una misteriosa reliquia familiar. Solo me faltaba una profecía y un discurso de elegida para completar el conjunto.

Estaba en la biblioteca, mi habitación favorita de la cabaña, llena de libros de suelo a techo en idiomas que podía y no podía leer. Pasaba los dedos por los lomos polvorientos, buscando cualquier cosa que pudiera contarme más sobre la historia de mi familia. Tenía que haber diarios, registros de quiénes eran los Mirabelle, qué creían, por qué murieron.

Mi mano tropezó con una hendidura. Un hueco en la estantería que no debería estar allí.

Me agaché para examinarlo. El hueco era pequeño, de forma extraña, empotrado en la madera. No era para ninguna llave que hubiera visto antes.

Lo estudié durante un largo momento, tratando de averiguar qué podría ser.

Entonces miré mi muñeca.

El reloj. El reloj Mirabelle, con su forma distintiva y el escudo grabado en la parte posterior. El reloj que había llevado durante toda mi vida, la única pieza de mi pasado que nunca había dejado ir.

No. No podía ser.

Sería ridículo. Sería el tipo de cosa que solo ocurría en los libros. Mi reloj no era literalmente una llave para una bóveda secreta. Era una locura.

—¡Thessa! —llamé—. ¡THESSA!

Unos pasos resonaron por el pasillo. Thessa irrumpió, con aspecto alarmado.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Mira esto. —Señalé la hendidura—. ¿Te resulta familiar esta forma?

Thessa se agachó a mi lado, entrecerrando los ojos ante el hueco. Entonces el reconocimiento iluminó su rostro.

—Tiene la misma forma que tu reloj.

—Eso pensé.

—¿Crees que es una puerta secreta?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Me temblaban las manos mientras me quitaba el reloj de la muñeca. Este reloj había sido mi consuelo, mi talismán, lo único que me conectaba con un pasado que no podía recordar. Y ahora podría ser literalmente una llave.

Presioné el reloj en la hendidura.

Encajaba perfectamente, y un clic resonó por la habitación cuando la estantería se abrió hacia dentro.

Thessa y yo miramos fijamente la oscura apertura que había aparecido en la pared. El aire frío salía, trayendo el olor del polvo, la edad y secretos enterrados hace mucho tiempo.

—Joder —susurró Thessa.

—Joder —asentí.

Encontramos velas, las encendimos y atravesamos la apertura hacia una pequeña y oscura habitación más allá.

Era una cámara acorazada.

Porque claro que lo era. Habitación secreta detrás de la estantería, abierta con el reloj reliquia familiar. Estaba a una dramática profecía de ser la protagonista de mi propio romance de fantasía.

Las paredes estaban forradas con estanterías que contenían textos antiguos, joyeros, pergaminos enrollados y objetos que no pude identificar. Una mesa en el centro contenía más papeles, documentos, cartas, lo que parecía un árbol genealógico dibujado en pergamino envejecido. Todo estaba cubierto de polvo, intacto durante décadas.

—Tu familia guardaba aquí sus cosas más valiosas —murmuró Thessa, con los ojos muy abiertos mientras contemplaba los tesoros —. Escondidas. Protegidas.

—¿Pero por qué? —Cogí uno de los pergaminos y lo desenrollé con cuidado. Era una escritura de una propiedad que no reconocí—. ¿Por qué esconder todo esto?

—Quizás se estaban protegiendo. O protegiendo secretos.

Examinamos todo.

Nos llevó horas. La bóveda estaba repleta de generaciones de historia Mirabelle: registros de nacimiento, certificados de matrimonio, escrituras de tierras, cartas personales. Leí sobre bisabuelos que nunca conocí, disputas con familias de las que nunca había oído hablar, alianzas y traiciones que abarcaban siglos. Los Mirabelle habían sido importantes una vez, influyentes, consejeros de confianza de la corona.

También, aparentemente, acumuladores. Había un recibo de compra de un mueble de hacía trescientos años. ¿Quién guarda eso?

Y entonces encontré los papeles.

Estaban en el fondo de un cofre cerrado que Thessa logró abrir con una daga. Un paquete de documentos, atados con una cinta descolorida, claramente escondidos con más cuidado que cualquier otra cosa en la bóveda. Alguien había querido protegerlos. Alguien sabía que eran peligrosos.

Desaté la cinta. Desplegué el primer documento.

Y el horror me invadió.

—Thessa. Mira esto.

Era una carta. Fechada hacía veintiún años, cuando yo tenía siete. Escrita con la letra de mi padre, según las notas que había encontrado en su estudio.

He descubierto terribles verdades. Soren Blackwater y la familia Ashcroft han estado conspirando contra la corona durante décadas. Planean eliminar el linaje Goldridge y tomar el control de Duskmere. He documentado todo: nombres, fechas, comunicaciones que intercepté. Las pruebas son irrefutables.

Pero temo que saben que los he descubierto. Kattarina y yo debemos huir. Si algo nos sucede, esto debe llegar al rey.

Temblaba tanto que apenas podía sostener el papel.

—Soren —susurró Thessa, con la cara pálida—. Está en el consejo. Ha estado en el consejo durante años.

—¿Y la familia Ashcroft?

—Casa noble. Sangre antigua. Tienen miembros en todas las instituciones importantes. —La voz de Thessa era apenas audible—. Diosa. Han estado planeando esto durante décadas. —Hizo una pausa, su expresión cambiando a horror—. Conoces a un Ashcroft.

—¿Quién?

—Vix Ashcroft.

Por supuesto.

Por supuesto, joder.

Vix. La mujer que me había estado atormentando desde que llegué. La mujer que organizó el enfrentamiento con Caelan. La mujer que intentó destruir mi relación, que se aseguró de que escuchara esa conversación en la oficina.

Pensé que solo era una ex celosa con problemas de límites. Resulta que era una ex celosa con problemas de límites Y una conspiración de décadas para cometer traición y asesinato.

—Ella es parte de esto —murmuré—. Ha sido parte de esto todo el tiempo.

Todo tenía sentido ahora. La forma en que Vix me atacaba específicamente. La forma en que Soren me miró en la sala del consejo, con reconocimiento y miedo en sus ojos. Sabían quién era. Sabían que era la hija de las personas que descubrieron su conspiración.

—Mis padres lo descubrieron. —Mi voz se quebró—. Lo descubrieron, y huyeron, y fueron asesinados por ello.

—Y las pruebas... —Thessa señaló los papeles—. Han estado aquí todo el tiempo, escondidas y esperando.

Seguimos leyendo. Más documentos. Más pruebas. Registros financieros que mostraban pagos canalizados a grupos mercenarios y renegados. Correspondencia entre Soren y alguien llamado "A", presumiblemente Ashcroft. Planes para desestabilizar el reino, para eliminar rivales, para un golpe de estado que aparentemente llevaba en preparación más tiempo del que yo había estado viva. Intentos de asesinato contra herederos, documentados y analizados. Listas de contactos de renegados y mercenarios dispuestos a hacer el trabajo sucio.

Los recientes ataques al padre de Caelan. El intento de golpe. No fue al azar. Fue la culminación de una conspiración que comenzó antes de que yo naciera. Y ahora Soren sabía que yo estaba aquí, sabía que podría encontrar exactamente lo que acabábamos de encontrar.

—Tenemos que decírselo a tus padres —dije, con el corazón latiendo fuertemente—. Tenemos que mostrarles esto. Ahora.

—De acuerdo. —Thessa ya estaba recogiendo los papeles, metiéndolos de nuevo en el cofre—. Esto lo cambia todo. Esto es...

Salimos de la bóveda.

Y no estábamos solas.

Había hombres en la biblioteca. Seis de ellos, vestidos de negro, sus rostros inexpresivos. Habían entrado en silencio, rodeado la salida, nos habían atrapado con las pruebas apretadas entre nuestros brazos.

Uno de ellos dio un paso adelante, mayor, de pelo gris, con autoridad en cada línea de su cuerpo.

—Agarradlas —dijo.

Por supuesto. Porque mi vida no podía darme ni una victoria. Encuentro las pruebas que podrían derribar la conspiración que mató a mis padres, y ni siquiera puedo salir de la habitación. Típico, joder.

31

—•—

Riley

Luché.

Dos hombres me agarraron los brazos, retorciéndomelos detrás de la espalda, y me resistí a su agarre con todas mis fuerzas. Pataleé, me retorcí, tiré de mi cuerpo. Pero no era lo bastante fuerte, ni de lejos. Estos eran lobos, soldados entrenados, y yo era una loba recién despertada que había estado enferma durante semanas y que actualmente estaba embarazada.

Pensé en transformarme. Mi loba estaba ahí, lista, gruñendo para salir. Pero tardaría demasiado. Para cuando completara la transformación, me tendrían inmovilizada. O algo peor.

El metal se cerró alrededor de mis muñecas.

El dolor fue inmediato. Mi piel ardía desde dentro hacia fuera, la agonía irradiaba por mis brazos y a través de todo mi cuerpo. Gemí, incapaz de contenerme, mis rodillas cediendo mientras el dolor abrumaba cualquier otro pensamiento.

—Acónito —dijo una voz. Tranquila. Divertida.

El hombre de pelo gris entró en mi campo de visión. Estaba sonriendo, una expresión satisfecha que me revolvió el estómago.

—Cuánto tiempo sin vernos, pequeña Mirabelle. —Inclinó la cabeza, estudiando mi rostro—. ¿Me recuerdas?

Le miré fijamente a través de la neblina de dolor. Sabía que era Soren por la reunión del consejo, por la forma en que me había mirado con reconocimiento en sus ojos. Pero busqué en mi memoria detalles de antes, un destello de reconocimiento de mi infancia, de la noche en que murieron mis padres.

Nada.

—No —dije—. No tengo ni idea de quién eres.

Su sonrisa vaciló. Solo por un momento.

—Una pena. —Se acercó más, y ahora podía ver sus ojos. Pálidos, casi sin color, vacíos de cualquier cosa que se asemejara a la humanidad—. Yo sí te recuerdo. Recuerdo perseguir a tus patéticos padres por el bosque. Recuerdo ver abrirse el portal. Recuerdo cómo saltaste a través de esa maldita cosa, desapareciendo antes de que pudiera terminar lo que había empezado.

Se me heló la sangre.

Este era el hombre que mató a mis padres.

—Pensé que estabas muerta —continuó—. Desaparecida para siempre. Tragada por el reino humano, para no volver jamás. Así que imagina mi sorpresa cuando entraste en esa sala del consejo del brazo del príncipe. —Su mandíbula se tensó—. ¿Por qué demonios tuviste que volver?

—No recuerdo nada —dije. Mi voz era más firme de lo que me sentía —. Tenía siete años. No te recuerdo, ni la persecución, ni nada de

eso.

Soren chasqueó la lengua.

—Qué lástima. —Se alejó, haciendo un gesto a sus hombres—. Pero igualmente vas a morir.

Espera. ¿Qué?

Antes de que pudiera preguntar a qué se refería, me metieron una bolsa en la cabeza. La oscuridad me envolvió. Oí a Thessa luchar cerca, maldiciendo ferozmente, y luego silencio cuando presumiblemente otra bolsa cubrió también su cabeza.

Nos levantaron. Nos arrojaron sobre caballos, los animales moviéndose debajo de nosotros. El movimiento sacudió mis muñecas esposadas, enviando nuevas oleadas de agonía por acónito a través de mi cuerpo.

Genial. Secuestrada y recibiendo un paseo gratis a caballo. Mi semana seguía mejorando.

Cabalgamos.

Pasaron horas. Perdí la noción del tiempo en la oscuridad, concentrándome únicamente en no caerme del caballo, en no gritar por el dolor, en no darle a Soren la satisfacción de verme quebrarme. El movimiento era implacable. Mi cuerpo dolía. Mis muñecas ardían.

Tres horas, tal vez más. No había forma de saberlo con seguridad.

Finalmente, nos detuvimos.

Me bajaron del caballo, mis piernas se doblaron cuando tocaron el suelo. Manos ásperas me agarraron, me arrastraron hacia delante. Tropecé, me equilibré, me empujaron de nuevo.

El aire cambió. Húmedo y frío, inconfundiblemente subterráneo.

Pasillos. Me empujaban a través de pasillos, el sonido de mis pasos hacía eco en las paredes de piedra. Detrás de mí, podía oír a Thessa, el arrastre de sus pies, un ocasional gruñido de dolor.

Luego llegó un olor metálico. Hierro. Sangre, tal vez, vieja y seca. Un chirrido resonó en el silencio, y luego una puerta se abrió en algún lugar adelante.

Me empujaron hacia adelante, y no pude sostenerme con las manos atadas. Golpeé el suelo, el dolor explotando a través de mi hombro donde aterricé. Junto a mí, Thessa gruñó al caer también.

La puerta se cerró de golpe. Las cerraduras encajaron en su lugar.

Silencio. Entonces me arranqué la bolsa de la cabeza.

Me tomó un momento que mis ojos se adaptaran. La habitación estaba apenas iluminada, una única antorcha ardía en el corredor más allá. Pero podía ver lo suficiente para saber que estábamos en una celda. Paredes de piedra, suelo de piedra, barrotes de hierro. Una pequeña ventana cerca del techo, demasiado alta y demasiado pequeña para escapar. Paja esparcida por el suelo, sucia y húmeda.

Paredes de piedra, barrotes de hierro, paja sucia. Cero estrellas. No lo recomendaría.

Thessa estaba a mi lado, luchando por quitarse su propia bolsa con las manos atadas. Me acerqué, la ayudé, y ambas nos quedamos sentadas allí por un momento, respirando con dificultad, evaluando nuestra situación.

Era mala. Muy, muy mala.

—Vaya, vaya. —La voz de Soren venía de más allá de los barrotes. Estaba de pie en el corredor, con los brazos cruzados, esa fría sonrisa todavía en su rostro—. ¿Cómodas?

—Vete al infierno —escupió Thessa.

—Eventualmente, seguro. —No parecía molesto por el insulto—. Pero no antes de disfrutar de esto.

Se acercó a los barrotes, sus pálidos ojos fijos en mí.

—Disfruta de tus últimos momentos, pequeña Mirabelle. Debería haberte matado hace mucho tiempo. Hace veintiún años, para ser precisos, cuando masacré a tus traidores padres. —Su sonrisa se ensanchó—. Demonios, debería haber dejado que Vix te envenenara hasta la muerte. Eso habría sido poético, ¿no? La última Mirabelle, asesinada por un veneno de acción lenta, sin saber nunca por qué estaba muriendo.

Había sospechado que Vix estaba detrás de mi enfermedad desde que encontré los documentos en la bóveda, pero oír a Soren confirmarlo hizo que la bilis subiera a mi garganta.

—Solo el deseo de matarte yo mismo me hizo detenerla —continuó Soren—. Quería mirarte a los ojos cuando murieras. Quería que supieras exactamente quién acabó con tu patético linaje.

—Estás loco —susurré.

—Soy práctico. —Se encogió de hombros—. Los Mirabelle siempre fueron un problema. Demasiado leales a la corona. Demasiado entrometidos para su propio bien. Tu padre descubrió nuestros planes, y tuvo que morir. Tu madre intentó protegerte, y también tuvo que morir. Y ahora tú, el último cabo suelto, también morirás. Simplemente no de forma rápida.

—¿Por qué? —exigió Thessa—. ¿Cuál es el objetivo de todo esto?

La mirada de Soren se desplazó hacia ella.

—Princesa. Casi olvidé que estabas ahí. —Su expresión cambió, se volvió calculadora—. Eres valiosa, ¿sabes? Un rehén. Una moneda de cambio. Tu familia hará cualquier cosa para recuperarte.

—Mi familia te hará pedazos.

—Pueden intentarlo. —Soren se alejó—. Descansad bien, señoritas. Mañana será un día intenso.

Se marchó, sus pasos resonando por el corredor hasta que se desvanecieron en la nada.

Estábamos solas.

Mi mente daba vueltas. Soren había detenido a Vix para que no me matara porque quería hacerlo él mismo. El ego de esta gente era irreal.

—Thessa. —Mi voz sonó áspera—. La medicina que me diste en la cabaña. ¿Era un antídoto para el veneno?

Thessa dudó, luego asintió lentamente.

—Sí. El sanador encontró rastros de una toxina en tu sistema después de que te desmayaras.

Mi estómago se revolvió.

—¿Cómo lo conseguisteis? El antídoto.

—Lo recibimos después del rechazo.

Después del rechazo.

—¿Qué quieres decir con después?

La expresión de Thessa era dolorosa.

—Fue un trato, Riley. El rechazo por el antídoto. Soren, Vix, todos ellos, exigieron que Caelan te rechazara públicamente. A cambio, enviaron la cura.

El aire abandonó mis pulmones. No podía respirar, no podía pensar, no podía hacer nada excepto mirarla fijamente mientras la verdad se estrellaba contra mí.

—Estaba intentando protegerte —dijo Thessa en voz baja—. Te dije que tenía un motivo.

El rechazo. Los ojos fríos. Las palabras que me habían destrozado por completo. Todo ello, todo, había sido para salvarme la vida.

Y yo había huido de él. Creí lo peor de él. Dejé que el veneno de Vix, tanto literal como metafórico, me convenciera de que todo lo que había entre nosotros era una mentira.

—No lo sabía —susurré—. Pensé...

—Sé lo que pensaste, y él seguía siendo un imbécil por no contártelo. —La voz de Thessa era suave—. Pero un imbécil con buenas intenciones. Aunque ahora no hay tiempo para esto. Necesitamos salir de aquí.

Tenía razón. No había tiempo para procesar, para emociones, para nada excepto la supervivencia.

Examinamos la celda. Los barrotes eran sólidos, inamovibles. Las paredes eran de piedra inflexible. La ventana estaba imposiblemente alta. Las esposas en nuestras muñecas todavía ardían con acónito, impidiéndonos transformarnos, usar toda nuestra fuerza.

No había salida.

—Vale —dijo Thessa, con voz tensa—. Vale. Piensa. Tiene que haber una manera.

Cerré los ojos y me concentré en el vínculo. Todavía estaba allí, ese hilo que me conectaba con Caelan. Lo había cerrado después del rechazo, incapaz de soportar sentir sus emociones además de mi propio dolor. Pero quizás podría usarlo.

Lo alcancé. Lo abrí. Vertí cada gota de pánico, miedo y desesperación a través de la conexión.

Caelan. Caelan, por favor.

No tenía idea de si funcionaría, ninguna pista de cómo funcionaban realmente los vínculos o qué podían y no podían transmitir. Pero lo intenté de todos modos. Me concentré en palabras, en pensamientos específicos, repitiéndolos como una oración.

Soren ha encarcelado a Thessa y a mí. Ayuda.

Soren ha encarcelado a Thessa y a mí. Ayuda.

Soren ha encarcelado a Thessa y a mí. Ayuda.

Seguí intentando, seguí empujando, seguí esperando, aunque podría estar gritando en un vacío.

—¿Riley? —la voz de Thessa sonaba preocupada—. ¿Qué estás haciendo?

—Intentando contactar con Caelan. A través del vínculo.

—¿Puedes hacer eso?

—No lo sé —abrí los ojos—. Pero tengo que intentarlo.

Pasaron horas. Quizás más. La oscuridad hacía imposible seguir el tiempo.

Seguí enviando a través del vínculo hasta que me dolía la cabeza y mis pensamientos se mezclaban. Si Caelan estaba recibiendo algo de

esto, si estaba gastando mi energía en lo imposible, no podía saberlo.

Pero no me rendiría.

—Necesitamos otro plan —dijo Thessa finalmente—. Uno que no dependa del rescate.

—Estoy abierta a sugerencias.

Thessa se quedó callada, pensando. Entonces sus ojos se iluminaron.

—Soy más valiosa que tú.

—Vaya. Gracias.

—No, escucha —Thessa se acercó más, bajando la voz aunque no hubiera nadie cerca para oírnos—. Soren lo dijo él mismo. Soy una moneda de cambio. Una rehén. No dejará que me pase nada, no todavía. Pero tú, tú eres solo un cabo suelto que quiere atar.

—¿Así que tu plan es que te hagas daño y yo qué consigo exactamente? ¿Un asiento de primera fila para ver tus dotes de actuación?

—Si estuviera herida, gravemente herida, tendrían que venir a revisarme. Abrir la celda. Asegurarse de que su preciada rehén no se está muriendo —los ojos de Thessa brillaban con esperanza desesperada—. Y cuando lo hagan...

—Atacamos —completé.

—Atacamos.

Era arriesgado. Probablemente estúpido. Pero era todo lo que teníamos.

Elaboramos los detalles en susurros. Thessa fingiría estar inconsciente, golpearse la cabeza quizás, o desmayarse por el estrés. Yo gritaría al guardia, exigiría ayuda, haría suficiente ruido para que alguien viniera a investigar. Y cuando la puerta de la celda se abriera...

Esperamos nuestro momento.

Un guardia vino eventualmente, un hombre de aspecto aburrido que trajo agua y pan rancio. Los deslizó a través de una ranura en los barrotes, apenas mirando a las prisioneras.

—Espera —dije cuando se dio la vuelta para irse—. No se mueve.

El guardia se detuvo. Miró a Thessa, que estaba desplomada contra la pared, ojos cerrados, cuerpo inerte.

—Se golpeó la cabeza cuando caímos. No se ha movido en horas. Por favor, es la princesa. Si muere...

El guardia dudó. Pude ver el cálculo en sus ojos, el miedo a lo que Soren haría si la valiosa rehén estaba dañada.

—Por favor —dije otra vez—. Solo revísala. No puedo hacer nada con estas esposas.

Otra duda. Entonces el guardia alcanzó sus llaves. La puerta de la celda se abrió. Entró, agachándose junto a Thessa, extendiendo la mano para comprobar su pulso.

Los ojos de Thessa se abrieron de golpe.

Sus manos atadas se elevaron, conectando con la sien del guardia. Él gruñó, tambaleándose. Me lancé contra él, usando el peso de mi cuerpo para desequilibrarlo. Cayó, golpeándose la cabeza contra el suelo de piedra.

No se levantó.

—Dios mío —respiré—. Funcionó.

—Las llaves —siseó Thessa—. Coge las llaves.

Busqué torpemente en el cinturón del guardia, encontré el llavero, desabroché primero las esposas de Thessa y luego las mías. El alivio cuando el acónito abandonó mi piel fue inmediato. El ardor se detuvo. Mi fuerza empezó a volver.

—¿Puedes transformarte? —preguntó Thessa.

Busqué a mi loba. Estaba allí, ansiosa, lista.

—Sí. Pero aún no. Primero tenemos que salir.

—De acuerdo. Vamos.

Nos deslizamos fuera de la celda, moviéndonos tan silenciosamente como pudimos. El corredor estaba vacío, oscuro y húmedo, extendiéndose en ambas direcciones. Elegimos una dirección y corrimos.

Llegamos quizás a quince metros antes de que comenzaran los sonidos.

Al principio, pensé que era un trueno. Un rugido distante, vibrando a través de las paredes de piedra. Pero luego escuché los gritos, el choque de metal, los aullidos. Había una batalla rugiendo en algún lugar sobre nosotras.

—¿Qué demonios? —susurró Thessa.

Mi corazón saltó.

—Caelan —dije—. Recibió mi mensaje.

Los sonidos se hicieron más fuertes. Más cercanos. Y entonces una sección del techo explotó hacia adentro.

Piedra y polvo llovieron. Me lancé contra la pared, protegiendo mis ojos. Cuando miré hacia arriba, un enorme lobo dorado estaba de pie entre los escombros, ojos brillantes color ámbar, pelaje manchado de sangre que probablemente no era suya.

Caelan.

Se transformó en mitad del salto, aterrizando en forma humana, y entonces estaba en sus brazos.

—Te escuché —dijo contra mi pelo, su voz áspera y rota—. Diosa, te escuché. Vine tan rápido como pude.

—Viniste —susurré—. Realmente viniste.

—Me llamaste. Siempre vendré por ti, Riley —se apartó, tomó mi cara entre sus manos, me miró con una intensidad que me robó el aliento—. No importa qué. ¿Entiendes?

Asentí. No podía hablar. Estaba pasando demasiado, demasiadas emociones chocando a través de mí. La verdad sobre el rechazo. El hecho de que había salvado mi vida. El hecho de que estaba aquí, ahora, sosteniéndome mientras una batalla rugía a nuestro alrededor.

—Tenemos que movernos —dijo Thessa con urgencia—. Soren...

—Está siendo manejado —gruñó Caelan—. Mi padre y Patt lo tienen rodeado. Pero todavía hay enemigos en el complejo. Tenemos que sacaros a las dos.

—¿Por dónde está la salida? —pregunté.

La mandíbula de Caelan se tensó—. A través de la batalla.

Por supuesto que lo estaba. Nada en mi vida podía ser simple.

Él volvió a transformarse en lobo. Yo lo seguí, mi pelaje blanco brillante contra la oscuridad. Thessa también se transformó, gris y elegante.

Juntos, corrimos hacia los sonidos de guerra, hacia el choque de metal y los aullidos de lobos, hacia el caos por el que teníamos que pasar para alcanzar la libertad.

32

— • —

Riley

Entramos en la zona de guerra y era una locura.

Mis sentidos de loba estaban sobrecargados. El choque de cuerpos, los gruñidos y aullidos, lobos por todas partes luchando en ambos bandos. Algunos estaban en sus formas bestiales, otros se habían transformado de vuelta a humanos con espadas. Era el caos, y no tenía absolutamente ni idea de lo que se suponía que debía hacer.

Genial. Mi primera batalla real y básicamente era un peligro esponjoso y blanco.

Capté primero un olor familiar. Patt. Lo divisé un segundo después, en forma de lobo, enorme y de pelaje oscuro, pero cojeaba. Todavía estaba luchando, todavía resistiendo, pero estaba herido. Mi pecho se tensó. Era el hermano de Caelan, y estaba aquí por nosotras.

Entonces vi a Soren.

Estaba en el suelo, inmovilizado bajo las enormes garras del Rey. El Rey tenía la garganta de Soren entre sus fauces, sin morder pero sujetando, manteniendo inmóvil al traidor. Elspeth estaba detrás de

él, cubriendo la espalda de su compañero, lanzándose contra cualquier enemigo que se atreviera a acercarse.

Estaban ganando. Los buenos realmente estaban ganando.

Caelan avanzó, y yo lo seguí. Se abrió camino a través del caos, su pelaje dorado como un faro en la oscuridad. Lobos intentaron interceptarnos, pero Caelan era implacable, despejando el camino para Thessa y para mí.

Un lobo se abalanzó sobre Caelan desde un lado. Él esquivó, pero no lo suficientemente rápido. Las garras del atacante alcanzaron su flanco antes de que Caelan girara y lo derribara.

Mi loba gimió. Estaba herido. Mi compañero estaba sangrando.

Pero no había tiempo para detenerse. Teníamos que seguir moviéndonos. Estábamos casi al otro lado de la habitación cuando Thessa fue arrastrada lejos.

Un lobo marrón se estrelló contra ella desde la izquierda, separándola del grupo. Vi con horror cómo Thessa rodaba por el suelo, el lobo marrón encima de ella.

Intenté llamar a Caelan. Pero estaba en forma de loba y no podía hablar, solo podía gemir y gañir. Muy útil. Diez sobre diez en habilidades de comunicación.

Caelan seguía avanzando, sin darse cuenta de que su hermana ya no estaba detrás de nosotros.

Tomé una decisión.

Me separé de Caelan, corriendo hacia Thessa. Ella estaba contraatacando, pero estaba inmovilizada. Y pude ver otro lobo rodeándola por detrás, yendo por su espalda expuesta mientras ella se concentraba en el de delante.

Thessa no lo vio.

Yo sí.

Estrellé mi cuerpo contra el lobo gris antes de que pudiera atacar. ¿Heroico? Sí. ¿Inteligente? Discutible. Caímos en un enredo de pelo y garras.

Traté de encontrar mi equilibrio, traté de orientarme, pero no era buena sobre mis patas. Apenas había aprendido a caminar en esta forma, mucho menos a luchar. Fantástico. Realmente un gran momento para descubrir que tenía cero habilidades de combate.

El lobo gris se recuperó más rápido que yo, girándose para enfrentarme con colmillos al descubierto.

Él era más grande, más fuerte, más experimentado. En segundos me tenía inmovilizada, su peso aplastando el aire de mis pulmones.

Joder. No era así como había imaginado mi heroico rescate. Se suponía que debía salvar a Thessa y parecer una dura haciéndolo, no ser inmediatamente aplastada por el primer enemigo que encontraba.

Levanté mi pata, con las garras extendidas, tratando de comprarme aunque fuera un segundo para respirar. Pero él lo vio venir, esquivó, y pensé que esto es todo, así es como termina, eliminada por un lobo lacayo cualquiera...

El lobo fue arrancado de encima de mí. *Caelan.* El bastardo dramático siempre tenía un timing impecable.

Estaba allí en un borrón de furia dorada, derribando a mi atacante antes de que pudiera parpadear. El lobo enemigo no se levantó.

Caelan se volvió hacia mí, sus ojos ámbar en pánico, escaneando mi cuerpo en busca de daños. Me empujó con su hocico, gimiendo,

luego comenzó a preocuparse por mis rasguños. Lo cual, vale, era en realidad bastante adorable. Mi aterrador príncipe guerrero, reducido a gemidos ansiosos porque me hice unos cuantos rasguños.

Lo habría encontrado dulce si no estuviera todavía tratando de recuperar el aliento.

Gemí en respuesta, intenté ponerme de pie. Mis piernas temblaban, pero Caelan presionó su cuerpo contra el mío, sosteniéndome hasta que encontré mi equilibrio. Incluso en forma de lobo, estaba cuidando de mí. Idiota sobreprotector.

Thessa apareció a nuestro lado, un poco magullada pero de pie y viva. El lobo marrón que la había atacado no se veía por ninguna parte. Aparentemente, los hermanos Goldridge eran mucho mejores en esto de la lucha que yo.

No tuvimos tiempo para una reunión.

Caelan sacudió la cabeza hacia una entrada lateral, una puerta que conducía lejos de la batalla principal, hacia un corredor más allá. Nuestros lobos parecían tener ahora mejores probabilidades; la lucha se estaba inclinando a nuestro favor. Pero teníamos que salir.

Juntos, corrimos.

El pasillo era más oscuro y silencioso. Los sonidos de la batalla se desvanecían detrás de nosotros. Mis heridas dolían con cada paso, pero seguí adelante. Estábamos tan cerca de ser libres.

Doblamos una esquina... El pasillo no estaba vacío.

Vix estaba allí.

Porque por supuesto que estaba. No podíamos tener un escape dramático sin que la ex-lo que sea psicótica apareciera para

monologar.

Estaba de pie en el centro del corredor, bloqueando nuestro camino, vestida con ropa oscura y su cabello castaño salvaje alrededor de su cara. Y en su mano había un cuchillo. Aparentemente había decidido adoptar toda la estética de villana.

Mi loba gruñó. *Perra.*

Quería la segunda ronda. Quería destrozar a Vix por todo lo que había hecho, el veneno, las mentiras, la manipulación. Pero más que eso, quería respuestas. Quería mirar a esta mujer a los ojos y verla darse cuenta de que había perdido.

Me transformé, la transformación ahora más rápida, más fácil. Un latido después estaba de pie sobre dos piernas, mirando fijamente a la mujer que casi destruye todo.

—Pensabas que estabas siendo muy inteligente, ¿no? —Mi voz era firme—. ¿Inventando mentiras sobre mi compañero? ¿Montando esa escena en su oficina? ¿Envenenándome?

La expresión de Vix vaciló—. ¿Qué mentiras? Todo lo que dije era verdad —su sonrisa era cruel—. Yo fui la primera, zorra. Eso no era mentira.

Mi corazón se tensó. Pero antes de que pudiera responder, Caelan se transformó detrás de mí.

—Fue una noche y un maldito error, Vix. Deja de usar como arma un momento estúpido de cuando era adolescente.

Me giré para mirar a Caelan. Estaba de pie detrás de mí, ensangrentado, su expresión dura, sus ojos fijos en Vix con desprecio indisimulado.

—Déjame preguntarlo claramente —dije, mi voz firme a pesar de todo—. ¿Tienes algún tipo de relación con Vix, Caelan?

Caelan hizo una mueca—. No. Somos conocidos como mucho. Apenas puedo soportarla.

—Pero te acostaste con ella.

—Una vez. Cuando tenía diecisiete años y era estúpido —su mandíbula se tensó—. Todo el mundo lo sabe. No es un secreto que te estuviera ocultando. Simplemente no quería molestarte por un incidente que no significó nada. Porque no significó nada, Riley. Vix no significa nada para mí. Nunca lo ha hecho.

—Dijiste 'todo el mundo lo sabe sobre nosotros' —insistí—. Eso es lo que escuché. En tu oficina.

El entendimiento amaneció en el rostro de Caelan—. Estaba hablando de la vieja historia. El error de una noche cuando éramos adolescentes. Todos en la corte lo saben porque Vix ha estado tratando de aprovecharlo durante años —su voz bajó, dolida—. Debería habértelo contado yo mismo. Lo siento. Pero juro por mi vida, no hay nada entre nosotros. Nunca lo hubo, más allá de esa estúpida noche.

Un ruido vino de donde estaba Vix, y me volví hacia ella.

El rostro de Vix estaba retorcido de rabia. Se había ido la máscara fría y calculadora, reemplazada por pura furia desquiciada. Su agarre en el cuchillo se tensó hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Lo arruinaste todo —siseó Vix hacia mí—. Se suponía que él sería mío. El plan era perfecto. Soren se encargaría de los Goldridge, y yo salvaría a Caelan. Huiríamos juntos. Comenzaríamos de nuevo en algún lugar nuevo, solo nosotros dos —su voz se quebró, trastornada—. Pero se suponía que tú debías morir. Simplemente no te quedabas muerta, ¿verdad?

Vaya. Realmente se había convencido a sí misma de que Caelan iba a huir con ella. La ilusión era casi impresionante.

—Siento decepcionarte.

Vix gritó y se lanzó contra mí.

El cuchillo describió un arco en el aire. Lo esquivé, apenas, y transformé mis manos, solo mis manos, garras extendiéndose desde las puntas de mis dedos. Mírame, aprendiendo nuevos trucos en medio de una pelea. Crecimiento personal.

Luchamos, y fue brutal.

Vix estaba entrenada, tenía que reconocérselo. Se movía con precisión, atacando y retrocediendo. Y estaba enfurecida, años de obsesión alimentando cada movimiento.

Pero mi rabia era mayor.

Cada mentira. Cada manipulación. Cada momento de dolor que Vix causó. Esta mujer me había envenenado. Había intentado destruir mi relación. Había sido parte de una conspiración que mató a mis padres. Y ahora estaba tratando de matarme ella misma.

Alerta de spoiler: no iba a dejar que lo hiciera.

El cuchillo alcanzó mi brazo una vez, mi hombro otra. Molesto, pero mi loba ya estaba curando los rasguños. Mientras tanto, Vix se volvía más descuidada, más desesperada. Resulta que la rabia desquiciada no era una gran estrategia de lucha.

Vi una apertura.

Me lancé. Mis garras atraparon la muñeca de Vix, obligándola a soltar el cuchillo. Antes de que pudiera recuperarse, la placé, inmovilizándola en el suelo con todo mi peso.

No está mal para alguien que había sido loba durante aproximadamente cinco minutos.

Vix luchó. Gritó. Maldijo. Pero no la solté.

—Se acabó —jadeé—. Has perdido.

—Te mataré —escupió Vix—. En el momento en que me libere, yo...

—Sí, sí. Me matarás, me envenenarás, robarás a mi compañero, bla bla bla. Ya lo he oído todo antes. Consigue material nuevo.

Una sombra cayó sobre nosotras.

Caelan se agachó junto a Vix, y antes de que pudiera decir otra palabra, la dejó inconsciente.

—¡Guardias! —rugió. En momentos, aparecieron dos lobos en forma humana—. Llevadla. Encadenadla. Si se mueve, matadla.

Obedecieron, arrastrando el cuerpo inconsciente de Vix.

Me quedé en el suelo un momento, respirando con dificultad. Mi cuerpo dolía. Estaba exhausta, ensangrentada, y probablemente parecía haber perdido una pelea con una licuadora.

Pero estaba viva. Y Vix estaba encadenada. Y finalmente, finalmente se había acabado. La mano de Caelan apareció en mi visión. La tomé, dejé que me levantara.

—Lo hiciste bien —dijo suavemente, sus ojos cálidos—. Luchaste bien. Estoy orgulloso de ti.

—Mira quién habla —logré decir—. Eres un desastre.

—Estoy bien.

—Literalmente estás herido.

—Es apenas un rasguño.

—Caelan, puedo ver... —me interrumpí, mirándolo adecuadamente. La forma en que me miraba. El alivio en sus ojos, la ternura, el amor —. Vale, bien. Estás bien. Ambos estamos bien. Todo está bien.

Él sonrió, realmente sonrió, y tomó mi cara entre sus manos—. Pensé que te había perdido —murmuró—. Cuando huiste de la cabaña, cuando Soren te llevó, pensé... —tragó saliva—. No vuelvas a hacerme eso nunca más.

—¿Ser secuestrada por un supervillano? Intentaré evitarlo.

—Hablo en serio, Riley.

—Lo sé —cubrí sus manos con las mías—. No voy a ninguna parte. Ahora estás atrapado conmigo.

—Bien —presionó su frente contra la mía—. No lo querría de otra manera.

Permanecimos allí un momento, simplemente respirando el uno en el otro. Y a pesar de todo, a pesar del caos y del peligro y de la absoluta locura de los últimos días, me sentí... feliz. Segura. En casa.

Thessa se aclaró la garganta ruidosamente.

—No quiero interrumpir este momento conmovedor, pero seguimos en un complejo enemigo y me gustaría salir ahora.

Cierto. Eso. Todavía en territorio enemigo. Probablemente debería priorizar la huida sobre el romance. Mis instintos de supervivencia realmente necesitaban recalibrarse.

Caelan me rodeó la cintura con un brazo y me guió hacia la salida. Thessa se puso a nuestro lado. Me miró y me dirigió una mirada que

decía que absolutamente hablaríamos de todo más tarde, pero por ahora solo sonrió.

Salimos al exterior.

El aire frío golpeó mi piel y casi sollocé de alivio. El cielo estaba oscuro, estrellas esparcidas por él, y no tenía idea de qué hora era. Pero no importaba. Estábamos fuera. Estábamos a salvo.

Los sanadores se apresuraron hacia nosotros, envolviéndonos con mantas sobre los hombros, examinándonos. Les dejé trabajar, demasiado cansada para hacer otra cosa que no fuera apoyarme en el costado de Caelan.

—Se acabó —dijo él, encontrando mi mano—. Los atrapamos. A Soren, a Vix, a todos ellos. Se acabó.

Lo miré. Mi compañero. Mi ridículo, sobreprotector y dramático príncipe que literalmente había atravesado un techo para salvarme.

—No ha terminado —dije—. Es solo el principio.

Él arqueó una ceja.

—Eso es muy filosófico por tu parte.

—Tengo mis momentos.

Se rió, suave y sorprendido, y me acercó más. Y estando allí en el frío aire de la noche, rodeada de sanadores y guardias y las consecuencias de la batalla, pensé que tal vez así era como se veía el «felices para siempre».

Desordenado, imperfecto y absolutamente valioso.

33

—•—

Riley

Alguien me entregó ropa.

Cosas sencillas: una túnica, pantalones, botas que eran ligeramente demasiado grandes. Me las puse agradecida, finalmente cubierta después de pasar demasiado tiempo desnuda en el frío. Un sanador atendió mis rasguños, aplicando un ungüento que escoció brevemente antes de que las heridas comenzaran a cerrarse. La curación de lobo realmente me estaba empezando a gustar.

Caelan estuvo a mi lado todo el tiempo.

También había sido tratado: su herida del costado vendada, la suciedad limpiada de su piel, ropa fresca cubriendo su cuerpo. No se había apartado de mi lado desde que salimos del complejo, manteniéndose lo suficientemente cerca para tocarme pero sin hacerlo realmente.

Las cosas estaban ligeramente incómodas entre nosotros.

Había mucho sin decir. El rechazo, el veneno, la pelea con Vix, las revelaciones sobre su pasado con ella. Todo flotaba en el aire,

presente pero no abordado. No sabía cómo iniciar esa conversación. No tenía energía para ello ahora mismo. Así que permanecí callada. Él también lo hizo.

Realmente estábamos dominando esto de la comunicación.

Después de unos minutos, las puertas del complejo se abrieron de nuevo.

Lobos salieron en tropel, algunos cargando a compañeros heridos, otros caminando por su propio pie. Los guardias emergieron después, escoltando a hombres esposados, traidores que sobrevivieron a la batalla. Los vi pasar, con satisfacción arremolinándose en mi pecho.

Y luego Soren.

Fue arrastrado por dos guardias, con las manos atadas a la espalda, sus ojos pálidos fijos en el suelo. No levantó la mirada mientras lo llevaban.

Bien. Esperaba que disfrutara de la vista de sus propios pies en su camino a cualquier mazmorra a la que lo llevaran.

Y justo detrás de él venía Vix. Todavía estaba inconsciente, o fingiendo estarlo, con el pelo enmarañado de suciedad. Los guardias que la llevaban no eran precisamente delicados. Aún mejor.

El Rey y la Reina salieron los últimos.

Ahora estaban en forma humana, vestidos apresuradamente, pero aún irradiando autoridad. El tipo de autoridad que te hace enderezarte sin pensarlo. Los ojos de Elspeth me encontraron inmediatamente, y se acercó a mí con pasos rápidos y decididos.

—Gracias —dijo, tomando mis manos entre las suyas—. Thessa nos contó sobre los papeles que encontraste. Sobre lo que tus padres

descubrieron, por lo que murieron —su voz se quebró ligeramente—. Estamos agradecidos. Y en deuda contigo.

Tragué con dificultad.

—Mi familia murió por personas en las que creían. Por personas a las que eran leales. Eso no es culpa tuya.

—Se siente como si lo fuera.

—No lo es —apreté sus manos—. Me alegra que finalmente los hayas atrapado. Que se haga justicia.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Elspeth. Se la limpió rápidamente, recomponiéndose, pero el dolor era visible. Había perdido a una amiga hace veintiún años. Ahora sabía por qué.

El Rey se acercó, dando una palmada en el hombro de Caelan antes de volverse hacia mí.

—Debes saber —dijo, su voz profunda resonando— que mi hijo te rechazó porque tu vida estaba amenazada. Usaron el veneno como chantaje. No tuvo elección.

—Ahora lo sé —respondí en voz baja.

El Rey asintió, y había aprobación en sus ojos. Luego se volvió hacia Caelan.

—Quiero programar la coronación lo antes posible. Necesitamos estabilidad después de esto. El reino necesita ver fortaleza.

La mandíbula de Caelan se tensó, pero asintió.

—De acuerdo.

El Rey y la Reina intercambiaron una mirada, luego ambos miraron entre Caelan y yo. Había expectación en sus expresiones, junto con

esperanza y curiosidad. No sabía qué pensar de ello.

Thessa apareció a mi lado.

—Bueno —dijo alegremente—, nosotros nos vamos. Hay un caballo para vosotros dos —señaló con la cabeza hacia un par de monturas que esperaban cerca—. Id a la cabaña. Tenéis cosas de qué hablar.

Dios la bendiga. La mejor casi-cuñada de todos los tiempos.

Así que cabalgamos.

Caelan guiaba el caballo, yo pegada a su espalda, mis brazos rodeando su cintura por necesidad. Era lo más cerca que habíamos estado desde la batalla, y a pesar de todo —el dolor, la confusión, los asuntos sin resolver entre nosotros— mi cuerpo se relajó en su calor.

Odiaba lo natural que se sentía. Estúpido cuerpo traidor.

Por suerte, él conocía el camino. El bosque pasaba borroso, la nieve crujiendo bajo los cascos del caballo, el aire invernal mordiendo mis mejillas. Ninguno habló. Había demasiado que decir para empezar con charla trivial.

Pasaron horas.

Cuando llegamos a la cabaña, estaba agotada. Un agotamiento profundo, que aplasta el alma, que hizo que mis piernas temblaran al desmontar. Caelan me estabilizó, su mano cálida en mi codo, y se lo permití.

La cabaña se veía diferente en la luz menguante. Más pequeña, de alguna manera. Más íntima.

Atamos el caballo en un pequeño establo que no había notado antes, extrañamente bien mantenido, con heno almacenado.

Probablemente obra de Thessa. Entramos en la cabaña, el familiar aroma a polvo y viejos recuerdos lavándome.

—Tenemos que hablar —dije, rompiendo el silencio por primera vez en horas—. Pero realmente, realmente necesito ducharme y dormir primero. ¿Podemos hablar por la mañana?

Caelan asintió.

—Por supuesto.

Nos bañamos por separado.

Me froté hasta quedar limpia en el baño adjunto a la habitación de mi madre, la que había reclamado como mía. El agua corrió rosada con sangre seca antes de finalmente aclararse. Permanecí bajo el chorro hasta que mi piel se arrugó, dejando que el calor ahuyentara lo último del frío.

Salí vestida con otro de los vestidos de mi madre para encontrar a Caelan ya en la cocina. Había encontrado comida, cosas simples, pan y queso y fruta seca, y las había dispuesto en la encimera.

Me uní a él. Comimos en silencio, pasándonos los alimentos, y la normalidad doméstica era casi desconcertante después de todo lo que habíamos pasado. Aquí estábamos, compartiendo una comida en la cabaña de mis padres muertos, sin hablar de ninguno de los enormes problemas entre nosotros. Muy saludable.

Luego vino el dilema de las habitaciones.

Nos quedamos en el pasillo, de repente incómodos otra vez. Había varias habitaciones. Él podría tomar cualquiera de ellas. Podríamos dormir separados, mantener límites, mantener las cosas profesionales hasta que hubiéramos tenido nuestra conversación.

Pero mi cuerpo lo anhelaba.

Mi lobo gemía, queriendo a su compañero cerca. Mi corazón humano, a pesar de todo, ansiaba su presencia. Necesitábamos hablar. Había trabajo por hacer antes de poder seguir adelante. Pero también sabía que dormiría mejor con él a mi lado.

—Puedes dormir en mi cama —dije al fin—. Solo dormir.

Sus ojos brillaron con alivio, esperanza, anhelo, antes de que controlara su expresión en una cuidadosa neutralidad. Estaba esforzándose tanto por darme espacio. Era casi lindo.

—¿Estás segura?

—Sí. Solo... dormir.

Asintió, un poco demasiado ansioso a pesar de su intento de ocultarlo.

—De acuerdo.

Suave, Caelan. Muy sutil.

Nos acostamos en lados opuestos de la cama.

El espacio entre nosotros se sentía vasto, un abismo de palabras no dichas y dolor no resuelto. Miré al techo, agudamente consciente de su respiración, su calor, la forma en que el colchón se hundía donde él yacía.

Pero el agotamiento ganó. En minutos, estaba dormida.

***

Cuando desperté, la luz del sol entraba a raudales por la ventana, pintando franjas doradas a través de la cama. Mi cuerpo se sentía mejor, descansado, mis dolores restantes casi inexistentes ahora. La curación sobrenatural era oficialmente mi ventaja favorita de toda esta cosa de hombre lobo.

Y Caelan estaba envuelto a mi alrededor desde atrás.

Su brazo descansaba sobre mi cintura, su pecho presionado contra mi espalda, su aliento constante contra mi cuello. Debimos haber migrado el uno hacia el otro durante el sueño, atraídos por el instinto o el vínculo o la simple necesidad humana.

Tanto para los lados opuestos de la cama.

Cerré los ojos. Me permití un momento de felicidad.

Él estaba aquí. La pesadilla había terminado. Soren estaba capturado, Vix encerrada, y el hombre que mató a mis padres enfrentaría la justicia. Por primera vez en semanas, estaba a salvo.

Pero aún necesitábamos hablar.

Me desenredé de su abrazo, con cuidado de no despertarlo, aunque fracasé. Sus ojos se abrieron mientras me sentaba, la confusión dando paso a la conciencia.

—Buenos días —dije suavemente.

—Buenos días —su voz era áspera por el sueño. Injustamente atractiva, honestamente.

Me levanté, me refresqué en el baño y me cambié a un vestido limpio, de mi madre nuevamente, una suave lana verde que me quedaba casi perfectamente. Para cuando salí, Caelan había hecho lo mismo, vistiendo ropa que debía haber sido dejada en una de las otras habitaciones.

Recogimos los aperitivos restantes y los llevamos a la sala de estar.

El fuego se había apagado durante la noche, pero la habitación no estaba demasiado fría. Me acomodé en un extremo del sofá,

metiendo mis piernas debajo de mí. Caelan tomó el otro extremo, dejando espacio entre nosotros.

—Así que —dije.

—Así que.

Silencio. Esto iba bien.

Luego él exhaló.

—Quiero contártelo todo —dijo—. Desde el principio. Las amenazas, las notas, el veneno. Todo.

—De acuerdo.

Y lo hizo. Comenzó con el descubrimiento de que me habían envenenado. Luego las notas exigiendo que me rechazara o viera cómo moría. La elección imposible, mi corazón o mi vida, y cómo no había elección en absoluto. Mi vida siempre ganaría.

Luego vino el rechazo escenificado. Cómo cerró el vínculo para que no sintiera su agonía. Cómo cada palabra que dijo era una mentira diseñada para salvarme. Cómo quería correr tras de mí en el momento en que terminó pero no podía, porque mi seguridad dependía de que el engaño fuera completo.

Finalmente, el antídoto. Enviándolo con Thessa. Enterándose de que me habían secuestrado y casi destrozando el reino para encontrarme.

A través de todo esto, su voz se mantuvo firme. Sus ojos nunca dejaron los míos. Era, francamente, la explicación más romántica de devastación emocional que jamás había escuchado. Debería tomar notas para mi próximo libro.

Cuando terminó, me quedé callada.

Estaba herida. Enojada. Todas esas emociones todavía estaban ahí, hirviendo bajo la superficie. Pero no podía aferrarme a ellas, no cuando sabía por qué lo hizo. No cuando cada cosa terrible que dijo fue dicha para mantenerme con vida.

—Entiendo —le dije—. Por qué lo hiciste. Lo entiendo.

El alivio inundó sus facciones.

—Pero —levanté una mano—. La confianza lleva tiempo reconstruirla. Sé que no fue real, pero lo sentí. El rechazo. El abandono. Eso no desaparece simplemente porque entienda la lógica detrás.

Su expresión decayó, pero asintió.

—Lo sé. Esperaré. Todo el tiempo que necesites. Me probaré a mí mismo.

—Lo harás —intenté sonar severa. Probablemente fallé. Es difícil ser severa cuando alguien te mira con esos ojos dorados llenos de desesperada esperanza.

—Lo siento —su voz se quebró—. Lo siento tanto por haberte herido. Nunca quise...

—Lo sé —extendí la mano, toqué la suya. Solo brevemente—. No querías herirme.

Capturó mis dedos antes de que pudiera retirarlos. Los sostuvo suavemente.

—Estoy realmente, realmente feliz de que estés embarazada —dijo, su tono suavizándose—. Sé que puede ser abrumador ahora mismo, todo lo que ha pasado, todo lo que aún está pasando. Pero quiero que sepas que estoy aquí. Para ti. Para el bebé. Para lo que necesites.

Mi corazón se encogió. Maldito sea por ser dulce cuando estaba tratando de mantener una distancia emocional apropiada.

—Gracias.

—Y... —dudó. Tomó aire—. Quiero hacerte mi reina.

Lo miré fijamente, segura de haber escuchado mal.

—¿Qué?

—Mi reina —lo dijo con esa calma exasperante, completamente como un hecho—. Mi padre está programando la coronación. Pronto seré rey. Y no quiero tomar ese trono sin ti a mi lado. Sin que gobiernes conmigo.

—Caelan, yo... —negué con la cabeza, abrumada—. ¿Qué demonios sé yo sobre gobernar? Soy una autora de novelas románticas del mundo humano. He sido una loba durante dos semanas. No sé nada sobre política o diplomacia o...

—Conoces a las personas —me interrumpió suavemente—. Las entiendes. Ves a través de las pretensiones. Eres valiente. Eres amable. Eres fuerte. Eres resiliente. Eres compasiva.

Mis mejillas se sonrojaron.

—Esos son muchos adjetivos.

—Todos son ciertos.

—Estás sesgado.

—Soy observador —su pulgar acarició mis nudillos—. No necesitas saber de política. Eso se puede aprender. Lo que no se puede enseñar es el carácter. Y el tuyo es extraordinario.

No sabía qué decir a eso. Mi cerebro estaba teniendo un cortocircuito. Reina. Él quería que fuera reina. Yo. Riley Hawkins. La mujer que ni siquiera podía mantener un agente literario sin ser abusada financieramente.

—Lo pensaré —logré decir.

Él asintió, aceptándolo. Sin presionar. Puntos para él.

Luego metió la mano en su bolsillo y sacó un anillo.

Era antiguo: oro viejo, filigrana intrincada, una piedra azul profundo engastada en el centro. Pertenecía a un museo. O al dedo de una reina.

Mi respiración se detuvo.

—Mi madre me lo dio —dijo—. Para ti. Ha estado en nuestra familia durante generaciones. Era de su madre, y de su madre antes que ella.

—Caelan...

—Es una promesa —continuó—. De que voy en serio. De que esto no es un capricho pasajero o un error o cualquiera de las cosas que Vix acusó a nuestro vínculo de ser. Te amo, Riley. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Y pasaré cada día de esa vida demostrándolo.

Tomé el anillo. Lo examiné. La piedra captaba la luz, profunda e infinita.

Esto era una locura. Completa y absolutamente una locura. Hace dos meses estaba llorando en mi apartamento por cartas de rechazo. Ahora me ofrecían una corona y un príncipe y un final literal de cuento de hadas.

La vida era extraña. También, aparentemente, una novela romántica. Realmente debería haberlo visto venir.

—Acepto el anillo —dije lentamente—. Pero sigues en aguas peligrosas.

Sus labios se curvaron.

—Soy consciente.

—Hay mucho trabajo por hacer. Confianza que reconstruir. Conversaciones que tener.

—Lo sé.

—Y si alguna vez —alguna vez— me ocultas secretos de nuevo, por cualquier razón...

—No lo haré —lo dijo ferozmente—. Lo juro por todo lo que soy. No más secretos. No más decisiones tomadas sin ti. Eres mi compañera. Mi igual. Debería haberte confiado la verdad desde el principio, y nunca volveré a cometer ese error.

Busqué en sus ojos. No encontré nada más que sinceridad.

—De acuerdo —me deslicé el anillo en el dedo. Encajaba perfectamente, por supuesto. Porque aparentemente incluso la joyería conspiraba para hacer que esta cosa de cuento de hadas sucediera—. De acuerdo.

Él me alcanzó. Me atrajo a través del sofá hasta que estuve presionada contra su costado, mi cabeza en su hombro, el anillo brillando en mi mano.

—Te amo —murmuró contra mi pelo.

—Lo sé —hice una pausa—. Yo también te amo, por cierto. En caso de que no fuera obvio.

—Lo era —pude oír la sonrisa en su voz—. Pero es agradable escucharlo.

—Todos los días. Por el resto de nuestras vidas. Te lo demostraré.

Sonreí a pesar de mí misma.

—Estoy ansiosa por verte hacerlo.

34

—•—

Riley

Habían pasado unos días, y Caelan había estado suplicando cada minuto de ellos.

Comenzó con los regalos.

La primera mañana, desperté y encontré una caja de terciopelo en la almohada a mi lado. Dentro: un par de pendientes con piedras lunares que brillaban tenuemente a la luz. Hermosos. Caros. Absolutamente innecesarios.

—Caelan, no tenías que...

—Quería hacerlo.

Al día siguiente: un chal de cachemir tan increíblemente suave que quería envolverme en él y no salir nunca. El día después: un diario encuadernado en piel con mis iniciales grabadas en oro. Luego: una colección de primeras ediciones raras de novelas románticas que había mencionado querer una vez, de pasada, hace semanas.

Lo había recordado.

Los miré, atónita.

—¿Cómo conseguiste estos? Estamos en Lytopia.

Él simplemente sonrió misteriosamente.

—Tengo mis métodos.

No quería saber qué favores había pedido, qué hilos había movido, qué disparate interdimensional había organizado para conseguirme libros del mundo humano. Decidí no preguntar. Algunas preguntas era mejor dejarlas sin respuesta.

Luego vinieron los regalos más creativos.

Una pequeña escultura de un lobo blanco, tallada en una especie de cristal brillante. Una caja de música que tocaba una nana que vagamente recordaba de mi infancia, aunque no tenía idea de cómo la había encontrado. Una corona hecha enteramente de flores silvestres entrelazadas que me presentó con una sinceridad tan genuina que no tuve corazón para decirle que era absurdo.

De todos modos la usé durante una hora. Su sonrisa valía la pena por la estética de princesa del bosque.

Pero los regalos fueron solo el comienzo.

Caelan descubrió los actos de servicio.

—He preparado el desayuno —anunció una mañana, presentándome una bandeja de... no estaba segura de cómo llamarlo. Se suponía que eran huevos, creo. Tal vez. Tenían un preocupante tono marrón.

—¿Tú... cocinaste esto?

—He estado tomando clases —lo dijo con naturalidad, completamente como un hecho—. Desde que llegué a Lytopia. El chef del castillo me ha estado enseñando. Estoy mejorando.

Los huevos eran comestibles. Apenas. Pero se veía tan orgulloso de sí mismo, parado allí con esa expresión esperanzada, que comí cada bocado y pedí más.

Su rostro se iluminó. Valía la pena la indigestión.

Para el tercer día, su cocina había mejorado drásticamente. Aparentemente, los príncipes hombres lobo aprendían rápido cuando estaban debidamente motivados, y las lecciones diarias estaban dando resultado. Los panqueques estaban realmente buenos. Los huevos eran reconocibles como huevos. Progreso.

Luego comenzó a lavar mi ropa.

Mi ropa real. Llevaba mi ropa al lavadero, la fregaba a mano porque no confiaba en que los sirvientes lo hicieran correctamente, y la colgaba para secar cerca del fuego para que estuviera caliente cuando me la pusiera.

—Sabes que hay personas cuyo trabajo es hacer esto —señalé.

—Lo sé —dobló un vestido con cuidadosa precisión—. Pero quería hacerlo.

Ahí estaba otra vez. Esa frase. Quería hacerlo. Cuidarme no era una obligación o una actuación. Realmente deseaba hacerlo.

Estaba debilitando mi resolución. Significativamente.

Una mañana, me desperté al amanecer con sonidos extraños: golpes, raspaduras, alguna maldición ocasional.

Encontré a Caelan de rodillas en la sala principal, fregando el suelo con un cepillo y un cubo de agua jabonosa.

—¿Qué estás haciendo?

—Limpiando.

—Son las cinco de la mañana.

—No podía dormir —se sentó sobre sus talones, apartando el pelo húmedo de sudor de su frente—. Y los suelos estaban polvorientos.

Miré alrededor. Los suelos brillaban. Toda la cabaña, en realidad, brillaba. Cada superficie resplandecía. Ni una mota de polvo a la vista. Las ventanas estaban tan limpias que eran prácticamente invisibles.

—¿Tú... limpiaste todo?

—Empecé a las tres —lo dijo con expresión completamente seria—. Las ventanas tenían rayas.

No sabía si reír o llorar. Opté por prepararle el desayuno, usando sus propias habilidades culinarias en su contra, y obligándole a tomar una siesta. Protestó. Amenacé con sentarme sobre él hasta que durmiera. Durmió.

El gran lobo feroz, derrotado por una humana de metro sesenta y cinco con pelo despeinado. Claramente yo era aterradora.

Pero la adulación no se detuvo.

Cada vez que me sentaba en el sofá, Caelan se materializaba a mi lado.

—¿Puedo masajearte los pies?

—Estoy bien...

Ya estaba alcanzando mi tobillo. Sus pulgares presionaron mi arco, y mi protesta murió en un gemido. Está bien. Bien. Podía masajearme los pies. No estaba hecha de piedra.

—Tus hombros parecen tensos —observó una hora después—. Déjame.

Lo dejé. Era débil. Demándame.

—¿Tienes hambre? He traído aperitivos.

Había traído una cesta entera. Frutas, quesos, chocolates, pequeños pasteles que se derretían en mi lengua. Comí hasta que no pude moverme, y luego me cubrió con una manta y ofreció leerme.

Ahí fue cuando las cosas se pusieron interesantes.

—Encontré estos en tu bolso —dijo, mostrando una de mis novelas románticas picantes—. ¿Quieres que yo...?

—Oh dios, no. No tienes que...

—*«Sus manos quemaron un sendero por su piel»* —leyó Caelan, su voz profunda envolviendo las palabras con dramática intensidad—, *«dejando fuego a su paso. Ella se arqueó hacia su contacto, desesperada, necesitada...»*

Mi cara se volvió escarlata.

—*«Voy a hacerte gritar mi nombre»* —continuó Caelan, completamente serio—, *«hasta que todo el reino sepa a quién perteneces».*

—Puedes parar ahora.

—Pero estoy en la mejor parte.

No estaba parando. De hecho, estaba leyendo con entusiasmo creciente, añadiendo pausas dramáticas en todos los momentos correctos, ocasionalmente mirándome con ojos que decían que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—«Su...»

—¡VALE! —Le arrebaté el libro de las manos—. Es suficiente.

—Estás sonrojada.

—Voy a matarte.

—Te encanta.

Me encantaba. Dios me ayude, me encantaba. Escucharle leer historias picantes con esa voz injustamente atractiva me estaba haciendo cosas. Cosas peligrosas. Cosas que hacían muy difícil mantener mi posición de indignación justiciera.

—¿Me lees otro capítulo? —pregunté esa noche.

Su sonrisa era insufrible.

Estaba desarrollando una seria adicción. Una experiencia sobrenatural, escuchar al futuro rey de Duskmere narrar escenas de sexo explícitas con la gravedad de un actor shakespeariano. Nunca podría leer novelas románticas de la misma manera otra vez.

Y durante todo esto, había estado pidiéndome salir en una cita.

—Déjame planear una noche —dijo—. Una cita real. Por favor.

Me resistí. Se suponía que debía hacerlo trabajar por ello, después de todo. Mantener alguna apariencia de control.

Pero los masajes de pies me ablandaron. Y las lecturas picantes. Y la forma en que me miraba con esos ojos dorados, tan esperanzado, tan ansioso por complacer.

—Bien —cedí—. Una cita.

Su sonrisa podría haber iluminado todo el reino.

Habíamos regresado al castillo esa mañana. La cabaña había sido un maravilloso escape, pero la vida real llamaba. Y ahora estaba siendo

guiada por el frío, con una venda cubriendo mis ojos y las manos cálidas de Caelan en mis hombros.

Puertas se habían abierto y cerrado, y había perdido todo sentido de la dirección. El aire había cambiado, sin embargo. Más cálido. Húmedo. Oliendo a... ¿flores?

—Casi llegamos —murmuró Caelan.

Nos detuvimos. Sus dedos trabajaron en el nudo detrás de mi cabeza.

La venda cayó, y abrí los ojos.

Santo cielo.

Estábamos dentro de un invernadero. No cualquier invernadero, sino una masiva y extensa catedral de cristal y vegetación. Flores de todos los colores florecían en profusión salvaje: rosas y orquídeas y lirios y especies que no reconocía, sus pétalos brillantes contra la oscura noche invernal más allá de las ventanas. Enredaderas trepaban por las paredes de cristal, cargadas de flores. Los árboles se extendían hacia el techo, sus ramas colgadas con pequeñas luces que centellaban en la oscuridad.

Era mágico. Lo más hermoso que había visto jamás.

—¿Te gusta? —La voz de Caelan era incierta. Esperanzada.

—Yo... —Giré en un círculo lento, tratando de asimilarlo todo. Los colores. Los aromas. La forma en que las luces se reflejaban en el cristal, creando una infinidad de estrellas—. ¿Cómo lo...?

—Era de mi madre —dijo—. Lo construyó hace décadas. Para mi padre, en realidad. Él ama las flores. Ella lo ha estado manteniendo desde entonces —Se movió para pararse a mi lado, su hombro rozando el mío—. Pregunté si podíamos usarlo esta noche.

—Es increíble —Extendí la mano para tocar un pétalo de rosa, suave bajo mis dedos—. Nunca he visto nada igual.

—Ven. Hay más.

Tomó mi mano, y se lo permití, dejando que me guiara más profundamente en el invernadero. Pasamos por arcos de jazmín trepador, por fuentes rodeadas de nenúfares, por una sección llena enteramente de flores nocturnas que brillaban débilmente a la luz de las estrellas.

Y luego llegamos al centro.

Un enorme árbol se elevaba desde el suelo, su tronco retorcido por la edad, sus ramas extendiéndose ampliamente sobre nosotros. Debajo, una manta había sido colocada en la suave hierba, rodeada de almohadas y más de esas luces centelleantes. Porque había hierba real aquí, creciendo exuberante y verde a pesar del invierno.

Un picnic. Había preparado un picnic para mí, bajo un árbol de cuento de hadas, en un invernadero mágico. Este hombre era absolutamente irreal.

—Esto es... —No podía encontrar las palabras—. ¿Planeaste todo esto?

—Quería que fuera perfecto —Me guió hacia la manta, ayudándome a acomodarme entre las almohadas—. Mereces lo perfecto.

—No sé si perfecto.

—Yo sí.

Se sentó a mi lado, cerca pero sin tocarme, y comenzó a desempacar la cesta que había escondido detrás del árbol. Vino. Pan fresco. Quesos y frutas y delicados pasteles. Comida que claramente había elegido con cuidado.

Comimos. Hablamos. Me contó sobre el invernadero, sobre cómo su madre pasó años cultivando ciertas especies, convenciendo a semillas de los rincones más remotos de Lytopia para que florecieran en este paraíso controlado.

—Desaparecía durante horas —dijo Caelan, rellenando mi copa de vino—. Mi padre la encontraba aquí a medianoche, cubierta de tierra, hablando con las rosas. Ella afirmaba que crecían mejor cuando les hablabas.

—¿Lo hacen?

—No tengo idea. Pero ella lo creía —Su expresión se suavizó con el recuerdo—. Mi padre le propuso matrimonio bajo este mismo árbol. Ella había estado trabajando aquí todo el día, y él simplemente... apareció con un anillo. Dijo que no podía esperar ni un momento más.

—Eso es romántico.

—Es un hombre romántico. Lo esconde bien, pero está ahí —Los ojos de Caelan encontraron los míos—. Solíamos venir aquí para picnics cuando era joven. Toda la familia: mis padres, Patt, Thessa. Extendíamos mantas bajo este árbol y comíamos hasta caer en comas alimenticios.

Podía imaginarlo. Un Caelan más joven, menos agobiado, riendo con sus hermanos mientras sus padres observaban con ojos suaves. Era asquerosamente entrañable. Hallmark lloraría.

—Gracias —dije suavemente—. Por compartir esto conmigo.

—Gracias a ti por permitírmelo.

Y durante todo esto, coqueteaba implacablemente.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez —murmuró, inclinándose más cerca—, que tus ojos contienen universos enteros?

—Eso es absurdo.

—Es verdad —Su voz bajó aún más—. Podría perderme en ellos para siempre.

El hombre no tenía vergüenza. Me encantaba un poco.

El aire entre nosotros estaba cargado. Eléctrico. Cada roce accidental de dedos enviaba chispas a través de mi piel. Cada mirada prolongada hacía que mi pulso se acelerara.

Sabía hacia dónde se dirigía esto. Lo había sabido desde que acepté la cita.

Entonces sacó el último artículo de la cesta.

Panqueques. Panqueques esponjosos, cubiertos con crema y fresas.

Mi estómago dio un vuelco.

Ambos recordábamos. Esa primera mañana en mi apartamento, después de que me reclamara. Los panqueques que había hecho. La crema y las fresas. La forma en que los habíamos comido juntos, perezosos en la cama, antes de que todo saliera mal.

—Pensé... —Colocó el plato entre nosotros—. Pensé que podríamos crear un nuevo recuerdo. Uno mejor.

Tomé una fresa. Le di un mordisco. Dejé que la dulzura estallara en mi lengua.

—Está bueno —dije.

—¿Sí?

—Sí.

Comí otra fresa. Luego un bocado de panqueque, cubierto de crema. Algo se quedó en mi labio, una mancha blanca contra mi piel.

Antes de que pudiera limpiarla, Caelan se inclinó.

Su lengua trazó mi labio inferior, lenta y deliberada, dándome todas las oportunidades para alejarme.

No lo hice.

En cambio, agarré el frente de su camisa y lo arrastré a un beso.

El beso fue fuego. Toda la tensión que se había estado acumulando durante días, la adulación, los toques, las miradas cargadas, se encendió entre nosotros. Mis manos se aferraron a su camisa, acercándolo más, y Caelan gimió contra mi boca.

Ya estaba húmeda. Lo había estado desde que lamió la crema de mi labio, desde antes de eso, desde que me leyó esos pasajes picantes con esa voz profunda y devastadora.

Sus manos encontraron mi cintura, atrayéndome a su regazo. Fui voluntariamente, montándolo a horcajadas, la falda de mi vestido agrupándose a nuestro alrededor. A través de la tela de sus pantalones, podía sentirlo. Duro. Tenso. Deseoso.

—Riley... —Su voz era áspera, quebrada—. No tenemos que...

—Cállate.

Lo besé de nuevo. Más fuerte. Mi lengua se deslizó contra la suya, y él hizo un sonido que fue directo a mi centro.

Alcancé entre nosotros. Encontré los cordones de sus pantalones. Tiré hasta que su miembro saltó libre, duro en mi mano, y lo acaricié una vez, dos veces, observando cómo su rostro se contraía de

placer. Su mandíbula se tensó. Sus ojos se cerraron con fuerza. Sus caderas se sacudieron hacia mi agarre.

—Joder —jadeó—. Riley...

No lo puse dentro de mí. No todavía.

En cambio, levanté mis faldas más alto, me moví hacia adelante y arrastré mi húmedo calor a lo largo de él. Todo el cuerpo de Caelan se estremeció.

—¿Qué estás...? Oh diosa...

Lo hice de nuevo, deslizándome contra él, su longitud entre mis húmedos pliegues, cubriéndolo con mi excitación, dejando que la cabeza de su miembro rozara contra mi entrada antes de alejarme. Provocándolo. Atormentándolo.

Gimió, el sonido desesperado, sus manos agarrando mis caderas con fuerza suficiente para dejar moretones, pero no intentó guiarme, no intentó tomar el control. Simplemente se aferró y me dejó torturarlo.

—Por favor —respiró—. Riley, por favor...

—¿Por favor qué?

—Por favor déjame... necesito... —Se interrumpió con un gemido cuando me froté contra él particularmente fuerte—. Me estás matando.

—Bien.

Continué. Deslicé y provoqué y froté hasta que fue un desastre tembloroso debajo de mí, hasta que su cabeza estaba echada hacia atrás y todo su cuerpo temblaba y estaba haciendo sonidos que quería grabar y reproducir en bucle para siempre.

Y luego, cuando lo había torturado lo suficiente, cuando no podía soportar más el vacío, lo posicioné en mi entrada y me hundí.

Ambos gritamos.

Me llenaba completamente. Perfectamente. Me tomé un momento para adaptarme, para sentir cada centímetro de él dentro de mí, y luego comencé a moverme. Lo cabalgué lento al principio, saboreando cada sensación. Luego más rápido, persiguiendo el placer que se acumulaba en mi vientre. Sus manos estaban en todas partes, en mis caderas, mi cintura, mis pechos a través de la tela de mi vestido, y su boca encontró mi cuello, mi mandíbula, el punto sensible detrás de mi oreja.

—Te sientes tan bien —gimió contra mi piel—. Tan perfecta. Mi compañera perfecta.

Me moví más rápido. Más fuerte. Los sonidos de nuestra unión llenaron el invernadero: piel contra piel, jadeos y gemidos, su nombre en mis labios.

—Estoy cerca —jadeé—. Caelan...

—Córrete para mí —Su pulgar encontró mi clítoris, presionando, circulando—. Déjate ir. Te tengo.

Me deshice, el orgasmo atravesándome en ola tras ola de placer. Grité su nombre, apretándome a su alrededor, y luego mis dientes encontraron su hombro. Mordí fuerte. Rompiendo la piel. Un mordisco de reclamo que igualaba al que él me había dado todas esas semanas atrás.

No lo planeé. Mi lobo tomó el control, actuando por instinto, marcándolo como mío.

Traté de no darle demasiada importancia. Traté de no pensar en lo que significaba. Pero la reacción de Caelan hizo que eso fuera

imposible.

Hizo un sonido, crudo y primario y completamente destrozado, y me siguió en el clímax. Sus caderas se sacudieron hacia arriba dentro de mí, su liberación inundándome, sus brazos envolviéndome tan fuerte que apenas podía respirar.

Permanecimos conectados por un largo momento, respirando con dificultad, mi frente presionada contra la suya, nuestros ojos fijos.

—Me reclamaste —susurró. Maravilla en su voz. Asombro.

Lamí la sangre de su hombro, saboreando cobre y sal.

—No lo conviertas en algo importante.

—Es importante. Es... —Su voz se quebró—. Te amo. Te amo tanto, Riley. Eres todo para mí. Todo.

Lo miré. Este tonto devoto y adulador que limpiaba la cabaña a las 3 de la mañana y me leía historias picantes y me preparaba una cita en un invernadero mágico.

—Yo también te amo —dije.

Todo su rostro se transformó. La alegría irrumpiendo, pura y abrumadora.

—Dilo otra vez.

—Te amo.

—Otra vez.

—Te amo, hombre imposible.

Él se rió, realmente se rió, brillante de alegría, y me besó de nuevo.

Más tarde, estábamos acostados en la manta, enredados juntos, cuando Caelan habló.

—¿Quieres ir a visitar a tus amigos?

Levanté la cabeza de su pecho.

—¿Qué?

—Tus amigos. En el mundo humano —Colocó un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Thessa va a ir. Se marcha hoy. Pensé... si querías... podríamos ir con ella.

Mi corazón saltó.

—¿En serio?

—Has estado fuera durante meses —Su expresión era suave, comprensiva—. Probablemente piensan que estás muerta. Merecen saber que estás bien. Y tú mereces verlos.

Meses. Había estado fuera durante meses. El tiempo se movía de manera diferente entre los reinos, y lo sabía, pero escucharlo declarado tan claramente hizo que mi pecho doliera. Mis amigos. Mi club de lectura. Las chicas de la tienda de tatuajes. Deben estar muy preocupados.

—Sí —dije—. Sí, quiero ir.

—Entonces vamos.

Nos limpiamos lo mejor que pudimos, enderezando la ropa, arreglando el pelo, tratando de parecer presentables y no post-coitales. No tuvimos mucho éxito, pero no me importaba particularmente.

Encontramos a Thessa esperando junto a la cámara del portal, vestida para viajar, con una bolsa colgada sobre su hombro. Nos

miró una vez y su nariz se arrugó con disgusto.

—Ustedes dos apestan —anunció—. Sexo. Todo lo que puedo oler es sexo. Es asqueroso.

—Un gusto verte también —dije.

Thessa gruñó y atravesó el portal.

Me detuve en el umbral.

Solo había atravesado el portal una vez antes, y estaba muriendo en ese momento. Ahora, con ojos claros y un cuerpo saludable, podía realmente apreciarlo. La luz arremolinada. La forma en que el aire parecía doblarse y brillar. El leve zumbido de poder que vibraba a través de mis huesos.

—¿Lista? —preguntó Caelan, tomando mi mano.

—Lista.

Atravesamos juntos.

Las náuseas me golpearon inmediatamente, una sensación de sacudida y giro que hizo que mi estómago se revelara. Tropecé al otro lado, con Caelan sosteniéndome, y me tomé un momento para respirar a través de las náuseas.

—Se vuelve más fácil —dijo Thessa, ya caminando.

Seguimos a ella por calles familiares. El mundo humano parecía diferente de alguna manera. Más pequeño. Más mundano. Después de semanas en Lytopia, en castillos y bosques e invernaderos mágicos, los edificios de ladrillo y las carreteras de asfalto parecían casi surrealistas.

Estábamos acercándonos a la tienda de tatuajes cuando sucedió.

La puerta de Ink & Iron se abrió de golpe. Sloane, hermosa y feroz, se quedó paralizada en el umbral, con los ojos muy abiertos.

—¡¿RILEY?!

Y entonces empezó a correr, corriendo por la acera hacia mí.

Apenas tuve tiempo de prepararme antes de que Sloane se estrellara contra mí, sus brazos aplastándome en un abrazo que amenazaba con romperme las costillas. Estaba llorando, con lágrimas reales corriendo por su rostro, y maldiciendo al mismo tiempo.

—Maldita desgraciada —sollozó Sloane—. Jodida desgraciada, pensamos que estabas MUERTA. Desaparecida durante MESES. Ni una palabra, nada. ¿Tienes idea por lo que hemos pasado? Voy a MATARTE, y luego voy a abrazarte de nuevo, y luego voy a matarte MÁS...

—Lo siento —jadeé—. Lo siento, no pude... es complicado...

—¡Complicado una mierda! —Sloane se apartó, con el rímel corrido, y me dio un puñetazo en el hombro. Fuerte—. ¡Nos asustaste muchísimo!

—Lo sé. Lo siento.

—¡Más te vale!

Subimos a mi apartamento. Alguien, probablemente Sloane, lo había estado manteniendo limpio, regando mis plantas, asegurándose de que todo se mantuviera en buen estado. La visión me hizo sentir un nudo en la garganta.

Sloane llamó a los demás. En una hora, mi apartamento estaba lleno.

Margo llegó primero, irrumpiendo por la puerta con lágrimas ya corriendo por su rostro, arrastrándome a un abrazo que duró tres minutos completos. Después de eso, las chicas del club de lectura descendieron en una ola caótica, cinco de ellas amontonándose por la puerta a la vez, todas hablando unas sobre otras, exigiendo explicaciones y pruebas de que yo era real.

—¡Tócala! —gritó alguien—. ¡Asegúrate de que no es un fantasma!

—Los fantasmas no son reales, Becca...

—¡Tampoco lo eran los HOMBRES LOBO hasta hace unos meses!

Buen punto.

Se apretujaron en mi sofá y sillas, todas juntas, todas mirándome con diversos grados de shock, enfado y alivio. Jade se sentó en la esquina, callada, sus ojos ocasionalmente desviándose hacia Thessa.

Les conté la mayor parte. El rechazo, el secuestro, la batalla, la conspiración, el rescate. Omití ciertos detalles. Las experiencias cercanas a la muerte. No todo necesitaba ser compartido en esta reunión.

Y luego les conté sobre el bebé.

El caos fue ensordecedor.

—¡¿ESTÁS EMBARAZADA?!

—¡Dios MÍO!

—¡UN BEBÉ! ¡UN BEBÉ HOMBRE LOBO!

—¡¿VA A SALIR PELUDO?!

—No es así como funciona —me reí, con los oídos zumbando—. Creo. Probablemente.

Nota mental: preguntarle a Caelan más tarde sobre la mecánica de los bebés hombres lobo. Preferiblemente cuando no estuviera rodeada de cinco mujeres gritando.

Se agolparon a mi alrededor, tocándome el estómago, que aún estaba plano ya que era demasiado pronto para notarse, haciendo un millón de preguntas, llorando y riendo y hablando unas sobre otras.

A través de todo eso, me fijé en Jade.

Estaba sentada ligeramente apartada del grupo, callada, con los ojos no en mí sino en Thessa. Y Thessa le estaba devolviendo la mirada. Había estado mirándola desde que llegamos, observando a Jade con una intensidad que rayaba en lo desesperado.

Busqué la mirada de Caelan. Él asintió, comprendiendo.

—Oye —murmuré, dando un codazo a Jade—. Vosotras dos deberíais hablar.

Jade se sobresaltó. Miró a Thessa. Apartó la mirada.

—No sé si...

—Ve —le dije—. Ella ha estado esperando esto. Ambas lo habéis estado.

Thessa dio un paso adelante, vacilante por primera vez desde que la conocía.

—Solo si quieres —dijo Thessa. Su voz era suave, vulnerable. Completamente diferente a su habitual sarcasmo.

Jade asintió, lentamente al principio, luego con más certeza.

Se escabulleron juntas, hacia la parte trasera del apartamento. Hacia la privacidad.

—No van a volver esta noche —predije.

Caelan se rio suavemente—. Probablemente no.

Se levantó, presionando un beso en mi frente—. Te daré tiempo con tus amigas. Ponte al día. Estaré cerca si me necesitas.

Se fue. La puerta se cerró tras él.

Y me volví hacia mis chicas, mis maravillosas, caóticas y queridas chicas, y me dejé envolver en su abrazo.

Era tan, tan feliz.

35

—•—

Riley

Día de coronación. Día de boda. Me miré en el espejo y apenas reconocí a la mujer que me devolvía la mirada.

Mi pelo había sido peinado en un elaborado recogido, entretejido con pequeñas flores blancas e hilos de oro. Mi maquillaje era impecable, obra de horas, múltiples manos, y una Sloane muy obstinada que se había negado a dejar que nadie más me hiciera los ojos. Y el vestido...

El vestido era una obra maestra.

Seda pura blanca que fluía cuando me movía, bordada con hilo plateado en patrones que hacían eco del escudo de la familia Goldridge. Un escote que era elegante pero no demasiado modesto, porque incluso en mi día de boda, me negaba a ser aburrida. Una cola que parecía no tener fin.

Y en mi cintura, imposible de ocultar, mi barriga.

Ya se me notaba. Realmente se notaba. Cuatro meses de embarazo, y no había forma de fingir lo contrario. La costurera lo había

acomodado maravillosamente, diseñando el vestido para que fluyera alrededor de mi creciente barriga en lugar de ocultarla. Realismo de novia embarazada. Muy a la moda para la realeza hombre lobo, aparentemente.

—Deja de moverte —ordenó Sloane, ajustando un mechón de pelo —. Estás increíble.

—Parece que estoy a punto de desmayarme.

—Es lo mismo.

La habitación era un caos. Mis damas de honor, Sloane, Jade, Thessa y Margo, estaban en varios estados de preparación, sus vestidos plateados a juego captando la luz. Alguien ya estaba llorando. Otra persona se estaba riendo. Había champán, aunque yo no podía tomar, lo que parecía cósmicamente injusto.

—Todavía no puedo creer que te estés casando con un príncipe hombre lobo —dijo Margo, secándose los ojos con un pañuelo—. Sabía que tus libros eran buenos, pero no pensé que estuvieras manifestando tu propia vida amorosa.

—¡No estaba manifestando nada!

—Claro, Jan. —Margo sonrió a través de sus lágrimas—. Luego me dirás que no escribiste a propósito un héroe con ojos dorados.

Había escrito absolutamente un héroe con ojos dorados a propósito. Varias veces. Pero eso no venía al caso.

—No puedo creer que esto esté pasando —dije, ignorando completamente esa observación demasiado precisa.

—Créetelo, zorra. —Sloane apareció a mi lado, resplandeciente en su vestido de dama de honor—. Te estás casando con un príncipe

hombre lobo y te estás convirtiendo en reina. Esto es literalmente la trama de uno de tus libros.

—Mis libros suelen tener más angustia.

—Has tenido mucha angustia. Ahora tienes el final feliz.

—¿Y si me tropiezo al caminar por el pasillo?

—Entonces te harás viral en el TikTok de los hombres lobo. Si tienen uno. Es una situación en la que todos ganan.

Thessa apareció a mi otro lado, poniendo los ojos en blanco ante nuestra conversación pero sonriendo a pesar de sí misma. Se veía hermosa en plateado, más suave de lo habitual, sus bordes suavizados por la felicidad. Las cosas con Jade iban bien. Muy bien. Habían estado dividiendo su tiempo entre reinos, tratando de hacer que funcionara, y por las miradas que seguían lanzándose a través de la habitación, lo estaban logrando espectacularmente.

—¿Estás lista? —preguntó Thessa.

Respiré profundamente.

¿Estaba lista?

Lista para casarme con Caelan. Lista para convertirme en reina de un reino entero de hombres lobo. Lista para criar a un niño en un mundo que apenas entendía, rodeada de magia, política y peligros que solo estaba empezando a comprender.

—Sí —dije—. Estoy lista.

—Entonces vamos a casarte.

Y así lo hicieron.

***

La ceremonia fue todo lo que siempre había soñado. Bueno, todo lo que había soñado, más hombres lobo, más realeza, más un reino entero viéndome casar con su futuro rey. Así que tal vez más de lo que jamás había soñado. Mi imaginación aparentemente necesitaba apuntar más alto.

El gran salón había sido transformado. Flores por todas partes, del invernadero, sospechaba, el toque de Elspeth evidente en cada arreglo. Velas flotaban en el aire, suspendidas por magia que no entendía pero había aprendido a aceptar. Cintas de plata y oro colgaban del techo, captando la luz.

Y al final del pasillo, esperándome, estaba Caelan.

Llevaba un atuendo formal: un abrigo oscuro con bordados dorados, pantalones ajustados, una espada ceremonial en la cadera. Parecía en todos los aspectos el príncipe que era. Pero cuando su mirada encontró la mía, toda esa compostura real se hizo añicos. Su expresión se transformó en pura alegría sin reservas, sus ojos brillando con lágrimas contenidas.

Bueno. Eso estaba haciendo cosas en mi corazón.

Caminé hacia él.

Mis amigos estaban en un lado, Sloane y las chicas del club de lectura, llorando abiertamente. Los chicos de la tienda de tatuajes también estaban allí, pareciendo incómodos en ropa formal pero presentes de todos modos. Dom había dejado caer toda una bandeja de tinta cuando se enteraron de la verdadera naturaleza de Caelan. Marco había maldecido en tres idiomas. Vinnie simplemente había asentido como si lo hubiera sospechado todo el tiempo. Pero se habían adaptado rápidamente, especialmente después de que Caelan prometiera que nunca dejaría que me pasara nada.

Sus padrinos estaban en el otro lado. Patt, el confiable Patt, sonriendo ampliamente. Aedan, con aspecto presumido. Y Benson y

Tylo, amigos de la infancia de Caelan que habían estado viajando cuando todo sucedió. Los había conocido hace solo unas semanas, pero se habían integrado en nuestras vidas fácilmente, con su encanto natural y bromas terribles entre ellos.

Los invitados llenaban cada asiento.

Reconocí a algunos de ellos. Malachar y Wen estaban en la primera fila, Wen luciendo radiante en un vestido que hacía juego con sus ojos. Mal captó mi mirada y asintió, un pequeño gesto de aprobación que significó más de lo que esperaba. Los milagros existían.

Otras caras eran menos familiares. Otros reyes, me di cuenta, con sus compañeras reinas humanas. Sus hijos corrían entre las filas, riendo, siendo silenciados por padres avergonzados. Había parejas de todo tipo, algunas claramente recién emparejadas, otras cómodas en sus vínculos.

Todos eran acogedores, y por primera vez desde que tropecé con este mundo de lobos, magia y cosas imposibles, no me sentí fuera de lugar entre ellos. Tal vez sí pertenecía aquí. Tal vez siempre había estado destinada a encontrar mi camino hacia este momento, este pasillo, este hombre esperándome con su corazón en los ojos.

Llegué al altar, y Caelan tomó mis manos. Sus dedos temblaban. El príncipe inquebrantable, el futuro rey, temblando por mí.

—Hola —susurró.

—Hola.

—Te ves... —Tragó con dificultad—. No hay palabras.

—Tú tampoco estás tan mal.

Sus labios se crisparon. Incluso en nuestra boda, no podía resistirme a ser una listilla. Era un don, en realidad.

El oficiante comenzó la ceremonia, una mezcla de tradiciones de lobos y humanas, porque habíamos insistido en incorporar ambas. Hubo el encendido de velas ceremoniales, una dorada y otra plateada, representando la unión de dos almas. Estuvo el tradicional intercambio humano de anillos, que hizo que varios nobles lobos murmuraran con curiosidad. Aparentemente el concepto de joyería como símbolo matrimonial era novedoso para ellos. ¿Quién lo hubiera pensado? Y hubo el atado de manos con una cinta de seda, una antigua costumbre de lobos que simbolizaba el entrelazamiento de destinos.

Habíamos pasado semanas planificando esto, entretejiendo costumbres de dos mundos para crear una ceremonia únicamente nuestra. El oficiante recitó palabras tanto en inglés como en la antigua lengua de los lobos, y cuando pidió a la asamblea que bendijera nuestra unión, los aullidos que respondieron hicieron bailar las llamas de las velas.

Luego vinieron los votos, y mi corazón se me subió a la garganta.

Caelan fue primero, su agarre en mis manos apretándose.

—Riley —dijo, su voz firme a pesar de la emoción en sus ojos—. Cuando entré en esa librería, estaba buscando respuestas sobre portales. En cambio, encontré una respuesta infinitamente más importante. Te encontré a ti. —Apretó mis manos—. Me has desafiado. Me has frustrado. Me has hecho reír cuando había olvidado cómo. Me has hecho un mejor lobo, un mejor príncipe, un mejor hombre. Prometo pasar cada día de nuestras vidas ganándote. Protegiéndote. Amándote. Hasta mi último aliento y más allá.

Mis ojos estaban húmedos. Maldito sea. Me había prometido a mí misma que no lloraría hasta al menos la recepción.

Luego fue mi turno.

—Caelan —comencé, con la voz quebrada—, solía escribir sobre un amor como este. Amor épico, que cambia el mundo, contra todo pronóstico. Pensé que me lo estaba inventando. Pensé que era ficción. —Dejé escapar una risa acuosa—. Resulta que simplemente no te había conocido aún. Me has dado una familia. Un hogar. Un futuro que nunca me atreví a imaginar. Prometo ser tu compañera. Tu igual. Tu reina, aunque todavía no tenga idea de lo que estoy haciendo. —La risa ondulaba por la multitud—. Prometo amarte, molestarte y hacer que me leas libros picantes por el resto de nuestras vidas.

La risa creció más fuerte.

Los ojos de Caelan brillaban con lágrimas—. Acepto esos términos.

—¿Tú, Príncipe Caelan de Duskmere, tomas a Riley Hawkins-Mirabelle para que sea tu compañera y esposa?

—Sí, acepto.

—¿Y tú, Riley Hawkins-Mirabelle, tomas al Príncipe Caelan de Duskmere para que sea tu compañero y esposo?

—Sí, acepto.

—Entonces, por el poder que me otorga el reino y la diosa de la luna misma, os declaro emparejados y casados. Puedes besar a tu novia.

Caelan no dudó.

Tomó mi rostro entre sus manos, me acercó y me besó. La multitud estalló en vítores, pero apenas los escuché. Todo lo que sabía eran sus labios sobre los míos, sus manos en mi piel, su corazón latiendo contra mi pecho.

Estábamos casados. Real, adecuada y legalmente casados. Yo era la esposa de alguien. La esposa de Caelan. El pensamiento seguía

dando vueltas en mi cabeza, demasiado maravilloso para sentirse real, incluso cuando los vítores de la multitud se desvanecieron y el salón cambió a un nuevo tipo de solemnidad.

La coronación siguió inmediatamente.

Trajeron coronas diferentes, antiguas, brillantes, portando el peso de siglos. El Rey y la Reina bajaron de sus tronos, donde habían observado toda la ceremonia con ojos orgullosos y llorosos.

—Hoy —anunció el Rey, su voz retumbando por el salón—, Duskmere da la bienvenida a una nueva era. Mi hijo ha demostrado su valía en la batalla y en el amor. Ha encontrado una compañera digna de estar a su lado. Y juntos, guiarán nuestro reino hacia un futuro de paz y prosperidad.

Caelan se arrodilló primero.

La corona que se posó en su cabeza era de oro, adornada con piedras de ámbar que hacían juego con los ojos de su lobo. Podía ver el peso de la corona en la postura de sus hombros. Pero la llevaba con gracia.

Se había estado preparando para esto toda su vida.

Entonces fue mi turno.

Me arrodillé ante la Reina, Elspeth, mi suegra, que me miraba con nada más que calidez y aceptación. Sin presión ni nada. Solo convertirme en reina de un reino entero de hombres lobo. Un martes totalmente normal.

La corona que descendió sobre mi cabeza era de plata, adornada con piedras de luna que brillaban tenuemente a la luz de las velas.

Era más ligera de lo que esperaba.

O tal vez yo era más fuerte de lo que pensaba.

—Levantaos —dijo Elspeth suavemente—, Reina Riley de Duskmere.

Me levanté, y Caelan tomó mi mano. Juntos, nos volvimos para enfrentar a nuestra gente.

La sala explotó.

Vítores, aullidos, pies golpeando. Los lobos cambiaron de forma y aullaron al techo. Los niños chillaban de alegría. Alguien lanzó pétalos de flores al aire, y llovieron a nuestro alrededor como confeti fragante.

—¡Larga vida al Rey y la Reina!

Miré a la multitud, a las caras que conocía y a las que no, a los amigos que habían cruzado reinos para estar aquí y a la familia que estaba ganando hoy, y sentí que la paz se asentaba en mi pecho.

Este era un mundo por el que valía la pena luchar. Un mundo de magia y peligro, sí, pero también de amor y lealtad y segundas oportunidades. Un mundo donde los portales conectaban reinos y las parejas se encontraban contra todo pronóstico.

Quería traer a mi hijo a este mundo. Iba a ayudar a hacerlo seguro, una decisión obstinada a la vez.

Empezando por sobrevivir a esta fiesta.

***

La música llenaba el gran salón, una mezcla de instrumentos lytopianos y, hilarantemente, un DJ humano que Sloane había insistido en traer. La combinación no debería haber funcionado, pero de alguna manera lo hizo. Los lobos intentaban bailar música electrónica con diversos grados de éxito. Una duquesa que había

parecido imposiblemente digna todo el día ahora intentaba hacer el electric slide. Uno de los reyes, no estaba segura de cuál, estaba haciendo el robot mientras su reina lo filmaba en su teléfono.

Era un caos. Era perfecto.

Bailé hasta que me dolieron los pies y luego seguí bailando de todos modos.

Bailé con Caelan, obviamente, nuestro primer baile como marido y mujer, como Rey y Reina, apretados el uno contra el otro mientras la multitud nos observaba con ojos llorosos. Bailé con mis amigos, girando y riendo hasta que me mareé. Bailé con Patt, quien resultó ser sorprendentemente gracioso para alguien de su tamaño. Incluso bailé con Malachar, quien se movía con todo el ritmo natural de una estatua y claramente solo lo estaba haciendo porque Wen lo había obligado.

—Se supone que debes mover los pies —le dije.

—Estoy moviendo mis pies.

—Más de una vez por minuto.

Me miró con severidad. Le sonreí. Habíamos llegado a un entendimiento, Mal y yo, una molestia mutua envuelta en respeto a regañadientes. Lo aceptaría.

La noche se desarrolló en un borrón de comida, vino y risas. Se hicieron brindis hasta que perdí la cuenta, cada uno más sincero que el anterior.

El discurso de Thessa hizo llorar a todos. Habló de su hermano, de verlo enamorarse, de cómo había sabido desde el primer momento que nos vio juntos que yo era la indicada para él. Su voz se quebró cuando habló de ganar una hermana, y al final, incluso los estoicos

nobles lobo se secaban los ojos. Yo era un desastre. Caelan estaba peor.

El discurso de Patt, gracias a la diosa, hizo reír a todos en su lugar. Fueron principalmente historias embarazosas sobre la infancia de Caelan, incluyendo una que involucraba un estanque, un desafío y un ganso muy enojado que aparentemente había perseguido al joven príncipe Caelan por la mitad de los terrenos del castillo mientras gritaba pidiendo a su madre. Al final, Caelan estaba escondiendo su rostro entre sus manos mientras los invitados aullaban de risa, y yo estaba archivando mentalmente cada detalle para futuras burlas.

—Nunca me voy a librar de esto, ¿verdad? —murmuró Caelan.

—Absolutamente no. Ese ganso es mi nuevo héroe.

Sloane dio un discurso que incluía varias amenazas creativas sobre lo que haría si Caelan alguna vez me hiciera daño.

—Ahora tengo amigos hombres lobo —anunció Sloane, ligeramente borracha, señalando a Thessa—. Puedo usarlos y lo haré.

—Lo haría —confirmó Thessa.

La noche avanzó.

Me encontré en la pista de baile de nuevo, meciéndome en los brazos de Caelan. La música se había ralentizado, la multitud había disminuido, y la energía salvaje se había suavizado en calidez.

—¿Feliz? —murmuró contra mi pelo.

—Mm. —Me acurruqué más cerca—. Mucho.

—¿De verdad?

—De verdad. —Me separé para mirarlo, a mi marido, mi rey, mi compañero. La corona descansaba perfectamente sobre su cabeza. Lo cual, supuse, tenía sentido. Había sido hecha para él—. Soy feliz, Caelan. Real, verdaderamente feliz.

Su sonrisa era suave. —Todavía tengo que humillarme más.

—¿Ah, sí?

—Absolutamente. Años, probablemente.

—¿Y exactamente cómo planeas humillarte?

Sus ojos se oscurecieron con promesa. Sus manos se tensaron en mi cintura. Se inclinó cerca, sus labios rozando mi oreja.

—Estaba pensando —dijo, con voz baja—, en pasar el resto de la noche de rodillas.

Mi estómago dio un vuelco.

El calor se acumuló en mi vientre. De repente la multitud, la música, la celebración, todo se desvaneció en ruido de fondo. Todo lo que podía ver era él. Todo en lo que podía pensar era en esa promesa.

—¿Es así?

—Mm-hm. —Su pulgar trazaba círculos en mi cadera—. Si estás interesada.

—Podría estar interesada.

—¿Solo podrías estarlo?

Agarré su cara y lo besé, un beso minucioso, decisivo, que no dejaba dudas sobre exactamente cuán interesada estaba.

Cuando me separé, sus ojos eran de oro fundido.

—Al diablo con la celebración —gruñó.

Me tomó en sus brazos, literalmente me levantó, al estilo nupcial, exactamente como los héroes de mis libros, y se dirigió hacia la salida. El hombre no tenía ninguna vergüenza. Respetaba eso.

—¿¡Adónde vais!? —gritó alguien. Patt, probablemente.

—¡A la cama! —respondió Caelan a gritos, sin aminorar el paso.

Risas y silbidos nos siguieron hacia fuera.

Me aferré a su cuello, riendo, mientras me llevaba por los pasillos del castillo. Los sirvientes se pegaban a las paredes para dejarnos pasar, ocultando sonrisas. Los guardias miraban estudiadamente hacia otro lado. No éramos para nada discretos. No me importaba.

Llegamos a las cámaras reales, y él cerró la puerta detrás de nosotros con el pie, ya cruzando hacia la cama masiva en el centro de la habitación.

Me arrojó sobre el colchón.

Solté un grito, rebotando una vez en la montaña de almohadas, y luego él estaba gateando sobre mí, encerrándome con sus brazos, mirándome con esos ardientes ojos dorados.

—Te amo —dijo—. Mi esposa. Mi reina. Mi compañera.

—Yo también te amo. —Lo atraje hacia mí—. Ahora deja de hablar.

Sonrió contra mis labios.

No salimos de las cámaras reales durante una semana.

FIN

PULSE AQUÍ

PARA SUSCRIBIRTE A MI BOLETÍN Y RECIBIR ACTUALIZACIONES EXCLUSIVAS SOBRE TODAS LAS OFERTAS, AVANCES SECRETOS Y NUEVOS LANZAMIENTOS.
